LAS ARENAS DE MARTE

Arthur C. Clarke



Capítulo 1

-¿De veras es ésta la primera vez que sube? -preguntó el piloto mientras se reclinaba perezosamente en el asiento, haciéndolo balancear con suavidad. El gesto de indiferencia con que se llevó ambas manos a la nuca aumentó la intranquilidad del pasajero.

-Sí -respondió Martin Gibson, sin apartar los ojos del cronómetro que marcaba el paso de los segundos.

-Ya me parecía a mí. Nunca le salieron muy bien en sus cuentos... todas esas tonterías sobre desvanecimientos causados por la aceleración. ¿Por qué será que la gente escribe esas patrañas? Es mala propaganda.

-Lo siento -contestó Gibson-, pero usted se refiere a mis primeros cuentos. En aquel entonces aún no habían comenzado los viajes espaciales y tuve que emplear mi imaginación.

-Quizás -admitió el piloto de mal grado. (No prestaba la menor atención a los instrumentos y faltaban sólo dos minutos para el despegue)-. Lo que está experimentando debe parecerle extraño después de haber escrito tanto sobre el tema.

Gibson pensó que el adjetivo no era del todo adecuado, pero comprendía el punto de vista de su interlocutor. Muchos de sus héroes y villanos habían contemplado hipnotizados las implacables agujas del segundero mientras esperaban que los cohetes los lanzaran hacia el infinito. Y ahora, como sucedía siempre que uno sabía esperar, la realidad se mezclaba con la ficción. Este momento estaba a sólo noventa segundos en su futuro. Sí, era extraño; sin duda, un caso de justicia divina.

Adivinando sus pensamientos, el piloto le dirigió una mirada y trató de animarlo con un gesto.

-No se deje asustar por sus propios cuentos. Una vez, hasta partí de pie, sólo por ganar una apuesta, aunque fue una verdadera tontería.

-No estoy asustado -respondió Gibson, poniendo demasiado énfasis en sus palabras.

El piloto se dignó mirar el reloj cuando al segundero le faltaba recorrer una vuelta completa:

-¡Uf! -dijo-. En ese caso, en su lugar no me aferraría tanto al asiento. Es sólo de berilo-manganeso y puede torcerse.

Gibson, obediente, trató de relajarse. Sabía que sus reacciones ante la situación eran mecánicas pero no por esto menos reales.

Notó que el piloto permanecía tranquilo aunque sin apartar los ojos del cuadro de mandos.

-Claro que no es muy cómodo pero sólo dura unos pocos minutos -dijo-. ¡Ah! ya empiezan las bombas de combustible. No se inquiete cuando la vertical comience a hacer cosas raras; deje que el asiento se mueva hacia donde quiera. Cierre los ojos, si le parece mejor. ¿Oye? Ahora arrancan los cohetes de ignición. Tardaremos unos diez segundos en alcanzar el impulso necesario. No es nada, aparte del ruido. Tiene que soportarlo. ¡Tiene que soportarlo, le digo!

Pero Martin Gibson estaba haciendo algo totalmente distinto. Al alcanzar una aceleración no mayor que la de un ascensor de alta velocidad pasó mansamente a la inconsciencia.

Se reanimó cocos minutos después, ya recorridos miles de kilómetros, muy avergonzado de sí mismo. Un rayo de sol le daba de lleno en la cara; el postigo protector del casco exterior se había deslizado. La luz, aunque intensa, no era tan cegadora como había esperado; luego observó, sin embargo, que sólo una parte de su intensidad se filtraba a través de los vidrios, de tono muy oscuro.

Miró al piloto, que escribía absorto sus notas en la carta de navegación inclinado sobre el cuadro de mandos. Aunque todo estaba en silencio, Gibson oía de vez en cuando ciertos estampidos ahogados que lo desconcertaban. Tosió suavemente para anunciar que había vuelto en sí y preguntó al piloto la causa de los ruidos.

-Es la contracción térmica de los motores -contestó éste con parquedad-. Han estado funcionando a cinco mil grados y se enfrían con rapidez. ¿Se siente mejor?

-Estoy muy bien -contestó Gibson, sinceramente-. ¿Puedo levantarme?

Desde el punto de vista psicológico había tocado fondo y vuelto a reaccionar. Era una condición muy inestable, aunque no lo notara.

-Puede hacerlo, si quiere -respondió el piloto, vacilando-; pero tenga cuidado, sosténgase en algo firme.

Gibson se sintió invadido por una gran alegría. Había llegado el momento que esperara toda la vida. ¡Estaba en el espacio! Lamentaba haberse perdido el despegue, pero cuando escribiera esta parte la aderezaría un poco.

A mil kilómetros de distancia la Tierra todavía parecía grande, aunque un tanto decepcionante. La razón era fácil de entender: había visto tal cantidad de fotos y films tomados desde el espacio que ya no había lugar para sorpresas; sabía exactamente qué podía esperar. Vio las consabidas masas flotantes de nubes en su lenta marcha alrededor del mundo. Mares y continentes estaban bien definidos en el centro del disco y podían

apreciarse infinidad de detalles, pero hacia el horizonte todo se esfumaba en medio de una espesa niebla. Los perfiles que pasaban directamente bajo su ángulo de visión eran difíciles de reconocer y, por lo tanto, carecían de sentido. Sin duda, un meteorólogo se hubiera sentido transportado de alegría ante el variado mapa climático desplegado a sus pies; pero la mayoría de esos científicos se encontraban en las estaciones espaciales, desde donde disfrutaban de mucha mejor vista. Pronto se cansó Gibson de buscar las ciudades y otras obras del hombre. Resultaba aleccionador pensar que tantos milenios de civilización humana no habían producido cambios de consideración en aquel panorama.

Después, al buscar las estrellas, Gibson sufrió una segunda desilusión. Allí estaban cientos y cientos de estrellas, pálidas y desvanecidas, meros espectros de las miríadas que había esperado encontrar. Culpó de ello a los cristales oscuros de la nave, que al atemperar el resplandor del sol robaban a las estrellas toda su magnificencia.

Se sintió un tanto molesto. Sólo una cosa había resultado tal cual imaginara: la sensación de flotar en medio del aire. La facultad de proyectarse de una pared a otra mediante una simple presión del dedo era tan deliciosa como había esperado, si bien el alojamiento resultaba demasiado estrecho para cualquier experimento audaz. Ya existían drogas capaces de inmovilizar los órganos del equilibrio y el mareo era cosa superada; la falta de peso producía un estado embriagador al que se llegaba como por arte de magia. Eso era muy agradable. ¡Cómo habían sufrido sus héroes! (Y también sus heroínas, como era de suponer, aunque nadie lo mencionaba.) Recordó el primer vuelo de Robin Blake en la versión original de Polvo Marciano. La había escrito bajo la influencia de D. H. Lawrence. (Resultaría interesante hacer, algún día, una lista de los escritores que no lo habían influenciado en uno u otro momento).

Sin lugar a dudas, Lawrence era excelente en la descripción de sensaciones físicas y, con toda intención, Gibson se había propuesto derrotarlo en su propio terreno. Con este propósito dedicó un capítulo entero a la sensación del mareo describiendo todos los síntomas, desde las premoniciones inquietantes que uno podía ignorar y los estremecimientos subterráneos que ni los más optimistas podían desconocer, hasta los cataclismos volcánicos de las últimas etapas y el postrer, misericordioso, debilitamiento.

Todo el capítulo había resultado una obra maestra del más crudo realismo. Fue una lástima que su editor, que proyectaba incluir la obra en el «Club del Libro del Mes», se lo hiciera suprimir. Ese capítulo le había exigido mucho trabajo; había vivido, mientras lo escribía, todas las sensaciones. Incluso en este momento...

Mientras el escritor, ya tranquilo, era expulsado a través de la escotilla, el Oficial Médico dijo, pensativo:

-Es extraño. Pasó muy bien la revisión médica y, por supuesto, le fueron aplicadas las inyecciones habituales antes de partir de la Tierra. Debe ser psicosomático.

-No me importa lo que sea -se quejó amargamente el piloto, mientras seguía la marcha hacia la Estación Espacial Uno-. Lo que quiero saber es quién va a limpiar mi nave.

Nadie parecía inclinado a contestar esa vehemente pregunta. Y Martin Gibson menos que ninguno. Apenas tenía conciencia de unas paredes blancas que desfilaban por su campo visual. Lentamente comenzó a experimentar una progresiva sensación de peso, y un resplandor cálido y acariciante comenzó a expandirse por sus miembros. Pronto comprendió dónde se encontraba. Estaba en el cuerpo de guardia de un hospital, y una batería de lámparas de infrarrojos lo bañaba en un calor enervante y delicioso que le llegaba hasta los huesos.

-¿Y bien? -dijo el doctor.

Gibson hizo una débil mueca.

-Lo siento mucho. ¿Volverá a suceder?

-No sé qué pasó la primera vez. Es muy raro; las drogas de que disponemos ahora se consideran infalibles.

-Creo que fue culpa mía -dijo Gibson en tono de disculpa-. Sucede que tengo una imaginación muy poderosa y me puse a pensar en los síntomas del mareo espacial; con mucha objetividad, por supuesto, pero antes de entender lo que ocurría...

-Bueno. ¡Basta ya! -le ordenó el médico abruptamente-. De lo contrario, tendremos que enviarlo de vuelta a la Tierra. Si quiere ir a Marte no puede actuar de esta manera. En tres meses no quedaría mucho de usted.

Un escalofrío sacudió el torturado físico de Gibson; pero se estaba recuperando rápidamente y la pesadilla de la hora anterior se esfumaba ya en el pasado.

-Ya me repondré -dijo-. Déjeme salir de este horno antes de que me abrase.

Se puso de pie, no sin cierta inseguridad. Parecía muy extraño volver a tener un peso normal hallándose en el espacio. Entonces recordó que la Estación Uno giraba sobre su eje y que las habitaciones destinadas a vivienda estaban construidas sobre las paredes exteriores de manera tal que la fuerza centrífuga podía dar la ilusión de gravedad.

Pensó, apesadumbrado, que la gran aventura no había comenzado del todo bien. Pero estaba decidido a que no lo enviaran de vuelta a la deshonra. No se trataba solamente de su orgullo, sino del efecto deplorable que ello tendría en su público y en su reputación. Se estremeció al imaginar los titulares: ¡GIBSON ENVIADO A LA TIERRA! ¡EL MAREO

DERROTA AL ESCRITOR-ASTRONAUTA! Hasta los semanarios literarios más conservadores se mofarían de él, y en cuanto al Time... era mejor no pensarlo.

-Tiene suerte; disponemos de doce horas antes de que parta la nave. Antes de darle la aprobación definitiva lo llevaré a la sección de gravedad cero para ver cómo reacciona allí.

A Gibson también le pareció una buena idea. Siempre había creído hallarse en buena forma; hasta aquel momento no se le había ocurrido seriamente que el viaje podría resultarle no sólo incómodo, sino también peligroso. El mareo espacial era cosa de risa... hasta que uno mismo lo experimentaba. Después era un asunto distinto.

La Estación Interna -Estación Espacial Uno, como se la llamaba generalmente- estaba a algo más de dos mil kilómetros de la Tierra y circunvalaba el planeta cada dos horas. Había sido el primer escalón para el hombre en su viaje a las estrellas y, si bien ya no era técnicamente necesaria para los vuelos espaciales, su existencia tenía profundos efectos en la economía de los viajes interplanetarios. Todos los viajes a la Luna o a los planetas comenzaban allí: junto a esta avanzada de la Tierra flotaban las majestuosas naves atómicas mientras cargaban sus bodegas con material del planeta madre. La estación estaba unida al planeta por un servicio de cabotaje realizado por cohetes a propulsión química, ya que, legalmente, ninguna nave movida por energía atómica podía operar a menos de mil kilómetros de la superficie de la Tierra. Aun así, muchos creían que este margen de seguridad no era suficiente ya que el estallido radioactivo de una explosión nuclear podía recorrer esa distancia en menos de un minuto.

Con el paso de los años, la Estación Espacial Número Uno había crecido por un proceso de adición, de tal modo que sus primeros planificadores no la hubieran reconocido. Alrededor del núcleo esférico central se habían acumulado observatorios, laboratorios de comunicaciones con fantásticos sistemas aéreos y laberintos de equipos científicos que sólo un especialista podía identificar. Pero, a pesar de todas estas adiciones, la principal función del satélite artificial era la de abastecer de combustible a las pequeñas naves que el hombre empleaba para desafiar la inmensa soledad del sistema solar.

-¿Está seguro de que ahora se encuentra bien? -preguntó el doctor, mientras Gibson tanteaba con sus pies.

-Creo que sí -contestó éste, sin comprometerse del todo.

-Entonces venga a la sala de recepción a beber algo.

Y agregó, para evitar cualquier malentendido:

-Una buena bebida caliente. Puede quedarse sentado allí una media hora, leyendo el periódico, mientras decidimos qué vamos a hacer con usted.

Le parecía a Gibson que una desilusión se sumaba a otra. Estaba allí, a dos mil kilómetros de la Tierra, rodeado de estrellas y, sin embargo, se veía obligado a beber té dulce, ¡té!, en lo que podía ser una sala de espera de cualquier dentista. No había ventanas, tal vez porque la vista del firmamento, en su rápido giro, podría malograr la buena marcha del trabajo del cuerpo médico. La única manera de pasar el tiempo era hojear montones de revistas que ya había leído, muy difíciles de manejar, pues se trataba de ediciones extremadamente ligeras, impresas en papel de fumar. Por suerte encontró una copia muy vieja de Argosy donde figuraba un cuento suyo, escrito hacía tanto tiempo que había olvidado el final, lo que lo mantuvo feliz hasta que volvió el doctor.

-Su pulso parece normal -dijo el oficial médico de mala gana-. Vamos a llevarlo a la cámara de gravedad cero. Sígame, y no se sorprenda por lo que pueda suceder.

Con esta misteriosa advertencia, condujo a Gibson hacia un corredor amplio y profusamente iluminado que parecía curvarse hacia arriba en ambas direcciones desde el punto donde él se encontraba. Gibson no tuvo tiempo de investigar este fenómeno, pues el doctor abrió una puerta lateral y comenzó a subir unos escalones metálicos. Gibson lo siguió automáticamente un trecho; luego, al darse cuenta de lo que tenía delante, se detuvo con un grito involuntario de sorpresa.

Ante sus pies, la inclinación de la escalera era, como es habitual, de cuarenta y cinco grados, pero, súbitamente, se erguía de modo que unos metros más allá los escalones eran verticales. A partir de ese punto, su aspecto habría alterado los nervios de cualquiera que lo observara por primera vez: la inclinación continuaba de manera tal que los escalones comenzaban a colgar por encima de su cabeza, para desaparecer finalmente a sus espaldas.

Al escuchar su exclamación, el doctor se volvió hacia él con una sonrisa tranquilizadora, diciendo:

-No siempre debe creer lo que ve. Venga conmigo y comprobará qué fácil es.

Gibson lo siguió a regañadientes; al hacerlo tomó conciencia de dos cosas: en primer lugar, iba sintiéndose gradualmente más ligero; en segundo lugar, y a pesar de la inclinación obviamente mayor que presentaba la escalera, ésta formaba siempre con sus pies un ángulo de cuarenta y cinco grados. En realidad, la misma dirección vertical se inclinaba ligeramente mientras él avanzaba, de modo tal que, pese a su creciente curvatura, la pendiente de la escalera no se alteraba nunca.

Gibson no tardó en encontrar la explicación. La gravedad aparente se debía a la fuerza centrífuga producida por el lento giro de la estación sobre su eje; a medida que él se acercaba al centro, la fuerza disminuía a cero. La escalera en sí se enroscaba sobre el eje siguiendo una suerte de espiral (en otros tiempos había sabido su nombre), y a pesar del campo radial de le gravedad, la inclinación del camino a recorrer permanecía constante. Quienes viven en estaciones espaciales se acostumbran rápidamente a esta clase de cosas; posiblemente al volver a la Tierra, el aspecto de una escalera normal les resultaría igualmente inquietante.

Al terminar la escalera no existían ya las nociones de «arriba» o «abajo». Se encontraban en una gran habitación cilíndrica y vacía, cruzada sólo por unas cuerdas; en el extremo más apartado, un haz de luz se abría paso a través de un puesto de observación. Mientras Gibson miraba, el rayo se movió progresivamente por las paredes metálicas como una linterna inquisidora, y se eclipsó por un momento, para volver a brillar desde otra ventana. Por primera vez, los sentidos de Gibson percibían que la estación giraba sobre un eje; logró calcular aproximadamente el tiempo de rotación, teniendo en cuenta cuánto tardaba la luz solar en volver a su posición original. El «día» de este pequeño mundo artificial duraba aproximadamente, algo menos de diez segundos, lo suficiente para dar a sus paredes exteriores la sensación de gravedad normal.

Gibson siguió al doctor, apoyando una mano después de la otra sobre las cuerdas-guía; se sentía como una araña avanzando en su propia tela. Impulsándose sin esfuerzo a través del aire, llegaron al puesto de observación. Gibson comprobó que se encontraban al final de una especie de chimenea paralela al eje de la estación; desde este lugar, sin aparatos ni instalación alguna, podían contemplar libremente las estrellas.

-Lo dejaré un rato aquí -dijo el doctor-. Hay mucho para ver; tiene con qué entretenerse. Si no es así... Bueno, recuerde que al pie de esas escaleras hay gravedad normal.

«Sí», pensó Gibson, «y también un viaje de vuelta a la Tierra en el próximo cohete». Pero estaba decidido a pasar todas las pruebas para obtener la autorización final.

Era casi imposible aceptar que fuese la estación espacial la que giraba, y no el sol y las estrellas; creer lo contrario requería un acto de fe, un esfuerzo consciente de la voluntad. Las estrellas pasaban con tanta rapidez que sólo las más brillantes eran claramente visibles; en rápidas ojeadas al espacio, Gibson comprobó que el sol, como un cometa dorado, cruzaba el cielo cada cinco segundos. Esta fantástica aceleración del orden natural permitía comprender fácilmente la resistencia de los antiguos en creer que fuera

su propia Tierra la que giraba, y su tendencia a atribuir todo el movimiento a la esfera celeste.

Parcialmente oculta por la propia estación, la Tierra era una media luna de grandes dimensiones que abarcaba la mitad del cielo; crecía lentamente mientras la estación pasaba veloz por su órbita. Cuarenta minutos después sería como la luna llena, y una hora más tarde, completamente invisible, como un disco negro que eclipsara al sol mientras la estación pasaba por su cono de sombra. La Tierra atravesaría todas sus fases, desde nueva hasta llena, para volver a repetirlas en sólo dos horas. Al pensar en estas cosas, el sentido del tiempo se distorsionaba completamente; los conocidos conceptos de noche y día, meses y estaciones carecían aquí de sentido.

En ese momento, tres naves espaciales se encontraban en el «muelle», a un kilómetro de la estación, moviéndose en la misma órbita sin ninguna conexión. Una era la pequeña punta de flecha que hacía una hora lo había traído de la Tierra a tan alto precio y con tanta incomodidad. La segunda, un carguero de unas mil toneladas con destino a la Luna. Y la tercera, por supuesto, era la Ares, deslumbrante con su nueva capa de pintura de aluminio.

Gibson nunca se había resignado a perder las naves elegantes y raudas que fueran el sueño de todos a comienzos del siglo XX. Aquellas brillantes campanas, colgando de un fondo de estrellas, no respondían a su concepción de nave espacial; aunque el mundo la hubiera aceptado, él no podía hacerlo Naturalmente, conocía de memoria los consabidos argumentos: no eran necesarias líneas aerodinámicas en una nave que nunca estaría en la atmósfera y, por lo tanto, su diseño estaba determinado pura y exclusivamente por los requerimientos de la estructura y la planta de energía. Dado que la unidad de propulsión, violentamente radioactiva, debía encontrarse lo más lejos posible del alojamiento de la tripulación, la solución más simple consistía en una doble esfera y un largo tubo de conexión. En opinión de Gibson era también la más fea. Pero eso carecía de importancia puesto que la Ares pasaría prácticamente el resto de su vida en el espacio profundo, con las estrellas como único espectador. Quizás esperaba, cargada ya de combustible, el momento, exactamente calculado, en que sus motores irrumpirían a la vida; entonces se vería arrancada de la órbita en la que estaba girando y donde pasara toda su vida para balancearse en prolongada hipérbole rumbo a Marte.

Cuando eso ocurriera, él estaría a bordo, lanzado al fin a la aventura que nunca creyó vivir en realidad.

Capítulo 2

La cabina del capitán, a bordo de la Ares, no podía albergar más de tres hombres cuando actuaba la fuerza de gravedad, pero tenía espacio suficiente para seis cuando la nave giraba en órbita libre, pues cada uno podía permanecer a voluntad tanto en las paredes como en el techo. Del grupo que, en posiciones surrealistas, rodeaba al Capitán Norden, todos, salvo uno, habían estado ya en el espacio y sabían qué podía esperarse de ellos, aunque éste no fuera un viaje de instrucción común.

El viaje inaugural de una nueva nave espacial representa siempre un gran acontecimiento, y la Ares era la primera en su línea, la primera dedicada al transporte de pasajeros y no de mercancías. Una vez lista para cumplir sus funciones, podría transportar treinta tripulantes y ciento cincuenta pasajeros en condiciones algo espartanas. Sin embargo, en aquel primer viaje las proporciones no eran las mismas: en ese momento, los seis integrantes de la tripulación esperaban que ingresara a bordo el único pasajero.

-Todavía no entiendo bien -dijo Owen Bradley, el oficial de electrónica-; ¿qué vamos a hacer con ese tipo cuando lo tengamos aquí? ¿Quién tuvo esa brillante idea?

El Capitán Norden se pasó una mano por el cráneo, donde pocos días atrás luciera sus magníficos cabellos rubios. (Las naves espaciales rara vez llevan peluqueros a bordo y aunque hay siempre aficionados entusiastas, es preferible evitar el riesgo cuanto se pueda.)

-A eso quería referirme -dijo-; supongo que todos vosotros habéis oído hablar del señor Gibson.

Su comentario provocó un coro de réplicas, algunas no muy respetuosas.

-Creo que sus cuentos apestan -dijo el doctor Scott-. Por lo menos los últimos. Polvo Marciano no estaba mal, aunque hoy esté ya completamente superado, claro.

-¡Tonterías! -resopló Mackay, el astronavegante-. Los últimos son los mejores, desde que Gibson decidió eliminar los detalles melodramáticos y concentrarse en lo fundamental.

Este exabrupto del pequeño escocés era completamente fuera de lo habitual. Antes que nadie pudiera apoyarlo, el capitán Norden interrumpió:

-No os ofendáis, pero no estamos aquí para hablar de crítica literaria. Ya tendremos tiempo de sobra para esto. Pero antes de empezar hay uno o dos puntos que la Corporación desea aclarar. El señor Gibson es un hombre muy importante, un huésped

distinguido, y ha sido invitado a este viaje para que más adelante pueda escribir un libro sobre él. No es un recurso publicitario...

-¡De ninguna manera! -interrumpió Bradley con no poco sarcasmo.

-Naturalmente, la Corporación desea que los futuros clientes no queden... descorazonados por lo que lean. Aparte de eso, estamos haciendo historia y nuestro viaje inaugural debe ser registrado en una crónica apropiada. Por lo tanto, tratad de proceder por un tiempo como caballeros; es probable que se vendan un millón de ejemplares del libro de Gibson y vuestra reputación puede depender de cómo os comportéis en los próximos tres meses.

-Esto me suena a extorsión -dijo Bradley.

-Tomadlo como queráis -agregó Norden, con entusiasmo-. No dejaré de explicar a Gibson que no puede pretender un gran servicio, pues todavía no disponemos de mozos, cocineros y Dios sabe qué más. Él comprenderá y no va a pretender que le sirvamos el desayuno en la cama todas las mañanas.

-¿Ayudará en la limpieza? -preguntó alguien con gran sentido práctico.

Antes de que Norden pudiera encarar ese problema de etiqueta social, un repentino zumbido brotó del cuadro de mandos y una voz surgió por la rejilla del altavoz:

-Estación Uno llamando a Ares; ahí va su pasajero.

Norden pulsó un interruptor y contestó:

-Está bien..., estamos listos.

Y se volvió hacia la tripulación:

-Cuando el pobre tipo vea estos cortes de pelo pensará que se trata de un día de festejos en Alcatraz. Jimmy, ve a ayudarlo a pasar por la esclusa de aire cuando el ténder se acople.

Martin Gibson se sentía aún bastante excitado después de haber superado su primer obstáculo de importancia: el oficial médico de la Estación Espacial Uno. La pérdida de gravedad no le había molestado apenas al abandonar la estación para navegar hasta la Ares en el pequeño ténder impulsado por aire comprimido, pero el espectáculo que se presentó a sus ojos al entrar en la cabina del capitán Norden le provocó una recaída momentánea. Aunque la gravedad fuese nula, uno seguía necesitando la dirección llamada «abajo», y lo más natural era pensar que mesas y sillas estuvieran atornilladas en el piso. Por desgracia, la mayoría parecía contradecir este precepto, pues dos de los tripulantes colgaban del techo como estalactitas, y otros dos parecían descansar suspendidos en el aire en posiciones bastante estrafalarias. De acuerdo con la idea de Gibson, sólo el capitán se hallaba en posición correcta. Para empeorar las cosas, las

cabezas rapadas daban una apariencia siniestra a esos hombres de aspecto bastante normal; todo el grupo parecía una reunión familiar en el castillo de Drácula.

Se produjo una breve pausa durante la cual la tripulación examinó a Gibson. Todos reconocieron de inmediato al novelista; el público se había familiarizado con su cara desde el primer best-seller, aparecido veinte años atrás con el título de Trueno en el Alba. Era un hombre pequeño y regordete, de facciones bien cinceladas; su edad no llegaba a los cuarenta y cinco años. Cuando habló, su voz sonó sorprendentemente profunda y sonora.

Con un gesto circular que abarcó la cabina de izquierda a derecha el capitán Norden dijo:

-Le presento a mi ingeniero, el teniente Hilton. Éste es el doctor Mackay, nuestro navegante, doctorado en física y no en medicina como el doctor Scott, aquí presente. El teniente Bradley es oficial de electrónica y Jimmy Spencer, que lo esperaba en la esclusa de aire, es nuestro supernumerario, con aspiraciones a capitán cuando sea mayor.

Gibson contempló con sorpresa al pequeño grupo que lo rodeaba. ¡Eran tan pocos! ¡Cinco hombres y un muchacho! Su cara debió reflejar sorpresa, pues el capitán Norden continuó, sonriente:

-No somos muchos, ¿verdad? Pero recuerde que esta nave es casi automática; además, en el espacio nunca sucede nada. Cuando comience el servicio regular de pasajeros la tripulación será de treinta hombres. Ahora, sin embargo, compensamos el peso con carga y de esta forma viajamos como un carguero ligero.

Gibson miró atentamente aquellos hombres que serían sus únicos acompañantes durante los próximos tres meses. Su primera reacción (siempre desconfiaba de sus primeras reacciones, aunque se esforzaba en anotarlas) fue el desconcierto, al encontrarlos tan normales, exceptuando, claro está, sus raras actitudes y sus temporarias calvicies. No era posible adivinar que ejercieran una de las profesiones más románticas del mundo desde que los últimos cowboys cambiaran sus zainos por helicópteros.

A una señal que Gibson no percibió, los demás se retiraron, lanzándose sin el menor esfuerzo a través de la puerta abierta. El capitán Norden volvió a sentarse y ofreció un cigarrillo a Gibson. El escritor lo aceptó, vacilando.

-¿No le molesta que fume? -preguntó-. ¿No es un desperdicio de oxígeno? Norden rió:

Si se prohibiera fumar durante tres meses habría un motín. De todas maneras, el consumo de oxígeno es insignificante. En los primeros tiempos nos veíamos obligados a tener más cuidado. Cierta vez, una fábrica de cigarrillos sacó una marca especial para astronautas, impregnada con un portador de oxígeno para economizar el del aire. Pero no

se hizo muy popular, y un buen día una partida salió con exceso de oxígeno; al encenderlos se quemaban como buscapiés. Y éste fue el triste final de la idea.

Gibson, un tanto decepcionado, pensó que el capitán Norden no encajaba muy bien dentro del prototipo deseado. Según la mejor tradición literaria (o la más popular, al menos), el capitán de una nave espacial debía ser un veterano con canas y de mirada penetrante, que hubiera pasado la mitad de su vida en el éter y pudiera navegar por el sistema solar con los ojos vendados, gracias a su pavoroso conocimiento de las rutas celestes. Además, debía ser un mandamás; ante una orden suya, los oficiales debían saltar y ponerse en actitud militar, cuadrarse y salir a la carrera (nada fácil de lograr bajo una gravedad cero).

El capitán de la Ares no llegaba a los cuarenta años y podía pasar por un ejecutivo triunfador. En cuanto a ser un mandamás..., hasta el momento Gibson no había detectado ningún signo de disciplina. Después llegó a la conclusión de que esa impresión no era del todo exacta. La única disciplina existente en la Ares era la autoimpuesta, la única posible en el tipo de hombres que formaban la tripulación.

-¿De modo que usted no ha estado nunca en el espacio? -preguntó Norden, contemplando pensativo a su pasajero.

-Mucho me temo que no. Intenté varias veces participar en el vuelo lunar, pero es absolutamente imposible, a menos que uno vaya por asuntos oficiales. Es una verdadera lástima, pero viajar por el espacio resulta endemoniadamente caro.

Norden sonrió.

-Confiamos mucho en que la Ares contribuya a cambiar esto.

Y agregó:

-Debo reconocer que usted ha logrado escribir bastante sobre este asunto sin la menor experiencia en la materia, por decirlo así.

-¡Ah, bueno! -exclamó Gibson, displicente, tratando de que su risa fuera lo más ligera posible-. Es una ilusión muy común creer que los escritores deben experimentar cuanto describen en sus libros. Cuando era más joven leí lo que pude sobre viajes espaciales y traté de darle un sabor local. No olvide que todas mis novelas interplanetarias fueron escritas en los primeros tiempos; en los últimos años apenas he tocado el tema. Me sorprende que la gente asocie todavía mi nombre con ese tipo de obras.

Norden se preguntó hasta qué punto esa modestia era auténtica. Gibson debía saber, sin duda, que gracias a las novelas de viajes espaciales se había hecho famoso, y a ellas debía el que la Corporación lo invitara a este viaje. No escapaba a Norden que toda esta situación comportaba también grandes posibilidades de diversión. Pero eso vendría más

tarde. Entretanto debía explicar a este marinero de agua dulce la rutina de la vida a bordo, en el mundo privado de la Ares.

-A bordo de la nave observamos el mismo horario que en la Tierra, según el meridiano de Greenwich; de «noche» todo se interrumpe. No hacemos turnos, como sucedía antiguamente, ya que los instrumentos se encargan de todo mientras dormimos, y no hay necesidad de una guardia constante. Por eso podemos arreglarnos con una tripulación tan pequeña. Como en este viaje hay suficiente espacio, todos tenemos cabinas individuales. El suyo es un camarote regular de pasajeros; por casualidad, es el único que está totalmente equipado. Creo que estará cómodo. ¿Todo su equipaje está a bordo? ¿Cuánto le dejaron traer?

-Cien kilos. Está en la esclusa de aire.

-¡Cien kilos!

Norden logró reprimir su sorpresa. Era como si aquel hombre emigrara, llevándose todos los tesoros de la familia. El capitán, como astronauta, sentía horror por el exceso de carga; sin duda, Gibson llevaba muchas cosas innecesarias. A pesar de todo, si la Corporación lo había aprobado y la carga autorizada no era excesiva, no tenía por qué quejarse.

-Haré que Jimmy lo acompañe a su camarote. En este viaje él se encarga de todos estos trabajos y así se gana el pasaje mientras aprende algo sobre los vuelos espaciales. Casi todos nosotros comenzamos así, contratados para el viaje lunar durante las vacaciones en la universidad. Jimmy es un chico bastante inteligente; ya tiene aprobado su curso básico.

A esta altura Gibson comenzaba a dar por sentado que el camarero sería universitario. Siguió a Jimmy -que parecía un tanto apabullado por su presencia- hasta el alojamiento para pasajeros. Se deslizaron como fantasmas a lo largo de los corredores iluminados. Éstos contaban con un ingenio muy simple, que había contribuido en mucho a la comodidad en las naves espaciales sin gravedad. Cerca de cada pared, una correa sin fin con agarraderas distribuidas a intervalos regulares se deslizaba continuamente a varios kilómetros por hora. Con sólo extender la mano hasta una de esas correas era posible trasladarse de un extremo a otro de la nave sin hacer el menor esfuerzo, si bien se requería cierta habilidad para cambiar de una correa a otra en las intersecciones.

El camarote era pequeño pero bien planificado y con un diseño de muy buen gusto. Parecía más amplio de lo que era, gracias a las paredes cubiertas de espejos y a su ingeniosa iluminación; la cama a pivotes podía utilizarse de «día» como mesa. Había muy

pocas señales de la falta de gravedad; se había hecho todo lo posible para que el pasajero se sintiera como en su casa.

Gibson pasó la hora siguiente ordenando sus enseres y probando todos los artefactos y controles de la habitación. El dispositivo que más le gustó fue un espejo para afeitarse que, al oprimir un botón, se transformaba en un tragaluz abierto hacia las estrellas. ¿Cómo estaría fabricado?

Al fin todo quedó guardado donde pudiera encontrarlo con facilidad, y no le quedó absolutamente nada que hacer. Se recostó en la cama y se ajustó las correas elásticas en torno al pecho y los muslos. La sensación de peso no resultaba del todo convincente, pero era mejor que nada y daba cierta sensación de posición vertical.

Así, tranquilamente tendido en aquel pequeño cuarto bien iluminado, que sería su mundo durante los próximos cien días, le fue fácil olvidar las desilusiones y pequeñas contrariedades que habían empañado su partida de la Tierra. Ya no tenía nada de qué preocuparse; por primera vez, en un tiempo tan largo como su memoria podía recordar, había confiado su futuro completamente al cuidado de otros. Compromisos, fechas de conferencias, límites de plazos, todo eso había quedado atrás en la Tierra. Esta sensación de bienaventurado solaz era demasiado hermosa para durar, pero dejaría que su mente la gozara mientras fuera posible.

Tras un período indeterminado, una serie de tímidos golpecitos en la puerta despertaron a Gibson de su sueño. Por un momento no se dio cuenta de dónde se encontraba; pero al recobrar lentamente la conciencia desajustó las correas que lo sujetaban y saltó de la cama.

Como sus movimientos no estaban aún completamente coordinados se vio forzado a usar lo que podía ser el techo a modo de cañón antes de llegar a la puerta.

Allí estaba Jimmy Spencer, casi sin aliento.

-Saludos del capitán, señor -le dijo-. ¿Le gustaría venir a ver el despegue?

-Por supuesto que sí -contestó Gibson-. Espere, voy a buscar mi cámara.

Reapareció un momento después con una flamante Leica XXA equipada con lentes auxiliares y fotómetros; Jimmy la contempló sin disimular su envidia. A pesar de este bagaje extra llegaron en seguida a la galería de observación que se extendía como un cinturón circular alrededor de la Ares.

Por primera vez, Gibson vio las estrellas en todo su esplendor, ya sin el velo de la atmósfera ni de los cristales oscuros, pues estaba del lado nocturno de la nave y habían retirado los filtros para el sol. Contrariamente a lo que ocurría en la Estación Espacial, la

Ares no giraba sobre su eje, sino que se mantenía en el rígido sistema de referencia de sus giróscopos de manera que en el cielo las estrellas lucían fijas y estacionarias.

Mientras contemplaba la magnificencia que tan a menudo, y tan vanamente, había intentado describir en sus libros, fue muy difícil para Gibson analizar sus sentimientos; deploraba desperdiciar emociones que pudiera aprovechar en su trabajo. Aunque pareciera extraño, ni el brillo ni la gran cantidad de estrellas causaron gran impresión en su mente. Había visto cielos poco menos bellos que éste desde la cima de algunas montañas en la Tierra o desde el puente de observación de alguna nave estratosférica, pero nunca había sentido tan vívidamente como las estrellas se encontraban en torno a él, hasta el horizonte que ya no le pertenecía y aún más abajo, más allá de sus pies.

La Estación Espacial Uno era un juguete complicado y bien pulido que flotaba en la nada a pocos metros de la nave. No había modo de juzgar la distancia ni las dimensiones, pues su forma escapaba a todo lo conocido y el sentido de la perspectiva parecía fallar. La Tierra y el Sol permanecían invisibles, escondidos detrás de la nave.

De pronto, sorprendentemente cerca, surgió una voz incorpórea desde un altavoz oculto.

-Cien segundos para el despegue. Por favor, a vuestros puestos.

Automáticamente Gibson se puso tenso y se volvió hacia Jimmy buscando consejo. Antes de que pudiera formular ninguna pregunta su guía le anunció rápidamente:

-Debo volver a mi puesto.

Desapareció con un elegante buceo dejando a Gibson solo con sus pensamientos.

El minuto y medio siguiente transcurrió con asombrosa lentitud, a pesar de los frecuentes controles de tiempo que irrumpían desde los altavoces. Gibson se preguntó quién sería el locutor; no parecía la voz de Norden, y probablemente se trataba de una grabación operada por el circuito automático que ya debía haber tomado control de la nave.

-Veinte segundos para el despegue. La presión tardará diez segundos.

-Diez segundos para salir.

-Cinco segundos, cuatro, tres, dos, uno...

Algo sujetó suavemente a Gibson y lo deslizó por la curva de la pared llena de claraboyas haciéndolo llegar hasta lo que había pasado a ser el piso. Era difícil darse cuenta de que las nociones de «arriba y abajo» volvían a tener vigencia, y más difícil aún conectarlas con ese trueno distante y amortiguado que había quebrado el silencio de la nave. Allá lejos, en la segunda esfera que constituía la otra mitad de la Ares, en ese mundo misterioso y prohibido de átomos en mutación y máquinas automáticas, en ese

lugar donde ningún hombre podía penetrar y seguir con vida, se estaban liberando las fuerzas que impulsaban a las estrellas. Sin embargo, no había ninguna sensación de esa creciente y despiadada aceleración que acompaña siempre el despegue de un cohete propulsado químicamente. La Ares disponía de un espacio ilimitado para maniobrar; podía tardar todo el tiempo necesario para liberarse de su órbita actual y deslizarse lentamente hacia la hipérbole de transferencia que la guiaría hasta Marte. De cualquier manera, el máximo poder del impulso atómico podía mover sus dos mil toneladas de masa con una aceleración equivalente a un décimo de gravedad; por el momento estaba regulada a menos de la mitad de esta insignificante cantidad. Las unidades a propulsión atómica operaban a temperaturas tan elevadas qué sólo podían emplearse a muy baja potencia, razón por la cual era imposible utilizarlas en despegues planetarios directos. Pero, a diferencia de los cohetes químicos de alcance limitado, podían mantener su impulso durante varias horas seguidas.

Gibson no tardó mucho en orientarse nuevamente. La aceleración de la nave era tan baja que, calculó, le daba un peso efectivo inferior a los cuatro kilos; no obstante sus movimientos no se hallaban restringidos. La Estación Espacial Uno no se había movido de su posición aparente, y tuvo que esperar casi un minuto antes de notar que, en realidad, la Ares se alejaba lentamente de ella. Tardíamente se acordó de su cámara y comenzó a fotografiar la partida. Cuando, por fin, pudo solucionar el problema de la correcta apertura de diafragma para captar un pequeño objeto brillante sobre un fondo negro azabache, la estación se hallaba ya bastante distante. Había tardado menos de diez minutos en reducirse hasta la dimensión de un distante punto luminoso, difícil de distinguir entre las estrellas.

Cuando la Estación Espacial Uno hubo desaparecido por completo, Gibson se trasladó hacia la parte diurna de la nave para tomar algunas fotografías de la Tierra que se alejaba. A primera vista era una enorme y fina media luna, demasiado extensa para que el ojo pudiera captarla de una sola mirada. Mientras observaba pudo comprobar que crecía lentamente; la Ares, en cambio, daría por lo menos una vuelta más antes de despegar completamente y avanzar en espiral hacia Marte. Habría de transcurrir una hora antes de que la Tierra se redujera apreciablemente y, en ese tiempo, volvería a pasar de la fase nueva a la llena.

«Bueno, aquí estoy» -pensó Gibson. «Allá abajo queda toda mi vida anterior y la de todos mis antepasados hasta la primera burbuja de gelatina que se formó en el prístino mar. Nunca hubo un colono o un explorador que se hiciera a la vela desde su tierra natal dejando tanto tras de sí como lo hago yo. Detrás de esas nubes se esconde toda la

historia de la humanidad; dentro de poco podré eclipsar con el dedo meñique lo que fue, hasta hace una generación, todo el dominio del Hombre y todo aquello que su conocimiento pudo rescatar del tiempo.»

Este inexorable apartarse desde lo conocido hacia lo desconocido tenía casi el mismo carácter final que la muerte. Así el alma desnuda, dejando atrás todos sus tesoros, debía internarse al fin en las tinieblas y la noche.

Una hora después, mientras Gibson continuaba mirando desde el puesto de observación, la Ares alcanzó finalmente la velocidad de evasión y se liberó de la Tierra. Era imposible precisar cuando llegó este momento; la Tierra aún dominaba el cielo, y los motores proseguían su tronar amordazado y distante. Serían necesarias diez horas más de operación continua para que completaran su tarea y pudieran apagarse por el resto del viaje.

Ese momento llegó mientras Gibson dormía. El repentino silencio y la absoluta pérdida de todo resto de gravedad de que la nave había disfrutado en las últimas horas lo devolvieron a un estado de semiconocimiento. Soñoliento, miró alrededor del cuarto oscuro hasta que sus ojos encontraron el pequeño dechado de estrellas enmarcado por la claraboya. Se hallaban, por supuesto, completamente inmóviles. Resultaba imposible creer que en este momento la Ares se alejaba de la órbita terrestre a una velocidad tan grande que ni siquiera el sol sería capaz de detenerla.

Casi en sueños, ajustó las bandas de sujeción de su ropa de cama para evitar flotar por el cuarto. No iba a recobrar ninguna sensación de peso durante los cien días siguientes.

Capítulo 3

A través de la claraboya se veía el mismo dechado de estrellas que la noche anterior; procedente del sistema de altavoces, una serie de notas similares a campanadas despertaron a Gibson de un sueño sin sobresaltos. Se vistió con premura y se dirigió rápidamente hacia el puente de observación. ¿Qué había sucedido con la Tierra durante la noche?

Era desconcertante ver en el cielo dos lunas al mismo tiempo, por lo menos para un habitante de la Tierra. Pero allí estaban, muy juntas, una de doble tamaño que la otra y ambas en su primer cuarto. Transcurrieron varios segundos antes de que Gibson notara que se trataba de la Luna y la Tierra juntas, y le costó algo más comprender que el más pequeño y distante era su propio mundo.

Por desgracia, la Ares no pasaba muy cerca de la Luna, pero aun así ésta era diez veces mayor de lo que Gibson jamás pudiera observar desde la Tierra. Las cadenas entrecruzadas de cráteres se distinguían claramente a lo largo de la escarpada línea que separaba el día de la noche; el disco, todavía en sombras, era visible gracias a la luz terrestre que se reflejaba sobre él. Gibson se inclinó súbitamente hacia adelante, sin dar crédito a sus ojos. Pero no cabía duda alguna: allá, en medio de aquella tierra fría y apenas iluminada que esperaba una aurora todavía lejana, pequeñas luciérnagas brillaban en la penumbra. Cincuenta años antes no habían estado allí; eran las luces de las primeras ciudades selenitas, anunciando a las estrellas que la vida había llegado por fin a la Luna, tras milenios de espera.

Una tosecita discreta, procedente de un lugar indeterminado, interrumpió el ensueño de Gibson. Después, una voz ligeramente amplificada anunció, en tono algo íntimo:

-Si el señor Gibson tiene a bien pasar al comedor, encontrará todavía un poco de café tibio y algún cereal en la mesa.

Miró rápidamente su reloj. Por primera vez había olvidado completamente el desayuno. Alguien, al no encontrarlo en su cabina, había optado por llamarlo a través del sistema de altavoces.

Se dirigió al comedor; en su premura se perdió por completo en el laberinto de corredores. La amplitud interior era sorprendente; algún día habría carteles por todas partes para guiar a los pasajeros, pero Gibson debía encontrar su camino como pudiera. Como no existían «arriba» ni ««abajo», ni división natural del espacio en horizontal y vertical, había una dimensión más en la que perderse. Y él no dejó escapar la oportunidad.

Cuando al fin irrumpió en el comedor, disculpándose, encontró a la tripulación envuelta en una controversia de carácter técnico, respecto los méritos de los diversos modelos de naves espaciales. Mientras mordisqueaba el desayuno escuchó atentamente. Tenía poco apetito, sin saber por qué; luego recordó que, en el espacio, la ausencia de esfuerzo muscular producía a menudo ese efecto, muy conveniente, por cierto, para el departamento de provisiones.

Mientras comía observó al reducido grupo de hombres que discutían, grabándolos en su mente y tomando nota de su conducta y características personales. La presentación que de ellos le hiciera Norden sólo equivalía a un rótulo, y no tenía aún ante sí personalidades definidas. Resultaba extraño pensar que quizás antes de terminar el viaje cada uno de ellos le sería más íntimamente conocido que sus amigos de la Tierra. A bordo del pequeño mundo de la Ares no cabían secretos ni máscaras.

En ese momento era el doctor Scott quien hablaba. (Más adelante Gibson llegaría a comprender que esto no tenía nada de extraño.) Parecía un temperamento algo excitable; al menor aliciente se lanzaba en disertaciones sobre asuntos en los que no tenía autoridad para opinar. El que mejor sabía interrumpirlo era Bradley, experto en electrotécnica y comunicaciones, persona cortante y cínica, que parecía obtener cierto placer sardónico en el saboteo verbal. De tanto en tanto arrojaba una bomba sobre la conversación, deteniendo a Scott por un momento, aunque nunca por mucho tiempo. También Mackay, el pequeño matemático, se sumaba algunas veces a la batalla; hablaba en forma rápida y precisa, casi pedante. Según la impresión de Gibson, debía sentirse más a gusto en la sala de actos de una universidad que en una nave espacial.

El capitán Norden parecía actuar como tercero aunque no del todo neutral; en un intento de prevenir cualquier victoria definitiva, apoyaba primero a una parte y luego a la otra. El joven Spencer ya se encontraba trabajando; el ingeniero Hilton, por último, no tomaba parte en la discusión; permanecía tranquilo, observando a los demás con aire de divertida indiferencia. Gibson encontraba extrañamente familiar su rostro. ¿Dónde lo había visto antes? ¡Claro, por supuesto, cómo no lo había recordado! Era Hilton, en carne y hueso. Gibson giró en su silla para observarlo más claramente. Olvidó la comida para mirarlo con envidia y fascinación: era el hombre que había traído a la Arcturus de regreso a Marte, tras la más grande aventura espacial. Sólo seis hombres habían logrado llegar a Saturno, y sólo tres de ellos estaban vivos aún. Junto con los compañeros perdidos, Hilton había estado en esas lunas remotas cuyos nombres tenían algo de magia: Titán, Encladus, Tethys, Rhea, Dione. Había contemplado el incomparable esplendor de los grandes anillos que ornan el cielo, en una curva excesivamente simétrica para ser obra de la naturaleza. Había estado asimismo en la Ultima Thula navegando en torno a los fríos gigantes exteriores de la amplia familia solar, para regresar una vez más hacia la luz y el calor de los mundos internos. «Sí», pensó Gibson, «hay muchas cosas de las que quisiera hablar antes de que el viaje finalice».

Terminada la discusión, el grupo se dispersó; cada uno de los oficiales flotó (literalmente hablando) hacia su puesto; pero los pensamientos de Gibson estaban aún alrededor de Saturno cuando el capitán Norden se le acercó, interrumpiendo su ensueño.

-No sé cuáles son sus planes -dijo-, pero supongo que le gustaría recorrer la nave. Después de todo, eso es lo que sucede generalmente en sus novelas a esta altura del viaje.

Gibson esbozó una sonrisa forzada. Tardaría algo más en desligarse de su pasado.

-Me temo que está en lo cierto; naturalmente, es la mejor forma de hacer saber al lector cómo funcionan las cosas y de esbozarle el escenario donde tiene lugar la trama. Ahora, por suerte, no es tan importante, pues todo el mundo conoce bien cómo es una nave espacial por dentro. Pueden darse por sobreentendidos los detalles técnicos y seguir adelante con la narración. Pero en la década de 1960, cuando comencé a escribir sobre astronáutica, uno tenía que demorar el argumento por varios miles de palabras para explicar cómo funcionaban los trajes espaciales, cómo operaba la propulsión atómica, o aclarar cuanto pudiera entrar en el relato.

En ese caso -dijo Norden, con la más encantadora de las sonrisas-, presumo que no es mucho lo que podemos enseñarle con respecto a la Ares.

Gibson logró sonrojarse.

-Le agradecería mucho que me lo mostrara todo, esté o no de acuerdo con las normas literarias.

-Muy bien -dijo Norden con una sonrisa-. Empezaremos por el cuarto de control. Acompáñeme.

Durante dos horas flotaron por el laberinto de corredores que cruzaba, como un sistema de arterias, el espacio esférico de la Ares. Gibson sabía que muy pronto estaría lo bastante familiarizado con la nave como para recorrerla de un extremo a otro con los ojos vendados. Pero ya se había perdido una vez, y antes de aprender el camino volvería a ocurrirle.

Como la nave era esférica, había sido dividida en zonas de latitud, a semejanza de la Tierra. La nomenclatura resultante era muy útil, pues sugería de inmediato la geografía de la nave. Ir hacia el «Norte» significaba dirigirse hacia la cabina de control y al alojamiento de la tripulación. Cuando uno se encaminaba hacia el Ecuador, era para visitar el gran comedor, que ocupaba casi toda la parte central de la nave, o la galería de observación, que la circundaba por completo. El hemisferio sur estaba casi totalmente ocupado por el tanque de combustible, además de unas pocas bodegas de almacenaje y diversas maquinarias. En esos momentos, como la Ares no utilizaba ya sus motores, se había vuelto en el espacio, de manera tal que el hemisferio norte gozaba de una perpetua luz solar, mientras el sur, deshabitado, quedaba en la oscuridad. Precisamente en el polo sur, una portezuela de metal lucía una impresionante colección de sellos oficiales y un cartel que decía: «Prohibido abrir sin órdenes expresas del capitán o de su segundo.» Detrás de ella se encontraba el largo y angosto tubo que conectaba el cuerpo principal de la nave con la esfera más pequeña, a unos cien metros de distancia, donde estaban la planta de energía y las unidades de propulsión. Gibson se preguntó para qué servía esa puerta si

nadie podía pasar por ella; luego recordó que los robots de reparaciones enviados por la Comisión de Energía Atómica debían disponer de alguna entrada para cumplir con sus funciones.

Por extraño que parezca, no fueron las maravillas científicas y técnicas de la nave las que más impresionaron a Gibson, pues ya las esperaba; fueron, en cambio, los alojamientos vacíos destinados a los pasajeros. Se trataba de un panal de celdas muy abigarradas que ocupaba buena parte de la templada Zona Norte. Causaban una impresión desagradable. A veces, una casa nueva, todavía sin ocupar, puede resultar más solitaria que una antigua mina abandonada; ésta ha albergado vida en otros tiempos, y aún la habitan los fantasmas. Había una fuerte sensación de vacío y desolación en esos iluminados corredores donde resonaba el eco; algún día estarían desbordantes de vida, pero por ahora permanecían fríos y solitarios bajo la luz difusa reflejada en las paredes, una luz más azulada que la terráquea y, por ende, dura y fría.

Cuando Gibson volvió a su cuarto estaba mental y físicamente exhausto. Norden se había mostrado muy concienzudo como guía, probablemente a modo de venganza, divirtiéndose de paso con ello. Trató de imaginar qué pensarían sus compañeros de su actividad literaria; tal vez lo sabría muy pronto.

Mientras permanecía recostado en su litera, analizando sus impresiones, oyó un tímido golpe en la puerta.

-¡Maldición! -murmuró.

Luego, en voz más alta, dijo:

-¿Quién es?

-Jim... Spencer, señor Gibson; traigo un radiograma para usted.

El joven Jimmy flotó dentro del cuarto, llevando un sobre con el sello del oficial de Comunicaciones. Aunque estaba cerrado, Gibson intuyó que sólo él, entre los de a bordo, desconocía su contenido. Con cierto enfado, adivinó lo que podía decir y mascullló para sí. No había manera de escapar de la Tierra: lo atrapaban a uno dondequiera que fuese.

Era un breve mensaje, en el que sólo una palabra estaba de más:

«New Yorker, Revue des Quatre Mondes, Life, Interplanetary quieren cinco mil palabras cada una. Por favor contesta radio próximo domingo. Cariños. Ruth.»

Gibson suspiró. Había partido de la Tierra con mucha premura, sin tiempo para una consulta final con Ruth Goldstein, su agente, con la que sólo cruzó una breve llamada telefónica desde el otro lado del globo. Pero le había dicho con toda claridad que deseaba estar tranquilo por un par de semanas. Eso, sin embargo, nunca había importado mucho y es probable que Ruth siguiera adelante, con entusiasmo, confiada en que él haría su

parte a tiempo. Pero, por una vez no iba a permitir que especularan con él; ya podía quedarse esperando; ¡se había ganado unas vacaciones!

Tomó su cuaderno de notas y, mientras Jimmy miraba ostentosamente hacia otro lado, escribió: «Lamento, derechos exclusivos prometidos a criador cerdos y pollos de Alabama. Cualquier mes enviaré detalles. ¿Cuándo envenenarás Harry? Cariños. Mart.»

Harry constituía la mitad literaria de Goldsteni & Co., en oposición a la otra mitad, la comercial. Durante más de veinte años había formado un matrimonio feliz con Ruth y durante buena parte de los últimos quince, Gibson no cesó de advertirles que se estaban dejando atrapar por la rutina y que necesitaban un cambio, pues las cosas no podían durar mucho tiempo más en esas condiciones.

Con una mirada de ligera sorpresa, Jimmy Spencer se marchó con el extraño mensaje, dejando a Gibson a solas con sus pensamientos. Naturalmente, algún día tendría que empezar a trabajar, pero mientras tanto la máquina de escribir estaba enterrada en algún lugar de la bodega, lejos de la vista. Hasta había sentido la tentación de ponerle un cartelito: «No admitida en el espacio... Se la puede almacenar en el vacío», pero se contuvo. Como la mayoría de los escritores que no dependen por completo de sus ganancias literarias, Gibson odiaba empezar a escribir. Después que había empezado era diferente..., a veces.

Sus vacaciones duraron una semana completa. Al final de ese período, la Tierra era sólo una estrella más brillante que las demás; pronto se perdería en el resplandor del sol. Parecía difícil no haber conocido otra vida que no fuera aquélla, en el pequeño universo de la Ares. Los tripulantes no eran ya Norden, Hilton, Mackay, Bradley y Scott, sino John, Fred, Angus, Owen y Bob.

Había llegado a conocerlos a fondo, aunque Hilton y Bradley tenían una curiosa reserva que no había logrado penetrar. Cada uno constituía una personalidad definida y contrastante; la inteligencia era casi lo único que tenían en común. Sin duda, ninguno de ellos tenía un cociente intelectual inferior a 120; a veces Gibson se retorcía de vergüenza al recordar las tripulaciones que había imaginado para algunas de sus novelescas naves espaciales. Recordaba, por ejemplo, a Graham, el jefe piloto de Cinco Lunas de Más, quien era todavía uno de sus personajes favoritos. Graham era un tipo rudo (¿acaso no había sobrevivido medio minuto en el vacío antes de poder vestir su traje espacial?) y por lo común consumía una botella de whisky al día. Era el polo opuesto a Angus Mackay, doctor en Física Astronáutica, quien solía sentarse tranquilamente en un rincón a leer un ejemplar muy documentado de los Cuentos de Canterbury mientras sorbía de vez en cuando un poco de leche.

Gibson, como muchos otros escritores de las décadas 1950 y 1960, había cometido el error de suponer que no había gran diferencia entre las naves del espacio y las marinas, como tampoco entre los hombres que las tripulaban. Ciertamente, existían ciertas similitudes pero las diferencias eran mucho más numerosas. Esto se debía a razones puramente técnicas, perfectamente previsibles; pero los escritores populares de esos tiempos habían tomado el camino más fácil, consistente en aplicar la tradición de Herman Menfille y Frank Dana a un medio en el que resultaban muy poco adecuados.

Una nave espacial se parecía mucho más a un globo estratosférico que a cualquier cosa capaz de surcar los mares, y exigía de su tripulación un entrenamiento técnico mucho más elevado que el requerido por la aviación. Para ocupar un puesto como el de Norden, era necesario cursar cinco años en la universidad, tres de práctica en el espacio y luego otros dos en la universidad, estudiando teoría astronáutica avanzada.

Toda la semana había sido muy tranquila. Por primera vez en cinco años Gibson había podido holgazanear y disfrutar de la vida; contemplaba el increíble campo estelar durante varias horas seguidas y tomaba parte en las discusiones que convertían cada comida en una prolongada ocasión para la sociabilidad. La rutina de a bordo no era muy estricta; la tripulación de Norden no aceptaba órdenes, y éste era demasiado inteligente para tratar de hacerlo. Sabía que el trabajo sería debidamente cumplido, pues sus hombres se sentían orgullosos de hacerlo; excepto por los informes diarios de mantenimiento, que cada uno firmaba y presentaba al Capitán todas las noches, existía un mínimo de control y supervisión. La Ares era un buen ejemplo de democracia aplicada.

Mientras Gibson y el doctor Scott disfrutaban de un tranquilo juego de dardos, estalló inesperadamente la primera conmoción del viaje. Hay pocos juegos de ingenio que puedan practicarse en el espacio; por mucho tiempo las cartas y el ajedrez representaron la clásica elección, hasta que un ingenioso inglés descubrió lo interesante que era arrojar dardos sin la acción de la gravedad. La distancia al blanco era de diez metros y el juego en sí obedecía a las mismas reglas observadas durante siglos en la atmósfera de cerveza y humo de tabaco de las tabernas inglesas.

Gibson descubrió con deleite que jugaba bastante bien. Casi siempre derrotaba a Scott, a pesar de la técnica complicada de su rival (o tal vez a causa de la misma). Ésta consistía en suspender cuidadosamente la «flecha» en el aire; se retrocedía después un par de metros para calcular con la vista y lanzarla hacia adelante.

Scott intentaba, con optimismo, llegar a un triple veinte cuando Bradley se deslizó en el cuarto con un formulario de comunicaciones en la mano.

-No os volváis a mirar -dijo, en un tono de voz suave y modulado-, pero nos están siguiendo.

Se apoyó en la puerta mientras todos lo contemplaban con sorpresa. El primero en reaccionar fue Mackay:

-Por favor, explícate -le urgió.

-Hay un transportador de misiles Mark III que nos viene siguiendo. Ha sido lanzado de la Estación Exterior y en cuatro días logrará pasarnos. Quieren que lo intercepte cuando pase con mi radiocontrol, pero con la dispersión que se produce a esta distancia es pedir demasiado. Dudo que pase dentro de los cien mil kilómetros de distancia.

-¿A quién viene a socorrer? ¿Alguien se olvidó el cepillo de dientes?

-Parece que transporta medicinas requeridas con urgencia. Toma, Doc, échale un vistazo.

El doctor Scott leyó el mensaje cuidadosamente.

-Esto sí que es interesante. Parece que tenemos un antídoto contra la fiebre marciana. Es un suero especial, hecho por el Instituto Pasteur. Deben estar muy seguros del asunto para tomarse la molestia de seguirnos.

Sin poder contenerse por más tiempo, Gibson estalló:

-En nombre del cielo, ¿qué es un misil Mark III y la fiebre marciana?

Antes que nadie pudiera intercalar una palabra, el doctor Scott contestó:

-La fiebre marciana no es, en realidad, una enfermedad marciana. Parece ser causada por un organismo terrestre que hemos llevado al otro planeta y que se adaptó mejor a ese clima que al original. Provoca aproximadamente el mismo efecto que la malaria; no mata a mucha gente, pero sus efectos económicos son muy serios. En un año se pierden horas de trabajo en un porcentaje de...

-Gracias, ahora recuerdo de qué se trata. ¿Y el misil?

Hilton intervino suavemente en la conversación:

-Se trata, simplemente, de un pequeño cohete automático con radio control, de velocidad terminal muy elevada. Se usa para transportar cargas entre estaciones espaciales, o también para perseguir las naves espaciales cuando se han olvidado algo. Cuando esté al alcance de la radio captará nuestra onda y vendrá hacia nosotros.

De pronto exclamó:

-¡Eh, Bob! ¿Por qué no lo enviaron directamente a Marte? Podría llegar antes que nosotros.

-Porque a sus pequeños pasajeros no les gustaría nada. Tengo que preparar ciertos cultivos para que sigan vivos y atenderlos después como una nodriza. No es lo que acostumbro a hacer, pero aún recuerdo algo de lo que practiqué en la facultad.

-¿No sería mejor que alguien pintara una cruz roja fuera? -preguntó Mackay, en un raro despliegue de humor.

Gibson cavilaba. Tras una pausa, dijo:

-Tenía entendido que en Marte la vida era muy sana, tanto física como psicológicamente.

-No debe creer todo lo que lee -terció Bradley-. No me explico por qué la gente quiere ir allí. Es plano, frío y está lleno de plantas semi-raquíticas, dignas de Edgar Alan Poe. Hemos malgastado millones sin obtener ni un centavo de provecho. Quien vaya allí por propia voluntad debería hacerse revisar la cabeza. No quiero ofender a nadie, por supuesto.

Gibson sólo contestó con una sonrisa amable. Había descubierto ya que el cinismo de Bradley era falso en un noventa por ciento, pero nunca sabía cuando sus ofensas eran sólo simuladas. Por esta vez, el capitán Norden hizo valer su autoridad, no sólo para impedir que Bradley se saliera con la suya, sino también para evitar la divulgación de un concepto tan alarmante y deprimente. Dirigió una mirada furibunda a su oficial de electrónica y dijo:

-Debo advertírtelo, Martin: al señor Bradley no le gusta Marte, pero tiene la misma opinión con respecto a la Tierra y a Venus. No permitas, pues, que sus opiniones te desanimen.

-De ninguna manera -sonrió Gibson-. Pero quisiera preguntar algo.

-¿De qué se trata? -inquirió Norden, ansioso.

-El señor Bradley ¿tiene un concepto tan pobre del señor Bradley como de todo lo demás?

-Aunque parezca extraño, así es -afirmó Norden-. Eso demuestra que al menos uno de sus juicios es acertado.

-Touché -murmuró Bradley, perdedor por una vez.

-Me aislaré en una trinchera profunda y redactaré una respuesta apropiada. Entretanto, Mac, por favor, consigue las coordenadas del misil y avísame cuando se ponga al alcance.

-Está bien -replicó Mackay, distraído.

Ya estaba nuevamente absorto en Chaucer.

Capítulo 4

Durante los días siguientes, Gibson estuvo excesivamente ocupado en sus cosas, e intervino poco en la escasa vida social de la Ares. Como le ocurría siempre que sus descansos se prolongaban más de una semana, empezó a sentir remordimientos y volvió a trabajar con ahínco.

Sus compañeros de tripulación (puesto que ya no se consideraba un pasajero privilegiado) respetaron su aislamiento. En un principio, cuando pasaban por su camarote solían entrar a charlar de naderías o, simplemente, a intercambiar quejas sobre el clima. Todo esto resultaba muy agradable, pero Gibson se vio obligado a ponerle fin con un cartel pegado a la puerta: «Peligro: hombre trabajando». Huelga decir que la nota quedó muy pronto cubierta de comentarios soeces escritos por distintas manos; sin embargo, había cumplido con su finalidad.

La máquina de escribir, rescatada de entre el resto de sus pertenencias, ocupaba ahora el sitio de honor en la pequeña cabina. Gibson era desordenado en su trabajo; por todas partes había hojas manuscritas sujetas por bandas elásticas para impedir que se dispersaran. El delgado papel carbónico le ocasionó muchas dificultades, dada su tendencia a incorporarse a la circulación de aire y adherirse al ventilador, pero para entonces Gibson dominaba ya las pequeñas técnicas adecuadas para vivir sin gravedad. Era sorprendente la rapidez con que se aprendían y se transformaban en parte de la vida cotidiana.

Como escritor, le había resultado difícil expresar en palabras sus impresiones sobre el espacio; no se podía decir, simplemente, «el espacio es terriblemente grande», y dejarlo así. El despegue desde la Tierra había sido una verdadera prueba para su ingenio. En realidad, no mentía, pero quien leyera su dramática descripción, donde la Tierra se precipitaba bajo el chorro del cohete, no recibiría la impresión de que el narrador había caído en una feliz inconsciencia, a la que siguió rápidamente un estado consciente no tan feliz.

En cuanto hubo terminado un par de artículos capaces de contentar a Ruth por un tiempo (entretanto ella le había enviado tres radiogramas en tonos de creciente dureza) se dirigió al Norte, a la oficina de Comunicaciones. Bradley recibió con gran falta de entusiasmo las hojas para transmitir.

-Supongo que esto sucederá todos los días desde ahora en adelante -dijo, sombrío.

-Eso quisiera... pero temo que no será posible. Depende de mi inspiración.

-Hay una palabra mal separada aquí, al empezar la página dos.

-Me parece magnífico.

-En la página tres pusiste «centrífuga» donde debería decir «centrípeta».

-Considerando que me pagan por palabras, ¿no te parece que es muy generoso de mi parte emplear vocablos tan largos?

-En la página cuatro hay dos oraciones sucesivas que empiezan con «Y...»

-Dime, ¿vas a enviar ese maldito material o tendré que hacerlo yo?

Bradley sonrió, satisfecho.

-Me gustaría verte intentarlo. Hablando en serio, debí advertirte que utilizaras cinta negra, pues con azul no se obtiene tan buen contraste; en esta zona, el transmisor de facsímiles funcionará bien, pero cuando estemos más lejos de la Tierra será importante obtener una señal neta y clara.

Mientras hablaba, Bradley iba deslizando las hojas en la bandeja del transmisor automático.

Gibson contempló, fascinado, cómo desaparecían una a una en las fauces de la máquina, para surgir cinco minutos después en la canasta recolectora de cables. Resultaba extraño pensar que sus palabras corrían ya a través del espacio en un continuo fluir, alejándose millones de kilómetros cada tres segundos. Sin embargo, le sorprendió que exigiera tanto tiempo transmitir una sola hoja; sabía que ciertas máquinas de la Tierra eran capaces de enviar cientos de páginas impresas por minuto.

Ante su pregunta, Bradley le dio la siguiente explicación:

-Es un asunto complicado. Con la baja energía que tenemos no podemos emplear un facsímil de alta velocidad para recorridos de cien mil kilómetros. Cuanto mayor es la velocidad más ancha resulta la banda del sistema y mayor la interferencia registrada, con lo que se enturbia la onda. Por eso la telefonía no es muy práctica en circuitos de muy larga distancia.

-Creo entender -dijo Gibson-; pero en este caso ¿por qué no hay problemas para efectuar transmisiones por radio desde Marte o Venus, aun cuando se encuentran del otro lado del sol?

-Porque en los planetas, las compañías de comunicaciones pueden enfocar sus rayos con lentes de cien metros de diámetro, y agregar unos cuantos megawatios. Nuestro pequeño sistema aéreo tiene sólo cinco metros de diámetro y no podemos generar unos pocos cientos de kilowatios sin que nuestros sistemas de emisión vuelen por el aire.

-Oh -dijo Gibson pensativo, y dejó las cosas como estaban.

Mientras recogía sus hojas se oyó un zumbido entre la jungla de diales, interruptores y paneles medidores que cubrían prácticamente toda la pared de la pequeña oficina. Bradley saltó hacia uno de sus receptores y empezó a efectuar operaciones incomprensibles a gran velocidad. Un altavoz emitió un silbido estridente.

-El transportador está por fin a nuestro alcance -dijo Bradley-, pero se halla muy lejos... Me atrevo a calcular que pasará a cien mil kilómetros.

-¿Podemos hacer algo para evitarlo?

-Muy poco. He encendido nuestro radiofaro; si recibe nuestra señal nos localizará automáticamente y se acercará a pocos kilómetros de nosotros.

-¿Y si no la recibe?

-En este caso seguirá su curso hasta salir del sistema solar. Se traslada a velocidad suficiente para escapar de la atracción del Sol, que, en realidad es lo mismo que estamos haciendo nosotros.

-Es para levantar el ánimo a cualquiera. ¿Cuánto tardaríamos?

-¿En qué?

-En salir del sistema.

-Un par de años, tal vez. Será mejor que se lo preguntes a Mackay. Yo no conozco todas las respuestas... ¡No soy uno de tus personajes!

-Todavía puedes serlo -repuso Gibson, sombrío, mientras se retiraba.

La proximidad del misil agregó un elemento de excitación, inesperado y bienvenido, a la vida rutinaria de la Ares. Una vez desvanecido el primer entusiasmo inocente, un viaje espacial podía volverse terriblemente monótono. En el futuro, cuando la nave desbordara de vida, sería distinto pero, por ahora, había momentos en que la soledad resultaba bastante deprimente.

El doctor Scott había organizado apuestas, pero el capitán Norden restringía con firmeza la cuantía de las mismas. Ciertos cálculos de Mackay indicaban que el proyectil pasaría a ciento veinticinco mil kilómetros de la Ares, con un margen de error, en más o en menos, de treinta mil. La mayoría había apostado a la cifra más probable, pero algunos pesimistas, desconfiando completamente de Mackay, habían predicho hasta doscientos cincuenta mil kilómetros de distancia. No se apostaba dinero, sino otras mercancías mucho más útiles: cigarrillos, caramelos y otros objetos de lujo. El peso permitido a la tripulación estaba estrictamente limitado y esas cosas, por lo tanto.resultaban mucho más valiosas que los meros trozos de papel impresos. Mackay llegó a apostar media botella de whisky. Según explicó, él nunca bebía, pero lo llevaba para un compatriota de Marte que

no podía conseguirlo legítimo ni pagarse el pasaje hasta Escocia. Nadie le creía, lo que era un poco injusto, pues había mucho de cierto en la historia.

-¡Jimmy!

-Sí, capitán Norden.

-¿Terminaste de controlar los manómetros de oxígeno?

Si, señor. Todo está bien.

¿Qué sucede con ese equipo automático de grabación que los físicos colocaron en la bodega? ¿Continúa funcionando?

Sí, pero hace el mismo ruido que al principio.

-Bien. ¿Limpiaste la cocina donde el señor Hilton dejó derramar la leche?

-Sí, capitán.

-O sea que has terminado con todo.

-Creo que sí, pero yo pensaba...

-Perfecto. Tengo un trabajo interesante para ti... algo fuera de lo común. El señor Gibson quiere empezar a repasar sus conocimientos de astronáutica. Naturalmente, cualquiera de nosotros podría decirle lo que quiere saber, pero... tú acabas de salir de la universidad y tal vez puedas explicárselo mejor.Todavía tienes presentes las dificultades del principiante; nosotros, en cambio, tendemos a dar muchas cosas por sentadas. Te ocupará poco tiempo. Ve cuando él te llame y contesta a sus preguntas. Estoy seguro de que sabrás desenvolverte.

Jimmy salió, cabizbajo.

-Pasa -dijo Gibson sin levantar la vista de la máquina de escribir.

La puerta se abrió a sus espaldas y Jimmy Spencer entró flotando en la habitación.

-Aquí tiene el libro, señor Gibson. Creo que encontrará lo que busca. Es «Elementos de Astronáutica», de Richardson, edición especial en papel Biblia.

Colocó el volumen frente a Gibson, quien comenzó a volver las hojas; su interés se esfumó rápidamente al ver cómo disminuía la proporción de palabras por página. Abandonó en la mitad del libro, al llegar a una página cuya única frase decía: «Sustituyendo por el valor del perihelio la distancia de la ecuación 15:3, obtenemos...», todo lo demás eran cifras.

-¿Estás seguro de que éste es el libro más elemental de a bordo? -preguntó, vacilante, sin querer desalentar a Jimmy.

Había sentido cierta sorpresa al conocer la designación de Spencer como mentor no oficial, y fue lo bastante astuto para adivinar la razón: todas las tareas que nadie quería realizar tenían tendencia, curiosamente, a recaer sobre Jimmy.

-Oh, claro, es realmente elemental. Prescinde de las notaciones de vector y ni siquiera toca la teoría de la perturbación. ¡Si usted viera los libros que Mackay tiene en su cuarto! Cada ecuación ocupa hasta dos páginas impresas.

-Gracias, de todos modos. Cuando quede atascado te llamaré. Hace unos veinte años que no estudio matemáticas, pero era bastante bueno en esto. Cuando necesites el libro, dímelo.

-No hay prisa, señor Gibson; ya estoy en los temas más avanzados y no lo uso mucho.

-Ah, antes de irte, quizá puedas aclararme algo que acaba de presentarse. Parece que mucha gente aún se preocupa por los meteoros, y me han pedido la última información que haya sobre el tema. ¿Son realmente peligrosos?

Jimmy meditó por un momento.

-Yo podría darle una información aproximada -dijo-, pero en su lugar consultaría al señor Mackay. Él dispone de tablas con las cifras exactas.

-Eso haré.

Gibson habría podido comunicarse con Mackay por teléfono pero cualquier excusa para dejar el trabajo era bienvenida. Encontró al pequeño astronavegante tecleando ritmos sobre la gran calculadora electrónica.

-¿Meteoros? -dijo Mackay-. Ah, sí, es un asunto muy interesante. Sin embargo, temo que se hayan publicado muchos datos inexactos sobre eso. Hasta hace poco tiempo, la gente creía que una nave espacial sería acribillada por ellos en cuanto dejara la atmósfera.

-Algunos todavía lo creen -contestó Gibson-. Por lo menos, piensan que los viajes de pasajeros a gran escala serán arriesgados.

Mackay contestó, con un bufido de disgusto:

-Los meteoros son mucho menos peligrosos que los relámpagos; los más grandes no son mayores que un guisante.

-Sin embargo, una nave sufrió averías por esta causa.

-¿Se refiere a la Star Queen? Un accidente serio en cinco años es un promedio bastante bueno. Pero nunca se ha perdido una nave por causa de los meteoros.

-¿Qué pasó con la Pallas?

-Nadie sabe lo que sucedió con ella. Esta es la teoría popular, pero no coincide con la de los expertos.

-En ese caso ¿puedo decirle al público que olvide el asunto?

-Sí, claro... Aunque el asunto del polvo...

-¿Polvo?

-En efecto, si por meteoros entiende usted partículas bastante grandes, desde dos milímetros en adelante, no hay que preocuparse. Pero el polvo es un fastidio, especialmente en las estaciones espaciales. Periódicamente alguien tiene que revisar el blindaje para localizar perforaciones. Por lo general son tan pequeñas que escapan a la vista, pero un grano de polvo lanzado a cincuenta kilómetros por segundo puede atravesar un metal de mucho grosor.

Esto le pareció bastante alarmante a Gibson y Mackay se apresuró a tranquilizarlo:

-En realidad no hay por que; preocuparse -repitió-. Siempre existen pérdidas a través del casco, pero la provisión de aire no resulta afectada.

Por ocupado que Gibson estuviera o por fingir que lo estaba, siempre tenía tiempo para vagar inquieto por los laberintos de la nave, poblados de estos, o para sentarse a mirar las estrellas desde la galería de observación ecuatorial. Había adquirido el hábito de escuchar desde allí los conciertos diarios. Exactamente a las 15.00 horas, el sistema de altavoces daba señales de vida; durante una hora, los vacíos pasadizos de la Ares se llenaban de los susurros o rugidos de la música terrestre. Cada día, una persona distinta se encargaba de elegir el programa; de ese modo, nadie sabía lo que iban a escuchar, si bien después de un rato era fácil adivinar quién había hecho la selección. Norden escogía clásicos ligeros y óperas; Hilton, casi exclusivamente Beethoven y Tchaikovsky. Mackay y Bradley los consideraban novatos sin remedio; ellos, por su parte, preferían música de cámara más astringente o cacofonías atonales, a las que nadie encontraba pies ni cabeza, ni méritos para esforzarse en escucharlas. Los micro-registros de libros y música disponibles a bordo eran tantos que proporcionaban material para toda una vida en el espacio. Contenía el equivalente de unos doscientos cincuenta mil libros y algunas miles de obras para orquesta, todos grabados electrónicamente, a la espera de que una orden los volviera a la vida.

Gibson, sentado en la galería de observación, trataba de ver cuántas formaciones de la Pléyade podía descubrir a simple vista; en ese momento, un pequeño proyectil silbó cerca de su oído; con un golpe seco se adhirió al vidrio de la portilla, donde quedó vibrando como una flecha. A primera vista parecía no ser otra cosa, y Gibson se preguntó si los indios cheroquíes estarían de nuevo en pie de guerra. Vio entonces que una ventosa de goma reemplazaba la cabeza; desde la base, justo detrás de las plumas, un hilo fino y

largo se perdía en la distancia. Al final del hilo estaba el doctor Roberto Scott, médico, elevándose con rapidez, como una enérgica araña.

Gibson trató de decir algo ingenioso y punzante pero, como de costumbre, el doctor le ganó por la mano:

-¿No te parece gracioso? -preguntó-. Tiene un alcance de veinte metros y sólo pesa medio kilo; en cuanto regrese a la Tierra voy a patentarlo.

-Para qué? -preguntó Gibson, resignado a escuchar.

-Dios mío, ¿no ves? Supongamos que quieres trasladarte de un lugar a otro en una estación espacial sin gravedad de rotación. Basta con arrojarlo contra cualquier superficie plana cerca del lugar de destino y enrollar la cuerda. Es un ancla perfecta mientras no se desprenda la ventosa.

¿Y qué tiene de malo la forma regular de trasladarse?

-Cuando hayas pasado en el espacio tanto tiempo como yo -respondió Scott, presuntuoso- ya verás qué tiene de malo. En una nave como ésta hay muchos pasamanos donde sujetarse, pero supongamos que quieres ir hasta una pared desnuda, al otro lado de la habitación, y que te lanzas por el aire desde donde estás. ¿Qué sucede? Tienes que detener la caída de alguna manera, generalmente con las manos, a menos que en el camino puedas invertir tu posición. De paso ¿sabes cuál es la afección más frecuente que debe atender el oficial médico? Las muñecas dislocadas, precisamente por esta causa. De todos modos, aunque llegues a destino tendrás que sujetarte con algo para no rebotar hacia atrás. Hasta puedes desviarte en medio del aire. Esto me sucedió una vez en la Estación Espacial Tres, en uno de los grandes hangares. La pared más cercana estaba a quince metros de distancia y yo no podía acercarme.

-¿No podías recorrer el trayecto a fuerza de saltos? -preguntó Gibson, solemne-. Creía que este era el método aprobado para salir de esa dificultad.

-Inténtalo alguna vez y verás hasta dónde llegas. De todos modos, es antihigiénico. ¿Sabes qué me vi obligado a hacer? Fue muy embarazoso. Iba vestido sólo con pantalones cortos y chaleco, como siempre, y calculé que esto representaba una centésima parte de mi masa total. Si podía arrojarlos a treinta metros por segundo, podría llegar a la pared en un minuto.

-¿Y lo hiciste?

-Sí, pero aquella tarde el director estaba mostrando la estación a su esposa. Ahora sabes por qué tengo que ganarme la vida en un viejo armatoste como éste, trabajando de puerto en puerto o a cargo de alguna sala de cirugía perdida en los atracaderos.

-Me parece que equivocaste tu vocación -dijo Gibson, admirado-. Deberías ejercer mi oficio.

-Parece que no me crees -protestó Scott, en tono quejumbroso.

-Te quedas corto. Déjame ver tu juguete.

Scott se lo entregó. Era una pistola de aire modificada con un carrete de hilo de nilón accionado por un resorte adosado a la culata.

-Parece un...

-Si vas a decir que parece una pistola de rayos, te declararé enfermo contagioso. Ya hubo tres que hicieron el mismo chiste.

-En ese caso, me alegro de que me hayas interrumpido -dijo Gibson, devolviendo el arma al orgulloso inventor-. De paso, dime: ¿cómo se las arregla Owen? Ya se ha puesto en contacto con el misil?

-No, y además parece que no lo conseguirá. Mac afirma que pasará a unos ciento cuarenta y cinco mil kilómetros de distancia... completamente fuera de alcance. Es una verdadera lástima; por varios meses no habrá otra nave que vaya a Marte; ésa es la razón por la que tanto desean alcanzarnos.

-Owen es un bicho raro ¿no es cierto? -observó Gibson, con cierta inconsecuencia.

-Oh, no es tan malo cuando uno llega a conocerlo

-contesto Scott, no sin cierta fruición-. Dicen que envenenó a su mujer, pero no es cierto. Ella se mató por cuenta propia, abusando de la bebida.

Owen Bradley, doctor en Física, especializado en Ingeniería Espacial y en Radio estaba muy disgustado. Como todos los tripulantes de la Ares, tomaba su trabajo en serio por más que fingiera bromear al respecto. Apenas había salido de la cabina de comunicaciones durante las últimas doce horas, pues esperaba que la onda continua del misil se quebrara en modulaciones, indicando así la recepción de sus señales y, por lo tanto, su aproximación a la Ares. Pero todo seguía igual y prácticamente no tenía sentido. La pequeña antena auxiliar con que pretendían llamar al proyectil tenía un alcance óptimo de veinte mil kilómetros escasos; aunque suficiente para casos normales, no lo era en esta ocasión.

Bradley llamó a la oficina de astronavegación por el intercomunicador de la nave; Mackay le contestó de inmediato:

-¿Qué hay de nuevo, Mac?

-No se acercará mucho más. Acabo de corregir la orientación y de ajustar todos los errores. Está ahora a ciento cincuenta mil kilómetros de distancia y se desplaza casi

paralelamente. En tres horas, más o menos, alcanzará el punto más cercano, a unos ciento cuarenta y cuatro mil kilómetros. De modo que he perdido la onda y también el misil, según creo.

-Así parece, desgraciadamente -gruñó Bradley-; pero todavía hay esperanzas. Voy a bajar al taller.

-¿Para qué diantres?

-Para armar un cohete de una plaza y salir tras la maldita máquina. Eso, en uno de los cuentos de Martin, no costaría más de una hora. Ven a ayudarme.

Mackay estaba más cerca del ecuador de la nave que Bradley; por lo tanto, llegó primero al taller, ubicado en el Polo Sur; allí esperó a Bradley con cierta perplejidad. Éste llegó con varios metros de cable coaxial que había recogido en el depósito y le expuso brevemente su plan.

-Tendría que haberlo hecho antes pero va a causar mucho lío y soy de los que no pierden la esperanza hasta el último momento. El problema de nuestra antena es que irradia en todas direcciones; así debe ser, pues nunca sabemos de qué dirección puede venir un misil. Voy a modificar la orientación de la antena para concentrar toda la energía disponible en dirección a nuestro fugitivo.

Bosquejó una simple antena Yagi y se la explicó a Mackay.

-Es anticuada pero fácil de hacer y creo que servirá a nuestros fines. Si necesitas ayuda llama a Hilton. ¿Cuánto tiempo tardarás?

Mackay, quien a pesar de sus gustos e intereses gozaba de innegable habilidad manual, dio un vistazo al dibujo y al pequeño montón de materiales que Bradley había recogido.

-Alrededor de una hora -dijo, empezando a trabajar-. ¿Adonde vas?

-Tengo que ir hasta el casco para desconectar todo el sistema del rayo transmisor. Trae el aparato a la esclusa de aire cuando esté listo, ¿quieres?

Mackay entendía poco de radio, pero comprendió muy bien lo que Bradley intentaba hacer. Hasta ese momento, la pequeña antena de la Ares había emitido su energía en todas direcciones; Bradley iba a desconectarla de su actual sistema para apuntar toda su potencia exactamente hacia el proyectil en marcha, aumentando así varias veces su alcance.

Alrededor de una hora después, Gibson encontró a Mackay deslizándose velozmente por la nave tras una frágil estructura de alambres paralelos separados por varillas plásticas. Sin poder dominar su asombro, siguió a Mackay hasta la esclusa de aire; allí,

Bradley esperaba impaciente dentro de su incómodo traje espacial, el casco abierto al alcance de su mano.

-¿Cuál es la estrella más próxima al misil? -preguntó Bradley.

Mackay pensó con rapidez:

-Ahora no se halla cerca de la eclíptica -meditó-. Los últimos números que tengo... Veamos, declinación quince y algo hacia el norte; ascenso, alrededor de catorce horas. Creo que corresponde a... ¡Nunca puedo recordar esas cosas! Algún punto de Böotes. ¡Ah, sí! no puede estar lejos de Arturo, no más allá de diez grados, calculo. En un minuto tendré los datos exactos.

-Esto basta para empezar. De todas maneras, cambiaré la posición de la antena. ¿Quién está en la cabina de señales?

-Skipper y Fred; los llamé, y sé que están atentos al monitor. Estaré en contacto contigo por medio del transmisor del casco.

Bradley cerró herméticamente el casco y desapareció por la esclusa de aire. Gibson lo miró salir con cierta envidia. Siempre había deseado ponerse un traje espacial; y a pesar de que varias veces se lo había sugerido a Norden, pero éste respondía siempre que iba en contra del reglamento. Los trajes espaciales eran mecanismos muy complejos; cualquier error podía costar muy caro, y hasta acabar en un funeral de características poco corrientes.

Cuando se hubo lanzado por la portezuela exterior, Bradley no perdió el tiempo admirando las estrellas. Se deslizó lentamente por la brillante atmósfera de la nave por medio de sus unidades a reacción hasta llegar al sector donde ya había quitado la chapa. Toda una red de cables y alambres se hallaba expuesta a la deslumbrante luz solar; uno de los cables ya había sido cortado. Hizo una rápida conexión provisional y meneó tristemente la cabeza al ver aquella terrible confusión que acabaría por reflejar sólo la mitad de la energía al transmisor. Encontró después la posición de Arturo y apuntó el radiofaro hacia ella. Después de probarlo por un momento, esperanzado, conectó la radio de su traje.

-¿Buenas noticias? -preguntó con ansiedad.

Por el altavoz se oyó la voz desalentada de Mackay.

-No pasa nada. Te paso con Comunicaciones.

Norden confirmó lo que ocurría:

-Seguimos recibiendo la señal, pero aún no nos contesta.

Bradley se sintió muy contrariado. Había confiado mucho en su idea; el alcance de la antena debía haber aumentado por lo menos diez veces en esa única dirección. Siguió

moviendo el rayo por unos minutos más; al fin desistió. Casi podía imaginar al pequeño misil, deslizándose silenciosamente fuera de su alcance con su extraña y preciosa carga hacia los límites desconocidos del sistema solar... y más allá.

Volvió a llamar a Mackay:

-Escucha, Mac -lo apremió-, quiero que revises esas coordenadas y que vengas a intentarlo tú. Entraré para arreglar el transmisor.

Cuando Mackay lo hubo relevado, Bradley volvió presuroso a su cabina. Encontró a Gibson y al resto de los tripulantes reunidos, con evidente pesadumbre, en torno al receptor monitor del que surgía, con enloquecedora indiferencia, el silbido ininterrumpido del misil, cada vez más lejano.

Por más que Bradley trazó decenas de diagramas de circuitos y trabajó sobre el cuadro de mandos no hubo rastro de sus movimientos lánguidos, casi felinos. Le costó sólo un momento pasar un par de cables hasta el corazón del radiofaro transmisor. Mientras trabajaba bombardeó a Hilton con preguntas:

-Tú sabes algo de estos transportes misiles. ¿Cuánto tiempo debe recibir nuestra señal para poder localizarnos con certeza?

-Eso, por supuesto, depende de su velocidad relativa y de otros factores. En este caso, como se trata de una operación de baja aceleración, diría que unos diez minutos largos.

-¿Y no importa que nuestro faro no funcione después?

-No. En cuanto el transportador se dirija hacia nosotros podemos interrumpir la transmisión. Naturalmente, debemos enviarle otra señal cuando pase cerca de nosotros, pero eso ha de ser fácil.

-¿Cuánto tardará en llegar aquí, si es que lo alcanzo?

-Un par de días, tal vez menos. ¿Qué vas a tratar de hacer ahora?

-Los amplificadores de energía del transmisor funcionan con setecientos cincuenta voltios. Voy a tomar una línea de mil voltios de otra fuente; esto es todo. Tendrá una vida corta, pero alegre, y nosotros duplicaremos o triplicaremos el poder mientras dure el tubo.

Conectó el intercomunicador para llamar a Mackay; éste, sin saber que el transmisor llevaba un rato apagado, sostenía aún el aparato dirigido hacia Arturo, como un Guillermo Tell que apuntara su arco.

-Hola, Mac, ¿estás listo?

-Estoy prácticamente osificado -repuso Mackay, con orgullo-. ¿Cuánto tiempo más..?

-Sólo empezamos. Ahí va.

Bradley abrió el interruptor. Gibson, que esperaba ver un montón de chispas, se vio defraudado. Todo parecía igual que antes, pero Bradley, que estaba en el secreto, miró los medidores y se mordió los labios con furia.

Medio segundo bastaba para que las ondas de radio recorrieran la distancia hasta aquel pequeño y lejano cohete, cuyos maravillosos mecanismos permanecerían indiferentes para siempre a menos que recibieran esta señal. Pasó el medio segundo, y otro más. Hubo tiempo para la respuesta, pero aquel silbido enloquecedor seguía llegando sin interrupción desde el altavoz. De pronto calló. El silencio absoluto pareció durar una eternidad. A ciento cincuenta mil kilómetros de distancia el robot investigaba un nuevo fenómeno. Le costó cinco minutos decidirse; la onda del transportador volvió a pasar por el espacio, ahora modulado en una serie interminable de «bip... bip... bips».

Bradley trató de controlar el entusiasmo de los presentes.

-No cantemos victoria todavía -dijo-. Recordad que nuestra señal debe mantenerse diez minutos para permitirles alterar su curso.

Miró con ansiedad sus medidores y trató de adivinar cuánto tiempo durarían los tubos antes de abandonar tan desigual batalla.

Duraron siete minutos, pero Bradley tenía repuestos listos y en veinte segundos estuvo la señal otra vez en el aire. Los nuevos tubos seguían funcionando todavía cuando la onda del transporte misil volvió a cambiar de modulación; con un suspiro de alivio, Bradley apagó la maltratada antena.

-Ya puedes entrar, Mac -dijo a través del micrófono-. Lo hemos conseguido.

-¡Gracias a Dios! Después de permanecer aquí afuera, haciendo el papel de Cupido, estoy al borde de una insolación, con calcificación de articulaciones.

Gibson, que había seguido la operación con interés, aunque sin comprender de qué se trataba, dijo en tono quejoso:

-Cuando terminéis de celebrarlo, ¿queréis explicarme, en frases cortas y precisas, cómo conseguisteis sacar este conejo del sombrero?

-Dirigiendo la señal de nuestro radiofaro y sobrecargando el transmisor, esto es todo.

-Sí, esto lo he comprendido. Lo que no entiendo, sin embargo, es por qué lo habéis apagado.

-El equipo de control del misil ya ha cumplido su misión -explicó Bradley, con el tono de un profesor que da explicaciones a un chico retardado-. La primera señal indicó que había detectado nuestra onda; entonces supimos que automáticamente se ponían en posición hacia nosotros. Esto duró varios minutos; al lograr este fin apagó los motores y nos envió la segunda señal. Todavía está casi a la misma distancia, por supuesto, pero viene hacia

aquí; en un par de días estará a nuestro alcance. Para entonces la antena estará funcionando nuevamente. Así lo traeremos hasta un kilómetro, o poco menos.

- ¡Oíd! -dijo Gibson, súbitamente alarmado-. ¡Suponed que choca con nosotros!

-Debes reconocer el mérito de sus constructores al haber pensado en ello. Cuando se acerque mucho empezará a funcionar un pequeño dispositivo, cuya sensibilidad captará la graduación del campo, de la antena. Como tú sabes, el campo de fuerza H es inversamente proporcional a la distancia r; además resulta obvio que dH/dr varía inversamente a r al cuadrado, de manera que es demasiado pequeño para medirlo, a menos que uno esté muy cerca. Cuando el misil descubre que puede medirlo, pone los frenos.

-Muy ingenioso -dijo Gibson, admirado-. Sin embargo, y aunque siento mucho desilusionaros, a esta avanzada edad aún puedo diferenciar I / r.

Alguien tosió suavemente desde el fondo de la habitación:

-Me disgusta recordarle, señor... comenzó a decir Jimmy.

Norden rió.

-Está bien, invito yo. Aquí están las llaves; armario 26. ¿Qué vais a hacer con la botella de whisky?

-Estuve pensando en vendérsela de nuevo al doctor Mackay.

-Con toda seguridad -dijo Scott, mirando a Jimmy con ceño adusto, este momento justifica un brindis general.

Pero Jimmy, en vez de escuchar el resto, salió presuroso a cobrar su botín.

Capítulo 5

-Hace una hora teníamos un solo pasajero -dijo el doctor Scott, pasando con toda delicadeza la larga caja de metal a través de la esclusa de aire-. Ahora tenemos varios millones.

-¿Cómo les ha sentado el viaje, en tu opinión? -preguntó Gibson.

-Los termostatos parecen funcionar correctamente, de modo que deben estar bien. Los transferiré a los caldos de cultivo que he preparado y allí vivirán contentos hasta que lleguemos a Marte, ahítos y llenos de satisfacción,

Gibson se dirigió al puesto de observación más próximo. Desde allí pudo ver la forma achatada y blanca del misil, inmóvil junto a la esclusa de aire; los cables de amarre, flojos, ondulaban a su alrededor, imitando los tentáculos de alguna criatura de las profundidades

marinas. Tras lograr que el cohete llegara casi a detenerse a unos pocos kilómetros del equipo automático de radio, la captura final se había llevado a cabo por medio de técnicas mucho menos sofisticadas. Hilton y Bradley habían salido con cables para enlazar el misil, que iba lentamente a la deriva, y los cabrestantes eléctricos de la Ares halaron de él.

-¿Qué haréis ahora con el vehículo? -preguntó Gibson al capitán Norden, que observaba también las maniobras.

-Rescataremos el equipo impulsor y los de mando y control y abandonaremos el armazón en el espacio. No vale la pena gastar combustible en llevarlo entero a Marte. Hasta que empecemos a acelerar nuevamente, tendremos una lunita propia.

-Igual que el perro en el relato de Julio Verne.

-¿Cuál, De la Tierra a la Luna? Nunca lo he leído. Lo intenté una vez, pero no logró interesarme. Éste es el problema de todos esos relatos viejos. No hay nada más muerto que la ciencia-ficción de ayer, y Verne pertenece a la de anteayer.

Gibson consideró necesario defender su profesión.

-Entonces, ¿usted no le atribuye a la ciencia-ficción un valor literario permanente?

-No, no creo. A veces puede tener un valor social según el momento en que se escriba, pero la generación siguiente la considerará pintoresca y arcaica. Fíjese en lo que ocurrió, por ejemplo, con los relatos de viajes espaciales.

-Continúe. No tenga miedo de herir mi sensibilidad..., si eso le importa.

Sin duda, Norden se entusiasmaba con el tema, cosa que no sorprendió a Gibson en absoluto. Si uno de sus compañeros hubiese resultado inesperadamente experto en repoblación forestal, sánscrito o bimetalismo, Gibson lo habría aceptado sin dificultades. En todo caso, sabía que la ciencia-ficción era ampliamente popular entre los astronautas profesionales, a veces hasta extremos divertidos.

-Muy bien -dijo Norden-. Veamos qué ocurrió en este terreno. Hasta 1960, tal vez 1970, la gente escribía sobre el primer viaje a la luna; cuando éste se produjo, se pasó a escribir sobre Marte y Venus durante otros cuantos años. Ahora también esos relatos han quedado anticuados: nadie los leería sino para reírse de ellos. Supongo que los planetas más alejados reportarán muchos beneficios a la próxima generación, pero los romances interplanetarios que conocieron nuestros padres llegaron a su fin, en realidad, al terminar la década de 1970.

-Pero el tema de los viajes espaciales sigue siendo tan popular como siempre.

-Sí, pero ya no es ciencia ficción. Es algo puramente objetivo, como lo que usted está transmitiendo actualmente a la Tierra, o de lo contrario es pura fantasía. Los relatos han

tenido que situarse fuera del sistema solar, y lo mismo podrían ser cuentos de hadas. La mayor parte de ellos no es otra cosa que esto.

Norden hablaba con mucha seriedad, pero había un destello malicioso en su mirada.

-Rebatiré sus argumentos en dos aspectos -dijo Gibson-. En primer lugar, mucha gente lee aún las historias de Wells, aunque tienen un siglo de existencia. Y, pasando de lo sublime a lo ridículo, todavía leen mis primeros libros, como Polvo marciano, aunque la realidad los ha dejado muy atrás.

-Wells escribía literatura -respondió Norden-; pero, aun así, creo que puedo probar mi punto de vista. ¿Cuáles son entre sus relatos los más populares? Indudablemente las novelas hechas y derechas, como Kipps y Mr. Polly. Si se leen sus obras fantásticas, es a pesar de sus profecías irremisiblemente anticuadas, y no a causa de ellas. Sólo La máquina del tiempo es todavía muy popular, porque se sitúa en un futuro tan lejano que no ha pasado de moda, y porque representa el mejor estilo de Wells.

Hubo una pequeña pausa. Gibson se preguntó si Norden se ocuparía del segundo aspecto. Finalmente, éste preguntó:

-¿Cuándo escribió Polvo marciano?

Gibson efectuó un rápido cálculo mental.

-En 1973 o 74.

-No sabía que hacía tanto tiempo. En realidad, esto forma parte de la explicación. En esa época, los viajes espaciales estaban por comenzar y todo el mundo lo sabía. Usted ya se estaba haciendo famoso con la ficción convencional, y Polvo marciano aprovechó muy bien la marea ascendente.

-Eso explica solamente por qué se vendió en esa época. Pero no responde a mi segunda objeción. Sigue siendo bastante popular y creo que la colonia marciana se ha llevado varios ejemplares, a pesar de que describe un Marte que nunca existió, salvo en mi imaginación.

-Lo atribuyo a propaganda sin escrúpulos realizada por su editor, a la constancia con que usted se ha mantenido a la vista del público y, quizás, a que es lo mejor que usted ha escrito. Más aún, como diría Mac, captó el Zeitgeist de la década del setenta, y eso le da ahora un valor de curiosidad.

-¡Uf!- musitó Gibson, meditando el asunto.

Guardó silencio por un instante; enseguida su rostro se encanchó en una sonrisa y soltó una carcajada.

-Riámonos juntos. ¿Dónde está lo divertido?

-En el principio de nuestra conversación. Me preguntaba qué habría pensado H. G. Wells de saber que, algún día, un par de hombres analizarían sus relatos a mitad de camino entre la Tierra y Marte.

-No exagere -dijo Norden, con una amplia sonrisa-. Estamos sólo a un tercio de camino.

Mucho después de medianoche, Gibson despertó súbitamente de un sueño sin imágenes. Algo lo había perturbado, cierto ruido similar a una explosión distante, en las lejanas entrañas de la nave. Se sentó en la oscuridad, forzando las anchas bandas elásticas que lo sujetaban a la cama. Por el espejo-claraboya penetraba sólo un resplandor de estrellas, pues su cabina estaba en el costado nocturno del vehículo. Escuchó, con la boca entreabierta, reteniendo el aliento para percibir el más leve murmullo.

Muchas voces sonaban en la Ares por la noche y Gibson las conocía todas. La nave era algo vivo y el silencio habría significado la muerte de todo lo que llevaba a bordo. Infinitamente tranquilizadora, se oía la respiración incansable y sin prisa de las bombas de aire, que lanzaba los vientos alisios de ese planeta diminuto, fabricados por la mano del hombre. Mezclados a ese fondo levísimo, pero constante, había otros ruidos intermitentes: el «wirr» ocasional de motores ocultos que cumplían alguna tarea misteriosa y automática, el chasquido del reloj eléctrico, exactamente cada treinta segundos, y a veces el rumor del agua que corría por las cañerías a presión. Por cierto, ninguno de ellos podría haberlo despertado, pues le eran tan familiares como el latido de su propio corazón.

No del todo despierto aún, Gibson se dirigió a la puerta de la cabina y permaneció un rato escuchando en el corredor. Todo era perfectamente normal: debía ser el único hombre despierto. Por un momento se preguntó si convendría llamar a Norden, pero lo pensó mejor. Tal vez había sido sólo un sueño, o el ruido podía deberse a algún artefacto que no había entrado en acción hasta entonces.

Estaba ya nuevamente acostado cuando tuvo una duda repentina. En realidad, ¿había sonado tan lejos aquel ruido? Aquella fue sólo su primera impresión: bien podía haber sonado bastante cerca. De cualquier modo, estaba cansado y aquello no importaba. Gibson confiaba plena y conmovedoramente en los instrumentos de la nave. Si algo se hubiese descompuesto, en efecto, las alarmas automáticas habrían alertado a todo el mundo. Las habrán puesto a prueba varias veces, en lo que llevamos de viaje, y eran

capaces de despertar hasta los muertos. Podía dormir tranquilo, confiado en la protección de aquella vigilancia incansable.

Aunque jamás había de saberlo y por la mañana ya no recordaría el asunto, estaba muy en lo cierto.

La cámara recorrió la sala del consejo en ruinas y siguió al cortejo fúnebre que ascendía por las interminables escaleras gemelas hacia las almenas ventosas que daban al mar. La música quejumbrosa se acalló por un instante, mientras las figuras solitarias se recortaban contra el sol poniente, sosteniendo sus trágicas cargas, inmóviles contra las murallas de Elsinore. «Buenas noches, dulce príncipe...» La obra había terminado.

En el diminuto teatro se encendieron abruptamente las luces y el estado de Dinamarca quedó cuatro siglos y cincuenta millones de kilómetros atrás. Gibson, a desgana, volvió a tomar conciencia del presente, liberándose de la magia que lo había mantenido cautivo. ¿Qué habría pensado Shakespeare de esa interpretación, tan antigua ya, que permanecía intacta ante el paso del tiempo, al igual que los esplendores de la poesía inmortal, aun más antiguos? Y, sobre todo, ¿qué habría pensado de aquel fantástico teatro, con su red de asientos flotando precariamente en el aire, sobre el más endeble de los soportes?

Mientras las seis personas que constituían el público se retiraban por el corredor, el doctor Scott dijo:

-Es una pena que no tengamos una colección de películas tan buena como ésta para nuestros viajes posteriores. Esta serie es para la Biblioteca Central de Marte y no podremos quedarnos con ella.

-¿Cuál será el próximo programa? -preguntó Gibson.

-No lo hemos decidido. Puede ser una comedia musical; también podemos seguir con los clásicos y proyectar «Lo que el viento se llevó».

-Mi abuelo solía elogiar mucho esa película: me gustaría verla, ahora que tenemos la oportunidad -dijo Jimmy Spencer, ansioso.

-Muy bien -replicó Scott-. Someteré el asunto a la Comisión de Entretenimientos y veré si puede pasarse.

Puesto que la comisión estaba compuesta por Scott y nadie más, era de presumir que estas negociaciones llegarían a buen fin.

Norden, que había permanecido pensativo desde el final de la película, se acercó a Gibson por detrás y soltó una tosecita nerviosa.

-A propósito, Martin -dijo-. ¿Recuerdas que insististe repetidamente para que te permitiera salir con un traje espacial?

-Sí. Dijiste que iba contra las reglas.

Norden pareció turbado, cosa poco habitual en él.

-En cierta forma es así, pero éste no es un viaje normal y técnicamente no puedo considerarte pasajero. Sin embargo, creo que podemos arreglarlo.

Gibson se sintió encantado. Siempre había querido saber qué se sentía al usar un traje espacial y erguirse en la nada con todas las estrellas alrededor. Ni siquiera se le ocurrió preguntar a Norden para alivio de este último por qué había cambiado de idea.

El complot venía fraguándose desde hacía una semana. Cada mañana se desarrollaba un pequeño ritual en la habitación de Norden cuando Hilton llegaba con los partes diarios de mantenimiento en los que detallaba el funcionamiento de la nave y el comportamiento de sus numerosas máquinas durante las últimas veinticuatro horas. Por lo común no había nada importante; Norden firmaba los informes y los archivaba con el cuaderno de bitácora. Variación era lo que menos deseaba en ese sitio, pero a veces tropezaba con ella.

-Oye, Johnnie -dijo Hilton (era el único que llamaba a Norden por su nombre de pila; para el resto de la tripulación era siempre «Skipper». Lo de la presión de aire es categórico. La pérdida es prácticamente constante; en diez días más estaremos fuera de los límites de tolerancia.

-¡Maldición! Tendremos que hacer algo. Confiaba en poder esperar hasta que llegáramos.

-Temo que no podemos esperar hasta entonces. Esos límites de tolerancia son estúpidos, por supuesto: una pérdida diez veces mayor carecería de importancia. Pero tenemos que entregar los registros de presión a la Comisión de Seguridad Espacial en cuanto lleguemos y si pasamos de los límites siempre habrá alguna vieja nerviosa que empiece a chillar.

-¿Dónde crees que está el fallo?

-En el casco, casi con certeza.

-¿No será tu pérdida favorita, la que está en el Polo Norte?

-Lo dudo; es demasiado repentino. Creo que hemos sufrido otra perforación.

Norden pareció ligeramente fastidiado. Las perforaciones debidas al polvo meteórico se producían, en naves de este tamaño, dos o tres veces al año. Por lo común iban acumulándose hasta que eran dignas de ser tomadas en cuenta; pero ésta parecía excesivamente grande para pasarla por alto.

-¿Cuánto tiempo costará encontrar la pérdida?

-Éste es el problema -dijo Hilton, en tono de disgusto-. Tenemos sólo un detector de pérdidas y cincuenta mil metros cuadrados de casco. Podemos demorar un par de días la revisión. Si al menos se tratase de un agujero bien grande, los mamparos automáticos habrían entrado en servicio, localizándolo sin nuestra ayuda.

-¡Pues me alegro mucho de que no haya sido así! -replicó Norden con una gran sonrisa- ¡Eso habría requerido muchas explicaciones!

Jimmy Spencer, quien, como de costumbre, cargaba con el trabajo que nadie deseaba hacer, localizó la perforación tres días después, tras dar apenas diez o doce vueltas a la nave. El cráter, pequeño y opaco, era apenas visible, pero el hipersensible detector de pérdidas había registrado que, cerca de esa parte del casco, el vacío no era tan perfecto como debía ser. Jimmy marcó el sitio con tiza y entró en la nave, agradecido.

Norden sacó de su escondite los planos de la nave y buscó la posición aproximada, según el informe de Jimmy. Después soltó un suave silbido y levantó las cejas hacia el cielo raso.

-Jimmy -dijo-, ¿sabe el señor Gibson lo que has estado haciendo?

-No -respondió el muchacho-. No se dejado de darle sus clases de astronáutica, aunque ha sido bastante difícil hacerlo mientras...

-¡Bien, bien! ¿Crees que alguien le ha hablado de la pérdida?

-No sé, pero creo que en este caso me lo habría comentado.

-Entonces, escucha bien. Esta maldita perforación está precisamente en mitad de la pared de su cabina, y si le dices una palabra de eso te desollaré. ¿Entendido?

-Sí -balbuceó Jimmy, y salió precipitadamente.

-Y ahora ¿qué? -preguntó Hilton, en tono resignado.

-Tenemos que apartar a Martin con cualquier pretexto para rellenar el agujero tan rápidamente como sea posible.

-Es curioso que no notara el impacto. Debió hacer bastante estruendo.

-Probablemente no estaba allí en ese momento. Lo que me sorprende es que no haya notado la corriente de aire: debe ser bastante considerable.

-Tal vez se disimula con la circulación normal. De cualquier modo, ¿a qué viene tanta alharaca? ¿Por qué no hacer las cosas francamente, explicándole a Martin lo ocurrido? No hay necesidad de todo este melodrama.

-Oh, ¿crees que no? Supón que Martin cuente a su público que un meteorito de decimosegunda magnitud ha perforado la nave, y a continuación añada que esta clase de cosas pasa en todos los viajes. ¿Cuántos de sus lectores podrán entender, no sólo que

no hay el menor peligro real, sino que ni siquiera nos preocuparnos por hacer nada cuando ocurre? Te puedo decir cuál sería la reacción popular: «Si pasó con un pequeño también.podría ocurrir con uno grande». El público nunca ha creído en las estadísticas. Y ya te puedes imaginar los titulares: «¡Ares perforada por un meteorito!» ¡Sería muy contraproducente!

-En ese caso, ¿por qué no decírselo a Martin y pedirle que guarde silencio.

-Seríamos injustos con el pobre tipo. No ha tenido noticias sobre las que escribir sus artículos en varias semanas. Sería mejor no decirle nada.

-Okey -suspiró Hiltón-. La idea es tuya. No me culpes si resulta mal.

-No será así. Creo que tengo un plan a prueba de fuego.

-Me importa un comino que sea a prueba de fuego. Pero, ¿es a prueba de aire?

A Gibson le habían fascinado los dispositivos toda su vida y el traje espacial era uno más que agregar a la colección de mecanismos que llevaba investigados y aprendidos. Bradley fue designado para asegurarse de que entendiera correctamente las instrucciones, así como llevarlo fuera, al espacio, y cuidar de que no se perdiera.

Gibson había olvidado que los trajes de la Ares no tenían perneras; quien los usaba se limitaba a sentarse dentro. Estaba muy bien pensado, puesto que habían sido diseñados para ser usados con gravedad cero y no para caminar en planetas carentes de aire. La ausencia de articulaciones en las piernas simplificada mucho el diseño de los trajes, que se reducían a meros cilindros coronados por plexiglás, con brazos articulados en los extremos superiores. Los costados presentaban misteriosas ranuras y protuberancias, correspondientes al aire-acondicionado, la radio, los reguladores de temperatura y el sistema de propulsión de baja potencia. El interior permitía una considerable libertad de movimientos; era posible estirar los brazos para operar los controles internos, y hasta alimentarse sin hacer demasiada acrobacia.

Bradley perdió casi una hora en la esclusa de aire asegurándose de que Gibson comprendiera los controles principales y adiestrándolo en su operación. Aunque Gibson apreciaba tanta amabilidad, comenzó a impacientarse un poco, pues la lección no daba muestras de terminar. Al fin acabó por amotinarse cuando Bradley empezaba a explicarle las elementales instalaciones sanitarias del traje.

-¡Acabe con todo eso! -protestó- ¡No vamos a estar fuera tanto tiempo!

Bradley sonrió ampliamente.

-Le sorprendería saber -respondió oscuramente- cuánta gente comete este error.

Abrió un compartimento en la pared de la esclusa de aire y extrajo dos carretes de cable, a todas luces similares a los reels de pesca. Se ajustaban con firmeza a ciertos soportes de traje de tal modo que no podían soltarse por accidente.

-Precaución de Seguridad Número Uno -dijo-: tener siempre un cable que te sujete a la nave. Las reglas están hechas para desobedecerlas, pero ésta no. Para estar doblemente seguros ataré tu traje al mío con otros diez metros de cordel. Ahora estamos listos para escalar el Matterhorn.

La puerta exterior se deslizó a un lado. Gibson sintió que los últimos restos de aire tiraban de él al escapar. Aquel débil impulso lo llevó hacia la salida y flotó lentamente en dirección a las estrellas.

La lentitud de movimientos, el silencio absoluto, todo se combinaba para hacer este momento profundamente conmovedor. Aterradora e inevitablemente la Ares retrocedía a sus espaldas; él iba hundiéndose en el espacio -el verdadero espacio, al fin-, y su único vínculo con la seguridad era aquel tenue hilo que se desenrollaba a su lado. Sin embargo, y a pesar de lo inédito de aquella experiencia, aquello despertaba en su memoria vagos ecos de familiaridad.

El cerebro debía trabajarle con desacostumbrada rapidez, pues recordó el símil casi inmediatamente. Era como aquel momento de su infancia (totalmente olvidado hasta entonces, podría haberlo jurado) en que le enseñaron a nadar arrojándolo al agua con una profundidad de diez metros. Una vez más, se hundía de cabeza en un elemento nuevo y desconocido.

La fricción del real había disminuido su creciente velocidad cuando el cordón que lo ligaba a Bradley dio una sacudida. Casi había olvidado a su compañero, quien se alejaba de la nave con los pequeños propulsores a gas ubicados en la base de su traje, dejando a Gibson tras de sí.

El escritor oyó con sorpresa la voz de su compañero que resonaba metálicamente en el receptor de su traje, quebrando el silencio.

-No uses tus propulsores a menos que yo te lo indique. No nos conviene tomar mucha velocidad y debemos tener cuidado para no enredar nuestros cables.

-Está bien -dijo Gibson, vagamente fastidiado por aquella intromisión en su intimidad.

Volvió la mirada hacia la nave. Ya estaba a varios cientos de metros y su tamaño disminuía rápidamente.

-¿Cuánto cable tenemos? -preguntó con ansiedad.

No hubo respuesta; tuvo un momento de ligero pánico antes de recordar que debía oprimir la llave «transmisión».

-Cerca de un kilómetro -respondió Bradley, al repetir él su pregunta-. Lo suficiente para que uno se sienta bien y muy solo.

-¿Y si se rompiera? -preguntó Gibson, bromeando sólo a medias.

-No se romperá. Puede soportar tu peso completo en la Tierra. Y aunque lo hiciera podríamos volver sin dificultad con nuestros propulsores.

¿Y si éstos se agotaran?

-Ésta es una conversación muy alegre. No tengo idea de cómo podría ocurrir eso, salvo por un descuido muy grande o por tres fallos mecánicos que ocurrieran simultáneamente. No olvides que hay una unidad de propulsión de reserva para tales emergencias; además, tienes indicadores de advertencia en el traje, que te ponen sobre aviso mucho antes de que se vacíe el tanque principal.

-Pero supongamos que ocurriera -insistió Gibson. -En este caso, sólo cabría encender el faro de SOS que tiene el traje y esperar hasta que alguien viniera a remolcarte hasta allá. No creo que se apresuraran mucho, en esas circunstancias. Quienquiera que sea capaz de meterse en un enredo como éste no merecerá mucha simpatía.

Hubo un súbito tirón: habían llegado al fin del cable. Bradley compensó el rebote con sus eyectores.

-Ahora estamos muy lejos de casa -dijo, serenamente.

Gibson tardó varios segundos en localizar la Ares. Como estaban en el costado nocturno de la nave, ésta aparecía casi totalmente en sombras: las dos esferas eran dos delgadas y distantes media lunas que fácilmente podían confundirse con la tierra y la luna, vistas desde una distancia de un millón de kilómetros, tal vez. No había sensación real de contacto; la nave era demasiado pequeña y frágil para seguir pareciendo un santuario. Gibson estaba al fin solo con las estrellas.

Siempre se sentiría agradecido hacia Bradley por guardar silencio y no interrumpir sus pensamientos. Tal vez el otro se sintiera igualmente sobrecogido por la espléndida solemnidad del momento. Las estrellas eran tan brillantes y tan numerosas que, en un principio, Gibson no pudo localizar siquiera las constelaciones más familiares. Finalmente descubrió a Marte, el objeto más refulgente del cielo después del Sol, y pudo así determinar el plano de la elíptica. Muy suavemente, con cautas ráfagas de sus eyectores, hizo girar el traje hasta que la cabeza apuntó hacia la estrella Polar. Estaba nuevamente «en la posición correcta», y la disposición de las estrellas volvía a ser reconocible.

Recorrió lentamente el Zodíaco preguntándose cuántos hombres habían compartido hasta entonces su experiencia. (Naturalmente, pronto sería algo común, y la magia se perdería bajo la familiaridad). Al poco tiempo descubrió a Júpiter y más tarde a Saturno;

por lo menos así se lo parecía. Ya no era posible distinguir los planetas de las estrellas por la luz firme y sin parpadeos que resultaba una guía tan útil, aunque traicionera, a veces, para los astrónomos aficionados. Gibson no buscaba localizar ni Venus ni la Tierra pues el fulgor del Sol lo habría cegado en un momento si hubiese vuelto la vista en esta dirección. Todo el anillo de la Vía Láctea estaba a la vista, como una pálida banda de luz que unía los dos hemisferios celestes. Gibson pudo distinguir claramente los desgarrones de sus bordes, allí donde continentes estelares enteros parecían tratar de fugarse para marchar solos y a la ventura en el vacío. En el hemisferio meridional, la sima del Seco de Carbón, abierto como un túnel excavado a través de las estrellas en dirección a otro Universo.

Este pensamiento hizo que Gibson se volviera hacia Andrómeda. Allí estaba la Gran Nebulosa, una fantasmagórica lente de luz que podía cubrir con la uña de su pulgar; sin embargo, era una galaxia completa, tan vasta como el anillo de estrellas que salpicaba el cielo, en cuyo corazón flotaba él en este momento. Aquel espectro neblinoso estaba un millón de veces más distante que las estrellas y éstas, a su vez, estaban un millón de veces más lejanas que los planetas. ¡Qué dignos de lástima parecían todos los viajes y aventuras humanas al verlas contra ese telón de fondo!

Mientras Gibson buscaba Alfa del Centauro entre las constelaciones desconocidas del hemisferio sur, su vista tropezó con algo que, en el primer momento, no logró identificar. A una distancia inmensa, un objeto blanco y rectangular flotaba contra las estrellas. Tal fue, al menos, su primera impresión; luego comprendió que le fallaba el sentido de la perspectiva; en realidad, lo que tenía a la vista era algo bastante pequeño, situado a pocos metros de sí. Aun así tardó un poco en reconocer aquel vagabundo interplanetario: era una hoja común y silvestre de papel manuscrito tamaño holandesa que giraba muy lentamente en el espacio. Nada podría haber sido más común ni más inesperado en este sitio.

Gibson contempló por algún tiempo aquella aparición, hasta convencerse de que no se engañaba. Entonces encendió su transmisor para hablar con Bradley.

Éste no mostró la menor sorpresa.

-No hay nada extraño en esto -replicó, con cierta impaciencia-. Llevamos varias semanas arrojando diariamente nuestros desechos y como no tenemos aceleración alguna, parte de ellos siguen a nuestro alrededor. Por supuesto, en cuanto empecemos a acelerar los lanzaremos hacia atrás y toda nuestra basura saldrá disparada del sistema solar.

-¡Qué obvio, qué evidente!, se dijo Gibson. Se sentía algo torpe, pues nada es más desconcertante que un misterio súbitamente evaporado. Probablemente se trataba del borrador de algún artículo suyo. Si hubiese estado más próximo, habría sido divertido recuperarlo como recuerdo y ver qué efectos le había producido su permanencia en el espacio. Infortunadamente, estaba fuera de su alcance y no había forma de tomarlo sin soltar el cordón que lo unía a la Ares.

Muchos siglos después de su muerte, aquel pedazo de papel aún llevaría su mensaje por entre las estrellas: y en qué consistía, jamás podría saberlo.

Norden salió a recibirlos cuando volvieron a la esclusa de aire. Parecía muy satisfecho de sí, aunque Gibson no estaba en condiciones de notar tales detalles. Aún estaba perdido entre las estrellas y debía transcurrir algún tiempo antes que volviera a la normalidad y qué su máquina de escribir empezara a teclear suavemente, mientras él intentaba apresar de nuevo sus emociones.

-¿Lograsteis terminar el trabajo a tiempo? -preguntó Bradley, cuando Gibson no podía oírlo.

-Sí, y nos sobraron quince minutos. Cerramos los ventiladores y encontramos la pérdida de inmediato con el viejo sistema de la vela humeante. Con un remache ciego y un poco de pintura de secado rápido estuvo todo listo; podemos arreglar el casco exterior cuando lleguemos, si es que vale la pena. Mac hizo un buen trabajo.

Capítulo 6

Para Martin Gibson el viaje se desarrollaba de forma bastante plácida y agradable. Como era su costumbre ya se las había ingeniado para organizar cuanto le rodeaba (y por esto entendía, no sólo el ambiente material, sino también los seres humanos con quienes lo compartía) a su entera comodidad. Había escrito lo suficiente para sentirse satisfecho; algunas cosas eran bastante buenas y la mayor parte resultaba aceptable, sin embargo, no se sentiría del todo en plena forma hasta llegar a Marte.

El vuelo entraba ya en las semanas finales; la emoción inicial disminuía, inevitablemente, y el interés iba perdiéndose, lo que duraría mientras no entraran en la órbita de Marte. Hasta entonces no habría novedades; por el momento habían terminado todas las sorpresas del viaje.

Para Gibson la última maravilla había sido la mañana en la que finalmente la Tierra se perdió de vista. Día tras día, ésta se había aproximado más a las vastas alas perladas de la corona, como si pretendiera inmolarse con sus millones de habitantes en la pira funeraria del sol. Cierto atardecer pudo verla aún a través del telescopio; era una chispa diminuta que centelleaba con bravura contra aquel fulgor que pronto la aniquilaría por completo. Gibson pensó que por la mañana sería aún visible, pero una explosión colosal, durante la noche, arrojó la corona medio millón de kilómetros hacia atrás en el espacio, y la Tierra se perdió en aquella cortina incandescente. Pasaría una semana antes de que reapareciera y para entonces el mundo de Gibson habría cambiado mucho más de lo que él hubiera creído posible en tan poco tiempo.

Si alguien hubiese preguntado a Jimmy Spencer cuál era su opinión con respecto a Gibson, el joven habría dado respuestas muy diferentes en las distintas etapas del viaje. Al principio había sentido bastante respeto por su distinguido compañero de vuelo, pero superó rápidamente esta etapa. En mérito a la justicia, Gibson carecía de todo snobismo y nunca empleó de modo irrazonable su privilegiada posición a bordo de la Ares. Por lo tanto, desde el punto de vista de Jimmy, era más accesible que el resto de los tripulantes a quienes debía considerar como superiores en mayor o menor grado.

Cuando Gibson comenzó a interesarse seriamente por la astronáutica, Jimmy mantuvo contactos estrechos con él una o dos veces por semana y tuvo que realizar muchos esfuerzos para evaluarlo. Esta tarea no era nada fácil, pues Gibson no parecía ser la misma persona durante mucho tiempo. Algunas veces se mostraba considerado y atento y, en general, buen compañero. Sin embargo, en otras ocasiones estaba tan malhumorado y gruñón que se le podía calificar como la persona más intratable de la Ares.

En cuanto a lo que Gibson pensaba de Jimmy, éste tenía grandes dudas al respecto. A veces tenía la incómoda sensación de que el escritor lo consideraba exclusivamente como una especie de materia prima que en el futuro podía resultarle de escaso o ningún valor. Casi todos los que conocían superficialmente a Gibson tenían esta impresión, y en su mayoría estaban en lo cierto. No obstante, nunca había tratado de sonsacar directamente a Jimmy para dar fundamento a estas sospechas.

Otro detalle desconcertante eran los antecedentes técnicos de Gibson. Cuando Jimmy comenzó a darle las clases nocturnas, como todo el mundo las llamaba, supuso que Gibson buscaba sólo evitar errores notorios en el material que transmitía por radio a Tierra y que no tenía un interés muy profundo por la astronáutica en sí. Pronto se hizo

evidente que no era éste el caso, en absoluto. Gibson mostraba una ansiedad casi patética por dominar ramas muy abstractas de la ciencia y exigía pruebas matemáticas que en algunos casos Jimmy proporcionaba sólo con extrema dificultad. Aquel hombre debía haber poseído grandes conocimientos técnicos en otros tiempos, de los que conservaba aún algunos resabios. Cómo los había adquirido, jamás lo explicó; tampoco daba razones para sus intentos casi obsesivos, condenados como estaban al repetido fracaso, de luchar a brazo partido con ideas científicas demasiado avanzadas para él. Tras cada fracaso su desconsuelo era tan obvio, que Jimmy se entristecía mucho por él, salvo en aquellas ocasiones en que a su alumno se le daba por ponerse malhumorado y culpar a su instructor. Entonces, podía producirse un intercambio de descortesías y Jimmy recogía sus libros; las lecciones recomenzaban sólo cuando Gibson pedía disculpas.

Otras veces, en contraste, Gibson tomaba estas derrotas con humorística resignación y se limitaba a cambiar de tema. En estos casos solía hablar de sus experiencias en la extraña jungla literaria a la que pertenecía, un mundo de bestias misteriosas y a veces carnívoras, cuya conducta fascinada a Jimmy. Gibson era un buen raconteur y tenía una gran habilidad para alimentar escándalos y minar reputaciones. Parecía hacerlo sin ninguna malicia y algunas de las cosas que contaba a Jimmy sobre las distinguidas personalidades del momento solían desconcertar a aquel joven algo rígido. Lo curioso era que aquellas gentes a quienes Gibson disecaba con tanta facilidad eran, con frecuencia, sus amigos más íntimos. A Jimmy esto le resultaba muy difícil de comprender.

Sin embargo, y a pesar de todas estas advertencias, cuando llegó el momento Jimmy se mostró muy dispuesto a hablar. Una de las lecciones había desembocado en una serie de ecuaciones íntegro-diferenciales, y no quedaba sino arrojar la toalla. Gibson, que ese día estaba amistoso, cerró sus libros con un suspiro y se volvió hacia Jimmy, comentando en tono casual:

-Nunca me has dicho nada de ti, Jimmy. ¿De qué parte de Inglaterra vienes, por ejemplo?

-De Cambridge. Al menos, allí nací.

-Hace veinte años anduve mucho por esta zona. ¿Pero, ya no vives allí?

-No; cuando tenía unos seis años mi familia se mudó a Leeds. Desde entonces he permanecido allí.

-¿Qué te decidió a seguir astronáutica?

-Es difícil decirlo. Siempre me interesó la ciencia y en esos momentos el vuelo espacial era la última palabra. Supongo que era lógico que me inclinara hacia esto. Si hubiera nacido cincuenta años antes, probablemente habría elegido la aeronáutica.

-Entonces, el vuelo espacial te interesa exclusivamente como problema técnico y no como, digamos, algo que podría revolucionar el pensamiento humano, habilitar nuevos planetas y toda esta clase de cosas

Jimmy sonrió.

-Supongo que así es. Claro que me interesan estas ideas, pero lo que realmente me fascina es la parte técnica. Aunque no hubiese nada en los planetas yo querría conocer la forma de llegar allí.

Gibson sacudió la cabeza, fingiendo pena.

-Te convertirás en uno de esos fríos científicos que lo saben todo con respecto a nada. ¡Más material humano malgastado!

-Al menos, usted piensa que sería una pérdida; me alegro -dijo Jimmy, animoso-. Y a propósito: ¿por qué le interesa tanto la ciencia?

Gibson rió, pero su voz tenía un dejo de desconcierto al replicar:

-Sólo me interesa como medio, no como fin en sí.

Eso no era verdad y Jimmy tuvo la certeza de ello. Pero algo le advirtió que no debía proseguir con este tema, y antes de que pudiera volver a hablar, Gibson reemprendió su interrogatorio.

Lo hizo con ánimo amistoso e interés tan genuino, en apariencia, que Jimmy no pudo dejar de sentirse halagado y por eso habló fácil y libremente. Por alguna razón, no importaba que Gibson estuviera estudiándolo con mente clínica y desinteresada, como el biólogo que estudia las reacciones de sus conejillos de Indias. Jimmy se sentía impulsado a hablar y prefería otorgar a los motivos de Gibson el beneficio de la duda.

Habló de su niñez y de sus primeros años; al fin, Gibson pudo comprender las nubes ocasionales que a veces parecían cubrir el ánimo comúnmente alegre del muchacho. Era una vieja historia, una de las más antiguas. La madre de Jimmy había muerto cuando él era poco más que un bebé, y el padre lo había dejado al cuidado de una hermana casada. La tía de Jimmy lo trató con bondad pero él nunca se sintió cómodo entre sus primos; le parecía estar siempre fuera de lugar. Su padre tampoco había contribuido a mejorar las cosas, pues no estaba mucho en Inglaterra; murió cuando Jimmy tenía diez años, más o menos. El hijo parecía conservar muy pocas impresiones de él; en cambio, por extraño que parezca, guardaba recuerdos más claros de la madre a la que apenas había conocido.

Una vez derribadas las barreras, Jimmy habló sin reticencias, como si le alegrara liberarse de su carga. A veces Gibson lo azuzaba con preguntas, pero éstas se hicieron cada vez menos frecuentes, hasta desaparecer por completo.

-No creo que mis padres estuvieran muy enamorados -dijo Jimmy-. Por lo que me dijo tía Ellen, todo fue una equivocación. Hubo antes otro hombre, pero aquello terminó, y mi padre era lo mejor que había a mano. ¡Oh! comprendo que suena desalmado de mi parte, pero no olvide que todo ocurrió hace mucho tiempo y para mí ya significa muy poco.

-Comprendo -dijo Gibson, serenamente, y así se lo parecía-. Cuéntame más sobre tu madre.

-Su padre, es decir, mi abuelo, era profesor de la universidad. Creo que mamá pasó toda su vida en Cambridge. Cuando llegó a la edad apropiada ingresó en la facultad; estudiaba historia. ¡Oh, todo esto no puede interesarle a usted!

-Me interesa -dijo Gibson, seriamente-. Continúa.

Y Jimmy habló. Todo cuanto decía debía saberlo de oídas pero proporcionó a Gibson un cuadro sorprendentemente claro y detallado. El escritor supuso que la tía Ellen debía ser muy locuaz y Jimmy un muchachito muy atento.

Fue uno de esos innumerables romances estudiantiles que florecen brevemente y se marchitan durante ese puñado de años que parecen un microcosmos de la vida. Pero éste había sido más serio que la mayoría. La madre de Jimmy (aún no había dicho su nombre) se había enamorado durante el último curso de un joven estudiante de ingeniería que estaba a mitad de su carrera universitaria. El romance fue un torbellino; la pareja era ideal, a pesar de que la joven era algunos años mayor que el muchacho. En realidad, estaban casi comprometidos cuando... Jimmy no estaba muy seguro de lo ocurrido. El joven había caído seriamente enfermo, o sufrido un colapso nervioso y jamás regresó a Cambridge.

-En realidad, mi madre nunca lo superó -dijo Jimmy, con una grave sabiduría que, en cierto modo, no pareció del todo incongruente-. Pero había otro estudiante muy enamorado de ella y se casó con él. A veces mi padre me da mucha pena, pues debe haber sabido todo lo del otro noviazgo. Yo no llegué a conocerlo mucho porque... Pero, señor Gibson, ¿no se siente bien?

Gibson se obligó a sonreír.

-No es nada, sólo un toque de enfermedad espacial. Pasará en seguida.

Ojalá esto fuera cierto. Todas estas semanas, en total ignorancia y creyéndose seguro contra todos los golpes del tiempo y de la fatalidad, venía dirigiéndose al encuentro del Destino. Y el momento del choque había llegado: los últimos veinte años acababan de desvanecerse como un sueño y se encontraba una vez más cara a cara con los fantasmas de su propio pasado olvidado.

-Algo le pasa a Martin -dijo Bradley, firmando el libro de señales con ademán garboso-. No puede ser ninguna noticia de la Tierra; las he leído todas. ¿Supones que le haya atacado la nostalgia?

-Si se trata de esto, se ha acordado tarde -replicó Norden-. Dentro de quince días estaremos en Marte. Pero tú te tienes por un psicólogo aficionado, ¿verdad?

-Quizás, ¿quién no?

-Yo no, para empezar -indicó Norden, en tono pontificial-. Eso de hurgar en los asuntos ajenos no es mi...

Un brillo de advertencia en la mirada de Bradley lo detuvo a tiempo; para evidente desencanto de su interlocutor, se interrumpió en mitad de la frase. Martin Gibson acababa de entrar en la oficina con un cuaderno de notas que le daba toda la apariencia de un periodista en su primera conferencia de prensa.

-Bien, Owen, ¿qué es lo que querías mostrarme? -preguntó con urgencia.

-En realidad, no es muy impresionante -respondió Bradley, mientras se encaminaba hacia el panel principal de comunicaciones-. Pero significa que hemos superado otro mojón y esto siempre me emociona un poco. Escucha.

Oprimió la llave del altavoz y elevó lentamente el volumen. El cuarto se llenó con los siseos y los crujidos de la radio, similar al ruido de mil sartenes que entraran en ebullición. Gibson había escuchado con frecuencia este ruido en la cabina de señales y a pesar de su invariable monotonía nunca dejaba de maravillarse. Tenía conciencia de estar escuchando las voces de las estrellas y de las nebulosas, radiaciones que habían iniciado el viaje antes de que naciera la humanidad. Y allí, sepultados en las profundidades de aquel caos repiqueteante y murmurador, podían estar (debían estar) los sonidos de civilizaciones extrañas que hablaban entre sí en los abismos del espacio. Pero ¡oh! sus voces se perdían irremediablemente en la marea de interferencia cósmica que la misma Naturaleza había creado.

Sin embargo, esto no era, por cierto, lo que Bradley quería hacerle escuchar. Con mucha delicadeza, el oficial de señales efectuó algunos ajustes, frunciendo levemente el ceño.

-Lo tenía en mis narices hace un minuto. Espero que no se haya perdido. ¡Ah, aquí está!

Al principio Gibson no pudo detectar alteración alguna en la maraña de ruidos. Después notó que Bradley marcaba el tiempo con la mano, en silencio, pero con mucha rapidez, con una frecuencia de dos golpes por segundo. Con esa guía, Gibson logró

detectar el silbido ondulante, infinitamente sutil, que se abría paso a través de la tormenta cósmica.

-¿Qué es? -preguntó, adivinando a medias la respuesta.

-Es el radiofaro de Deimos. Hay otro en Phobos, pero no es tan poderoso y aún no podemos captarlo.

Cuando nos acerquemos a Marte podremos fijar nuestra posición con pocos cientos de kilómetros de error por medio de ellos. Ahora estamos a una distancia diez veces mayor, pero es bueno saberlo.

«Sí», pensó Gibson, «es bueno saberlo». Naturalmente, esos auxilios radiales no eran esenciales cuando uno podía tener a la vista permanentemente el punto de destino, pero simplificaban algunos de los problemas de la navegación. Mientras escuchaba con los ojos semicerrados aquel pulso débil, casi ahogado a veces por la carga cósmica, comprendió cómo debieron sentirse los antiguos marinos al divisar las luces del puerto desde mar adentro.

-Creo que esto basta -dijo Bradley; apagó el altavoz y se restableció el silencio-. De cualquier modo, es una novedad para que escribas; las cosas han sido muy monótonas últimamente, ¿verdad?

Mientras hablaba miró a Gibson con intensa atención, pero el autor no respondió. Se limitó a garabatear unas pocas palabras en su cuaderno de notas, dio las gracias a Bradley con una cortesía desacostumbrada y distraída, y se encaminó hacia su cabina.

-Tenías razón -dijo Norden, cuando él hubo salido-. Algo le ha ocurrido. Será mejor que hable con Doc.

-Yo no me molestaría -replicó Bradley-. Sea lo que sea, no creo que pueda curarse con píldoras. Es mejor dejar que Martin lo solucione a su modo.

-Tal vez tengas razón -gruñó Norden-. Pero espero que no tarde mucho.

Ya llevaba así una semana. La conmoción del primer momento, al descubrir que Jimmy Spencer era el hijo de Kathleen Morgan, había pasado ya, pero empezaban a hacerse sentir los efectos secundarios. Entre éstos figuraba la sensación de resentimiento por que algo así le hubiese ocurrido precisamente a él. Era una violación demasiado grosera de las leyes de probabilidad, algo que nunca había ocurrido en las novelas de Gibson. Pero la vida es poco artística y esto no se puede remediar.

Este humor de petulancia infantil iba pasando, reemplazado por una profunda sensación de incomodidad. Todas las emociones que creyera definitivamente enterradas bajo veinte años de febril actividad comenzaban a subir a la superficie, como criaturas de las profundidades oceánicas, perturbadas por alguna erupción submarina. En la Tierra

podría haber escapado confundiéndose una vez más con la multitud, pero allí se encontraba atrapado, imposibilitado de huir.

Era inútil fingir que nada había cambiado y decirse: «Claro, yo sabía que Kathleen y Gerald habían tenido un hijo: ¿qué importa eso ahora?» Importaba muchísimo. Cada vez que veía a Jimmy recordaba el pasado y, (peor aún), lo que pudo haber sido el futuro. Actualmente, el problema más inmediato consistía en enfrentarse a los hechos y luchar a brazo partido con la nueva situación. Gibson sabía perfectamente que había una sola forma de hacerlo, y la oportunidad se presentó muy pronto.

Jimmy había estado en el hemisferio meridional y subía por la galería ecuatorial de observación cuando vio a Gibson sentado en una de las ventanas, mirando hacia el espacio. Por un momento pensó que el joven no lo había visto; estaba decidido a no interrumpirlo, pero Gibson lo llamó:

-Hola, Jimmy. ¿Tienes un momento libre?

En realidad, Jimmy estaba bastante ocupado, pero sabía que Gibson tenía algún problema y comprendió que necesitaba su presencia. Por lo tanto, fue a sentarse en el banco del puesto de observación. Y así supo la verdad hasta el punto que Gibson creyó conveniente para ambos.

-Voy a contarte algo, Jimmy -comenzó Gibson-, algo que sólo saben pocas personas. No me interrumpas ni me preguntes nada hasta que haya terminado, bajo ningún concepto.

«Cuando era un tanto más joven que tú quería ser ingeniero. En aquella época era un muchacho bastante inteligente y no tuve dificultades en aprobar el examen de ingreso en la facultad. Como no estaba seguro de lo que deseaba hacer, elegí los cursos de cinco años en ingeniería física general, que era algo relativamente nuevo en aquellos días. Durante el primer año me fue muy bien, lo bastante para darme aliento y trabajar con más interés; en el segundo año estuve... poco brillante, pero mucho mejor que el término medio. Y en el tercer año me enamoré. No era precisamente la primera vez, pero comprendí que al fin iba en serio.

«Ahora bien, enamorarse cuando uno es estudiante puede ser para bien o para mal; depende de las circunstancias. Si es sólo un flirteo frívolo, quizá no importe. Pero si es algo serio, hay dos posibilidades.

«Puede actuar como estímulo, y en este caso uno decide esforzarse a fondo, demostrar que es mejor que los demás, o, por el contrario, uno puede encontrarse tan enredado emocionalmente que lo demás parece no importar y los estudios se van al demonio. Esto es lo que me ocurrió.»

Gibson cayó en un silencio triste y meditabundo y Jimmy echó una mirada furtiva, desde su asiento en la oscuridad, a corta distancia. Estaban en la parte nocturna de la nave y las luces del corredor habían sido apagadas para que las estrellas pudieran lucir en toda su inigualable gloria. Directamente hacia adelante estaba la constelación de Leo, y allí, en su centro, brillaba aquel rubí hacia donde se dirigían. Marte, próximo al sol, era con mucho el más refulgente de todos los cuerpos celestes y su disco podía observarse a simple vista. Su brillante luz carmesí daba de lleno sobre el rostro de Gibson, imprimiéndole un aspecto saludable, casi alegre, que en nada condecía con su estado de ánimo.

Gibson se preguntó si era cierto que uno jamás pudiera olvidarse de nada completamente. En este momento resultaba posible. Aún podía ver, con la misma claridad de veinte años atrás, el mensaje clavado en el cartel de anuncios de la facultad: «El decano de Ingeniería desea ver a M. Gibson en su despacho, a las 3.00». Naturalmente, le hicieron esperar hasta las 3.15, y eso empeoró las cosas. No habría sido tan difícil si el decano se hubiese mostrado sarcástico, o frío, o si hubiese perdido la paciencia. Gibson podía imaginarse aún aquel cuarto inhumanamente prolijo, con sus ordenados archivos y sus cuidadosas hileras de libros; podía recordar a la secretaría del decano que tecleaba silenciosamente en su máquina de escribir, en un rincón, fingiendo no prestar atención.

(Tal vez, pensándolo bien, no fingía del todo. Esta experiencia podía ser tan nueva para ella como para él).

Hasta este momento, Gibson había sentido respeto y simpatía por el decano, a pesar de la afectación y meticulosa pedantería del anciano; acababa de defraudarlo y esto hacía que su fracaso fuera doblemente difícil de soportar. El decano siguió insistiendo, empleando la técnica de mostrarse «más entristecido que enojado», y eso fue más efectivo de lo que él había supuesto o pretendido. Concedió a Gibson una nueva oportunidad, pero éste ya no la aprovecharía.

Lo que empeoraba las cosas, aunque le avergonzara admitirlo, era que Kathleen había pasado sus exámenes con buenas notas. Cuando se publicaron los resultados de Gibson, éste la evitó durante varios días y al volver a encontrarse, la había identificado ya corno la causa de su fracaso. Ahora ya no le dolía y era posible verlo con toda claridad. ¿Hasta qué punto había estado enamorado de Kathleen, si estaba dispuesto a sacrificarla en aras de su amor propio? Porque en eso terminaron las cosas: trató de cargar sobre ella toda la culpa.

El resto era inevitable. La disputa durante aquel último paseo en bicicleta por el campo, y el regreso, cada uno por un camino distinto. Las cartas sin abrir; sobre todo, las cartas

que no habían sido escritas. El fracasado intento de reunirse, siquiera para una despedida, en el último día que él pasó en Cambridge. Pero tampoco eso había resultado bien: Kathleen recibió el mensaje demasiado tarde y aunque él esperó hasta el último instante ella no acudió a la cita. El tren atestado, repleto de estudiantes exaltados, partió ruidosamente de la estación; Cambridge y Kathleen quedaban detrás. Jamás volvió a verlos.

No hacía falta describirle a Jimmy los meses oscuros que siguieron. Él no necesitaba saber lo que resumían aquellas simples palabras: «Tuve un colapso nervioso y me aconsejaron no volver a la universidad.» El doctor Evans se había esmerado en su recuperación y le debía eterno agradecimiento. Fue Evans quien le convenció de que se dedicara a escribir durante los días de su convalecencia, con resultados sorprendentes para ambos. (¿Cuántos sabían que su primera novela estaba dedicada a su psicoanalista? Pero, si Rachmaninov pudo hacerlo con el Concierto en Mi Menor, por qué no él?).

Evans le dio una nueva personalidad, una vocación con la que recobrar la confianza en sí mismo. Pero no podía restaurar el futuro perdido. Gibson envidiaría durante toda su vida a quienes terminaban lo que él sólo había comenzado, a quienes podían especificar tras el nombre el título que él jamás tendría, y a quienes trabajaban de firme en campos donde él sólo podía ser espectador.

Si el problema se hubiese limitado a esto, tal vez no habría importado mucho. Pero el salvar su orgullo, transfiriendo toda la culpa a Kathleen, había desfigurado su. vida entera. Ella, y por su culpa todas las mujeres, quedaron identificadas con el fracaso y la desgracia. Con excepción de unas pocas relaciones, tomadas con escasa seriedad por ambas partes, Gibson no volvió a enamorarse, y comprendía ahora que jamás lo haría. El hecho de conocer la causa de su dolencia no le había ayudado en absoluto a encontrar la curación.

Naturalmente, no hacía falta mencionar nada de eso a Jimmy. Bastaba con presentarle los hechos desnudos y Jimmy adivinaría lo que pudiera. Tal vez un día fuera posible contarle más, pero esto dependía de muchas cosas.

Cuando Gibson hubo terminado le sorprendió el nerviosismo con que esperaba la reacción de Jimmy. Se preguntó si el muchacho habría podido leer entre líneas, repartiendo las culpas como correspondía. De pronto le resultaba imperativo ganar el respeto y la amistad de Jimmy; nada había sido tan importante como esto en mucho tiempo. Sólo así podría satisfacer su conciencia y acallar las voces acusadoras del pasado.

No le era posible distinguir la cara de Jimmy pues el muchacho permanecía en las sombras. Pareció transcurrir un siglo antes de que rompiera el silencio.

-¿Por qué me ha contado todo esto? -preguntó sereno.

Su voz era completamente neutra y libre de simpatías o reproches.

Gibson dudó antes de responder. La pausa era natural, pues apenas podía dilucidar todos los motivos ni siquiera ante sí mismo.

-Tenía que decírtelo -dijo austeramente-. No podía quedarme tranquilo mientras no te lo dijera. Y además... pensé que tal vez podría ayudarte de algún modo.

Se repitió aquel enervante silencio. Por último. Jimmy se puso lentamente en pie.

-Tendré que pensar en todo lo que me ha contado -dijo, con la voz aún limpia de emociones-. No sé qué decirle ahora.

Y se marchó, dejando a Gibson en un estado de extrema incertidumbre y confusión. ¿Había hecho el papel de tonto o no? El autocontrol de Jimmy y su falta de reacciones le habían dejado desequilibrado, en una ingrata posición. Sólo una cosa era indudable: al contar la verdad había aliviado mucho su alma.

Pero quedaban muchas cosas que no había revelado a Jimmy; en realidad, era mucho lo que él mismo no sabía.

Capítulo 7

-¡Esto es una locura! -estalló Norden con el aspecto de un colérico jefe vikingo- ¡Tiene que haber alguna explicación! Santo Dios, en Deimos no hay comodidades para atracar como es debido. ¿Cómo pretenden que descarguemos? ¡Voy a llamar al Ejecutivo en Jefe y armaré un escándalo de mil demonios!

-En tu lugar, yo no lo haría -pronunció Bradley con lentitud -¿Has reparado en la firma? Ésta no es una medida tomada por la Tierra e impuesta por medio de Marte. Viene del despacho del Ejecutivo en Jefe. Este viejo puede ser un bárbaro pero no actúa sin tener buenas razones.

-¡Dime una!

Bradley se encogió de hombros.

-No soy yo quien gobierna Marte -dijo-. ¿Cómo quieres que lo sepa? Ya lo descubriremos.

Y agregó, con una risita maliciosa:

-Me pregunto cómo lo tomará Mac. Tendrá que calcular de nuevo nuestra órbita de aproximación.

Norden se inclinó sobre el cuadro de control y movió una llave.

-Hola, Mac. Aquí Skipper. ¿Me oyes?

Hubo una pausa; luego llegó la voz de Hilton por el altavoz.

-Mac no está aquí en este momento. ¿Algún mensaje?

-Sí, puedes dárselo tú. De Marte nos ordenan cambiar la ruta de la nave. Dile a Mac que calcule una órbita hacia Deimos y que la comunique tan pronto como pueda.

-No entiendo. ¡Pero si Deimos es sólo una cantidad de montañas sin...

-Sí, ya hemos pensado todo esto. Puede ser que descubramos la respuesta cuando lleguemos allí. Indícale a Mac que se ponga en contacto en cuanto pueda, ¿quieres?

Gibson se enteró de la noticia por medio del doctor Scott, cuando daba los últimos toques a uno de sus artículos semanales.

-¿Te has enterado de la última? -dijo el científico, sin aliento-. Nos han desviado hacia Deimos. Skipper está enloquecido; esto puede demorarnos un día entero.

-¿Se sabe por qué?

-No; es todo un misterio. Hemos preguntado, pero Marte no da ninguna contestación.

Gibson se rascó la cabeza mientras estudiaba y rechazaba cinco o seis ideas. Sabía que Phobos, el satélite interior, había sido utilizado como base desde la llegada de la primera expedición a Marte. Era ideal para estos fines, dada sus distancia de sólo seis mil kilómetros a la superficie del planeta y a su gravedad, que no llegaba a la milésima parte de la terrestre. Las ligeras naves estelares podían aterrizar sin dificultades en este mundo, donde su peso total no pasaba de una tonelada y se tardaba varios minutos en caer unos cuantos metros. Un pequeño observatorio, upa estación de radio y varios edificios con sistemas de presión completaban las atracciones del diminuto satélite cuyo diámetro era sólo de unos treinta kilómetros. En Deimos, la luna menor y más alejada, no había sino un radiofaro automático.

La Ares debía atracar en menos de una semana. Marte era ya un pequeño disco en cuya superficie podían verse muchas marcas y señales a simple vista; menudeaban las observaciones por el telescopio y las discusiones con respecto a mapas y fotografías. Gibson había pedido prestada una gran carta Mercator del planeta para aprender los nombres de los principales accidentes geográficos. Los astrónomos que les dieron estos nombres (un siglo atrás, en su mayoría), nunca soñaron que un día los hombres llegarían a emplearlos como parte de su vida cotidiana. ¡Qué poéticos habían sido aquellos antiguos cartógrafos al tomar por asalto la mitología! Con sólo leer aquellas designaciones

en los mapas, la sangre bullía en las venas: Deucalion, Elysium, Euménides, Arcadia, Atlantis, Utopía, Ecos... Gibson podía pasar horas enteras saboreando aquellos nombres maravillosos; en realidad era como si los mágicos arcones de Keats se abrieran ante él. Pero en Marte no había océanos, peligrosos o no, aunque muchos de sus continentes eran lo bastante áridos para parecerlo.

La ruta de la Ares cortaba ya directamente la órbita del planeta, y en pocos días más los motores controlarían la velocidad exterior de la nave. La alteración de la velocidad, suficiente para cambiar la órbita desde Phobos a Deimos, era significante, pero había exigido a Mackay muchas horas de cálculos.

A la hora de comer, el tema de discusión era uno solo: los planes de la tripulación durante la estancia en Marte. Gibson, aquel dignatario del ocio, podía bajar al planeta de inmediato; los trabajadores, en cambio, deberían permanecer en Deimos por varios días, según se le explicó, controlando la nave y la descarga de las mercancías.

Los planes de Gibson podían resumirse en una sola frase: conocer tanto como fuera posible. Tal vez resultaba algo optimista imaginar que se podía conocer un planeta entero en dos meses, aunque Bradley aseguraba una y otra vez que dos días eran más que suficientes.

Hasta cierto punto, el entusiasmo despertado en Gibson por el inminente final del viaje lo había distraído de sus problemas personales. Veía a Jimmy quizá diez o doce veces al día, durante las comidas o en encuentros casuales; pero no habían vuelto a mencionar aquella conversación. Por un tiempo Gibson sospechó que Jimmy lo evitaba deliberadamente; sin embargo, pronto comprendió que estaba totalmente equivocado. El muchacho, al igual que el resto de la tripulación, estaba muy ocupado con los preparativos para terminar el viaje. Norden quería tener la nave en perfectas condiciones cuando amarraran y era preciso realizar muchas operaciones de control y mantenimiento.

Sin embargo, y a pesar de esta actividad, Jimmy había pensado mucho en lo que Gibson le dijera. En un primer momento sintió enojo y rencor hacia el hombre que, aunque involuntariamente, causara la infelicidad de su madre. Pero transcurrido algún tiempo comprendió el punto de vista de Gibson y pudo entender en parte sus sentimientos. Jimmy era lo bastante perspicaz para adivinar que Gibson había dejado muchas cosas sin revelar, además de presentar el caso en la forma más favorable para él: Sin embargo, pasando esto por alto, era obvio que lamentaba sinceramente el pasado y parecía ansioso por reparar cualquier daño que pudiera haber causado, aun con el retraso de una generación entera.

Era extraño volver a experimentar la sensación de peso y escuchar una vez más el rugido distante de los motores en tanto la Ares reducía su velocidad para igualarla a la del curso de Marte, mucho más lento. Las maniobras y las delicadas correcciones finales del rumbo exigieron más de veinticuatro horas. Al final del proceso, Marte parecía doce veces más grande que la luna llena vista desde la Tierra; Phobos y Deimos eran como dos estrellas diminutas cuyo movimiento resultaba claramente visible tras pocos minutos de observación.

Hasta entonces, Gibson no había notado cuan rojos eran los grandes desiertos. Pero la palabra «rojo», a secas, no podía dar idea de la variedad de color comprendida en aquel disco que crecía lentamente. Algunas regiones eran casi escarlata, otras tenían un tono pardo amarillento y el matiz más común podía compararse perfectamente con el del polvo de ladrillo.

En el hemisferio sur la primavera estaba avanzada y los hielos polares quedaban reducidos a unas pocas manchas de blancura centelleante, únicamente en las tierras altas donde la nieve persistía tozudamente. La ancha banda de vegetación que se extendía entre el polo y el desierto era, en su mayor parte, de un pálido verde azulado; sin embargo, era posible encontrar todos los matices de color imaginables en alguna parte de aquel disco abigarrado.

La Ares flotaba en la órbita de Deimos a una velocidad relativa inferior a los mil kilómetros horarios. Hacia adelante, el diminuto satélite iba revelándose como un disco visible y, según pasaban las horas, crecía hasta parecer, desde pocos cientos de kilómetros, tan grande como Marte. Pero ¡qué contraste ofrecía! No habían allí verdes ni rojos intensos; sólo un oscuro caos de rocas desmoronadas, de montañas que brotaban hacia las estrellas en todos las posiciones posibles, dentro de un mundo de gravedad prácticamente nula.

Lentamente, las crueles rocas se deslizaron hacia ellos y volvieron a alejarse, en tanto la Ares tanteaba cautelosamente su camino hacia el radiofaro, cuyas llamadas había percibido Gibson algunos días antes. Por último, el escritor pudo ver, en una zona casi plana situada a pocos kilómetros más abajo, los primeros signos de que el hombre había visitado alguna vez este mundo desnudo. Del suelo emergían dos hileras de pilares verticales; entre ellos colgaba una red de cables. La Ares descendió casi imperceptiblemente hacia Deimos; los cohetes principales llevaban mucho tiempo en silencio pues los pequeños eyectores auxiliares eran perfectamente capaces de soportar el peso efectivo de la nave, de unos cuantos cientos de kilogramos.

Fue imposible precisar el momento en que la nave se posó; sólo el súbito silencio, al apagarse los eyectores, reveló a Gibson que el viaje había terminado; la Ares descansaba ya en la cuna que le habían preparado. Sabía que estaban aún a veinte mil kilómetros de Marte y que llegaría allí al día siguiente, transportado por uno de los pequeños cohetes que ya subían a su encuentro. Pero, por lo que a la Ares se refería, el viaje había terminado. La diminuta cabina que fuera su hogar durante tantas semanas pronto no sabría más de él.

Abandono la galería de observación para dirigirse aprisa hacia el cuarto de control, lugar que había evitado deliberadamente durante las últimas horas de duro trajín. Ya no era tan fácil transitar por el interior de la Ares, pues el insignificante campo gravitacional de Deimos era suficiente para confundir sus movimientos instintivos, a los que debía modificar conscientemente. Se preguntaba cómo se sentiría al experimentar nueva mente un campo de gravedad real. Era difícil creer que, sólo tres meses atrás, la idea de una ausencia total de gravedad le pareciera extraña y perturbadora; sin embargo, había llegado a encontrarlo normal. ¡Qué adaptable era el cuerpo humano!

La tripulación entera estaba sentada en torno a la mesa de mapas, mostrando gran satisfacción y todos muy orgullosos de sí mismos.

-Llegas a tiempo, Martin -dijo alegremente Norden-. Vamos a hacer una pequeña celebración. Ve a buscar tu cámara y podrás fotografiarnos mientras brindamos por este armatoste.

-¡No os lo bebáis todo antes de que yo regrese! -les advirtió Gibson, mientras salía en busca de su Leica.

Cuando volvió a entrar el doctor Scott trataba de efectuar un interesante experimento.

-Estoy harto de apretar jeringas para tomar mi cerveza -explicó-. Ahora que tenemos la oportunidad quiero servírmela correctamente en un vaso. Veamos cuánto tarda.

-Cuando llegue al vaso habrá perdido la fuerza -advirtió Mackay-. Veamos... la gravedad es de medio centímetro por segundo cuadrado y estás sirviendo desde una altura de...

Se concentró en sus cálculos pero el experimento- ya estaba en marcha. Scott sostenía el envase perforado a unos treinta centímetros por encima del vaso (y, por primera vez en tres meses, la palabra «encima» tenía algún sentido, por ínfimo que fuera). Con increíble lentitud, el líquido ambarino se deslizó fuera de la lata, tan lentamente como si fuera miel. Una delgada columna se extendió hacia abajo, moviéndose al principio en forma casi imperceptible, pero con una gradual aceleración. Pareció tardar un siglo en llegar al vaso.

Al establecerse el contacto estalló un griterío de entusiasmo; el nivel del líquido trepaba hacia arriba.

-...calculo que tardará ciento veinte segundos en llegar allí -sobresalió la voz de Mackay por encima del griterío.

-Creo que será mejor que revises tus cálculos -replicó Scott-. Esto equivale a dos minutos y la cerveza ya llegó.

-¿Eh? -exclamo Mackay sorprendido.

Era obvio que no había reparado en el resultado del experimento. Revisó velozmente sus cálculos y la expresión se le iluminó: había colocado mal una coma.

-¡Tonto de mí! Nunca fui bueno en cálculos mentales. Eran doce segundos, por supuesto.

-¡Y éste es el hombre que nos ha traído a Marte! -exclamó alguien, pasmado -¡Regresaré a pie!

Nadie pareció tener ganas de repetir el experimento de Scott; era interesante, pero nada práctico. Poco después todos estaban sirviéndose grandes cantidades de bebidas a jeringazos, según el sistema «normal», y la fiesta siguió animándose cada vez más. El doctor Scott recitó entera aquella saga de los espacios (lo cual era una prodigiosa demostración de memoria) que los que pagaban su pasaje muy pocas veces podían disfrutar. Comenzaba: «Era la nave espacial Venus...»

Gibson escuchó durante un rato las aventuras de ese vehículo cuyo nombre era tan apropiado, y de su tripulación, ingeniosa y decidida. Pero sintió que la atmósfera se enrarecía y salió para despejarse. Casi automáticamente rehizo el trayecto que lo llevaba hasta su sitio favorito en la galería de observación.

Tuvo que anclarse en este puesto para evitar que la atracción de Deimos, imperceptible pero firme, lo arrastrara fuera de allí. Allá abajo estarían ya en marcha los preparativos para recibirlos; en este preciso momento, los pequeños cohetes treparían hacia Deimos, invisibles, para descender con ellos. Catorce mil kilómetros más abajo, pero aún seis mil kilómetros por encima de Marte, Phobos atravesaba la cara oscura del planeta, brillando contra aquella media luna que eclipsaba a las estrellas. Gibson se preguntó, con cierto apasionamiento, qué estaría ocurriendo en aquella pequeña luna. ¡Oh, claro, pronto lo sabría! Mientras tanto, podía repasar su aerografía.

«Veamos, aquí está la doble horquilla de Sinus Meridiani (muy bien ubicada, precisamente en el ecuador y en longitud cero), y allá, hacia el este, Syrtis Mayor.»

A partir de estas dos clarísimas marcas pudo hallar sitios menos evidentes. Margaritifer Sinus se veía con claridad, pero había un barco de nubes sobre Xanthe, y...

-¡Señor Gibson!

Miro a su alrededor, sorprendido.

-Oh, Jimmy. ¿Tú también te cansaste?

Jimmy parecía bastante acalorado y enrojecido. Evidentemente buscaba también aire fresco. Se dejó caer, con cierta inseguridad, en el asiento de observación; por un momento contempló en silencio el planeta Marte como si nunca lo hubiese visto anteriormente. Por último meneó la cabeza, en un gesto de desaprobación:

-Es enormemente grande -observó, sin dirigirse a nadie en especial.

-No tan grande como la Tierra -protestó Gibson-. Y de cualquier modo esta crítica no tiene sentido a menos que especifiques cuál es el patrón que aplicas. En todo caso, ¿qué tamaño debería tener Marte, en tu opinión?

Por lo visto, Jimmy no había pensado en esto y sopesó un rato la idea antes de contestar, con tristeza:

-No lo sé. Pero es demasiado grande. Todo es demasiado grande.

La conversación no iba a ninguna parte y Gibson decidió cambiar de tema.

-¿Qué piensas hacer cuando llegues a Marte? Tienes un par de meses para aprovechar antes de que la Ares emprenda el regreso.

-Supongo que andaré por los alrededores de Puerto Lowell y saldré a ver los desiertos. Me gustaría explorar un poquito si pudiera arreglar las cosas.

La idea pareció a Gibson bastante interesante, pero sabía que para explorar el planeta de modo que valiera la pena hacía falta un gran equipo y la ayuda de guías experimentados. A Jimmy le resultaría muy difícil ser admitido por alguna de las expediciones científicas que de vez en cuando partían de las colonias.

-Tengo una idea -le dijo-. Es de suponer que van a mostrarme cuando yo desee ver. Tal vez pueda organizar algunos viajes por Hellas o Hesperia, adonde nadie ha llegado todavía. ¿Te gustaría venir? ¡Tal vez encontremos algún marciano!

Naturalmente, aquella era una broma común desde que las primeras naves regresaron de Marte con la decepcionante noticia de que los marcianos no existían. Contra toda evidencia, mucha gente conservaba la esperanza de que hubiese vida inteligente en las muchas regiones inexploradas del planeta.

-Sí -dijo Jimmy-, sería una gran idea. De cualquier modo, nadie podrá detenerme; en cuanto lleguemos a Marte puedo disponer libremente de mi tiempo. Así lo establece el contrato.

Lo dijo en tono belicoso, como si pretendiera informar a cualquier superior que estuviera a la escucha y Gibson consideró que más valía guardar silencio.

Este silencio duró varios minutos. Al fin, Jimmy comenzó a alejarse flotando del puesto de observación, deslizándose muy lentamente por las curvas paredes de la nave. Gibson lo atrapó antes de que se alejara demasiado y sujetó a su ropa dos de las manivelas elásticas, sabiendo que Jimmy podría dormir allí tan cómodamente como en cualquier otra parte. Por cierto, él mismo estaba demasiado cansado para llevarlo a su cabina.

«¿Será verdad que sólo nos mostramos como realmente somos cuando estamos dormidos?» se preguntó Gibson. Ahora que estaba totalmente relajado, Jimmy parecía gozar de una gran paz y felicidad, aunque, tal vez, era la luz rubí de aquel gran planeta la que le daba esa apariencia de bienestar. Ojalá no fuera sólo una ilusión. Era significativo el hecho de que Jimmy lo hubiese buscado al fin, deliberadamente. Sin embargo, el muchacho parecía estar algo ausente y quizás por la mañana hubiese olvidado ya todo el asunto. Pero Gibson pensaba de otro modo. Jimmy había decidido, aunque tal vez no fuera aún consciente de ello, darle una nueva oportunidad.

Estaba a prueba.

Al día siguiente, Gibson despertó con un barullo infernal que le atronaba los tímpanos. Como si en torno a él la Ares se deshiciera en pedazos. Se vistió de prisa y salió rápidamente al corredor. La primera persona con quien tropezó fue Mackay, quien no se detuvo a darle explicaciones.

-¡Los cohetes ya están aquí! -le gritó al pasar-. El primero descenderá dentro de dos horas. Será mejor que te apresures pues tienes que bajar en éste.

Gibson se rascó la cabeza, semiaturdido.

-¡Pudieron advertirme antes!- gruñó.

En este momento recordó que lo habían hecho; la culpa era sólo suya.

Volvió a su cabina y comenzó a arrojar sus enseres dentro de las maletas. De tanto en tanto, la Ares le daba una sacudida, obligándole a preguntarse acerca de lo qué ocurría.

Norden, con aspecto preocupado, se encontró con él en la esclusa de aire. Le acompañaba el doctor Scott, ya vestido para marcharse. Llevaba con extrema cautela una gran caja de metal.

-Espero que tengáis buen viaje -dijo Norden-. Nos veremos dentro de un par de días, cuando hayamos descargado. Hasta entonces, pues. ¡Oh, casi lo olvido! Tenía que hacerte firmar esto.

-¿De qué se trata? -preguntó Gibson, suspicaz- Nunca firmo nada hasta que mi agente no lo haya aprobado.

-Léelo y verás -respondió Norden, con una ancha sonrisa-. Es un documento histórico.

En el pergamino que acababa de entregar se leían estas palabras:

«POR LA PRESENTE SE DEJA CONSTANCIA DE QUE EL ESCRITOR MARTIN M. GIBSON FUE EL PRIMER PASAJERO QUE, PROCEDENTE DE LA TIERRA, VIAJÓ EN LA «ARES» EN EL VIAJE INAUGURAL ENTRE LA TIERRA Y MARTE.»

Seguía la fecha y un espacio en blanco para las firmas de Gibson y el resto de la tripulación. Gibson estampó airosamente su autógrafo.

-Supongo que esto terminará en el Museo de Astronáutica cuando decidan donde construirlo -comentó.

-La Ares también, espero -dijo Scott.

-¡Vaya comentario para repetirlo al término del primer viaje! -protestó Norden. Pero supongo que tienes razón. Ahora, debo salir. Los otros ya están fuera con sus trajes; grítales cuando pases. ¡Nos veremos en Marte!

Por segunda vez Gibson se introdujo en un traje espacial; ya era todo un veterano en estos asuntos.

-Como comprenderás -explicó Scott-, cuando el servicio esté debidamente organizado los pasajeros pasarán al ferry a través de un tubo de conexión, lo que pondrá fin a estos trajines.

-Pues se perderán algo muy divertido -replicó Gibson, mientras controlaba rápidamente los dispositivos del pequeño panel colocado bajo su barbilla.

La puerta exterior se abrió ante ellos; los dos se lanzaron lentamente hacia fuera cruzando la distancia que los separaba del Deimos. La Ares, sostenida en la red de cuerdas que apresuradamente le habían preparado la última semana, parecía haber sufrido el ataque de una brigada de derribos. Gibson comprendió entonces la causa de los fuertes golpes que lo despertaran. Habían quitado casi todo el blindaje del Hemisferio Sur para llegar a la bodega y los miembros de la tripulación, metidos en sus trajes espaciales, estaban retirando la carga para apilarla sobre las rocas, en torno a la nave. A los ojos de Gibson la operación era bastante deficiente. Era de esperar que su equipaje no recibiera algún inadvertido empujón, pues de lo contrario volaría irremediablemente al espacio para quedar allí como un tercer satélite de Marte, más diminuto aún que los demás.

Los dos cohetes gemelos que llegaran desde Marte durante la noche esperaban posados a unos cincuenta metros de la Ares, empequeñecidos por el volumen de ésta. En uno de ellos amontonaban ya algunos bultos; el otro, de tamaño mucho menor, parecía reservado para el transporte de pasajeros. En tanto Gibson y Scott se dirigían hacia allí, lenta y cautelosamente, el escritor abrió la onda general de su traje y se despidió de todos sus compañeros de viaje. Las respuestas llegaron prontas y llenas de envidia, mezcladas

con abundantes bufidos y jadeos, pues los bultos que estaban transportando, aunque prácticamente carecían de peso, conservaban la inercia y eran, por lo tanto, tan difíciles de poner en movimiento como en la Tierra.

-¡Qué bien! -dijo la voz de Bradley- ¡Dejarnos todo el trabajo!

-Tenéis una compensación -respondió Gibson, riendo-. Debéis ser los estibadores mejor remunerados de todo el sistema solar.

Comprendía bien el punto de vista de Bradley; los técnicos especializados de la Ares no habían sido contratados para realizar este tipo de trabajos. Pero aquel misterioso desvío de la nave les había impedido descender en el puerto de Phobos, pequeño, pero bien equipado, obligándoles a tales improvisaciones.

Era imposible despedirse de cada uno en particular por un circuito abierto donde escuchaban cinco o seis personas; de cualquier modo, Gibson volvería a verlos en pocos días.

Le habría gustado cambiar un par de frases más con Jimmy pero tendría que dejarlo para más adelante.

Encontrar un rostro humano distinto fue toda una experiencia. El piloto del cohete salió a la escotilla de aire para ayudarlos a quitarse los trajes, que fueron suavemente depositados en Deimos para nuevo uso, por el simple medio de abrir la puerta exterior; la corriente de aire se encargó de ellos. Luego el hombre los condujo hacia la pequeña cabina y les indicó que se acomodaran a gusto en los asientos acolchados.

-Puesto que no habéis experimentado gravedad alguna durante un par de meses -dijo-, voy a bajaros con toda la suavidad posible. No emplearé más que una gravedad terrestre normal, pero es posible que os sintáis como si pesarais una tonelada. ¿Listos?

-Sí -respondió Gibson, con valentía, mientras intentaba olvidar su última experiencia en este aspecto.

Se oyó un rugido suave y lejano, y algo lo hundió firmemente en el asiento. Los peñascos y las montañas de Deimos quedaron suavemente hacia atrás; echó una última mirada sobre la Ares: era una campana brillante de plata sobre aquellas rocas de pesadilla.

Había bastado un segundo, una explosión de energía, para liberarlos de aquella pequeña luna: flotaban ya en torno a Marte, en una órbita libre. Durante varios minutos el piloto estudió su instrumental, mientras recibía verificaciones irradiadas desde el planeta, e hizo evolucionar la nave sobre sus giróscopos. Luego volvió a mover la llave de ignición y los cohetes tronaron por varios segundos más. La nave se había desprendido de la órbita de Deimos y caía hacia Marte. Toda la operación fue una réplica en miniatura de un

verdadero viaje interplanetario. Sólo variaban el tiempo y la duración: les exigiría tres horas, y no tres meses, llegar a la meta; el trayecto se medía en miles de kilómetros, no en millones.

-¿Tuvisteis un buen viaje? -dijo el piloto, fijando sus controles para volverse sobre el asiento.

-Bastante agradable, gracias -respondió Gibson-. Sin muchas emociones, por supuesto. No tuvimos ningún tropiezo.

-¿Cómo está Marte en este momento? -preguntó Scott.

-Oh, siempre igual. Mucho trabajo y poca diversión. La novedad del momento es la nueva cúpula que estamos construyendo en Lowell. Tiene trescientos metros de diámetro; será como sentirse de nuevo en la Tierra. Estamos estudiando la posibilidad de provocar nubes y lluvia en su interior.

-¿Qué es lo que pasa en Phobos? -preguntó Gibson, hambriento de noticias-. Ese asunto nos causó bastante, problemas.

-Oh, no creo que sea nada importante. Nadie sabe muy bien lo que pasa; hay allí un grupo de gente construyendo un gran laboratorio. Creo que Phobos va a ser reservado exclusivamente como estación experimental y no quieren que entren ni salgan vehículos, pues en este caso todas las formas de radiación inventadas por la ciencia se interferirían con los instrumentos.

Gibson, desilusionado, vio fracasar varias teorías interesantes. Tal vez, de no haber estado tan absorbido por el planeta que se aproximaba,, habría considerado esta explicación con espíritu más crítico; pero en este momento se contentó con ella y no volvió a pensar en el asunto.

Dado que Marte parecía no tener mucha prisa en acercarse, Gibson decidió averiguar cuanto pudiera sobre los detalles prácticos de la vida sobre el planeta, aprovechando la oportunidad de interrogar a un verdadero colono. Sentía un terror mórbido a hacer el ridículo, ya fuera por ignorancia o por falta de tacto; en las dos horas siguientes el piloto estuvo bastante ocupado con Gibson y el instrumental de la nave.

Cuando Marte estuvo a mil kilómetros de distancia, Gibson dejó en libertad a su víctima para dedicar toda su atención al paisaje que se expandía allá abajo. Pasaban a toda velocidad sobre el Ecuador, atravesando las capas exteriores de la atmósfera marciana, tenue, pero extensa. Al fin (fue imposible determinar el instante en que ocurrió), Marte dejó de ser un planeta en medio del espacio para convertirse en un paisaje lejano. Los desiertos y los oasis se sucedían rápidamente; el Syrtis Mayor pasó antes de que Gibson pudiera reconocerlo Cuando estaban a cincuenta kilómetros de distancia se presentó la

primera señal de que el aire se estaba espesando en torno a ellos. Un leve y distante suspiro, que parecía venir de la nada, comenzó a llenar la cabina. El aire ligero se aferraba al proyectil con débiles dedos, pero su fuerza crecería rápidamente... con demasiada rapidez, si erraban la marcha. Gibson pudo sentir cómo aumentaba la desaceleración, en tanto la nave disminuía su velocidad: el silbido del aire era ya tan fuerte, aún a través de las paredes aisladas, que hubiese sido imposible hablar en tono normal.

Aunque el hecho pareció prolongarse largo rato, en realidad debieron ser sólo unos cuantos minutos. Por último, el gemido del viento se extinguió lentamente. El cohete había agotado todo el exceso de velocidad con la resistencia del aire; el material refractario de su parte delantera y de sus afiladas alas se enfriaría rápidamente, perdiendo su color rojo cereza. La pequeña nave no era un vehículo espacial sino apenas un velero de alta velocidad que corría a través del desierto a menos de mil kilómetros por hora, siguiendo la onda del radiofaro hacia Puerto Lowell.

De un primer vistazo Gibson identificó la colonia como un diminuto parche blanco en el horizonte sobre el fondo oscuro del Aurorae Sinus. El piloto hizo girar la nave en una amplia curva silbante, perdiendo altura y volviendo a reducir su exceso de velocidad. Al ladearse el cohete, Gibson pudo divisar, por un momento, media docena de grandes cúpulas de forma circular, estrechamente arracimadas. Luego, la superficie se precipitó a su encuentro; hubo aún una serie de suaves tumbos y la máquina rodó apaciblemente hasta detenerse.

Estaba en Marte. Había llegado a aquel sitio que el hombre antiguo viera sólo como una luz roja moviéndose entre las estrellas; aquello que sus congéneres del siglo anterior habían considerado como un mundo misterioso y totalmente inalcanzable y que ahora representaba la frontera de la raza humana.

-Hay todo un comité de recepción -observó el piloto-. Toda la flota de transporte ha venido a recibiros. ¡No sabía que hubiera tantos vehículos en servicio!

Dos pequeños y sólidos vehículos con anchas cubiertas hinchadas, habían salido velozmente a su encuentro.

Cada uno contaba con una cabina a presión lo suficientemente grande para transportar a dos personas; sin embargo, eran diez o doce los pasajeros que se las habían ingeniado para subir en ellos, aferrados a empuñaduras adecuadas. Detrás venían dos grandes ómnibus, del tipo semioruga, también atestados de espectadores. Gibson, que no esperaba encontrarse con tal multitud, empezó a componer un pequeño discurso.

-Supongo que aún no sabéis cómo usar estas cosas -dijo el piloto, entregándoles dos máscaras de respiración-. Pero sólo tendréis que usarlas durante un minuto para ir hasta las Pulgas.

«¿Las qué?», se preguntó Gibson. Oh, claro, aquellos pequeños vehículos debían ser las famosas «Pulgas de Arena», el transporte universal de Marte.

-Yo os las ajustaré. ¿Está bien el oxígeno? Pues, vamos. Al principio, tal vez parezca algo extraño.

El aire escapó lentamente de la cabina hasta que la presión interior igualó a la de fuera. Gibson sintió un incómodo escozor en las zonas de contacto con la piel; la atmósfera, a su alrededor, era más tenue que en lo alto del Everest. Habían sido necesarios tres meses de lenta aclimatación en la Ares, y todos los recursos de la medicina moderna, para que pudiera pisar la superficie de Marte sin más protección que una simple máscara de oxígeno.

Se sentía muy halagado al verse acogido por tal multitud. Por supuesto, Marte no recibía con frecuencia a visitantes tan distinguidos, pero él sabía que aquella atareada colonia no disponía de tiempo para ceremonias.

El doctor Scott salió tras él, llevando aún la gran caja metálica que había sostenido con tanto cuidado durante todo el viaje. Al verle aparecer, un grupo de colonos corrió hacia él, ignorando completamente a Gibson, y se agruparon en torno al doctor. Gibson pudo oír sus palabras, aunque tan distorsionadas por la sutil atmósfera que resultaban casi incomprensibles.

-¡Qué alegría verlo otra vez, Doc! A ver..., permítame llevar eso.

-Lo tenemos todo preparado y hay diez casos esperándolo en el hospital. Sabremos los resultados en una semana.

-Vamos, subamos al ómnibus. ¡Después charlaremos!

Antes de que Gibson comprendiera lo que estaba ocurriendo, Scott y su carga había desaparecido. Un motor poderoso soltó un agudo quejido y el ómnibus partió hacia Puerto Lowell; mientras, Gibson quedaba atrás sintiéndose más tonto que nunca en su vida.

Había olvidado completamente lo del suero. Para Marte, éste era mucho más importante que la visita de cualquier novelista, por distinguido que pudiera ser en su propio planeta. Ya no olvidaría esta lección.

Afortunadamente, no lo habían abandonado por completo; aún estaban allí las Pulgas de Arena. Uno de los pasajeros desembarcó para acercarse a él, de prisa.

-¿Señor Gibson? Soy Westerman, del Times; es decir, del Martian Times. Encantado de conocerlo. Le presento a...

-Henderson, a cargo de las facilidades portuarias -interrumpió un hombre alto y de rostro afilado, a quien parecía fastidiar que el otro le hubiese ganado por la mano-. Ya me he encargado de que recojan su equipaje. Suba.

Era evidente que Westerman habría preferido encargarse a solas de Gibson pero debió renunciar con tanta dignidad como le fue posible. Gibson trepó a la Pulga de Henderson a través de la bolsa de plástico flexible que constituía una simple pero efectiva cámara de aire; el otro se le reunió un minuto después en la cabina de conducción. Fue un alivio quitarse la máscara de respiración; los pocos minutos pasados al aire libre habían sido bastante molestos. Se sentía también torpe y pesado: precisamente lo opuesto a lo que esperaba experimentar al hallarse en Marte. Pero durante tres meses no había sabido de gravedad y acostumbrarse a ella le exigiría algún tiempo; su peso actual equivalía sólo a la tercera parte de su peso terrestre.

El vehículo empezó a cruzar los campos hacia las cúpulas del Puerto, distantes un par de kilómetros. Por primera vez Gibson notó que un verde brillante moteaba todo el contorno: el de plantas duras y resistentes, la forma de vida más común en Marte. En lo alto, el cielo ya no era negro como la tinta, sino de un azul intenso y glorioso. El sol no estaba lejos del cenit y sus rayos atravesaban con sorprendente suavidad la cúpula plástica de la cabina.

Gibson echó una mirada hacia la bóveda oscura del cielo, tratando de localizar la diminuta luna donde sus compañeros trabajaban aún. Henderson lo notó y levantó una mano del volante para señalar un punto cercano al sol.

-Allá está -dijo.

Gibson hizo pantalla sobre sus ojos para contemplar el cielo. Una estrella brillante pendía sobre el azul, semejante a un lejano arco eléctrico, hacia el oeste del sol. Era demasiado pequeño para ser Deimos, pero Gibson tardó un momento en comprender que su compañero le había interpretado erróneamente.

Aquella luz quieta e impasible, que ardía tan inesperadamente en pleno día, era (y lo sería por varias semanas) el lucero matinal de Marte, más conocido por el nombre de Tierra.

Capítulo 8

-Siento haberlo hecho esperar -dijo el mayor Whittaker-, pero usted sabe cómo son estas cosas: el Jefe ha estado reunido durante una hora. Hasta hace un rato no he podido

avisarle de que usted lo esperaba. Por aquí; ahorraremos camino pasando por los Registros.

Aquélla podría haber sido una oficina normal en la Tierra. La puerta decía, simplemente: «Jefe Ejecutivo». No había nombre alguno, ni era necesario. Todos los habitantes del sistema solar sabían quién gobernaba en Marte; en realidad, era difícil pensar en este planeta sin recordar al mismo tiempo a Warren Hadfield.

Cuando el Ejecutivo en Jefe se puso de pie detrás de su escritorio, Gibson se sorprendió al descubrir que era mucho más bajo de lo que él imaginara. Había juzgado al hombre por sus obras y nunca imaginó que él pudiera sobrepasarle unos cinco centímetros. Pero aquel físico delgado y musculoso, aquella cabeza sensitiva en forma de pájaro, eran exactamente como él los había imaginado.

Al comenzar la entrevista, Gibson se mantuvo en cierto modo a la defensiva, pues era muy importante causar buena impresión. Las cosas le resultarían infinitamente más sencillas si tenía al Jefe de su parte. En realidad, si se enemistaba con Hadfield no le quedaría otra salida que regresar a la Tierra.

-Confío en que Whittaker le haya atendido bien -dijo el Jefe, tras los primeros saludos de cortesía-. Comprenda que me ha sido completamente imposible verle antes; acabo de regresar de una inspección. ¿Qué tal se encuentra aquí?

-Bastante bien -respondió Gibson, sonriendo-. Temo que he roto unas cuantas cosas al dejarlas en medio del aire, pero ya me estoy acostumbrado otra vez a vivir con gravedad.

-¿Y qué opina de nuestra pequeña ciudad?

-Es una empresa formidable. No me explico de qué modo han hecho tanto en tan poco tiempo.

Hadfield lo miraba fijamente.

-Sea del todo franco. Es más pequeña de lo que usted esperaba, ¿no es así?

Gibson dudó.

-Sí, supongo que así es. Pero tenga en cuenta que estoy habituado a los módulos de Londres y Nueva York. Con dos mil personas, en la Tierra, sólo es posible hacer un gran pueblo. Además, gran parte de Puerto Lowell está bajo el nivel del suelo, lo que supone una gran diferencia.

El Jefe Ejecutivo no pareció sorprendido ni fastidiado.

-Todo el mundo sufre una desilusión al conocer la ciudad más grande de Marte -dijo-. Sin embargo, dentro de una semana será mucho mayor, cuando se termine la nueva cúpula. Dígame, ¿qué planes tiene, ahora que está aquí? Tal vez sepa que al principio no estaba muy de acuerdo con esta visita suya.

-Así me lo dijeron en la Tierra -confirmó Gibson, algo desconcertado.

Aún debía aprender que la franqueza era una de las principales virtudes del Jefe Ejecutivo: virtud que no lo hacía simpático a mucha gente. El escritor agregó:

-Tenía miedo de que estorbara, supongo.

-Sí. Pero ya que está aquí lo ayudaremos tanto como sea posible. Confío en que usted haga lo mismo.

-¿De qué manera? -preguntó Gibson, tenso y listo para defenderse.

Hadfield se inclinó sobre la mesa y juntó las manos con apasionamiento casi febril.

-Estamos en guerra, señor Gibson. Estamos en guerra contra Marte y contra todas las fuerzas que pueden agredirnos: el frío, la falta de agua, la falta de aire. Y estamos, además, en guerra contra la Tierra. Es una guerra burocrática, es cierto, pero tiene sus victorias y sus derrotas. Tengo que llevar a cabo esta campaña hasta el final de la línea de abastecimiento, y ésta mide, por lo menos, cincuenta millones de kilómetros. Las mercancías más urgentes tardan cinco meses en llegar aquí, y sólo las consigo si la Tierra decide que no puedo componérmelas sin ellas.

«Tal vez usted comprenda por qué lucho; mi objetivo primordial, si quiere llamarle así, es el autoabastecimiento. Recuerde que las primeras expediciones debieron traer consigo cuanto necesitaban. Ahora podemos satisfacer las necesidades básicas de la vida con nuestros propios recursos. Nuestros talleres pueden fabricar casi cualquier cosa, si no es demasiado complicada; pero todo es cuestión de material humano. Hay productos muy especializados que no pueden hacerse sino en la Tierra, y mientras nuestra población no haya alcanzado al menos diez veces su número actual no podremos remediarlo. Todos los habitantes de Marte son expertos en algo, pero en la Tierra hay más especialidades que habitantes en este planeta y de nada vale discutir con la aritmética.

«¿Ve aquellos gráficos? Comencé a trazarlos hace cinco años. Marcan el índice de nuestra producción en cuanto a elementos clave. Hemos alcanzado el nivel de autosuficiencia (esta línea horizontal de color rojo) con respecto a la mitad de ellos. Confío en que dentro de cinco años más serán muy pocas las cosas importadas desde la Tierra. Pero en este momento nuestra mayor necesidad consiste en material humano y en esto es en lo que usted puede ayudarnos.

Gibson pareció algo incómodo.

-No puedo prometerle nada. Por favor, no olvide que estoy aquí sólo como reportero. Emotivamente estoy de su parte pero debo describir los hechos tal como los vea.

-Comprendo. Pero los hechos no lo son todo. Espero que usted explique a la Tierra las cosas que confiamos hacer tanto como las que ya hemos hecho. Son aun más

importantes, pero sólo podremos lograrlas si la Tierra nos apoya. No todos sus predecesores lo han comprendido.

Esto era muy cierto. Gibson recordó una serie de artículos críticos aparecidos en el Daily Telegraph un año antes. Los hechos eran verídicos pero es probable que hubiera resultado igualmente desalentadora la publicación de un informe similar acerca de los adelantos efectuados durante los cinco primeros años de colonización en Norteamérica.

-Puedo ver ambos lados del asunto, creo -dijo Gibson-. Usted debe comprender que, desde el punto de vista de la Tierra, Marte está muy lejos, cuesta mucho dinero y no ofrece nada a cambio. Ya han pasado las primeras ilusiones de la exploración interplanetaria. Hoy día la gente se pregunta: «¿Qué ganamos con todo eso?». Hasta ahora, la respuesta ha sido: «Muy poco». Su obra es importante, y yo no lo dudo, pero en mi caso es un acto de fe antes que asunto de lógica. El hombre común, allá en la Tierra, debe pensar que los millones gastados aquí podrían ser más útiles si se emplearan en mejorar nuestro propio planeta... Y aún, en el caso de que el tema le interesa algo.

-Comprendo sus dificultades; son muy comunes. Y no es fácil de resolver. Permítame expresarlo de esta manera. Supongo que casi todas las personas inteligentes admitirían la importancia de tener una base científica en Marte dedicada puramente a la investigación.

-Sin duda.

-Pero no comprenden la necesidad de construir una cultura autosuficiente que quizás pudiera convertirse con el transcurso del tiempo en una civilización independiente.

-Éste es el problema, precisamente. No creen que esto sea posible; o, dada la posibilidad, no creen que valga la pena. En muchos artículos publicados se dice que Marte será siempre una carga para el planeta madre debido a las tremendas dificultades naturales bajo las cuales trabajan.

-¿Y la analogía entre Marte y las colonias americanas?

-No puede insistirse mucho sobre ella. Hay que reconocer que quienes iban a América encontraban allí alimentos y aire respirable.

-Es verdad; sin embargo, aunque el problema de colonizar Marte es mucho más difícil, contamos con grandes poderes a nuestra disposición. Con tiempo y el material necesario este mundo puede ser apto para la vida como la Tierra. Aun, ahora, verá que muy pocos de nuestros colonos quieren regresar allá. Saben que están haciendo algo importante. Quizá la Tierra no necesita todavía de Marte pero algún día esto cambiará.

-Ojalá pudiera creerlo -dijo Gibson, con cierta tristeza.

Señaló la verde marea de vegetación que trepaba, como un mar hambriento, por la cúpula casi invisible de la ciudad; señaló la inmensa llanura que se precipitaba hacia el borde del horizonte, extrañamente cercano, y las colinas de color escarlata, en cuyos brazos dormía la ciudad.

-Marte es un mundo interesante -dijo-, y hasta hermoso. Pero jamás será como la Tierra.

-¿Y por qué habría de serlo? Además, ¿a qué se refiere usted cuando dice «Tierra»? ¿A las pampas sudamericanas, a los viñedos de Francia, a las islas coralinas del Pacífico o a las estepas siberianas? ¡La Tierra es todo eso! Dondequiera el hombre pueda vivir, allí estará su hogar, algún día. Y tarde o temprano el hombre podrá vivir en Marte sin necesidad de todo esto.

Al terminar, señaló con un ademán la cúpula que flotaba sobre la ciudad, concediéndole la vida. Gibson protestó:

-¿Cree usted en verdad que los hombres podrán adaptarse alguna vez a la atmósfera exterior? ¡Si lo consiguen dejarán de ser hombres!

El Ejecutivo en Jefe guardó silencio durante un instante. Luego replicó, serenamente:

-No he dicho que deban adaptarse a Marte. ¿No ha considerado la posibilidad de que Marte se encuentre con nosotros a mitad de camino?

Hizo una pausa lo bastante larga para que Gibson pudiera absorber estas palabras; en seguida, antes de que su visitante pudiera formular las preguntas que le asaltaban la mente, Hadfield se puso de pie.

Confío en que Whittaker se ocupará de usted y le mostrará todo cuanto quiera ver. Comprenda que nuestros transportes son escasos, pero lo llevaremos hasta todos los puestos de avanzada si nos da tiempo para prepararlo. Comuníqueme cualquier dificultad que tenga.

De momento, lo despidió con cortesía, pero decididamente. El hombre más ocupado de Marte había concedido a Gibson una generosa parte de su tiempo y toda pregunta debería esperar hasta la siguiente oportunidad.

-¿Qué piensa del Jefe ahora que lo conoce? -preguntó el mayor Whittaker cuando Gibson volvió a la oficina exterior.

-Se ha mostrado muy agradable y servicial -replicó Gibson, cauteloso-. Es un enamorado de Marte, ¿verdad?

Whittaker frunció los labios.

-No sé si se puede llamarlo así. Según creo Marte es para él un enemigo que debe vencer. Para todos nosotros es lo mismo, por supuesto, pero el Jefe tiene más motivos que nadie. Sabe lo que pasó con su esposa, ¿verdad? No.

-Fue la primera víctima de la fiebre marciana, dos años después de llegar aquí.

-Oh -exclamó Gibson, lentamente-. Comprendo. Tal vez sea esta una de las razones por las que se han esforzado tanto en buscar la curación.

-Sí; el Jefe está muy empeñado en ello. Además, hace disminuir mucho nuestros recursos. ¡Aquí no hay tiempo para estar enfermo!

Aquel último comentario era casi un resumen de la condición en que se encontraba la colonia» Así lo pensó Gibson mientras cruzaba Broadway (así llamaba por sus quince metros de ancho). Aún no se había recobrado completamente de la desilusión sufrida al descubrir cuan pequeño era Puerto Lowell y hasta qué punto carecía de los lujos acostumbrados en la Tierra. Las hileras de casas metálicas uniformes y los pocos edificios públicos la asemejaban más a un campamento militar que a una ciudad, aunque los habitantes habían hecho lo posible para embellecerla con flores terrestres. Algunas de éstas habían alcanzado dimensiones impresionantes debido a la escasa gravedad y la plaza Oxford resplandecía con girasoles tres veces más altos que un hombre. Aunque iban convirtiéndose en una molestia nadie se atrevía a sugerir su desaparición; si seguían creciendo en la misma proporción pronto haría falta un leñador experimentado para cortarlos sin poner en peligro el hospital de la ciudad.

Gibson, pensativo, siguió subiendo por Broadway hasta llegar a Marble Arch, donde se encontraban las cúpulas Uno y Dos. Era también punto de encuentro de muchas cosas, tal como descubrió en seguida. En este sitio, estratégicamente situado y cerca de las compuertas múltiples, estaba el George's, el único bar de Marte.

-Buenos días, señor Gibson -dijo George-. Espero que el Jefe haya estado de buen humor. Gibson había salido de la sede administrativa hacía apenas diez minutos; por lo visto, se trabajaba rápido. Pronto descubriría que las noticias circulaban velozmente en Puerto Lowell y la mayor parte lo hacían a través de George.

George era un personaje interesante. Puesto que los taberneros sólo eran considerados relativamente necesarios para el bienestar del Puerto, y no imprescindibles, tenía dos profesiones oficiales. En la tierra había sido muy conocido como comediante, pero decidió emigrar debido a las desmedidas exigencias de tres o cuatro esposas adquiridas en un rapto de entusiasmo juvenil. Actualmente estaba a cargo del pequeño teatro porteño y parecía completamente satisfecho de la vida. Su edad, que pasada de cuarenta, era la más avanzada de Marte.

-La semana próxima tendremos un espectáculo -comentó, después de servir a Gibson-. Hay uno o dos números bastante buenos. Me gustaría que fuera a verlos.

-Claro -dijo Gibson-, con mucho gusto. ¿Con que frecuencia hace esa clase de cosas?

Más o menos una vez al mes. Tenemos proyección de películas tres veces por semana, de modo que no estamos tan mal.

-Me alegra que Puerto Lowell tenga alguna vida nocturna.

-Más de la que cree. Pero no le contaré nada para que no lo escriba en sus periódicos.

-No escribo para esa clase de periódicos -replicó Gibson, sorbiendo pensativo la bebida local.

No sabía mal cuando uno se acostumbraba, aunque, por supuesto, era completamente sintética, resultado de la acción conjunta de la granja hidropónica y el laboratorio químico.

El bar estaba casi desierto, pues a esta hora todos los habitantes de Puerto Lowell estarían en lo mejor del trabajo. Gibson tomó su cuaderno de notas y comenzó a tomar apuntes con cuidado mientras silbaba una pequeña melodía. Esta costumbre resultaba fastidiosa aunque no tenía conciencia de ello; George contraatacó encendiendo la radio del bar.

En esta ocasión transmitían un programa en directo, radiado hacia Marte desde alguna zona del lado oscuro de la Tierra y lanzado al espacio mediante incontables megawatios que eran captados y retransmitidos por la emisora ubicada en las colinas hacia el sur de la ciudad. La recepción era buena, a excepción de algún ruido solar o estático procedente de aquel transmisor infinitamente más grande que servía de fondo a la emisión terrestre. Gibson se preguntó si valía realmente la pena todo este esfuerzo para enviar de un mundo a otro la voz de alguna soprano mediocre o las melodías de una orquesta ligera. Sin embargo, la mitad de Marte estaría probablemente a la escucha con distintos grados de sentimentalismo y nostalgia, aunque después negaran indignados abrigar tales sensaciones.

Gibson terminó la lista de preguntas que debía formular. Se sentía casi como un alumno nuevo en su primer día de escuela: todo era extraño, nada podía darse por sentado. Era difícil creer que a veinte metros de aquella burbuja transparente acechara la súbita muerte por asfixia. Por alguna razón este problema nunca le había preocupado durante el viaje ¡en la Ares: al fin y al cabo el espacio era así. Sin embargo, resultaba fuera de lugar, allí, donde se podía contemplar una brillante pradera verde convertida en un campo de batalla en el que las resistentes plantas marcianas libraban su batalla anual por la existencia; batalla que concluiría con la muerte, tanto para los vencedores como para los vencidos, en cuanto llegara el invierno.

De súbito, Gibson experimentó un deseo casi avasallador de abandonar aquellas calles angostas para salir a cielo abierto. Casi por primera vez, sintió que realmente añoraba la Tierra, que tan poco parecía ofrecerle. Como Falstaff, habría querido hablar de los campos verdes..., con la ironía adicional de que estaba rodeado por campos verdes, tentadores, pero prohibidos para él por las leyes de la naturaleza.

-George -dijo, abruptamente-. Llevo cinco días aquí y todavía no he estado fuera. Se me ha dicho que no debo salir sin alguien que cuide de mí. Los clientes no vendrán hasta dentro de una hora. Sé buen compañero y llévame fuera de la esclusa de aire..., diez minutos, siquiera.

Pensó, con alguna vergüenza, que esta petición parecería muy extraña a George. Pero estaba equivocado: se había producido tantas veces que el tabernero lo daba por seguro. En realidad su trabajo consistía en satisfacer los caprichos de sus clientes y casi todos los recién llegados acababan por sentirse así tras pocos días bajo la cúpula. George se encogió filosóficamente de hombros y mientras se preguntaba si no debía solicitar réditos adicionales como psicoterapeuta del Puerto, desapareció en el santuario interior. Momentos después volvió con un par de máscaras de respiración y el equipo auxiliar.

-Con un día tan hermoso como éste no vamos a necesitar todo el mecanismo -dijo, mientras Gibson se acoplaba torpemente los dispositivos-. Asegúrate de que esta espuma de goma quede bien ajustada en torno al cuello. Ahora podemos salir. ¡Pero sólo por diez minutos, recuerda!

Gibson lo siguió con ansiedad, como un perro ovejero tras su amo, hasta la salida de la cúpula. Allí había dos esclusas de aire; una, grande y totalmente abierta, comunicaba con la cúpula Dos; la más pequeña conducía al exterior. Consistía, únicamente, en un tubo de metal de tres metros de diámetro que atravesaba una pared de ladrillos vítreos; ésta amarraba al suelo la cubierta de plástico flexible.

Habían cuatro puertas distintas, ninguna de las cuales podía ser abierta sin cerrar previamente las otras tres. Gibson aprobó plenamente estas precauciones pero se le hizo muy largo el tiempo que empleó hasta que la última puerta giró hacia adentro y el vivido verde de la pradera apareció ante él. La piel expuesta al aire experimentaba un ligero cosquilleo debido a la reducida presión pero la atmósfera era lo suficientemente caliente para que, pronto, se sintiera bastante cómodo. Ignorando completamente a George se abrió camino enérgicamente a través de la vegetación baja y tupida, mientras se preguntaba por qué aquellas plantas se apretarían tanto contra la cúpula. Tal vez las atraía el calor o la leve pérdida de oxígeno de la ciudad.

Tras recorrer unos cielos de metros se detuvo; al fin se sentía bajo el cielo abierto, libre de aquel opresivo techo. Poco parecía importarle tener la cabeza cubierta por completo. Se inclinó a examinar las plantas entre las que se hundía hasta la rodilla.

Naturalmente había visto antes muchas fotografías de plantas marcianas. No eran muy llamativas, en realidad, y él no sabía la suficiente botánica para apreciar sus peculiaridades. Pero, si las hubiese encontrado en algún apartado rincón de la Tierra, apenas las habría mirado dos veces. Ninguna sobrepasaba el metro de altura; las que tenía a su alrededor en aquel momento parecían hojas de pergamino brillante; eran muy delgadas, pero duras, como diseñadas para absorber tanto sol como fuera posible sin perder su preciosa savia. Aquellas hojas harapientas se esparcían como velas diminutas puestas al sol, al que seguirían en su marcha por el cielo hasta inclinarse hacia el oeste con el crepúsculo. Gibson habría deseado ver algunas flores para añadir un toque de color contrastante a la vivida esmeralda, pero en Marte no había flor alguna. Tal vez habían existido en otros tiempos cuando el aire era lo bastante rico para los insectos, pero, actualmente, casi todas las plantas marcianas se autofertilizaban.

George lo alcanzó y echó sobre aquellos seres nativos una mirada indiferente. Gibson se preguntó si le fastidiaba aquel repentino paseo al exterior, pero aquellos remordimientos de conciencia estaban justificados. El tabernero no hacía sino meditar en su próxima producción, tratando de decidir si se arriesgaría con una obra de Noël Coward, después del desastre sufrido por la compañía la última vez que representó una obra clásica. De pronto emergió de su abstracción para indicar a Gibson, con voz clara, a pesar de la distancia:

-Quédate quieto un minuto y observa la planta que está a tu sombra. Es muy divertido.

Gibson obedeció aquella peculiar indicación. Por un momento, nada ocurrió. Pero, después, pudo ver cómo las hojas apergaminadas se plegaban muy lentamente. Todo el proceso duró unos tres minutos; transcurrido este tiempo la planta adquirió el aspecto de una bolita de papel verde, muy densa, y de un tamaño varias veces menor.

George soltó un risita.

-Cree que ha caído la noche -dijo-, y no quiere que la cojan desprevenida cuando el sol se haya puesto. Si te alejas volverá a pensar en el asunto durante media hora antes de arriesgarse a abrir otra vez el negocio. Y si continuaras así todo el día tal vez terminaría con un colapso nervioso.

-Estas plantas, ¿tienen alguna utilidad? -preguntó Gibson-. Es decir, ¿son comestibles, o contienen elementos químicos de algún valor?

-No son comestibles, pero, aunque no son venenosas, sientan muy mal. En realidad no se parecen en nada a las plantas terrestres. El color verde es tan sólo una coincidencia. No es... ¿cómo se llama eso?

-¿Clorofila?

-Exactamente. No dependen del aire como nuestras plantas: obtienen todo lo necesario del propio suelo. En realidad, pueden crecer en el vacío absoluto, como las plantas de la Luna, siempre que tengan suficiente luz solar y un suelo adecuado.

«Todo un triunfo de la evolución», pensó Gibson. Pero ¿con qué fin? ¿Por qué se aferraba la vida con tanta tenacidad a aquel pequeño mundo contra todas las calamidades de la naturaleza? Tal vez el Jefe Ejecutivo había aprendido de esas plantas, sufridas y resueltas, parte de su propio optimismo.

-¡Eh! -exclamó George-. Es hora de regresar.

Gibson lo siguió con mansedumbre. Ya no sentía la opresión de aquella claustrofobia que, como ya sabía, se debía a la inevitable reacción de encontrar en Marte una especie de desilusión. Tal vez quienes llegaban con un empleo determinado, sin gozar de tiempo para aclimatarse, atravesarían también esta etapa. Pero a él lo habían dejado en libertad de reunir sus impresiones y hasta este momento la principal era el desaliento, al comparar lo que el hombre había hecho en Marte hasta entonces con los problemas que aún debía afrontar. ¡Pero, si las tres cuartas partes del planeta seguían inexploradas! Ello podía dar idea de lo que quedaba por hacer.

Los primeros días pasados en Puerto Lowell habían sido bastante intensos y emocionantes. Puesto que llegó en domingo, el mayor Whittaker, que estaba relativamente libre de sus ocupaciones oficiales, pudo mostrarle personalmente la ciudad, después que él se instalara en una de las cuatro suites del Grand Martian Hotel (las otras tres aún no estaban terminadas). Comenzaron por la Cúpula Uno, la más antigua de todas, y el mayor describió con orgullo el crecimiento de la ciudad a partir de un grupo de cabañas a presión construidas diez años antes. Era divertido, y emocionante a la vez, comprobar que los colonos habían utilizado en lo posible los nombres de calles y plazas de sus propias ciudades, tan lejanas. En Puerto Lowell había también un sistema científico para la numeración de las calles, pero nadie lo empleaba.

Casi todas las viviendas eran estructuras metálicas uniformes, de dos pisos, con sus esquinas redondeadas y ventanas bastante pequeñas. Cada una proporcionaba alojamiento a dos familias; en ninguna sobraba espacio pues la tasa de nacimientos en Puerto Lowell era la más alta del universo entero. Naturalmente no era de extrañar, pues casi toda la población tenía de veinte a treinta años de edad; sólo unos pocos funcionarios

importantes llegaban a la cuarentena. Cada una de las casas tenía un porche cuya forma intrigó a Gibson en un principio; finalmente descubrió que estaban diseñados para actuar como esclusas de aire en caso de emergencia.

Whittaker lo condujo en primer término al centro administrativo que funcionaba en el edificio más alto de la ciudad. Desde el techo casi era posible tocar la cúpula que flotaba por encima. En Administración no había nada que impresionara; sus hileras de escritorios, archivos y máquinas de escribir recordaban cualquier bloque de oficinas existente en la Tierra.

Aire Principal resultó mucho más interesante. Realmente, era el corazón de Puerto Lowell: si alguna vez dejara de funcionar, la ciudad y todos sus habitantes morirían en poco tiempo. Hasta entonces Gibson no sabía con precisión cómo se obtenía el oxígeno para la colonia; su impresión era que se extraía del aire circundante, olvidando que la escasa atmósfera de Marte contenía menos del uno por ciento de este gas.

El mayor Whittaker señaló un gran montículo de arena roja que habían traído del exterior. Todo el mundo lo llamaba «arena», pero en poco se parecía a la familiar arena terrestre. Se trataba de una compleja mezcla de óxidos metálicos procedente, nada menos, que de los escombros de un mundo muerto y derrumbado.

-Todo el oxígeno que necesitamos -dijo Whittaker, pisando el polvo cocido- está en estos minerales y en cualquier otro metal que pueda imaginarse. En Marte hemos tenido dos golpes de fortuna: éste es el mayor.

Se agachó para recoger un terrón más sólido que los demás.

-No soy muy buen geólogo -dijo-, pero mire esto. Hermoso, ¿verdad? En su mayor parte es óxido de hierro, según me han dicho. El hierro no sirve de mucho, por supuesto, pero los otros metales sí. El único que no puede obtenerse directamente de la arena es el magnesio, pero tenemos una fuente importante en el fondo del antiguo mar: en Xanthe hay algunas salinas de varios metros de espesor; no tenemos más que ir a recoger cuanto necesitamos.

Entraron en la nave, baja y muy iluminada, hacia donde fluía constantemente la arena por medio de una cinta transportadora. En realidad, no había mucho para ver, aunque el ingeniero encargado ardía en deseos de explicar los procesos. Gibson se contentó con aprender que los minerales se descomponían en hornos eléctricos para extraer de ellos el oxígeno, el cual se purificaba y comprimía; los diversos metales restantes pasaban a operaciones más complicadas. También se fabricaba allí gran cantidad de agua, que alcanzaba casi a satisfacer las necesidades de la colonia; sin embargo, se utilizaban también otras fuentes.

-Naturalmente -dijo el mayor Whittaker-, además de obtener oxígeno hay que eliminar el hidróxido de carbono y mantener también la presión del aire al nivel adecuado. Como usted comprenderá, la cúpula se mantiene erguida sin otro sostén que la presión interna.

-Sí -dijo Gibson-. Supongo que si la presión cediera todo se vendría abajo como un globo desinflado.

-Exactamente. Mantenemos una presión de ciento cincuenta milímetros en verano y algo más en invierno. Eso equivale casi a la misma presión de oxígeno que tiene la atmósfera terrestre. Y para eliminar el hidróxido de carbono dejamos que las plantas se encarguen de la tarea. Por ello hemos tenido que importar unas cuantas especies, pues las plantas marcianas no realizan la fotosíntesis.

-Por esta razón, supongo, persisten aquellos girasoles hipertrofiados de Oxford Circus.

-Aquéllos cumplen una función más decorativa que funcional. Temo que están convirtiéndose en un estorbo; tendré que prohibir la siembra de semillas (o lo que hagan los girasoles) por toda la ciudad. Ahora vamos a ver la granja.

Aquel nombre, que podía inducir a muchas confusiones, designaba la gran planta dedicada a la producción de alimentos que ocupaba toda la Cúpula Tres. Allí el aire era muy húmedo y la luz solar era reforzada por medio de baterías de tubos fluorescentes a fin de que el crecimiento continuara día y noche. Gibson, que sabía muy poco de granjas hidropónicas, no se sintió muy impresionado por las cifras que el mayor Whittaker le dio a conocer orgullosamente. Sin embargo, pudo apreciar que uno de los principales problemas era la producción de carne, problema que ingeniosamente se había resuelto, en parte, mediante extensos cultivos de tejidos en grandes cubetas de soluciones nutritivas.

-Esto es mejor que nada -dijo el mayor, con cierta melancolía-, pero ¡qué no daría yo por una genuina chuleta de cordero! El problema es que la producción de carne natural requiere demasiado espacio y no podemos costearlo. Sin embargo, cuando la nueva cúpula esté concluida vamos a poner una pequeña granja con algunas ovejas y vacas. Los niños estarán encantados, pues nunca han visto animales, por supuesto.

Esto no era del todo cierto, según Gibson descubriría muy pronto: el mayor Whittaker había olvidado momentáneamente a dos de los habitantes más conocidos de Puerto Lowell.

Hacia el final de la gira, Gibson sentía ya síntomas de indigestión mental. La mecánica de la vida en la ciudad era de por sí demasiado complicada y el mayor Whittaker, además, trataba de enseñárselo absolutamente todo.

Se sintió bastante aliviado cuando terminó el paseo y regresaron a casa del mayor para cenar.

-Creo que por hoy es bastante -dijo Whittaker-; pero quería mostrarle lo principal porque mañana estaremos todos ocupados y no podré dedicarle mucho tiempo. El Jefe no está, como sabe, y no volverá hasta el jueves, de modo que estoy a cargo de todo.

-¿Dónde ha ido? -preguntó Gibson, más por cortesía que por verdadero interés.

-Oh, a Phobos -replicó Whittaker, tras una levísima vacilación-. En cuanto vuelva estará encantado de recibirlo.

La conversación quedó interrumpida con la llegada de la señora Whittaker y sus hijos; durante todo el resto de la velada Gibson se vio obligado a hablar de la Tierra. Era su primera experiencia, aunque no la última, del interés insaciable que sentían los colonos por el planeta de origen. Aunque rara vez lo admitían abiertamente, y fingían una tozuda indiferencia con respecto a los asuntos del «viejo mundo», sus preguntas, y especialmente sus rápidas reacciones ante las críticas y los comentarios terrestres, lo desmentían completamente.

Resultaba extraño hablar con niños que no conocían la Tierra; que habían nacido y pasado toda su corta vida al amparo de las grandes cúpulas. ¿Qué significaba la Tierra para ellos? ¿Era algo más que la Tierra fabulosa de los cuentos de hadas? Todo cuanto sabían del mundo donde nacieron sus padres era de segunda mano, extractado de libros y de cuadros. Por lo que sus propios sentidos podían revelarles la Tierra no era sino una estrella más.

Nunca habían visto la sucesión de las estaciones. Ciertamente, podían contemplar, fuera de la cúpula, el largo invierno que esparcía la muerte sobre sus tierras, en tanto el Sol descendía en el cielo del norte; podía ver, también, cómo se marchitaban y desaparecían sus extrañas plantas, dejando sitio a la nueva generación de la primavera siguiente. Pero nada de ello atravesaba las barreras protectoras de la ciudad. Los ingenieros de la planta energética se ¡imitaban a aumentar el número de circuitos calefactores, riéndose de los terribles embates de Marte.

Y sin embargo aquellos niños, a pesar del ambiente completamente artificial, parecían sanos y felices, inconscientes de todo cuanto habían perdido. Gibson habría querido saber cuáles serían sus reacciones si alguna vez visitaban la Tierra. Sería un experimento muy interesante, pero hasta entonces ninguna de las criaturas nacidas en Marte era lo bastante adulta para abandonar a sus padres.

Las luces de la ciudad empezaban a apagarse cuando Gibson salió de casa del mayor, transcurrido su primer día en Marte. No dijo gran cosa mientras Whittaker lo acompañaba

al hotel, pues se sentía lleno de impresiones confusas. Por la mañana trataría de clasificarlas; por el momento, la sensación dominante era que la mayor ciudad de Marte no era sino una aldea super-mecanizada.

Aunque Gibson no dominaba todavía los secretos del calendario marciano, sabía que los días de la semana eran los mismos que en la Tierra y que al domingo sucedía el lunes, como en todas partes. (También los meses tenían los mismos nombres aunque su duración variaba entre cincuenta y sesenta días.) Cuando salió del hotel, a la hora que le pareció razonable, la ciudad parecía desierta. Habían desaparecido los grupos chismosos que con tanto interés observaran su paseo el día anterior. Cada uno estaba en su trabajo, en la fábrica o en el laboratorio. Gibson se sintió como un zángano en una colmena especialmente atareada.

Halló al mayor Whittaker asediado por secretarias y hablando por dos teléfonos al mismo tiempo. No tuvo el coraje de interrumpirlo y se alejó de puntillas para iniciar por sí mismo un paseo de exploración. En realidad, no corría peligro de perderse. La distancia máxima que podía recorrer en línea recta no superaba el medio kilómetro. No era así como había imaginado las exploraciones de Marte en sus libros...

Así pasó sus primeros días en Puerto Lowell, vagabundeando y haciendo preguntas durante las horas de trabajo; pasaba las veladas con la familia del mayor Whittaker o la de otros miembros del personal jerárquico. Le parecía llevar años viviendo allí. No había nada para ver: ya conocía a todas las personas de importancia, incluyendo al mismo Ejecutivo en Jefe.

Pero sabía que aún era un extraño: no había visto sino la milmillonésima parte de la superficie de Marte. Más allá de la protección otorgada por la cúpula, más allá de las colinas carmesíes, cruzando el borde de la llanura esmeralda, todo el resto de aquel mundo era un misterio.

Capítulo 9

-¡Qué gran alegría volver a veros! -dijo Gibson, mientras alcanzaba las bebidas a través del mostrador, con mucho cuidado-. Supongo que ahora vais a divertiros por la ciudad y que lo primero será poneros en contacto con vuestras novias locales.

-Esto no es nada fácil -dijo Norden-. Las chicas se casan entre un viaje y otro, de modo que es necesario andar con mucho tacto. A propósito, George, ¿qué sabes de la señorita Margaret Mackinson?

-La señora de Henry Lewis, querrás decir -respondió George-. Ha tenido un precioso varoncito.

-¿Qué nombre le ha puesto? ¿John, quizás? -pregunto Bradley, y no precisamente sottó voce.

-¡Oh! -suspiró Norden-. Espero que me haya guardado un trozo del pastel de bodas. A tu salud, Martin.

-Y por la Ares -agregó Gibson, mientras entrechocaban los vasos-. Confío en que la hayáis arreglado. La última vez que la vi daba pena.

Norden dejó escapar una risita.

-¡Oh, no! La dejaremos sin blindaje hasta que llegue el momento de volver a cargar. ¡No hay peligro de que la lluvia la empape!

-¿Qué opinas de Marte, Jimmy? -preguntó Gibson- Aparte de mí, eres el único nuevo aquí.

-Aún no he visto mucho -replicó Jimmy, cauteloso-. Pero todo parece bastante pequeño.

Gibson se ahogó con la bebida y fue necesario golpearle la espalda.

-Si mal no recuerdo, dijiste exactamente lo contrario cuando llegamos a Deimos. Pero debes haberlo olvidado. En aquel momento estabas algo ebrio.

-!Nunca he estado ebrio! -protestó Jimmy, indignado.

-Pues te felicito, hiciste una magnífica imitación; me engañaste por completo. Pero me interesa tu opinión porque a mí me pasó lo mismo después de uno o dos días, cuando acabé de ver lo que había dentro de la cúpula. No hay sino un remedio: salir a estirar las piernas. Por mi parte hice una o dos caminatas, pero ahora he conseguido que los del Transporte me faciliten una Pulga de Arena. Mañana saldré a galopar por las colinas. ¿Te gustaría venir?

-Muchísimas gracias -aceptó Jimmy, con los ojos brillantes-. Me encantará.

-¡Eh! -protestó Norden-. ¿Y nosotros?

-Vosotros ya lo habéis hecho -dijo Gibson-. Pero como queda un asiento libre podéis echarlo a suertes. Debemos llevar un conductor oficial: no nos permiten salir solos en uno de sus preciosos vehículos y creo que tienen buenos motivos para ello.

El sorteo favoreció a Mackay; los otros se apresuraron a explicar que, en realidad, no tenían interés en ir.

-Esto arregla las cosas -dijo Gibson-. Os espero en la Sección Transportes, Cúpula Cuatro, a las diez de la mañana. Y ahora debo marcharme. Tengo que escribir tres artículos..., o al menos uno con tres títulos diferentes.

Los exploradores llegaron puntualmente a la cita con todo el equipo de protección que se les había proporcionado al llegar, sin que encontraran hasta entonces ocasión de usarlo. Éste se componía de casco, cilindros de oxígeno y purificador de aire (todo imprescindible para salir a Marte en un día caluroso), más el traje aislante, con sus dispositivos energéticos compactos. Quien lo usara podía sentirse confortablemente abrigado, aun cuando la temperatura exterior fuera de varios grados bajo cero. En este viaje no haría falta, a menos que la Pulga sufriera algún accidente y los dejara sin transporte a mucha distancia de la ciudad.

El conductor era un geólogo joven y vigoroso; según les dijo, había pasado tanto tiempo fuera de Puerto Lowell como dentro de las cúpulas. Parecía muy hábil e ingenioso y Gibson se puso bajo su tutela sin resquemores.

Mientras subían por turnos a la Pulga el escritor preguntó:

-¿Suelen averiarse estas máquinas?

-Pocas veces. Son vehículos muy seguros en los que hay pocas cosas que puedan fallar. Por supuesto, los conductores descuidados pueden quedarse por el camino, pero con una manivela se puede salir de cualquier dificultad. Durante este último mes, sólo en dos ocasiones la gente ha tenido que volver a pie.

-Confío en que no seamos los terceros -dijo Mackay, mientras el vehículo entraba en la esclusa de aire.

-En su lugar no me preocuparía -rió el conductor, esperando a que se abriera la puerta exterior-. No nos alejaremos mucho de la base y aunque las cosas se pongan muy mal siempre será posible regresar.

Con una súbita eyección de energía pasaron por la esclusa de aire y salieron de la ciudad. A través de la vegetación, vívida y achaparrada, había sido abierta una ruta angosta que circundaba el puerto; de ella partían otras carreteras en dirección a las minas cercanas, a la estación de radio y al observatorio de las colinas; una llevaba al campo de aterrizaje, donde, en este mismo instante, estaban depositando la carga de la Ares, traída por los cohetes desde Deimos.

-Escoged -dijo el conductor, deteniéndose en la primera encrucijada- ¿Adonde vamos?

Gibson luchaba con un mapa demasiado grande para la cabina y el guía lo contempló con sorna.

-No sé de dónde ha sacado eso -le dijo-. Supongo que se lo dieron en Administración, pero ha perdido actualidad. Si me dice dónde quiere ir lo llevaré sin necesidad de incomodarse con esto.

-Está bien -respondió Gibson, con mansedumbre-. Sugiero que subamos a las colinas para mirar el panorama. Vayamos al Observatorio.

La Pulga saltó hacia adelante por la carretera angosta, y el verde brillante que los rodeaba se transformó en un manchón informe. Una vez que Gibson consiguió levantarse del regazo de Mackay, preguntó:

-¿Qué velocidad alcanzan estos vehículos?

-Oh, cien, por lo menos, en una buena ruta. Pero como en Marte no las hay debemos andar con calma. En este momento voy a sesenta. Y en terreno malo ya puede uno contentarse con la mitad.

-¿Y el rendimiento? -preguntó Mackay, todavía algo nervioso.

-Unos mil kilómetros con una sola carga, incluyendo también los gastos de calefacción, cocina y demás. Para viajes muy largos se acopla un remolque con unidades energéticas de reserva. El récord es de unos cinco mil kilómetros; yo he hecho tres, para explorar Argyre. Cuando se va tan lejos conviene que un avión arroje las provisiones desde lo alto.

Aunque sólo llevaban un par de minutos en marcha. Puerto Lowell se ocultaba ya tras el horizonte. La pronunciada curvatura de Marte dificultaba mucho el cálculo de las distancias, y las cúpulas, medio escondidas por la curva del planeta, parecían mucho más grandes y lejanas de lo que eran en realidad.

Poco después reaparecieron cuando la Pulga empezó a trepar hacia terrenos más altos. En torno a Puerto Lowell las colinas se elevaban sólo hasta un kilómetro de altura pero constituían una eficaz barrera contra los fríos vientos invernales procedentes del sur, y ofrecían una situación muy ventajosa para la emisora de radio y el observatorio.

Media hora después de la partida llegaron a la estación de radio. Pensando que les haría bien caminar un poco se ajustaron las máscaras y descendieron de la Pulga, para lo cual tuvieron que pasar uno por uno a través de la diminuta esclusa desinflable.

En realidad, la vista no era muy impresionante. Hacia el norte, las cúpulas de Puerto Lowell flotaban como burbujas en un mar de esmeralda. Gibson logró divisar, en dirección oeste, un fragmento carmesí del desierto que rodeaba todo el planeta. La cresta de las colinas, algo más alta, le impidió mirar hacia el sur, pero sabía que la verde franja vegetal se extendía a lo largo de cientos de kilómetros hasta desaparecer en el Marte Erythraeum. En la cima de las colinas la ausencia de plantas era casi total, quizá debido a la falta de humedad.

Siguió caminando hasta la estación de radio. Todo allí era automático y no encontró a quién interrogar según su costumbre; sin embargo, entendía bastante sobre el tema y pudo adivinar lo que ocurría. El gigantesco reflector parabólico estaba casi acostado, apuntando hacia el este del cenit: hacia la Tierra, a sesenta millones de kilómetros en dirección al sol. Por su rayo invisible iban y venían los mensajes, uniendo aquellos dos mundos. Tal vez en este instante uno de sus artículos volaba hacia la Tierra, o quizá una de las indicaciones enviadas por Ruth Goldstein aleteaba hacia él.

La voz de Mackay, distorsionada y débil a causa del aire enrarecido, le hizo volverse:

-Allí, a la derecha, está aterrizando alguien.

Con cierta dificultad Gibson localizó la diminuta cabeza del cohete que avanzaba velozmente por el cielo, deslizándose en vuelo libre, corno lo hiciera él una semana antes. Descendió hacia la ciudad y al posarse en el campo de aterrizaje se perdió tras las cúpulas. Ojalá fuera el resto de su equipaje; parecía haber tardado mucho en llegar.

El Observatorio estaba a unos cinco kilómetros en dirección sur, sobre la cresta de las colinas, donde las luces de Puerto Lowell no interferían su labor. Gibson esperaba ver las cúpulas brillantes, típicas de todos los observatorios de la Tierra; en cambio halló una burbuja plástica bastante pequeña en cuyo interior se alzaban las viviendas. El instrumental, en sí, quedaba al aire libre, aunque había instalaciones preparadas para cubrirlos en el improbable caso de que hiciera mal tiempo.

Al aproximarse con la Pulga, la zona les pareció completamente desértica. Se detuvieron junto al instrumento más grande: un reflector provisto de espejo, cuyo diámetro, según los cálculos de Gibson, tenía un metro escaso, lo que era de una pequeñez asombrosa, teniendo en cuenta que pertenecía al observatorio principal de Marte. Había también dos refractores chicos y un complicado aparato horizontal que Mackay identificó como un teodolito de espejo, lo que no representaba una gran aclaración y, aparte de la cúpula a presión, esto parecía ser todo.

Sin lugar a dudas había alguien allí, pues una pequeña Pulga de Arena estaba estacionada frente al edificio.

-Es gente muy sociable -dijo el conductor, deteniendo el vehículo-. La vida es aquí bastante aburrida y siempre se alegran de recibir visitas. Dentro de la cúpula tendremos espacio para estirar las piernas y cenar cómodamente.

-¡No pretenderemos que nos inviten a cenar! -protestó Gibson, a quien no le gustaba aceptar favores, a menos que pudiera devolverlos de inmediato.

El conductor pareció sinceramente sorprendido; luego se echó a reír.

-No estamos en la Tierra, recuérdelo. En Marte cada uno ayuda a los demás. Si no lo hiciéramos no llegaríamos a ninguna parte. Sin embargo he traído provisiones para nosotros y sólo necesito que me permitan usar la cocina. Si alguna vez hubiera usted preparado comida para cuatro dentro de una Pulga de Arena me comprendería mejor.

Tal. como lo había predicho los dos astrónomos de turno los saludaron calurosamente. Muy pronto aquella pequeña burbuja de aire que constituía la planta de aire acondicionado se llenó con los aromas de la cocina. Mientras tanto, Mackay acaparó al miembro principal de la dotación para enzarzarse con él en una discusión técnica sobre la obra del Observatorio. Aunque la mayor parte de la charla estaba fuera del alcance de Gibson, éste trató de reunir tantos datos como le fue posible.

Por lo visto, la mayor parte del trabajo consistía en astronomía de posición, es decir, en la tarea aburrida, pero fundamental, de hallar longitudes y latitudes, proporcionar señales cronológicas y conectar las ondas de radio con la red principal de Marte. En cambio, los trabajos de observación eran escasos; de eso se habían encargado, tiempo atrás, los enormes instrumentos instalados sobre la luna terrestre; estos pequeños telescopios no podían competir con ellos, aparte de que la atmósfera marciana representaba una desventaja adicional. Se habían medido los paralajes de las estrellas más cercanas, pero la mayor exactitud lograda merced a la órbita de Marte, más amplia, representaba poca diferencia y no valía la pena.

Gibson cenó con más apetito que nunca desde su llegada a Marte; se sentía muy satisfecho por haber alegrado en parte la opaca vida de aquellos sacrificados hombres. Tenía hacia los astrónomos un desmesurado respeto; puesto que no los conocía lo bastante para acabar con sus ilusiones, los imaginaba, dentro de una vida monacal, dedicados a su profesión y encerrados en sus remotos nidos de águila. Ni siquiera el excelente bar de Monte Palomar llegó a destrozar su sincera fe en ellos.

Al terminar la comida cada uno ayudó en la limpieza de la vajilla, tan concienzudamente, que la operación exigió mucho más tiempo del necesario. Por fin, se propuso a los visitantes que miraran por el gran reflector. Gibson pensó que no habría mucho que ver, por ser, tan sólo, las primeras horas de la tarde; sin embargo, en esto estaba totalmente equivocado.

Al principio, la imagen le resultó borrosa y tuvo que ajustar el foco con sus torpes dedos. No era fácil mirar a través del ocular especial ajustado a la máscara de respiración, pero logró encontrar el modo de hacerlo.

Un bello cuarto creciente en tonos perlados pendía en el campo visual, destacándose sobre el cielo casi negro cercano al cenit, similar a una luna de tres días. En la parte

iluminada podían verse algunas marcas, pero Gibson no pudo identificarlas por mucho que esforzó la vista. La parte oscura del planeta era demasiado grande y los continentes principales no eran visibles.

No lejos de ella flotaba un cuerpo de igual forma pero mucho más pequeño y mortecino; el escritor distinguió claramente algunos cráteres familiares junto al borde. Aquellos planetas gemelos, Tierra y luna, formaban una hermosa pareja. Sin embargo, eran demasiado remotos y etéreos para despertar en él la nostalgia o la pena por cuanto había dejado tras de sí.

Uno de los astrónomos acercó su casco al de Gibson y le dijo:

-Cuando oscurece, pueden verse las luces de las ciudades en el lado nocturno. Nueva York y Londres son fáciles de encontrar. Pero lo más bonito es el reflejo del sol sobre el mar. Se ve cerca del borde cuando no hay nubes sobre él: es como una estrella centelleante. Ahora no es visible pues la parte iluminada es, en gran parte, tierra firme.

Antes de partir echaron una mirada a Deimos que, con su aspecto apacible, se alzaba hacia el este. Con el telescopio en su máximo alcance aquella escarpada lunita parecía estar a pocos kilómetros de distancia; Gibson pudo distinguir, para su sorpresa, las dos cúpulas de la Ares, similares a dos puntos brillantes muy unidos entre sí. También quiso echar un vistazo a Phobos pero el satélite interior todavía no había hecho su aparición.

Cuando no quedó nada más por ver se despidieron de los dos astrónomos, quienes agitaron la mano con bastante melancolía hacia la Pulga de Arena, mientras bajaba por la colina. Puesto que el conductor deseaba desviarse para reunir algunas muestras de roca y a Gibson le daba igual cualquier parte de Marte, no hubo objeciones.

En las colinas no había carretera alguna; no obstante, todas las irregularidades del terreno habían desaparecido hacía ya muchos siglos y el suelo era perfectamente liso. Aquí y allá se erguían todavía algunas empecinadas rocas sueltas, desplegando una fantástica exhibición de formas y colores; tales obstáculos, sin embargo, resultaban fáciles de evitar. Una o dos veces pasaron junto a pequeños árboles (si podía dárseles ese nombre), de una especie que Gibson nunca había visto hasta entonces. Parecían trozos de coral, completamente rígidos y petrificados. Según dijo el conductor eran inmensamente antiguos y aunque, sin lugar a dudas, estaban vivos nadie había logrado medir su tasa de crecimiento. El cálculo menos exagerado llegaba a los cincuenta mil años; en cuanto a la forma de reproducción era un misterio absoluto.

A media tarde llegaron a un precipicio de poca altura pero de hermoso colorido (el risco Arcoiris, según lo llamó el geólogo); Gibson no pudo sino compararlo con el más llamativo de los cañones de Arizona, aunque de mucho menor tamaño. Bajaron de la Pulga de

Arena y mientras el conductor extraía sus muestras, Gibson filmó alegremente medio rollo de la nueva película Multichrome que se había traído consigo para una oportunidad semejante. Si lograba fijar todos estos colores a la perfección sería tan buena como anunciaban los fabricantes; pero, por desgracia, había que esperar volver a la Tierra para revelarla pues en Marte nadie sabía cómo hacerlo.

Ya es hora de emprender el regreso -dijo el conductor-, si queremos estar allá a la hora del té. Podemos volver por el mismo camino, por las tierras altas, o dar un rodeo en torno a las colinas. ¿Qué preferís?

-¿Por qué no cruzar directamente la llanura? -preguntó Mackay, que empezaba a aburrirse-. Es el camino más directo.

-Y el más lento. No es posible adquirir velocidad entre aquellos repollos superdesarrollados.

-Nunca me ha gustado volver sobre mis pasos -dijo Gibson-. Rodeemos las colinas y así veremos qué hay allí.

-No se haga ilusiones -observó el conductor, sonriente-. De un lado o de otro hay más o menos lo mismo. Allá vamos.

La Pulga saltó hacia adelante y el risco Arcoiris se perdió muy pronto a lo lejos. Marchaban ahora describiendo curvas a través de terrenos completamente desnudos; hasta los árboles petrificados habían desaparecido. A veces, Gibson divisaba una mancha verde que confundía con vegetación; sin embargo, al acercarse se convertía invariablemente en otro yacimiento mineral. La región, de una fantástica belleza, era un paraíso para los geólogos; cabía esperar que las operaciones mineras no la echaran a perder. En realidad, era una zona turística.

Tras media hora de marcha las colinas se resolvieron en un valle largo y serpenteante que en otros tiempos había sido, a no dudar, el lecho de un antiguo río. Según les dijo el conductor, un gran torrente había corrido por este lugar, tal vez cincuenta millones de años antes, para verter sus aguas en el Mare Erythraeum, uno de los pocos mares marcianos que, aunque no lo fueran ya, merecían ese nombre. Detuvieron la marcha para contemplar aquel lecho vacío, inspirador de confusos sentimientos. Gibson trató de imaginarse el aspecto que debió presentar en épocas remotas, cuando los grandes reptiles regían la Tierra y el Hombre era todavía un sueño de distante futuro. Escasos serían los cambios sufridos por los rojos acantilados, pero el río, entre ellos, habría corrido sin prisa hacia el sur, fluyendo lentamente bajo la escasa gravedad. Aquella escena bien podía haber pertenecido a la Tierra. ¿La vieron tal vez ojos inteligentes? Nadie lo sabía.

Quizá en aquellos días existieran realmente los marcianos, aunque el tiempo los hubiera sepultado por completo.

El antiguo río había dejado un legado pues todavía quedaba humedad en las partes más bajas del valle. Una angosta banda de vegetación trepada desde el Erythraeum y su verde brillante contrastaba vívidamente con el carmesí de los acantilados. Las plantas eran idénticas a las que Gibson viera al otro lado de las colinas. Sin embargo, aquí y allá, había ejemplares extraños. Eran lo bastante altos para justificar la denominación de árbol, pero carecían de hojas; tenían, en cambio, ramas delgadas, similares a látigos, que temblaban constantemente a pesar de la calma del aire. Gibson nunca había visto nada más siniestro que aquellas plantas amenazadoras; parecían capaces de arrojar en cualquier momento sus tentáculos sobre el caminante desprevenido. En realidad, y él lo sabía muy bien, eran tan inofensivas como todo lo que había en Marte.

Bajaron al valle en un curso zigzagueante; había empezado a trepar la otra cuesta cuando el conductor detuvo súbitamente la Pulga.

-¡Hola! -dijo-. Esto es muy extraño. No sabía que hubiera tránsito por aquí.

Gibson, menos observador de lo que creía, se sintió perdido por un instante. Luego divisó un borroso sendero que cruzaba el valle formando un ángulo recto con el camino recorrido por ellos.

Por aquí han transitado vehículos pesados -dijo el conductor-. Estoy seguro de que este camino no existía cuando pasé por aquí la última vez. Fue..., a ver, hace un año. Y desde entonces no se han hecho expediciones al Erythraeum.

-¿Adonde conduce? -preguntó Gibson.

-Pues, si cruzamos el valle y alcanzamos la cima, llegamos de nuevo a Puerto Lowell; esto es lo que yo pensaba hacer. La dirección opuesta conduce directamente al Mare.

-Sigámosla por un trecho; tenemos tiempo.

Sin hacerse rogar el conductor puso la Pulga en sentido contrario para dirigirse valle abajo. De tiempo en tiempo, el sendero desaparecía sobre la roca lisa y desnuda pero siempre volvía a aparecer. Por último lo perdieron del todo. El conductor detuvo el vehículo.

-Ya comprendo -dijo-. Sólo pudo haber seguido en una dirección. ¿Repararon en aquel paso, un kilómetro atrás? Apuesto diez contra uno a que sigue por allí.

-¿Y a dónde conduce?

-Esto es lo extraño: es un verdadero callejón sin salida. Hay un bello anfiteatro de unos dos kilómetros de diámetro, pero sólo puede salirse de allí por donde se entró. Cierta vez estuve en estos parajes un par de horas cuando hacíamos la primera inspección de la

zona. Es un lugar muy bonito, bastante protegido y con cierta cantidad de agua en primavera.

-Buen escondite para los contrabandistas -exclamó Gibson, riendo.

-Es posible -observó el conductor, con una sonrisa-. Tal vez haya una banda dedicada a pasar bistecs desde la Tierra. Yo pediría uno por semana a cambio de mi silencio.

Aquel angosto paso debió ser, en otros tiempos, un tributario del río principal. La marcha se hacía mucho más difícil allí que en el valle. Antes de avanzar mucho comprendieron que estaban en el sendero correcto.

-Aquí se han producido algunas explosiones -dijo el conductor-. Este tramo de ruta no existía cuando vine. Tuve que desviarme por esa cuesta y estuve a punto de abandonar la Pulga.

-¿De qué se trata, en su opinión? -preguntó Gibson, excitado.

-Oh, hay varios proyectos de investigación, tan especializados que nadie sabe mucho de ellos. Algunas cosas no pueden hacerse en las proximidades de la ciudad, ¿comprende? Quizás estén construyendo aquí un observatorio magnético; algo se dijo al respecto. Los generadores de Puerto Lowell quedarían bastante bien protegidos por las colinas. Pero no creo que ésta sea la explicación pues he oído decir que... ¡Por Dios!

Súbitamente salieron del desfiladero. Ante ellos se abría un óvalo verde, de contornos casi perfectos, flanqueado por montañas bajas de color ocre. En otros tiempos pudo haber sido un hermoso lago de montaña y aún era un descanso para la vista, fatigada de la roca muerta y multicolor. Pero en esta oportunidad Gibson no reparó apenas en la brillante alfombra vegetal: estaba demasiado atónito ante el racismo de cúpulas que se agrupaban al borde de la pequeña llanura, como una réplica en miniatura de Puerto Lowell.

Marcharon en silencio por la ruta abierta a través de la alfombra verde. Nada se movía junto a las cúpulas, pero un gran vehículo de transporte, varias veces mayor que una Pulga, atestiguaba que había alguien en el interior.

-Esto es toda una estructura -observó el conductor, ajustándose la máscara-. Debe haber una buena razón para gastar tanto dinero. Esperadme aquí; voy a hablar con ellos.

Lo vieron desaparecer por la esclusa de la cúpula mayor. La espera se les hizo muy larga pues estaban impacientes. Por último, la puerta exterior volvió a abrirse y el hombre se dirigió lentamente hacia ellos.

-¿Qué han dicho? -preguntó Gibson, ansioso, al verlo reaparecer en la cabina?

Hubo una breve pausa; por último, el conductor puso en marcha el motor y la Pulga de Arena empezó a alejarse.

-Digo yo -gritó Mackay-: ¿donde la famosa hospitalidad marciana? ¿No nos han invitado?

El conductor parecía azorado. Su aspecto, según pensó Gibson, era el de quien descubre que ha pasado por tonto. Carraspeó, nervioso.

-Es una planta para investigación botánica -dijo, eligiendo las palabras con evidente cautela-. Funciona desde hace poco y por esto no me había enterado. No podemos entrar pues todo el lugar está esterilizado y no quieren que llevemos esporas al interior. Tendríamos que cambiarnos toda la ropa y darnos un baño desinfectante.

-Comprendo -dijo Gibson.

Algo le decía que era inútil preguntar más. Sabía, sin lugar a dudas, que el guía sólo había dicho parte de la verdad, y la parte menos importante. Por primera vez comenzaron a cristalizar en su mente pequeñas discrepancias y dudas que hasta entonces ignorara. Todo había comenzado antes de llegar a Marte, cuando no se permitió que la Ares descendiera en Phobos. Y ahora habían tropezado con esta oculta planta de investigación. La sorpresa no había sido sólo para ellos, sino también para el experimentado guía; sin embargo, este trataba de disimular su accidental indiscreción.

Algo extraño ocurría. Qué era. Gibson no pudo imaginarlo. Debía ser importante, pues no afectaba sólo a Marte, sino también a Phobos. Algo desconocido para la mayor parte de los colonos; algo, no obstante, que estaban dispuestos a callar si lo descubrían.

Marte ocultaba algo; y sólo podía ocultarlo a la Tierra.

Capítulo 10

El Grand Martian Hotel tenía ahora nada menos que dos huéspedes, lo que obligaba a su personal interino a un severo esfuerzo. Jimmy, quien no conocía a nadie en la ciudad, había resuelto aceptar la hospitalidad oficial, mientras el resto de sus compañeros solucionaba privadamente el problema del alojamiento. Gibson se preguntó si este arreglo daría buenos resultados; no quería someter esta amistad, algo inestable todavía, a pruebas excesivamente severas; si Jimmy llegaba a conocerlo demasiado a fondo las consecuencias podían ser desastrosas. Su mejor enemigo había compuesto un epigrama al respecto: «Martin es una de las mejores personas que se pueda encontrar, siempre que no se lo encuentre con demasiada frecuencia.» Esto era lo bastante cierto para dolerle y no deseaba volver a comprobarlo.

Su vida en la ciudad porteña se había convertido ya en una rutina estable. Por la mañana volcaba sobre el papel sus impresiones sobre Marte, aunque, dado lo poco que había visto del planeta, resultara algo presuntuoso llamarlo así. La tarde quedaba reservada para paseos de inspección y entrevistas con los habitantes de la ciudad. Algunas veces Jimmy lo acompañaba en esas giras; en cierta ocasión, toda la tripulación de la Ares fue con él al hospital para ver los progresos que el doctor Scott y sus colegas habían realizado en su batalla contra la fiebre marciana. Aunque no había tiempo aún para sacar conclusiones, Scott parecía muy optimista.

-Lo que necesitamos -dijo, frotándose las manos con expresión de sádico- es una buena epidemia para poner debidamente a prueba esta sustancia. En este momento los casos no son suficientes.

Jimmy tenía dos razones para acompañar a Gibson en sus excursiones por la ciudad. En primer lugar, el escritor gozaba de entrada libre en todos los sitios que, de otro modo, él no habría podido conocer. La segunda razón era puramente personal: su creciente interés por la curiosa personalidad de Martin Gibson.

A pesar de la forzosa intimidad en sus actuales relaciones, no habían vuelto a tocar el tema de aquella conversación anterior. Jimmy sabía que Gibson deseaba sinceramente ser su amigo y recompensarlo por lo ocurrido en el pasado; el muchacho era muy capaz de aceptar tal oferta sobre una base puramente impersonal, pues comprendía que Gibson podía serle muy útil en su carrera. Como casi todos los jóvenes ambiciosos, Jimmy tenía en su carácter una vena de frío y calculador egoísmo; el escritor se habría sentido consternado ante algunas de las ventajas que Jimmy esperaba de su protección.

Sin embargo, no sería justo para con Jimmy sugerir que esas consideraciones materiales ocupaban el primer puesto en su interés. Algunas veces percibía la soledad interior de Gibson, esa típica soledad del soltero que se enfrenta a la edad madura. Quizás comprendía también, aunque no conscientemente, que el escritor comenzaba a considerarlo como el hijo que nunca había tenido. Este papel no le gustaba mucho, pero en ciertas ocasiones sentía pena por el escritor y le habría gustado complacerlo. A fin de cuentas es muy difícil no sentir afecto por quien nos ama.

Por un accidente muy trivial, se introdujo en la vida de Jimmy un elemento nuevo e inesperado. Una tarde que había salido solo sintió sed y entró en el pequeño café situado frente al edificio de la Administración. Por desgracia, no era buen momento para ello: mientras sorbía tranquilamente una taza de té, cultivado a millones de kilómetros de Ceilán, el local sufrió una súbita invasión. Era la pausa de la tarde, durante la cual todo trabajo cesaba en Marte durante veinte minutos; el Ejecutivo en Jefe había impuesto esta

regla en bien de la productividad, aunque todo el mundo habría preferido prescindir de ella para salir del trabajo veinte minutos antes.

Jimmy se vio rápidamente rodeado por un ejército de mujeres jóvenes que lo contemplaban con alarmante candor y absoluta falta de timidez. Aunque la avalancha había arrastrado también a diez o doce hombres, éstos se agruparon en torno a una mesa para brindarse mutua protección; a juzgar por sus expresiones concentradas seguían luchando mentalmente con los problemas que habían dejado en sus escritorios. Jimmy decidió terminar su té lo antes posible para salir de allí.

Frente a él se había sentado una mujer de robusto aspecto y de unos treinta y siete o treinta y ocho años, probablemente secretaria ejecutiva que conversaba con una muchacha mucho más joven, sentada en el mismo lado de la mesa que ocupaba Jimmy. Para salir fue necesarios sortear muchos embrollos; mientras Jimmy se abría paso entre la multitud, zigzagueando por el pasillo, tropezó con un pie extendido. Cayó, aferrándose a la mesa, con lo que evitó un desastre total, pero a costa de un doloroso golpe de su codo contra la cubierta de vidrio. Olvidando que ya no estaba en la Ares dio rienda suelta a sus sentimientos con unas cuantas palabras bien elegidas. Luego, enrojeciendo violentamente, se recobró y huyó en busca de la libertad. Sólo pudo ver que la mayor de las mujeres se esforzaba por no reír; la más joven, en cambio, nada hacía por contenerse.

Y después, aunque más adelante le parecería imposible, se olvidó por completo de las dos.

Fue Gibson quien proporcionó accidentalmente el segundo estímulo, mientras hablaban sobre el veloz crecimiento de la población durante los últimos años. Al preguntarse si en el futuro seguiría igual, Gibson hizo notar que las edades estaban anormalmente distribuidas; por el hecho de no haber permitido emigrar a Marte a ningún menor de edad, había un vacío total entre las edades de diez y veintiún años, aunque la elevada tasa de nacimientos lo cubriría pronto. Jimmy escuchaba con escasa atención hasta que uno de los comentarios de Gibson le hizo levantar la cabeza.

-Es extraño -dijo-. Ayer vi una muchacha que no podía tener más de dieciocho años.

Y se interrumpió. Porque en su mente estalló, como una bomba de acción retardada, el recuerdo de aquella cara riente del café, divertida por su tropezón. Nunca oyó la réplica de Gibson, quien le indicaba que debía estar en un error. Sólo supo que, fuera quien fuese la muchacha, viniera de donde viniese, debía volver a verla.

En un sitio tan pequeño como Puerto Lowell, era sólo cuestión de tiempo el encontrarse con todo el mundo. Las leyes del azar se encargaban de ello. Sin embargo, Jimmy no tenía intenciones de esperar a que esas dudosas aliadas convinieran un segundo

encuentro. Al día siguiente, precisamente antes de la pausa para el té, se sentó en la misma mesa del pequeño café.

Esta maniobra, no muy sutil, le había ocasionado ciertas preocupaciones. En primer lugar, podría ser demasiado obvia. Sin embargo, ¿qué le impedía tomar el té allí, a la misma hora que los empleados de Administración? La segunda objeción, más importante, era el recuerdo del ridículo sufrido el día anterior. Pero Jimmy evocó una cita muy adecuada sobre los corazones medrosos y las damas honradas.

Sus resquemores resultaron inútiles. Aunque esperó hasta que el café estuvo nuevamente vacío, no hubo señales de la muchacha ni de su compañera. Tal vez habían ido a otro sitio.

Para un joven lleno de recursos como lo era Jimmy, aquél era un revés fastidioso, pero no definitivo. Parecía casi seguro que ella trabajaba en el edificio de Administración y él podía encontrar miles de excusas para entrar allí. Encontraría algo que averiguar con respecto a su paga, por ejemplo; pero esto no le ayudaría a llegar hasta las profundidades del sistema de archivos ni a la oficina de las estenógrafas, donde sin duda trabajaba aquella muchacha.

Era más sencillo vigilar el edificio a la hora en que llegaba o salía el personal, aunque hacerlo sin llamar la atención sería todo un problema. Antes de que hubiese tratado de solucionarlo, el Destino volvió a actuar, esta vez bajo la apariencia de un Martin Gibson algo jadeante.

-Te he estado buscando por todas partes, Jimmy. Será mejor qué te apresures a vestirte. ¿Sabías que esta noche hay un espectáculo? Y antes estamos todos invitados a cenar con el Jefe. Dentro de dos horas.

-¿Y cómo hay que vestirse para una cena formal, aquí en Marte? -preguntó Jimmy.

-Pantaloncitos negros y corbata blanca, creo -respondió Gibson, dudando-. ¿O es al revés? En el hotel nos lo dirán. Ojalá encuentren algo que me vaya bien.

Lo encontraron, pero a duras penas. En Marte, donde la vestimenta se reducía al mínimo debido al calor o al aire acondicionado, las ropas de gala consistían sólo en una camisa de seda blanca con dos hileras de botones nacarados, una corbata de lazo negra y pantalones de satín negro con cinturón de anchos eslabones de aluminio sobre fondo elástico. Era más apropiado de lo que parecía, pero Gibson, al vestirse, tuvo la sensación de ser una mezcla de boy-scout y Pequeño Lord Fauntleroy. Norden y Hilton, por el contrario, lucían el atuendo con bastante gracia; Mackay y Scott no lo lograban por completo, y a Bradley, por lo visto, le importaba un comino.

Aunque la residencia del Jefe era la mayor de los edificios privados de Marte, en la Tierra habría sido sólo una vivienda modesta. Se reunieron en el salón para charlar y tomar jerez (jerez auténtico) antes de la comida. El mayor Whittaker, mano derecha de Hadfield, también estaba invitado. Al escucharlo hablar con Norden, Gibson comprendió por primera vez el respeto y la admiración que los colonos sentían por aquellos hombres, su único vínculo con la Tierra. Hadfield habló extensamente de la Ares, ponderando líricamente su velocidad y su capacidad de carga, así como los efectos que tendría sobre la economía marciana.

-Antes de que pasemos al comedor -dijo el Jefe, cuando hubieron terminado el jerez-, quiero presentaros a mi hija. Está terminando con los preparativos; excusadme un momento; voy a buscarla.

Tardó apenas unos segundos.

-Ésta es Irene -dijo, tratando en vano de que la voz no delatara su orgullo.

La presentó a sus invitados, uno a uno, hasta llegar a Jimmy. Irene lo contempló con una dulce sonrisa.

-Creo que ya nos hemos visto -dijo.

Jimmy se ruborizó, pero supo defenderse y le devolvió la sonrisa, diciendo:

-En efecto.

Había sido un tonto al no adivinarlo. Con sólo pensar debidamente las cosas pudo haber comprendido en seguida quién era ella. En Marte, la única persona que podía desobedecer las leyes era quien las hacía. Jimmy sabía que el jefe tenía una hija, pero no había relacionado los hechos. Ahora las piezas encajaban bien: al venir a Marte, Hadfield y su esposa habían traído consigo a su única hija como parte del contrato. Nadie más fue autorizado a hacerlo.

La comida fue excelente, pero Jimmy apenas lo notó. No es que hubiese perdido el apetito (cosa inconcebible), pero comía con aire distraído. Desde su sitio, cerca de un extremo de la mesa, le era necesario estirar el cuello en forma muy poco elegante si quería ver a Irene. Se sintió muy feliz cuando acabó la comida y se reunieron para tomar el café.

Los otros dos miembros de la familia Hadfield esperaban ya a los invitados, ocupando los mejores asientos. Eran dos hermosos gatos siameses que contemplaron a los visitantes con ojos insondables. Fueron presentados como Topacio y Turquesa; Gibson, que adoraba los gatos, trató inmediatamente de ganar su amistad.

-Te gustan los gatos? -preguntó Irene a Jimmy.

-Mucho -respondió él, aunque los odiaba-. ¿Hace mucho que están aquí?

-Oh, un año, más o menos. Imagínate, ¡son los únicos animales de Marte! ¿Te parece que lo tendrán en cuenta?

-Marte sí, seguramente. ¿No se han malcriado?

-Son demasiado independientes. No creo que les importe nada de nadie..., ni siquiera de papá, aunque él prefiere pensar que sí.

Jimmy trató de llevar la conversación hacia temas más personales; empleó en ello toda su habilidad, aunque para cualquier espectador habría sido obvio que Irene adivinaba todas sus intenciones. Descubrió así que ella trabajaba en la sección Contaduría, pero estaba enterada de cuanto ocurría en Administración, donde esperaba ocupar algún día un puesto de importancia. Jimmy comprendió que el alto cargo del padre había sido para ella, cuanto más, una ligera desventaja. Aunque en algunos aspectos le habría facilitado las cosas, en otros debió ser una verdadera molestia, ya que todos en Puerto Lowell eran inflexiblemente democráticos.

Resultaba muy difícil mantener a Irene centrada en el tema de Marte, pues deseaba mucho más saber de la Tierra, aquel planeta que había abandonado siendo pequeña y que en su imaginación debía ser tan irreal como los sueños. Jimmy hizo cuanto pudo por responder a sus preguntas, contento por hablar de cualquier cosa que interesara a la muchacha. Habló de las grandes ciudades terrestres, de sus mares y de sus montañas, de sus cielos azules y sus nubes fugaces, de ríos y arco iris..., en fin, de todo aquello que Marte había perdido. En tanto hablaba, se intensificaba en él el hechizo de aquellos ojos rientes. Era la única palabra adecuada para describirlos: parecían estar siempre a punto de compartir alguna broma secreta.

Quizás seguía riéndose de él. Jimmy no lo sabía con certeza..., y tampoco le importaba. ¡Qué bobada creer que en esas ocasiones uno podía enmudecer! Nunca en su vida se había expresado con mayor fluidez.

De pronto tomó conciencia de que se había producido un gran silencio. Todo el mundo tenía la mirada puesta en ellos.

-¡Ejem! -carraspeó el Jefe-. Si habéis terminado será mejor emprender la marcha. El espectáculo comienza dentro de diez minutos.

Cuando llegaron, casi todos los habitantes de la ciudad parecían haberse apretujado ya en el pequeño teatro. El mayor Whittaker, quien se había adelantado para comprobar las reservas, se encontró con ellos en la puerta y los condujo a sus asientos; estaban todos acomodados en bloque y ocupaban la mayor parte de la primera fila. Gibson, Hadfield e Irene quedaron en el centro, flanqueados por Norden y Hilton, para gran desazón de Jimmy, a quien sólo quedó contemplar el espectáculo.

Como todas las actuaciones de aficionados, ésta tenía algunas cosas buenas. Los números musicales fueron excelentes; había una mezzo-soprano a la altura de las mejores profesionales de la Tierra. Gibson no se sorprendió al ver que el programa la presentaba como «ex-integrante de la Opera Real del Covent Garden».

Siguió un interludio dramático con el antiguo tema de la heroína en apuros y el viejo villano. El público se mostró encantado: gritó a favor o en contra de los personajes correspondientes y los asesoró gratuitamente en voz alta.

A continuación actuó el ventrílocuo más sorprendente que Gibson viera en su vida. Ya estaba casi al final cuando el escritor descubrió (sólo un minuto antes de que el comediante lo revelara intencionalmente) que había un receptor de radio dentro del muñeco y un cómplice entre bastidores.

El número siguiente parecía ser una caricatura de la vida en la ciudad, tan llena de alusiones locales, que Gibson sólo comprendió una parte de ella. Sin embargo, las bufonadas del personaje principal, un atareado funcionario que reproducía obviamente al mayor Whittaker, arrancó grandes carcajadas; éstas aumentaron en intensidad cuando aquél comenzó a verse asediado por un personaje fantástico: no dejaba de hacer preguntas ridículas, anotaba cuanto le decían en una libretita (sólo para perderla constantemente) y fotografiaba cuanto tenía a la vista.

Gibson tardó varios minutos en darse cuenta de lo que ocurría. Por un momento enrojeció violentamente; al fin comprendió que sólo quedaba un remedio: tendría que reír con más ganas que nadie.

Para cerrar el espectáculo, todos cantaron al unísono. A Gibson no le gustaba mucho esta forma de entretenimiento; antes bien, le disgustaba. Pero lo halló más divertido de lo que esperaba y se unió a los últimos coros; una súbita oleada de emoción hizo que su voz se perdiera en la nada. Permaneció sentado por un instante, única persona en silencio en medio de la multitud, tratando de comprender qué le ocurría.

Los rostros que le rodeaban le dieron la respuesta. Eran hombres y mujeres unidos en una sola tarea, dirigiéndose hacia una meta común, y cada uno sabía que su tarea era vital para la comunidad. Este sentido de realización era escaso en la Tierra donde todas las fronteras habían sido alcanzadas largo tiempo atrás. Y se hacía más personal, debido a que Puerto Lowell era tan pequeño que todo el mundo conocía a todo el mundo.

Por supuesto, era demasiado bueno para durar mucho tiempo. Al crecer la colonia, el espíritu de estos días pioneros se desvanecería. Todo llegaría a ser grande y demasiado organizado: el desarrollo del planeta se convertiría en un trabajo más. Pero, por ahora, era una sensación maravillosa que todo hombre debía experimentar, con un poco de

suerte, al menos una vez en su vida. Gibson comprendió que toda aquella gente la sentía, aunque él no pudiera compartirla. Era un extraño; tal era el papel que siempre había preferido jugar y ya lo había desempeñado por mucho tiempo. Siempre que no fuera demasiado tarde quería unirse al juego.

Fue en aquel momento (si en realidad hubo un instante determinado) cuando Martin Gibson dejó de pertenecer al bando de la Tierra para pasarse al de Marte. Nadie lo supo. Los que estaban junto a él sólo notaron, quizá, que había dejado de cantar por unos pocos segundos, para unirse después al coro con redoblado vigor.

De a dos y de a tres, riendo, charlando, entre cantos, el público se disolvió en la noche. Gibson y sus amigos emprendieron el regreso al hotel, tras despedirse del Jefe y del mayor Whittaker. Aquellos dos hombres, gobernantes virtuales de Marte, los vieron desaparecer por las calles angostas. Por último, Hadfield se volvió hacia su hija e indicó, sereno:

-Ahora corre a casa, querida. El señor Whittaker y yo vamos a caminar un poco. Volverá en media hora.

Esperaron a que la pequeña plaza quedara desierta, respondiendo a ocasionales «buenas noches». El mayor Whittaker, previendo lo que iba a ocurrir, se mostró levemente inquieto.

-Hazme recordar que felicite a George por el espectáculo de esta noche -dijo Hadfield.

-Sí -replicó Whittaker-. Me gustó mucho la imitación de Gibson, nuestro mutuo estorbo. Supongo que querrás hacer la autopsia de su última hazaña.

El Jefe quedó algo desconcertado ante ese enfoque directo.

-Ya es demasiado tarde -dijo-. Además, nada prueba que haya pasado algo malo. Pero quisiera evitar accidentes futuros.

-No podemos culpar al conductor. No sabía nada con respecto al Proyecto; si llegó hasta allí fue por pura mala suerte.

-¡Crees que Gibson sospeche algo?

-Francamente, no lo sé. Es bastante astuto.

-¡Precisamente ahora tenían que mandar un reportero! Hice cuanto pude por evitarlo, Dios lo sabe.

-Ante de que pase mucho tiempo descubrirá que algo ocurre; es forzoso. En mi opinión, sólo queda una cosa por hacer.

-¿Cuál?

-Tendremos que decírselo. No todo, quizá, pero al menos una parte.

Caminaron en silencio unos cuantos metros. Al fin, Hadfield comentó:

-Esto es bastante drástico. Das por sentado que puede confiarse completamente en él.

-He llegado a conocerlo bastante en estas últimas semanas. Fundamentalmente está de nuestra parte. Lo que nosotros hacemos es lo que él ha escrito durante toda su vida, ¿comprendes?, aunque todavía no pueda creerlo. Mucho peor sería dejarlo volver a la Tierra sospechando algo sin saber qué es.

Hubo otro silencio. Llegaron al límite de la cúpula y desde allí contemplaron el centelleante paisaje marciano, apenas iluminado por los resplandores de la ciudad.

-Tendré que pensarlo -dijo Hadfield, volviéndose para emprender el regreso-. Naturalmente, una gran parte del asunto depende de la rapidez con que se produzcan las cosas.

-¿Hay algún indicio?

-No, malditos sean. A los científicos no se les puede fijar una fecha.

Una joven pareja, tomados del brazo, pasó junto a ellos sin mirarlos. Whittaker soltó una risita.

-Ahora que recuerdo: Irene parece encaprichada con ese joven, ¿cómo se llama? Spencer.

-Oh, no sé. Es la novedad de ver una cara desconocida. Y los viajes espaciales son mucho más románticos que el trabajo hecho aquí.

-Cualquier muchacha se enamora de un marinero, ¿eh? Luego no digas que no te lo advertí.

Gibson notó muy pronto que algo ocurría con Jimmy; con sólo dos hipótesis llegó a la conclusión correcta. La elección del muchacho le pareció muy acertada, pues Irene, hasta donde podía juzgar, era una magnífica criatura. Era muy poco sofisticada, aunque esto no representaba necesariamente un defecto. Mucho más importante era su carácter, alegre y optimista, aunque, una o dos veces, él la sorprendiera con una tentadora expresión de melancolía. También era extremadamente bonita; Gibson tenía edad suficiente para comprender que eso no era imprescindible, pero Jimmy podía opinar de otro modo.

Al principio resolvió no decir nada sobre el asunto mientras Jimmy no tocara el tema. Según todas la probabilidades, el muchacho creía aún que nadie había notado nada fuera de lo común. Sin embargo, el autocontrol de Gibson cedió cuando Jimmy anunció su intención de tomar un empleo temporal en Puerto Lowell. No era extraño; en realidad, era costumbre de los tripulantes espaciales, que pronto se aburrían de no hacer nada entre un viaje y otro. Invariablemente elegían un trabajo técnico, relacionado de algún modo con sus actividades profesionales; Mackay, por ejemplo, estaba dando clases nocturnas de

matemáticas, y el pobre doctor Scott no había tenido vacaciones pues lo habían llevado al hospital apenas llegado a Puerto Lowell.

Pero Jimmy, según parecía, prefería un cambio. En la sección Contaduría estaban escasos de personal y pensó que sus conocimientos de matemáticas podrían servir de algo. Elaboró un argumento muy convincente que Gibson escuchó con verdadero placer.

-Mi querido Jimmy -dijo, cuando éste concluyó-, ¿por qué contarme a mí todo esto? No hay nada que te detenga si quieres hacerlo.

-Ya lo sé -dijo Jimmy-, pero usted ve al mayor Whittaker con mucha frecuencia y podría ser más fácil si usted se lo dijera.

-Hablaré con el Jefe, si quieres.

-Oh, no, no puedo...

El muchacho se interrumpió y trató de corregir su patochada.

-No vale la pena molestarlo por tales detalles -dijo.

-Veamos, Jimmy -se enfrentó Gibson con mucha firmeza-: ¿por qué no hablamos sinceramente? ¿La idea es tuya o te la ha dado Irene?

Valía la pena haber viajado hasta Marte, tan sólo para ver la expresión de Jimmy. Parecía un pez que hubiese estado respirando aire y de pronto lo descubriera.

-¡Oh! -dijo al fin-, ignoraba que usted lo sabía. No lo dirá a nadie, ¿verdad?

Gibson estaba a punto de comentar que no era necesario, pero algo en los ojos de Jimmy le hizo abandonar todo intento humorístico. La rueda había dado una vuelta completa: estaba nuevamente en aquella primavera sepultada bajo veinte años. Sabía exactamente qué sentía Jimmy en este momento y sabía también que nada de lo que el futuro pudiera depararle igualaría las emociones que iba descubriendo, nuevas y frescas todavía, como en la primera mañana de la creación. Tal vez volviera a enamorarse, pero el recuerdo de Irene daría forma y color a toda su vida, así como la misma Irene era, tal vez, el recuerdo de algún ideal que él trajera consigo a este universo.

-Haré lo que pueda. Jimmy -respondió, suavemente.

Y lo decía de corazón. Aunque la historia pudiera repetirse, no lo hacía con tanta exactitud y cada generación podía sacar provecho de los errores cometidos por la anterior. Algunas cosas estaban más allá de todo plan y de toda previsión, pero haría cuanto pudiera por colaborar. Y esta vez, quizás, el resultado sería diferente.

Capítulo 11

La luz ambarina se había encendido. Gibson tomó un último sorbo de agua, se aclaró suavemente la garganta y verificó que sus hojas estuvieran en el debido orden. Por muchas veces que hablara por radio siempre experimentaba aquella rigidez inicial en el cuello. En el cuarto de control la ingeniero de programación levantó su pulgar; la luz pasó súbitamente a rojo.

-Hola, Tierra, aquí Martin Gibson que os habla desde Puerto Lowell, en Marte. Éste es un gran día para nosotros. Esta mañana ha sido inflada la nueva cúpula y ahora la ciudad ha aumentado su tamaño en casi un cincuenta por ciento. No sé si podré daros una idea de la victoria que esto representa, la sensación de triunfo que nos proporciona en nuestra batalla contra Marte. Pero lo intentaré.

«Todos sabéis que es imposible respirar la atmósfera marciana; es muy pobre y prácticamente no contiene oxígeno. Puerto Lowell, nuestra ciudad principal, está construida bajo seis cúpulas de plástico transparente, sostenidas en alto por la presión del aire interior, aire que podemos respirar cómodamente, aunque es mucho menos denso que el vuestro. Durante el año último ha estado en marcha la construcción de una séptima cúpula, dos veces mayor que cualquiera de las otras. La describiré tal como era ayer, cuando entré en ella, antes de que comenzara a hincharse.

«Imaginad un gran espacio circular, de medio kilómetro de diámetro, rodeado por una gruesa pared de ladrillos vítreos, cuya altura sea dos veces la de un hombre. A través de esta pared discurren pasajes hacia las otras cúpulas y las salidas al brillante paisaje marciano que nos rodea. Estos pasajes son simples tubos de metal, con grandes puertas que se cierran automáticamente cuando el aire escapa de cualquiera de las cúpulas. En Marte no somos amigos de poner todos los huevos en una sola canasta.

«Cuando entré ayer en la Cúpula Siete, todo este gran espacio circular estaba cubierto por una fina hoja transparente sujeta a la pared circundante y posada en el suelo en enormes pliegues, bajo los cuales debimos abrirnos camino. Comprenderéis lo que sentí si os imagináis caminando dentro de un globo desinflado. La cubierta es de un plástico muy resistente, transparente y flexible, similar a un celofán grueso.

«Naturalmente, tuve que usar mi máscara de respiración, pues, aunque estábamos aislados del exterior, el aire era aún escasísimo dentro de la cúpula. Lo estaban insuflando desde el exterior, tan velozmente como era posible; pude ver cómo se tensaban perezosamente las grandes láminas plásticas, en tanto la presión iba en aumento.

»La operación continuó toda la noche. Lo primero que hice esta mañana fue volver a la cúpula. Descubrí entonces que la cubierta presentaba ya una gran burbuja central,

aunque los bordes seguían aplanados. Aquella enorme burbuja, de unos cien metros de diámetro, trataba de moverse como una criatura viviente y crecía sin cesar.

«Hacia media mañana había crecido tanto que toda la cúpula iba tomando forma; la cubierta se había despegado del suelo en todas partes. Se interrumpió por un rato la operación de inflado para comprobar posibles pérdidas y se reemprendió a mediodía. Para entonces el sol había comenzado a colaborar, calentando el aire, que de este modo se expandía más.

«Hace tres horas concluyó la primera fase. Nos quitamos las máscaras y dimos rienda suelta a nuestro alborozo. El aire aún no era lo bastante denso para estar cómodos, pero resultaba respirable y los ingenieros pudieron trabajar en el interior sin la molestia de las máscaras. Pasarán los próximos tres días controlando la tensión de la gran cubierta y buscando posibles pérdidas. Es inevitable que haya algunas, por supuesto, pero, mientras la fuga de aire no exceda de cierta cifra, poco importará.

»Y ahora nos parece haber expandido un poco más allá nuestra frontera con Marte. Pronto se levantarán los nuevos edificios bajo la Cúpula Siete; ya estamos haciendo planes para instalar un pequeño parque y hasta un lago; será el único de este planeta, pues el agua en estado natural no puede existir aquí en el espacio abierto ni por un instante.

«Éste es sólo el principio, lo sabemos, y algún día parecerá una pobre victoria; pero es un gran paso hacia adelante en nuestra batalla; representa la conquista de otro pedazo marciano; y equivale a espacio vital para otras mil personas. ¿Me escucháis, Tierra? Buenas noches.»

La luz roja desapareció. Por un momento, Gibson permaneció allí sentado, con la vista clavada en el micrófono, meditando sobre el hecho de que sus primeras palabras, aunque viajaban a la velocidad de la luz, sólo en este instante empezaban a llegar a la Tierra. Finalmente recogió sus papeles y atravesó las puertas acolchadas, pasando al cuarto de control.

La ingeniero le acercó el teléfono.

-Acaba de llegar una llamada para usted, señor Gibson -dijo-. ¡Alguien se ha adelantado a todos!

-Ya lo creo -observó él, con una sonrisa-. Hola, Gibson al habla.

-Aquí Hadfield. Le felicito, Gibson; acabo de escucharle. Como sabe, se emitió por nuestra emisora local.

-Me alegra que le haya gustado.

Hadfield soltó una risita.

-He leído casi todos sus artículos anteriores, como usted debe imaginar. Es muy interesante observar su cambio de actitud.

-¿Qué cambio?

-Al principio, nosotros éramos «ellos». Ahora somos «nosotros». Tal vez no me expreso muy bien, pero creo que me entiende.

Y prosiguió, sin dar tiempo a que Gibson respondiera:

-En realidad, lo llamo por otra causa. He logrado al fin solucionar lo de su viaje a skia. El miércoles partirá hacia allá un avión de pasajeros con cabida para tres personas. Whittaker le dará más detalles. Adiós.

Con un chasquido, el teléfono quedó en silencio. Gibson volvió a colocarlo sobre la mesita, muy pensativo, pero sin el menor agrado. El Jefe había dicho algo muy cierto. Llevaba casi un mes allí y en ese tiempo su opinión con respecto a Marte había cambiado por completo. El primer entusiasmo infantil duró pocos días; la desilusión subsiguiente, apenas algo más. Ahora sabía lo bastante para considerar la colonia con entusiasmo moderado y no del todo lógico. Se resistía a analizarlo por temor a que desapareciera por completo. Se debía en parte, y él lo sabía, a su creciente respeto por quienes lo rodeaban, a su admiración por la competencia bien intencionada, por la prontitud con que aceptaban los riesgos bien calculados, cosa que los había capacitado, no sólo para sobrevivir en ese mundo hostil y descorazonador, sino también para sentar las bases de la primera cultura extraterrestre. Sentía, más que nunca, la necesidad de identificarse con esta obra, sin que importara a dónde podía conducirle.

Mientras tanto, estaba frente a la primera posibilidad de conocer Marte a gran escala. El miércoles partiría rumbo a Puerto Schiaparelli, la segunda ciudad del planeta, diez mil kilómetros al este, en Trivium Charontis. El viaje había sido planeado una quincena antes, pero siempre surgía un inconveniente que obligaba a postergarlo. Debía avisar a Jimmy y a Hilton para que se prepararan: ellos habían sido los afortunados en el sorteo. Tal vez Jimmy no sintiera ya tantos deseos de ir. Sin duda, contaba ansiosamente los días que faltaban para la partida y le molestaría cuanto lo alejara de Irene. Pero si dejaba pasar esta oportunidad, Gibson no sentiría la menor simpatía por él.

-Buen trabajo, ¿verdad? -comentó el piloto orgulloso-. No hay más que seis aparatos como éste en Marte. Ha sido todo un desafío diseñar un avión capaz de volar en esta atmósfera tan liviana, por mucho que aguante la escasa gravedad.

Gibson, que no sabía mucho de aerodinámica, no pudo apreciar los aspectos más notables del avión, aunque notó que la superficie de las alas era anormalmente grande.

Los cuatro motores a reacción estaban bien escondidos bajo el fuselaje y sólo un ligero saliente delataba su situación. Si Gibson hubiese visto esta máquina en un aeropuerto terrestre, no habría parado mientes en ella, aunque tal vez le habría llamado la atención el vigoroso tren de aterrizaje. La máquina estaba construida para volar a gran velocidad y a largas distancias, siendo capaz de aterrizar en cualquier superficie más o menos plana.

Trepó tras Jimmy y Hilton y se acomodó lo mejor que pudo en aquel reducido espacio. La mayor parte de la cabina estaba ocupada por grandes cajas de embalaje, bien aseguradas en su sitio; debía tratarse de alguna carga urgente para Skia, que poco lugar dejaba para los pasajeros.

Los motores aceleraron rápidamente hasta que sus clamores alcanzaron el límite audible. Se produjo la pausa habitual, mientras el piloto verificaba instrumentos y controles; en seguida, los motores a reacción funcionaron a toda potencia y la pista comenzó a deslizarse por debajo. Pocos segundos después se oyó el súbito y tranquilizante chorro de energía en tanto los cohetes de despegue entraban en funcionamiento y los elevaban hacia el firmamento, sin esfuerzo alguno. El aparato trepó sin pausa hacia el sur y luego describió una gran curva hacia estribor, pasando sobre la ciudad. Ciertamente, Puerto Lowell había crecido desde la última vez que Gibson la viera desde el aire. Aunque la nueva cúpula estaba aún vacía, ya dominaba la ciudad con su promesa de tiempos más desahogados. Cerca del centro, Gibson divisó, como pequeñísimas motas, a los hombres y las máquinas que trabajaban en los cimientos del nuevo barrio.

El avión tomó rumbo hacia el este y la gran isla de Aurorae Sinus se hundió tras el borde del planeta. Fuera de unos pocos oasis sólo se abría hacia adelante un desierto de varios miles de kilómetros.

El piloto conectó los controles automáticos y se dirigió hacia el centro del aparato para charlar con sus pasajeros.

-Estaremos en Charontis en cosa de cuatro horas -dijo-. Temo que no hay mucho para ver en el camino, aunque podréis contemplar hermosos efectos de color cuando pasemos sobre el Eufrates. Después, el desierto es más o menos uniforme hasta llegar al Syrtis Mayor.

Gibson hizo un rápido cálculo aritmético.

-A ver... Vamos hacia el este y partimos bastante tarde. Será de noche cuando lleguemos allí.

-No se preocupe por esto; captaremos el radiofaro de Charontis cuanto estemos a unos doscientos kilómetros. Marte es tan pequeño que resulta difícil hacer un viaje de larga distancia siempre a la luz del día.

-¿Cuánto tiempo lleva en Marte? -preguntó Gibson, quien había dejado de tomar fotografías a través de las ventanillas de observación.

-Oh, cinco años.

-¿Siempre volando?

-Casi siempre.

-¿Y no preferiría tripular naves espaciales?

-No lo creo. No hay emoción en eso; es sólo flotar en la nada durante meses enteros.

Dirigió una amplia sonrisa a Hilton, quien se la devolvió gentilmente, sin ganas de discutir. Gibson, en cambio, inquirió con ansiedad:

-¿A qué emociones se refiere?

-Pues, hay paisajes para ver, no se está lejos de casa por mucho tiempo y siempre existe la posibilidad de descubrir algo nuevo. He hecho cinco o seis viajes sobrevolando los polos, ¿sabe? Casi siempre durante el verano, pero este último invierno crucé el Mare Boreum. ¡Ciento veinte grados Fahrenheit en el exterior! Hasta el momento ha sido la temperatura más baja de Marte.

-Yo podría batir este récord sin dificultad -dijo Hilton-. En Titán, durante la noche, la temperatura baja 200°F.

Aquella era la primera vez que Gibson lo oía mencionar su expedición a Saturno.

-A propósito, Fred -le preguntó-, ¿qué hay de cierto en este rumor?

-¿Qué rumor?

-Ya sabes, que vais a hacer otro lanzamiento hacia Saturno.

Hilton se encogió de hombros.

-Aún no está decidido; hay muchas dificultades. Pero creo que se hará; sería una pena no aprovechar una posibilidad como ésta. Verás: si podemos partir el año próximo nos cruzaremos con Júpiter en el trayecto y podremos echarle el primer vistazo a fondo. Mas ha trazado una órbita muy interesante. Podemos aproximarnos bastante a Júpiter, dejando atrás a todos los satélites, y permitir que el campo gravitatorio nos haga trazar un círculo a su alrededor para salir después directamente hacia Saturno. Hace falta un curso de navegación muy preciso para trazar la órbita que deseamos, pero puede hacerse.

-¿Y qué os retiene en este caso?

-Él dinero, como de costumbre. El viaje durará dos años y medio y costará cerca de cincuenta millones. Marte no puede costearlo pues doblaría el déficit de costumbre. En este momento estamos tratando de que la Tierra cargue con la factura.

-Lo hará, tarde o temprano -dijo Gibson-. Pero si me das todos los datos, cuando lleguemos a casa escribiré un artículo devastador sobre la avaricia de los políticos terrestres. No debes subestimar el poder de la prensa.

La charla fue llevándolos de planeta en planeta, hasta que Gibson recordó súbitamente que estaba perdiendo una magnífica oportunidad de ver Marte en carne y hueso. Obtuvo permiso para ocupar el asiento del piloto, bajo promesa de no tocar nada, y se sentó cómodamente tras los controles.

Cinco kilómetros más abajo, el colorido desierto pasaba velozmente hacia el oeste. Volaban a una altura muy baja, pues la escasa densidad del aire marciano hacía necesario mantenerse tan cerca de la superficie como fuera posible hacerlo sin riesgo. Gibson nunca había recibido tal impresión de velocidad; aunque en la Tierra había volado en máquinas mucho más rápidas, lo había hecho siempre a alturas desde las cuales no se divisaba el terreno. La proximidad del horizonte acrecentaba el efecto, pues cada objeto que se perfilaba sobre el borde del planeta pasaba por debajo pocos minutos después.

De tiempo en tiempo, el piloto se acercaba para controlar el curso, aunque por mera formalidad, pues no había nada que hacer mientras el trayecto no estuviera casi terminado. A mitad de camino sirvieron un poco de café y un ligero refresco; Gibson volvió a reunirse con sus compañeros en la cabina. Hilton y el piloto estaban discutiendo acaloradamente sobre Venus; éste era un tema excitante para los colonos, que consideraban al planeta como cosa de muy poco valor.

El sol estaba ya muy bajo hacia el oeste y hasta las colinas enanas de Marte arrojaban largas sombras sobre el desierto. En la superficie la temperatura descendía por debajo del cero con gran rapidez. Las pocas plantas resistentes que sobrevivían en aquel yermo desnudo debían haber plegado fuertemente sus hojas para conservar el calor y la energía a pesar de los rigores nocturnos.

Gibson se desperezó con un bostezo. El paisaje rodaba velozmente con un efecto casi hipnótico y le resultaba difícil mantenerse despierto. Decidió dormir un poco durante los noventa minutos que, más o menos, quedaban para terminar el viaje.

Algún cambio en la luz mortecina debió despertarlo. Por un momento le fue imposible darse cuenta de que no estaba soñando; se limitó a permanecer sentado, mirando fijamente, paralizando por la perplejidad. Ya no se encontraba sobre un paisaje llano, casi

desprovisto de relieve, perdido en el intenso azul del cielo hacia el horizonte lejano. Tanto el desierto como el horizonte se habían ^desvanecido; en su lugar se alzaba una cadena de montañas carmesíes, extendidas hacia el sur y hacia el norte hasta donde alcanzaba la vista. Los últimos rayos del sol poniente llegaron hasta las cumbres para legarles su agonizante gloria; los valles se habían perdido ya en la noche que iba extendiéndose hacia el oeste.

Durante largos segundos, el mismo esplendor de la escena le alejó de la realidad y por lo tanto de toda amenaza. Por último, Gibson despertó de su trance y comprendió, en un instante de terror, que volaban demasiado bajo; no podrían evitar aquellos picos dignos del Himalaya.

Su pánico absoluto duró sólo un segundo; el terror que le siguió fue aún más intenso. Gibson acababa de recordar lo que el susto inicial borrara de su mente, el simple hecho que debió tener en cuenta desde el principio.

En Marte no había montaña alguna.

Cuando llegó la noticia, Hadfield estaba dictando un memorándum urgente para el Cuerpo de Desarrollo Interplanetario. Al pasar el horario en que se esperaba la llegada del aeroplano, Puerto Schiaparelli esperó aún quince minutos; el control de Puerto Lowell, a su vez, demoró otros diez antes de enviar la señal de «Retrasado». Uno de los preciosos aparatos de la reducida flota marciana aguardaba la salida del sol para inspeccionar la línea de vuelo. La búsqueda sería muy difícil debido a la alta velocidad y a la baja altura necesarias para mantenerse en vuelo, pero, cuando se alzara Phobos, sus telescopios podrían colaborar con muchas más posibilidades de éxito.

La noticia llegó a Tierra una hora después, justamente cuando no había mucho trabajo para la prensa o la radio. Gibson se habría sentido muy satisfecho con la publicidad resultante: todo el mundo empezó a leer sus últimos artículos con mórbido interés. Ruth Goldstein no se enteró de nada hasta que un editor con quien estaba en tratos llegó agitando el periódico de la tarde. Entonces se apresuró a vender los derechos de reedición correspondientes a la última serie de artículos de Gibson por un precio mucho más elevado, del que su víctima pensaba pagar, y se retiró a sus habitaciones privadas para llorar copiosamente durante todo un minuto. Ambas cosas habrían brindado a Gibson una enorme satisfacción.

En veinte oficinas periodísticas se buscaron copias en los archivos para ir alistando las planchas, a fin de no perder tiempo. Y un editor de Londres, que había concedido a Gibson un considerable adelanto, comenzó a sentirse muy desdichado.

El grito de Gibson resonaba todavía en la cabina cuando el piloto alcanzó los controles. El escritor se sintió arrojado contra el suelo por el brusco ladeo de la máquina, lanzada hacia arriba en un desesperado intento de girar hacia el norte. Cuando logró ponerse en pie, pudo ver un precipicio anaranjado, extrañamente borroso, que se abalanzaba hacia ellos desde pocos kilómetros. Aún en este momento de pánico notó algo muy curioso en esa barrera lanzada a toda velocidad; súbitamente, la luz se abrió paso en su cerebro: aquello no era una cadena montañosa sino algo igualmente mortal. Iban hacia una pared de arena levantada por el viento que se alzaba desde el desierto hasta el límite de la estratosfera.

El huracán los golpeó un segundo después. Algo azotó la máquina con violencia, de un lado a otro; un bramido furioso y sibilante atravesó el aislamiento del casco. Era el sonido más terrorífico que Gibson oyera en su vida. La noche cayó en torno a ellos en un solo instante y se hallaron volando sin esperanzas en medio de una aullante oscuridad.

Todo terminó en cinco minutos, aunque este tiempo pareció una vida entera. La alta velocidad que llevaban los había salvado, haciendo que el avión atravesara el centro del huracán como un proyectil. Hubo un súbito estallido de media luz, en un rojo tan intenso como el del rubí; la nave dejó de sacudirse bajo los golpes de un millón de martillos y un silencio resonante pareció llenar la pequeña cabina. A través de la ventanilla de observación situada en la parte trasera, Gibson pudo echar una última mirada a la tormenta, que se alejaba hacia el oeste destrozando el desierto a su paso.

El escritor, con las piernas flojas, se hundió agradecido en el asiento y lanzó un inmenso suspiro de alivio. Por un momento se preguntó si se habrían alejado mucho con respecto al curso fijado, pero comprendió de inmediato que, dado el instrumental de navegación de que iban provistos, poca importancia tenía.

Sólo entonces, cuando la tormenta dejó de ensordecerlo, sufrió el segundo susto. Los motores se habían detenido.

Una tensa quietud reinaba en la cabina. El piloto gritó por sobre el hombro:

-¡Poneos las máscaras! El casco puede quebrarse en el descenso.

Con dedos muy torpes, Gibson sacó su equipo de respiración de debajo el asiento y se lo ajustó a la cabeza. Cuando hubo terminado, el suelo parecía estar ya muy cerca, aunque en aquella luz mortecina era difícil juzgar las distancias.

Una colina de baja altura pasó a toda velocidad y se perdió en la sombra. El avión giró violentamente para esquivar otra; después sufrió una sacudida espasmódica al tocar tierra y sufrir el rebote. Un momento después volvió a tocar el suelo. Gibson tensó los músculos, aguardando la inevitable colisión.

Pasó un siglo antes de que volviera a sentirse relajado, incapaz de creer que estaban en tierra y a salvo. Hilton se estiró en el asiento, se quitó la máscara y dijo a su piloto:

-Magnífico aterrizaje, capitán. Ahora, ¿cuánto tendremos que caminar?

Por un momento no hubo respuesta. Por último, el piloto pidió, con voz tensa:

-¿Alguien me encendería un cigarrillo? Estoy temblando.

-Aquí tiene -dijo Hilton, adelantándose-. Encendamos las luces de la cabina, ¿quiere?

Aquella luz cálida y reconfortante ayudó a levantarles el ánimo, borrando la noche marciana que ya cubría todo el contorno. Todos se sintieron ridículamente optimistas y dispuestos a festejar los chistes más tontos. Era la reacción lógica: se sentían demasiado dichosos por estar vivos como para preocuparse por los miles de kilómetros que los separaban de la base más cercana.

-Era toda una tormenta -dijo Gibson- ¿Es común esta clase de cosas en Marte? ¿Y cómo no recibimos ninguna advertencia?

El piloto, superado el susto inicial, imaginó rápidamente la comisión de investigaciones que le tocaría afrontar. Aun volando con controles automáticos, era su deber efectuar verificaciones más frecuentes.

-Nunca vi nada parecido -dijo-, aunque llevo pilotados por lo menos cincuenta viajes entre Lowell y skia. El problema es que todavía no sabemos nada sobre la meteorología marciana. Y hay sólo cinco o seis observatorios meteorológicos en todo el planeta; no es suficiente para proporcionar un panorama adecuado.

-¿Y Phobos? ¿No pudieron verla desde allí y advertirnos a tiempo?

El piloto tomó su almanaque y volvió rápidamente las hojas.

-Phobos no ha asomado aún -dijo, tras un breve cálculo. Creo que la tormenta se levantó inesperadamente en el Hades. Qué nombre apropiado, ¿verdad? A esta altura ya habrá amainado. No creo que haya pasado cerca de Charontis, de modo que ellos tampoco pudieron advertirnos. Ha sido uno de esos accidentes en los que nadie tiene la culpa.

Esta idea pareció alegrarlo mucho, pero Gibson no podía mostrarse tan filosófico.

-Mientras tanto -replicó-, estamos clavados en medio de la nada. ¿Cuánto tardarán en encontrarnos? ¿O hay posibilidades de reparar el avión?

-Ni pensarlo: los motores están destrozados. Fueron construido para funcionar en el aire y no en la arena, ¿comprende?

-Pero, ¿podemos comunicarnos por radio con Skia?

-Mientras estemos en tierra, no. Pero cuando aparezca Phobos. A ver, dentro de una hora. Podremos llamar al observatorio y ellos retransmitirán nuestro mensaje. Aquí todas

las comunicaciones a larga distancia se hacen por ese sistema. La ionosfera es demasiado débil para que las señales reboten contra ella como en la Tierra. De cualquier modo, iré a ver si la radio está bien.

Se dirigió hacia la parte delantera y comenzó a manipular los transmisores del avión mientras Hilton se ocupaba de controlar los calefactores y la presión del aire dentro de la cabina. Mientras tanto, los dos pasajeros restantes se miraban, meditabundos.

-¡En buen berenjenal nos hemos metido! -explotó Gibson, entre divertido y furioso-. He venido sin problemas desde la Tierra a Marte, cruzando más de cincuenta millones de kilómetros y en cuanto me subo a un miserable aeroplano me pasa esto. En el futuro no viajaré sino en naves espaciales.

Jimmy respondió, con una sonrisa:

-Tendremos algo para contar a los otros cuando volvamos, ¿verdad? Quizá podamos explorar un poco, al fin.

Echó una mirada por las ventanillas, haciendo pantalla con las manos para amortiguar la luz de la cabina. El paisaje circundante estaba ya en completa oscuridad, exceptuando la iluminación de la nave.

-Parece que estamos rodeados por colinas: tuvimos suerte de aterrizar en un llano. ¡Dios mío, tenemos un barranco a este lado! ¡Unos pocos metros más y nos habríamos estrellado contra él!

Gibson preguntó, dirigiéndose al piloto:

-¿Tiene alguna idea de donde estamos?

Este inoportuno comentario le valió una mirada dura.

-Más o menos a 120 este, 20 norte. La tormenta no puede habernos alejado mucho del curso.

-En ese caso -replicó Gibson, inclinándose sobre los mapas- estamos en algún sitio de Aetheria. Sí, aquí figura una región de sierras, pero sin muchos datos.

-Es la primera vez que alguien aterriza aquí, ésta es la causa. Esta parte del planeta está casi inexplorada; hay mapas completos, pero trazados desde el aire.

Gibson se alegró al ver la expresión luminosa con que Jimmy acogía estas noticias. Ciertamente, había algo emocionante en el hecho de hallarse en una región todavía no hollada por el pie humano.

-No me gusta desanimar a nadie -observó Hilton, aunque su tono indicaba que ésta era su intención-; pero no creo que pueda comunicarte con Phobos, aun cuando se levante.

-¿Qué? -chilló el piloto-. El aparato está bien; acabo de probarlo.

-Sí. Pero ¿has visto dónde estamos? Ni siquiera podremos ver a Phobos. Este barranco que tenemos al sur bloquea la vista por completo, lo que significa que no podrán captar nuestras señales de microondas. Y, lo que es peor, no podrán localizarnos por medio de sus telescopios.

Hubo un silencio lleno de perplejidad.

-¿Y qué vamos a hacer? -preguntó Gibson.

Horrorizado, imaginó una marcha de mil kilómetros a través del desierto hasta llegar a Charontis. Pero la idea era irrealizable y la descartó de inmediato. No podrían llevar el oxígeno necesario para el viaje y menos aún la comida y el equipo indispensable. Y nadie podría pasar la noche sin protección sobre la superficie de Marte, ni siquiera en esta zona más cálida cercana al ecuador.

-Tendremos que hacer señales de otro tipo -respondió Hilton, con calma-. Por la mañana treparemos esas colinas y echaremos una mirada. Mientras tanto, sugiero que lo tomemos con calma.

Se desperezó con un bostezo, llenando la cabina desde el piso hasta el techo.

-Por el momento -agregó-, no hay por qué preocuparse; tenemos aire para varios días y energía en las baterías para darnos calor por tiempo casi indefinido. Tendremos un poco de hambre si pasamos más de una semana aquí, pero no creo que esto ocurra.

Por una especie de acuerdo tácito, Hilton había tomado el control. Posiblemente, sin darse cuenta de ello, pero se había convertido en el jefe del pequeño grupo. El piloto delegó su autoridad en él sin pensarlo dos veces.

-¿Dijiste que Phobos saldrá dentro de una hora? -preguntó Hilton.

-¿Cuándo pasa? Nunca recuerdo los horarios de esa lunita vuestra.

-Pues, sale por el oeste y se pone por el este cuatro horas después, más o menos.

-En este caso pasará por el sur cerca de medianoche.

-Así es. Oh, Dios, esto significa que no podremos verlo. ¡Entrará en eclipse durante una hora, cuanto menos!

-¡Qué satélite! -bufó Gibson- ¡Cuando más se necesita, entonces, ni siquiera es visible!

-No importa -respondió Hilton, sereno-. Sabemos donde estará y no perderemos nada tratando de establecer contacto. Es todo lo que podemos hacer por esta noche. ¿Alguien tiene una baraja? ¿No? En ese caso, ¿por qué no nos entretienes con alguno de tus cuentos, Martin?

El comentario era imprudente y Gibson aprovechó la oportunidad.

-Ni pensarlo -dijo-. Tú eres quien tiene mucho que contar.

Hilton se puso rígido; por un momento, Gibson se preguntó si lo habría ofendido. El astronauta hablaba muy poco sobre la expedición a Saturno, pero aquella era una oportunidad demasiado buena para desperdiciarla, pues no volvería a presentarse. Además, como ocurre con todas las grandes aventuras, todos se animarían con su relato. Tal vez Hilton lo comprendió también, pues se relajó con una sonrisa.

-Me tienes sitiado, ¿eh, Martin? Bien, hablaré, pero con una condición.

-¿Cuál?

-Nada de citas directas, por favor.

-¡Como si me interesaran!

-Y cuando lo escribas, déjame ver el original antes que a nadie.

-Por supuesto.

Era mejor de lo que Gibson había esperado. No tenía intenciones inmediatas de relatar las aventuras de Hilton, pero le agradaba saber que podría hacerlo cuando quisiera. La idea de que quizá no tuviera más oportunidades no pasó por su mente.

Fuera de la nave, la feroz noche de Marte reinaba en forma absoluta, tachonada de estrellas punzantes e impertérritas. La pálida luz de Deimos permitía apenas ver el paisaje circundante, como si lo iluminara con una fría fosforescencia. Hacia el este, Júpiter, el astro más grande del cielo, se alzaba en toda su gloria. Pero los pensamientos de aquellos cuatro hombres encerrados en el avión estaban a seiscientos millones de kilómetros más allá del sol.

Mucha gente se preguntaba aún por qué el hombre había visitado Saturno y no Júpiter, que estaba más próximo. Pero en los viajes espaciales no es sólo la distancia lo que cuenta. Se había llegado a Saturno por un sorprendente golpe de suerte, casi demasiado bueno para ser verdad. En torno a Saturno gira Titán, el mayor satélite del sistema solar, cuyo tamaño dobla el de la luna terrestre. Ya en 1944 se había descubierto que Titán poseía atmósfera. No era respirable pero resultaba incomparablemente más valiosa que si lo fuera, pues estaba cargada de metano, uno de los combustibles ideales para los cohetes atómicos.

Esto había dado lugar a una situación única en la historia de los vuelos espaciales. Por primera vez pudo enviarse una expedición a un planeta extraño, con la certeza de que podría aprovisionarse de combustible al llegar.

La Arcturus y sus seis tripulantes fueron lanzados al espacio desde la órbita de Marte. Llegó al sistema saturnino sólo nueve meses después, con el combustible indispensable para posarse sin inconvenientes en Titán. Entonces comenzó el bombeo y los grandes tanques se abastecieron con los incontables trillones de toneladas de metano disponible.

Con Titán como centro de abastecimiento, la Arcturus visitó cada una de las quince lunas de Saturno y llegó a bordear el gran sistema de anillos. En pocos meses se hicieron más descubrimientos respecto a Saturno que en muchos siglos anteriores de observación telescópica.

Pero había un precio que pagar. Dos de los tripulantes murieron a causa de radiaciones tras hacer reparaciones de emergencia en uno de los motores atómicos. Fuera enterrados en Dione, el cuarto satélite. Y el capitán Envers, jefe de la expedición, pereció en Titán bajo una avalancha de aire congelado; su cuerpo nunca pudo ser localizado. Hilton se hizo cargo del mando y llevó a la Arcturus hasta Marte, donde, con la sola ayuda de otros dos tripulantes, se posaron un año después.

Gibson conocía bien todos los hechos desnudos. Aún podía recordar aquellos mensajes que, transmitidos de mundo en mundo, habían llegado penosamente a través del espacio. Pero era muy diferente escuchar la historia contada por Hilton, en su estilo sereno, curiosamente impersonal, como si hubiese sido un espectador y no un participante activo.

Habló de Titán y de sus hermanos menores, las pequeñas lunas que giran en torno a Saturno, haciendo de éste un modelo a escala del sistema solar. Describió cómo llegaron, por último, a Mimas, el satélite más próximo, cuya distancia al planeta es sólo la mitad de la que separa la luna de la Tierra.

-Descendimos en un ancho valle, entre dos montañas, donde tuvimos la certeza de que el suelo era muy sólido. ¡No queríamos cometer el mismo error que en Rhea! Fue un buen aterrizaje; luego nos metimos en los trajes espaciales para salir. Es curioso, pero siempre se está impaciente por salir, por muchas veces que se haya visitado un nuevo mundo.

«Mimas no tiene mucha gravedad, por supuesto; sólo la centésima parte de la terrestre. Pero es suficiente para no salir disparado hacia el espacio. Yo lo prefiero así: siempre sabes, por mucho que tardes, que llegarás al suelo.

«Descendimos a primeras horas de la mañana. El día de Mimas es un poquito más corto que el de la Tierra: da la vuelta a Saturno en veintidós horas y siempre presenta la misma cara al planeta, de modo que el día y el mes tienen la misma duración, tal como en nuestra luna.

Habíamos bajado en el hemisferio norte, no lejos del ecuador, y la mayor parte de Saturno estaba sobre el horizonte. Parecía algo sobrenatural: un enorme cuerno creciente clavado en el aire, como una montaña curvada en forma imposible, de varios miles de kilómetros de altura.

«Claro que habéis visto las películas que hicimos, especialmente aquélla en color tomada con cámara rápida, donde se muestra todo el ciclo de las fases saturninas. Pero no creo que podáis daros una idea de lo que significa vivir bajo este objeto enorme, siempre allí, en el cielo. Era tan grande que no se podía abarcar de una sola mirada. Si uno se situaba frente a él y extendía los brazos cuanto podía, daba la impresión de que las puntas de los dedos iban a tocar los extremos opuestos de los anillos. No pudimos ver muy bien estos anillos, pues estaban, casi, sobre el borde; sin embargo, era posible saber siempre dónde estaban por la banda ancha y oscura que proyectaban sobre el planeta.

»No nos cansábamos de contemplarlo. Gira a tal velocidad, como sabéis, que el espectáculo cambia sin cesar. Las formaciones de nubes, si es que lo son, suelen correr de un lado a otro del disco en pocas horas, variando constantemente mientras se mueven. Y los colores son maravillosos: especialmente verdes, pardos y amarillos. De vez en cuando se producen erupciones considerables y muy lentas, como si algo grande como la Tierra surgiera de las profundidades para esparcirse perezosamente en una mancha enorme.

»Era imposible dejar de mirarlo por mucho tiempo. Aunque estuviera en la fase nueva, completamente a oscuras, podía saberse su situación por el inmenso agujero que abría entre las estrellas. Y hubo algo extraño, que no dije en mi informe porque no estaba muy seguro de ello. Una o dos veces, cuando estábamos bajo la sombra del planeta, me pareció ver una leve fosforescencia que surgía de la parte nocturna, donde la oscuridad debía ser completa. No duraba mucho..., si es que en realidad existía. Tal vez se trataba de alguna reacción química producida en aquel caldero giratorio.

»¿Os sorprende que quiera volver a Saturno? Esta vez me gustaría llegar muy cerca, es decir, a unos mil kilómetros. No sería arriesgado ni exigiría demasiada energía. Sólo hace falta trazar una órbita parabólica y dejarse caer, como un cometa alrededor del sol. Por supuesto, sólo podríamos permanecer unos pocos minutos cerca de Saturno, pero en este tiempo es posible recoger muchos informes.

»Y quiero volver a posarme en Mimas, y ver esa enorme media luna brillando en la mitad del cielo. Vale la pena hacer el viaje sólo por ver cómo sale y se pone Saturno y las tormentas que se persiguen mutuamente por el ecuador. Sí, valdría la pena, aunque yo mismo esta vez no regresara.»

Aquel último comentario no encerraba falsos heroísmos. Era una simple afirmación. Y sus oyentes la creyeron por completo. Mientras duró la emoción, cada uno de ellos habría estado dispuesto a aceptar la misma oferta.

Gibson interrumpió aquel largo silencio; se dirigió a las ventanillas de la cabina para mirar hacia fuera y reclamó:

-¿No podemos apagar las luces?

En cuanto el piloto obedeció su petición, la oscuridad se hizo completa. Los otros se reunieron con él frente a la ventanilla.

-Mirad -dijo Gibson-. Allá arriba. Podréis verlo si estiráis el cuello.

El barranco contra el cual se apoyaban no era ya un muro de total oscuridad. Una nueva luz jugaba sobre los picos superiores, salpicando los riscos quebrados y filtrándose hasta el valle. Phobos había surgido por el oeste y trepaba en una carrera meteórica hacia el sur, en veloz marcha hacia atrás.

Minuto a minuto la luz se hacía más potente. Al fin, el piloto comenzó a enviar sus señales. Acababa de comenzar cuando la pálida luz lunar se apagó, tan súbitamente que Gibson lanzó un grito de perplejidad. Phobos había entrado en la sombra de Marte; aunque seguía trepando, su luz no sería visible durante casi una hora. No había forma de saber si asomaba por encima del gran acantilado, en la posición adecuada para recibir las señales.

No abandonaron el intento durante casi dos horas. De pronto, la luz reapareció en los picos, pero esa vez desde el este. Phobos había emergido del eclipse y caía hacia el horizonte; en poco más de una hora estaría allí. El piloto apagó su transmisor, disgustado.

-No sirve de nada -dijo-. Tendremos que intentar otra cosa.

-¡Ya sé! -exclamó Gibson, excitado- ¿No podemos llevar el transmisor hasta lo alto de la colina?

-Ya lo pensé, pero daría un trabajo de mil demonios sacarlo sin las herramientas adecuadas. Todo el aparato, con antena y todo, está incluido en el caso.

-De cualquier modo, por esta noche no podemos hacer más -dijo Hilton-. Sugiero que todos durmamos un poco antes de que amanezca. Buenas noches a todos.

Era un excelente consejo, pero no muy fácil de seguir. La mente de Gibson corría aún hacia adelante trazando planes para el día siguiente. Sólo cuando Phobos se hundió al fin hacia el este, cuando su luz dejó de jugar, burlona, por encima del acantilado, cayó en un sueño profundo.

Y aún, entonces, soñó que trataba de colocar una cinta transportadora entre los motores y el tren de aterrizaje para recorrer los últimos mil kilómetros hasta Puerto Schiaparelli.

Capítulo 12

Gibson despertó mucho después del alba. El sol permanecía oculto tras los barrancos, pero sus rayos, reflejados por los riscos de color escarlata, inundaban la cabina con una luz extraterrena, casi siniestra. Se desperezó con dificultad; los asientos no habían sido diseñados para servir de cama y había pasado una noche muy incómoda.

Buscó a sus compañeros con la mirada. Tanto Hilton como el piloto habían salido, pero Jimmy dormía aún profundamente; los otros debían haber despertado temprano y estarían explorando. Gibson sintió un leve fastidio; habría preferido ir con ellos pero comprendió que se habría sentido aún más molesto si le hubiesen interrumpido su sueño.

Hilton había dejado una breve nota clavada visiblemente en la pared. Decía: «Salimos a las 6.30. Tardaremos una hora. Volveremos con hambre. Fred.»

No se podía pasar por alto la sugerencia. Además, también Gibson estaba sintiendo hambre. Tomó por asalto la despensa de emergencia que el avión llevaba para tales casos, preguntándose cuánto deberían hacerla durar. Sus esfuerzos por preparar una bebida caliente en el diminuto calentador a presión despertaron a Jimmy; el muchacho pareció avergonzarse un poco al comprobar que era el último en despertar.

-¿Dormiste bien? -preguntó Gibson, mientras buscaba las tazas.

-Muy mal -respondió Jimmy, pasándose las manos por el pelo-. Me siento como si no hubiese dormido en una semana. ¿Dónde están los otros?

Su pregunta quedó contestada con los ruidos provocados por alguien al entrar en la esclusa de aire. Un momento después apareció Hilton, seguido por el piloto. Se quitaron las máscaras y el equipo de calefacción (la temperatura exterior era aún inferior a cero grados) y se lanzaron sobre las porciones de chocolate y carne comprimida que Gibson había servido con impecable habilidad.

-Bien -dijo Gibson, ansioso-, ¿cuál es el veredicto?

-Hay algo indudable -respondió Hilton, entre bocados-: hemos sido muy afortunados al salir con vida.

-Ya lo sé.

-No sabes ni la mitad. No has visto dónde aterrizamos. Descendimos en dirección paralela a este barranco a lo largo de un kilómetro antes de detenernos. Si hubiésemos girado un par de grados hacia estribor, ¡bam! En realidad, cuando tocamos tierra nos desviamos un poquito, pero no lo bastante para sufrir daños.

«Estamos en un largo valle que corre en dirección este-oeste. Parece una falla geológica y no el lecho de algún antiguo río, aunque ésta fue mi primera impresión. El

barranco de enfrente tiene sus buenos cien metros de alto y es prácticamente vertical; hasta tiene un saliente en la parte superior. Quizá sea posible escalarlo pero no lo hemos intentado. Tampoco hay necesidad de hacerlo; si queremos que nos vean desde Phobos sólo hay que caminar un poquito hacia el norte hasta que el barranco no bloquee la vista. En realidad, creo que ésta podría ser la solución si pudiéramos empujar el avión hasta campo abierto. Así podríamos utilizar la radio y quedar más a la vista de los telescopios y de las pasadas aéreas.

-¿Cuánto pesa este artefacto? -preguntó Gibson, vacilante.

-Alrededor de treinta toneladas con carga completa. Pero podríamos sacar muchas cosas.

-¡Nada de eso! -dijo el piloto-. Así haríamos descender la presión y no podemos desperdiciar el aire.

-Oh, Dios, lo había olvidado. De cualquier modo, el suelo es bastante liso y el tren de aterrizaje está en perfectas condiciones.

Gibson expresó sus dudas con ciertos chasquidos. Aun cuando la gravedad equivalía sólo a un tercio de la terrestre, no iba a ser empresa fácil arrastrar el avión.

Por varios minutos dedicó su atención al café que había tratado de servir antes de que se enfriara demasiado.

Al soltar la presión del calentador, el cuarto se llenó inmediatamente de vapor; por un momento pareció que todos iban a inhalar un refresco líquido. En Marte era siempre una incomodidad preparar bebidas calientes, pues el agua hervía a presión normal, a sesenta grados C; los cocineros que olvidaban este detalle elemental solían acabar en el desastre.

Los náufragos terminaron en silencio la insulsa, pero nutritiva comida, mientras hacían planes para el rescate. No estaban muy preocupados: sabían que ya se habría puesto en marcha una búsqueda intensiva y que el rescate era sólo cuestión de tiempo. Pero este tiempo podía reducirse a pocas horas si lograban enviar alguna señal a Phobos.

Acabado el desayuno, intentaron mover la nave. Tras mucho empujar y arrastrar, consiguieron moverla unos cinco metros. Pero las ruedas de oruga se hundieron en la tierra blanda y la máquina pareció embarrarse por completo a pesar de todos los esfuerzos combinados. Jadeando, se retiraron a la cabina para discutir el próximo paso a dar.

-¿No tenemos algo blanco para extender sobre una gran superficie? -preguntó Gibson.

Esta excelente idea quedó en la nada cuando, tras una búsqueda intensiva, encontraron sólo seis pañuelos y unos trapos mugrientos. Todos estuvieron de acuerdo en que no serían visibles desde Phobos, aun bajo las mejores condiciones.

-Sólo hay una solución -dijo Hilton-; tendremos que arrancar las luces de aterrizaje, llevarlas con un cable más allá del barranco y dirigirlas hacia Phobos. Habría preferido cualquier otra cosa; tal vez estropeemos el ala y es una lástima echar a perder un buen aeroplano.

Por la expresión sombría del piloto fue evidente que compartía esta opinión.

De pronto, Jimmy tuvo una idea.

-¿Y por qué no enviamos un heliograma? -sugirió-. Si hacemos señales con un espejo en dirección a Phobos, tendrán que resultar visibles.

-¿Desde seis mil kilómetros? -preguntó Gibson, lleno de dudas.

-¿Por qué no? Sus telescopios aumentan mil veces las cosas. ¿No podría verse un espejo centelleando bajo el sol si estuviera sólo a seis mil kilómetros?

-Me parece que hay un error de cálculo, aunque no sé cuál -replicó Gibson-. Las cosas nunca son tan sencillas. Pero estoy de acuerdo con las líneas generales de la idea. ¿Quién tiene un espejo?

-Un cuarto de hora después el proyecto de Jimmy quedó abandonado. No había un solo espejo en toda la nave.

-Podríamos cortar un trozo del ala y pulirlo bien -dijo Hilton, pensativo-. Daría casi el mismo resultado.

-Esta aleación de magnesio no acepta muy bien el pujido -objetó el piloto, decidido a defender su máquina hasta el fin.

De pronto, Gibson se puso en pie de un salto y se dirigió hacia la parte trasera del avión, donde empezó a revolver su equipaje, de espaldas a los intrigados espectadores. Encontró muy pronto lo que buscaba y se volvió con aire de triunfo, diciendo:

-Aquí está la solución.

Un súbito relámpago de luz llenó la cabina, inundando todos los rincones con una fulgor violento e intolerable; la pared se llenó de sombras distorsionadas. Fue como si el avión hubiese sido alcanzado por un rayo; durante varios minutos, todos permanecieron semicegados, aún grabada en las retinas la imagen petrificada de la cabina en el momento de la incandescencia.

-Lo siento -se excusó Gibson, contrito-. Nunca lo había usado en toda su potencia: esto es para trabajar de noche y en espacios abiertos.

-¡Uf! -exclamó Hilton, frotándose los ojos-. Pensé que habías hecho estallar una bomba atómica. ¿Hay que matar del susto a la gente para tomar una fotografía?

-Para su uso normal en interiores es sólo así -explicó Gibson, haciendo otra demostración.

Todos volvieron a fruncir los ojos pero esta vez el fogonazo apenas fue visible.

-Es un aparato especial que hice construir en la Tierra antes de venir. Quería estar seguro de poder tomar fotografías en colores durante la noche si se presentaba la oportunidad. Hasta ahora no lo he usado.

-Déjame ver -pidió Hilton.

Gibson le entregó el disparador de flashes y explicó el modo como funcionaba.

-Se basa en un condensador de alta capacidad. Una sola carga basta para cien destellos y está prácticamente lleno.

-¿Cien destellos de alto poder?

-Sí; equivale a unos dos mil de los normales.

-En este caso, tienes suficiente energía eléctrica en este condensador para construir una hermosa bomba. Espero que no tenga pérdidas.

Hilton examinó el pequeño tubo de descarga, del tamaño de una bolita, situado en el centro del reflector.

-¿Puede enfocarse para trazar un buen rayo? -preguntó.

-Hay un gancho detrás del reflector, precisamente con ese fin. Da un rayo muy amplio, pero servirá.

Hilton pareció muy complacido.

-Los de Phobos tendrán que verlo, aun a la luz del día, si enfocan esta zona con un buen telescopio. Pero no debemos desperdiciar carga.

-Phobos está bastante alto en este momento, ¿verdad? -preguntó Gibson-. Saldré para hacer un disparo ahora mismo.

Y se puso de pie para ajustarse el equipo de respiración.

-No hagas más de diez destellos -le advirtió Hilton-. Conviene reservarlos para la noche. Y ponte a la sombra, si puedes.

-¿Puedo ir con él? -preguntó Jimmy.

-Está bien -respondió Hilton-. Pero manteneos juntos y no os alejéis para explorar. Yo trataré de ver si podemos hacer algo con las luces de aterrizaje.

Puesto que ya tenían un plan de acción definido, se sintieron mucho más animados. Gibson, con la cámara y el precioso disparador apretados contra su pecho, cruzó el valle a saltos, como una joven gacela. Uno de los hechos curiosos de Marte era que se tardaba muy poco en adaptar el esfuerzo muscular a la poca gravedad; la marcha se igualaba a la de la Tierra, sin embargo, esta reserva de energía quedaba disponible para casos en que la necesidad o el optimismo necesitaran de ella.

Pronto salieron de la sombra arrojada por el acantilado; desde allí el cielo abierto era claramente visible. Phobos estaba alto, hacia el oeste, en forma de pequeña media luna que pronto, en su carrera hacia el sur, quedaría reducida a una hoz.

Gibson lo contempló, pensativo; quizás alguien, en este preciso momento, observaba esta zona del planeta. Era muy probable, pues ya sabrían la posición aproximada del accidente. Sintió el impulso irracional de echar a bailar, agitando los brazos, y hasta de gritar: «¡Aquí estamos! ¿No nos veis?»

¿Cómo se vería esta región a través de los telescopios que, según cabía esperar, examinaban ahora la Aetheria? Probablemente se distinguirían las manchas verdes de la vegetación a través de la cual avanzaba, y el gran barranco, con el aspecto de una banda roja, que lanzaría una ancha sombra sobre el valle cuando el sol estuviera bajo. En este instante las sombras serían escasas pues faltaba poco para el mediodía. Gibson decidió que lo mejor sería situarse en mitad de la zona verde más oscura que pudiera hallar.

A un kilómetro del avión, el suelo descendía ligeramente; allí, en la parte más baja del valle, un amplio cinturón pardusco aparecía cubierto de altas hierbas. Gibson se encaminó hacia allí mientras Jimmy le seguía desde cerca.

Se encontraron entre plantas delgadas y duras, desconocidas para ellos. Las hojas se elevaban verticalmente desde el suelo, en bandas largas y angostas; las incontables vainas que las recubrían parecían contener semillas. Las zonas planas estaban, en este momento, dirigidas hacia el sol; Gibson notó con interés que las caras iluminadas por el sol eran negras mientras las partes sombreadas tenían un color blanco grisáceo. La treta era simple pero reducía efectivamente la pérdida de calor.

Sin entretenerse en estudios botánicos, Gibson se abrió paso hasta el centro del pequeño bosque. Las plantas no crecían demasiado densas y le fue bastante fácil abrir un sendero entre ellas. Cuando estuvo casi en el centro, levantó su flash y lo apuntó hacia Phobos.

El satélite era ya una delgada hoz próxima al sol, y a Gibson le pareció una tontería apuntar su rayo contra el fuerte resplandor del cielo estival. Pero el momento, en realidad, estaba bien escogido: en Phobos, la cara dirigida hacia ellos estaría en sombras y los telescopios podrían funcionar en condiciones favorables.

Disparó diez destellos, por pares y bien espaciados entre sí. Parecía la mejor forma de economizarlos y, así, no cabría duda de que las señales era obra del hombre.

-Por hoy es suficiente -dijo Gibson-. Reservaremos el resto de nuestras municiones para cuando oscurezca. Ahora echemos una mirada a estas plantas. ¿Sabes qué me recuerdan?

Algas superdesarrolladas -replicó Jimmy, de inmediato.

-Exactamente. ¿Qué habrá en esas vainas? ¿Tienes un cuchillo? Gracias.

Comenzó a tallar la hoja más cercana hasta perforar uno de los pequeños globos negros. Parecían contener gas, y a presión considerable, pues el cuchillo, al penetrar, dejó escapar un leve siseo.

-¡Qué extraño! -exclamó Gibson-. Nos llevaremos algunas.

No sin dificultad cortó una de aquellas largas briznas negras a la altura de la raíz. Un fluido de color pardo oscuro manó de la herida, desprendiendo diminutas burbujas gaseosas. Con el recuerdo colgado al hombro, Gibson emprendió el regreso hacia la nave. No sabía que llevaba consigo el futuro de todo un mundo.

Apenas habían avanzado unos pasos, tropezaron con un macizo más denso y se vieron obligados a efectuar un desvío. Con el sol como punto de referencia, no corrían peligro de perderse y menos en una región tan pequeña; tampoco tenían intención de volver exactamente sobre sus pasos. Gibson llevaba la delantera, marchando con cierta dificultad. Ya estaba a punto de ceder su puesto a Jimmy cuando llegó, con alivio, a un angosto sendero serpenteante que seguía aproximadamente la dirección adecuada.

Para cualquier observador, aquélla habría sido una excelente demostración de la lentitud con que se dan ciertos procesos mentales. Porque tanto Gibson como Jimmy recorrieron sus buenos seis pasos antes de ocurrírseles el hecho simple, pero pasmoso, de que los senderos no suelen abrirse por sí mismos.

-Ya va siendo hora de que nuestros dos exploradores regresen, ¿verdad? -dijo el piloto mientras ayudaba a Hilton a desprender los focos de debajo el ala.

La tarea, dentro de lo que cabe, había resultado bastante sencilla y Hilton confiaba en encontrar suficiente alambre dentro de la máquina para llevar las luces lejos del barranco, hasta donde pudieran ser visibles desde Phobos cuando éste volviera a salir. No tendrían la ponuos les darían más oportunidades de ser detectados.

-¿Cuánto hace que salieron? -preguntó Hilton.

-Unos cuarenta minutos. Confío en que hayan tenido el sentido común de no perderse.

-Gibson es demasiado prudente para andar sin rumbo. Pero yo no dejaría solo al joven Jimmy; ¡enseguida saldría a la búsqueda de marcianos!

-¡Oh, allí vienen! Parecen tener prisa.

Dos siluetas diminutas habían aparecido a cierta distancia, caminando a saltos por el valle. Su urgencia era tan evidente que los espectadores dejaron las herramientas para observarlos con creciente curiosidad.

Que Gibson y Jimmy hubieran regresado con tanta prontitud representaba todo un triunfo de la cautela y del autocontrol. Durante un largo instante de incrédula perplejidad se habían quedado mirando aquel camino abierto entre las esbeltas plantas pardas. En la Tierra aquello habría sido perfectamente normal: era el tipo de sendas que abre el ganado en una colina o los animales salvajes en medio de la selva. Su misma familiaridad les había impedido notarlo en un principio; aun después de forzarse a reparar en él, seguían tratando de explicarlo por medio de la lógica.

Gibson fue el primero en hablar, en voz muy baja como si tuviera miedo de ser oído.

-Es un sendero, Jimmy. Pero, por amor de Dios, ¿quién pudo trazarlo? Nadie ha llegado hasta aquí.

-Quizá haya sido alguna especie de animal.

-Y bastante grande.

-Como un caballo, tal vez.

-O como un tigre.

El último comentario provocó un silencio incómodo. Por último, Jimmy dijo:

-Pero, si el bicho quisiera atacarnos, podríamos espantarlo con un destello de su aparato.

-Siempre que tuviera ojos -observó Gibson-. Supón que sus sentidos fueran diferentes.

Jimmy trató de pensar en alguna razón de peso para continuar adelante.

-Pero nosotros podemos correr más rápido y saltar más alto que ningún ser marciano.

Gibson prefirió creer que su decisión se basaba en la prudencia y no en la cobardía.

-No vamos a correr ningún riesgo -dijo, con firmeza-. Regresemos para explicar esto a los demás y entonces decidiremos si echamos un vistazo por ahí.

Jimmy tuvo el sentido común suficiente para no protestar pero no cesó de mirar hacia atrás, esperanzado, mientras regresaban a la nave. Cuales quiera que fuesen sus defectos, la falta de coraje no estaba entre ellos.

Les costó bastante convencer a los otros de que no se trataba de una broma de mal gusto. En realidad, nadie ignoraba por qué no podía haber vida en Marte. Era cuestión de metabolismo: los animales consumen combustible con mucha más rapidez que las plantas; por lo tanto, no podían existir en esta atmósfera escasa, casi inerte. Los biólogos habían aclarado este aspecto desde el momento mismo en que las condiciones del suelo marciano quedaron debidamente determinadas, y el tema de la vida animal en el planeta se había dado por resuelto en los últimos diez años, excepto, claro está, para los románticos incurables.

-Si visteis algo así -objetó Hilton-, ha de tener alguna explicación lógica.

-Ven a verlo tú mismo -replicó Gibson-. Te digo que era un sendero muy trillado.

-Oh, voy contigo.

-También yo -agregó el piloto.

-¡Un momento! No podemos ir todos. Uno de nosotros, al menos, debe permanecer aquí.

Por un instante, Gibson tuvo deseos de ofrecerse como voluntario. Pero en seguida comprendió que nunca podría perdonarse a sí mismo si lo hacía.

-Fui yo quien encontró el sendero -dijo, con firmeza.

-Según parece, tendré que habérmelas con un motín -comentó Hilton-. ¿Todos tenéis una moneda? Se quedará quien de vosotros tres saque la figura impar.

El piloto sacó la única cara.

-De cualquier modo -dijo-, es como ir a cazar fantasmas. Os espero dentro de una hora. Si tardáis más, volved al menos con una genuina princesa marciana, al estilo de Edgar Rice Burroughs.

Hilton, a pesar de su escepticismo, comenzaba a tomar las cosas más en serio.

-Seremos tres -dijo-; en caso de que tropezáramos con algo peligroso podríamos defendernos bien. Pero en el caso de que ninguno volviera deberás quedarte aquí. Nada de salir a buscarnos, ¿entendido?

-Muy bien. Me quedaré quietecito.

El trío se encaminó cruzando el valle hacia la pequeña selva. Gibson llevaba la delantera. Tras llegar al campo de «algas» no tuvieron dificultad en hallar nuevamente el sendero. Hilton lo contempló en silencio durante un largo minuto mientras Gibson y Jimmy lo miraban como quien dice: «Ya te lo advertí.» Por último, el astronauta dijo:

-Dame tu flash, Martin. Iré delante.

No tenía sentido discutir. Hilton era el más alto y el más fuerte y despierto. Gibson le entregó el arma sin decir una palabra.

No podía haber sensación más extraña que la de caminar por un sendero angosto entre altas paredes de briznas, sabiendo que, en cualquier momento, uno podía encontrarse cara a cara con alguna criatura totalmente desconocida y tal vez hostil. Gibson se dijo que los animales que no han tenido contacto alguno con el hombre rara vez se muestran hostiles..., aunque esta regla tenía la suficiente cantidad de excepciones para hacer la vida más interante.

En mitad del matorral, el camino se dividió en dos Hilton tomó el desvío de la derecha pero descubrió muy pronto que no tenía salida: conducía a un claro de unos veinte metros de diámetro en el que todas las plantas habían sido cortadas (o comidas), casi hasta el

suelo; sólo quedaba la base de los tallos que empezaban a rebrotar; evidentemente, las criaturas que utilizaran aquel sector lo habían abandonado tiempo atrás.

-Herbívoros -susurró Gibson.

-Y muy inteligentes -dijo Hilton-. Observad: han dejado las cepas para que vuelvan a crecer. Retrocedamos hasta el otro desvío.

Cinco minutos después estaban ante un segundo claro. Era mucho más amplio que el anterior y no estaba desierto.

Mientras Hilton aferraba con fuerza el flash, Gibson de un solo movimiento, fácil y efectivo, puso a punto su cámara para tomar las fotografías más famosas jamás hechas en Marte. Después, todos se relajaron y esperaron a que los marcianos repararan en su presencia.

En aquel momento quedaron borrados siglos enteros de fantasía y de leyenda. Todos los sueños humanos sobre vecinos similares al hombre se perdieron en el limbo. Con ellos, sin lamentaciones, desaparecieron las monstruosidades tentaculares de Wells y todas las legiones de horrores rastreros, dignos de una pesadilla. Y se esfumó también el mito de la inteligencia fríamente inhumana, capaz de contemplar objetivamente al hombre desde la fabulosa altura de su sabiduría o barrerlo sin más malicia que la del hombre al destruir un miserable insecto.

En el claro había diez criaturas, todas demasiado ocupadas en la comida para reparar en los intrusos. Su aspecto recordaba el de un canguro muy rollizo; el cuerpo, casi esférico, se balanceaba sobre dos miembros traseros largos y delgados. Carecían de pelo; la piel desnuda tenía un extraño brillo ceroso, como el del cuero lustrado. Los dos delgados miembros delanteros parecían completamente flexibles; se insertaban en la parte superior del cuerpo y terminaban en manos diminutas como las garras de un ave; demasiado pequeñas y débiles, se diría, para ser de mucha utilidad. La cabeza surgía directamente del tronco, sin señales de cuello y presentaba dos grandes ojos pálidos de grandes pupilas. No había fosas nasales, pero sí una boca triangular muy extraña, con tres picos romos que se lanzaban afanosamente sobre el follaje. Las orejas, grandes y casi transparentes, pendían fláccidas de la cabeza, torciéndose ocasionalmente o doblándose para tomar la forma de trompeta, lo que podía ser de extrema eficacia para detectar sonidos, aun en esta escasa atmósfera.

La mayor de las bestias tenía la estatura de Hilton, pero las demás eran bastante más pequeñas. Entre ellos había un cachorro que apenas llegaba al metro de altura; sólo podía aplicársele el gastado adjetivo de «gracioso». Saltaba lleno de entusiasmo

esforzándose por alcanzar las hojas más suculentas y, de tiempo en tiempo, emitía débiles gritos, agudos e irresistiblemente patéticos.

-¿Qué inteligencia les calculas? -susurró Gibson, por fin.

-Es difícil decirlo. ¿Ves con qué cuidado comen para no destrozar las plantas? No obstante, puede ser también puro instinto, como la habilidad de las abejas para construir la colmena.

-Se mueven con mucha lentitud, ¿verdad? Me pregunto si serán de sangre caliente.

-No veo por qué han de tener sangre. Su metabolismo debe ser muy extraño, puesto que sobreviven en este clima.

-Ya es hora de que reparen en nosotros.

-El mayor sabe que estamos aquí. Lo he sorprendido un par de veces mirándonos por él rabillo del ojo. ¡Mira cómo mantiene las orejas apuntadas hacia nosotros!

-Salgamos al claro.

Hilton meditó esta idea por un momento.

-No parecen capaces de hacernos mucho daño ni aunque quisieran. Las manecitas son muy débiles. Pero estos picos triangulares quizá podrían lastimar bastante. Nos adelantaremos seis pasos, muy lentamente. Si vienen hacia nosotros dispararé el flash mientras vosotros salís corriendo. Sin duda, les sacaremos bastante ventaja; no parecen hechos para la velocidad.

Se adelantaron hacia el claro con la lentitud que, según esperaban, despertaría confianza y no recelo. Ya no cabía duda de que los marcianos los habían visto: cinco o seis pares de grandes ojos tranquilos se clavaron en ellos para apartarse en seguida, pues sus propietarios debían proseguir con la tarea, mucho más importante, de alimentarse.

-Ni siquiera demuestran curiosidad -dijo Gibson, con cierto desencanto-. ¿Es que somos tan poco interesantes?

-¡Ea! ¡El cachorro nos ha visto! ¿Qué intenta hacer?

El más pequeño de los marcianos había dejado de comer y los miraba con una expresión que podía significar cualquier cosa, desde la completa incredulidad hasta la ansiosa esperanza de recibir otro alimento. Soltó un par de gritos agudos y uno de los adultos respondió con un «honk» nada comprometido. El pequeño empezó a brincar en dirección a los interesados espectadores.

Se detuvo a dos o tres pasos, sin señal alguna de temor o de cautela.

-¿Cómo estás? -pregunto Hilton.solemne-. Permíteme que te presente: a mi derecha, James Spencer; a mi izquierda, Martin Gibson. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

-Scuick -dijo el pequeño marciano.

-Hola, Scuick, ¿qué podemos hacer por ti?

La criatura extendió una mano investigadora y tiró de las ropas de Hilton. Luego saltó hacia Gibson, el cual había estado muy atareado fotografiando el intercambio de saludos. Volvió a extender su inquisitiva zarpa y Gibson apartó la cámara para evitar que la estropeara. Alargó a su vez una mano y los pequeños dedos se cerraron sobre ella con sorprendente vigor.

-Amistoso, el muchachito, ¿verdad? -comentó Gibson, tras desembarazarse dificultosamente de él-. Al menos es más cortés que sus parientes.

Hasta entonces los adultos no se habían ocupado lo más mínimo en estos menesteres. Seguían mascando plácidamente en el otro extremo del claro.

-Ojalá tuviéramos algo para darle, pero no creo que pueda comer ninguno de nuestros alimentos. Préstame tu cuchillo, Jimmy. Le cortaré un par de algas, sólo para probar que somos amigos.

El regalo fue recibido con gratitud y prontamente comido. Las pequeñas manos se extendieron pidiendo más.

-Parece que hiciste una conquista, Martin -dijo Hilton.

-Temo que sea un amor interesado -suspiró Gibson-. ¡Eh, deja mi cámara! ¡No se come!

De pronto, Hilton observó:

-Oye, aquí hay algo raro. ¿De qué color dirías que es este muchachito?

-Vaya, pardo en el pecho y... ¡oh!, gris sucio en el lomo.

-Pues ve hacia el otro lado y ofrécele otro poco de comida.

Obligado por Gibson, Scuick giró sobre los miembros traseros para tomar el nuevo bocado. Y al hacerlo ocurrió algo extraordinario.

El color pardo del pecho se desvaneció lentamente para convertirse, en menos de un minuto, en un gris deslucido. Al mismo tiempo en el lomo del animal ocurría exactamente lo contrario hasta que el intercambio fue completo.

-¡Dios mío! -dijo Gibson-. Parece un camaleón. ¿Qué función puede cumplir esto? ¿Coloración protectora?

-No, es algo más inteligente aún. Mira los que están allí. Como verás, son siempre pardos, o casi negros, en el lado expuesto al sol. Es sólo un sistema para captar tanto calor como sea posible, evitando irradiar lo de nuevo. Las plantas también lo hacen. ¿Quién lo habrá copiado de quién? El hecho en sí no serviría de nada a un animal que

debiera moverse con rapidez, pero algunos de esos mastodontes no han cambiado de posición en los últimos cinco minutos.

Gibson se apresuró a fotografiar este singular fenómeno, cosa no muy difícil, pues Scuick se volvía siempre hacia él y esperaba, paciente. Cuando hubo terminado, Hilton observó:

-Es una pena interrumpir esta conmovedora escena, pero dijimos que regresaríamos en una hora.

-No hace falta que vayamos todos. Sé bueno, Jimmy, corre hasta allá y dile que estamos todos bien.

Pero Jimmy tenía los ojos fijos en el cielo; había sido el primero en notar que un avión volaba en círculos sobre el valle, a gran altura, desde hacía poco menos de cinco minutos.

El entusiasmo de los tres llegó al punto de molestar a los marcianos que dejaron de rumiar plácidamente para volverse a mirarlos con aire de reproche. Scuick se asustó tanto que dio un tremendo salto hacia atrás, pero pronto superó su temor y volvió a acercarse.

-¡Hasta pronto! -saludó Gibson por encima del hombro, mientras salían del claro a la carrera.

Los nativos no se dieron por enterados.

Cuando llegaron a mitad de la pequeña selva, Gibson notó de pronto que lo seguían. Se detuvo para mirar hacia atrás. Scuick venía, con alguna dificultad, pero siempre saltando juguetonamente.

-¡Shuuu! -gritó Gibson, agitando los brazos como un espantapájaros enloquecido-. ¡Vuelve con tu madre! No tengo nada para darte.

No sirvió de nada, sino que Scuick lo alcanzó. Los demás se habían perdido de vista sin advertir que Gibson se retrasaba. No vieron, por lo tanto, una interesante escena de camafeo, mientras Gibson trataba de deshacerse de su nuevo amigo sin herir sus sentimientos.

Tras cinco minutos abandonó el método directo para probar la astucia. Por suerte aún tenía el cuchillo de Jimmy; tras muchos jadeos y hachazos, logró reunir un pequeño montón de «algas» y lo puso frente a Scuick. Con esto tal vez se entretuviera un rato.

Acababa de hacerlo cuando Hilton y Jimmy retrocedieron, apresuradamente, para ver qué le ocurría.

-Está bien, ya voy -dijo-. Tenía que librarme de Scuick. Esto lo detendrá.

En el avión, el piloto comenzaba a inquietarse pues había transcurrido casi una hora sin que hubiera señales de sus compañeros. Trepó al techo del fuselaje y desde allí contempló la mitad del valle y la zona oscura de vegetación donde habían desaparecido. Mientras la examinaba, el avión de rescate apareció desde el este y empezó a volar en círculos sobre el valle.

Una vez seguro de que lo habían visto, el piloto volvió su atención al valle, justo a tiempo para ver aparecer un grupo de siluetas. Un momento después se frotó los ojos con plena incredulidad.

Habían sido tres al entrar en el plantío; pero eran cuatro los que salían. Y el cuarto parecía, por cierto, una persona muy extraña.

Capítulo 13

Tras lo que dio en llamarse el accidente más provechoso en la historia de la exploración marciana, la visita a Trivium Charontis y Puerto Schiaparelli resultó, inevitablemente, una especie de desilusión. En realidad, Gibson habría preferido posponerla para regresar inmediatamente a Puerto Lowell con su presa. Había tenido que abandonar todo intento de liberarse de Scuick y suponiendo que todos los colonos estarían sobre ascuas para ver a un marciano en carne y hueso, se decidió emprender el viaje con la pequeña criatura.

Pero Puerto Lowell no les dio autorización para regresar; pasarían diez días antes de que pudieran ver nuevamente la capital. Bajo las grandes cúpulas se estaba librando una de las batallas decisivas para la posesión del planeta. Gibson sólo tuvo noticias de ella a través de los informes de radio; era una lucha callada, pero mortal, y se sintió agradecido por haberse librado de ella.

La epidemia que una vez pidiera el doctor Scott se había presentado. En su apogeo, los enfermos de fiebre marciana llegaron a sumar el diez por ciento de la población. Pero el suero traído desde la Tierra dominó el brote y la batalla se ganó al único precio de tres víctimas mortales. Fue aquélla la última vez que la fiebre amenazó la colonia.

Trasladar a Scuick hasta Puerto Schiaparelli creaba considerables dificultades pues era necesario llevar también grandes cantidades de su principal alimento. Al principio pareció dudoso que pudiera vivir en la atmósfera oxigenada de las cúpulas, pero pronto se descubrió que no le molestaba en absoluto, aunque reducía considerablemente su apetito. La explicación de esta afortunada casualidad no pudo darse hasta mucho

después. Lo que nunca pudo saberse fue la razón por la que Scuick se había apegado tanto a Gibson. Algunos sugerían, con poca gentileza, que se debía a la similitud de sus siluetas.

Antes de continuar el viaje, Gibson y sus colegas, acompañados por el piloto del avión de rescate y la cuadrilla de reparaciones que llegó algo después, hicieron varias visitas a la pequeña familia de marcianos. No descubrieron ningún otro grupo y Gibson se preguntó si serían los últimos especímenes del planeta. No era así, como se descubriría más tarde.

Mientras el avión de rescate los buscaba a lo largo de la ruta de vuelo, su piloto había recibido un mensaje radiado desde Phobos, donde se informaba sobre destellos brillantes vistos en Aetheria. (El modo en que podían haberlos provocado intrigó considerablemente a todo el mundo, hasta que Gibson dio la explicación, con justificado orgullo.) Tras descubrir que las unidades a reacción podían reemplazarse en pocas horas, decidieron esperar a que las reparaciones quedaran terminadas y emplear este tiempo estudiando a los marcianos en su hábitat natural. Fue entonces cuando Gibson tuvo la primera sospecha en cuanto al secreto de su existencia.

Probablemente, en un pasado remoto habían necesitado respirar oxígeno y sus procesos vitales dependían aún de este elemento. No podían obtenerlo directamente del suelo, donde existía por trillones de toneladas, pero las plantas que comían eran capaces de suministrárselo. Gibson no tardó en descubrir que las numerosas «vainas» de las hojas contenían oxígeno a alta presión. Los marcianos habían logrado retardar sus metabolismos hasta desarrollar un equilibrio, casi una simbiosis, con las plantas que les proveían, literalmente, la comida y el aire. Era un equilibrio precario que hacía pensar en que cualquier catástrofe natural acabaría con él en cualquier momento. Pero en Marte las condiciones habían llegado a la estabilidad hacía mucho tiempo y este equilibrio se mantendría durante siglos, a menos que el hombre interfiriera en él.

Las reparaciones exigieron más tiempo del que habían calculado, por lo que llegaron a Puerto Schiaparelli tres días después de la partida de Puerto Lowell. La segunda ciudad de Marte no contaba sino con mil habitantes, quienes vivían bajo dos cúpulas levantadas sobre una meseta larga y angosta. Aquél había sido el sitio donde se aterrizó en Marte por primera vez y la ubicación de la ciudad era, por lo tanto, un accidente histórico. Sólo varios años después, cuando comenzaron a conocerse mejor los recursos del planeta, se decidió trasladar el centro de gravedad de la colonia a Lowell, interrumpiendo así la expansión de Schiaparelli.

En muchos aspectos, la pequeña ciudad era una réplica exacta de su rival, aunque ésta fuera mayor y más moderna. Sus especialidades eran la ingeniería ligera, la investigación geológica (o aerológica, mejor dicho) y la exploración de las regiones circundantes. El hecho de que Gibson y sus compañeros hubiesen tropezado accidentalmente con el mayor descubrimiento efectuado en Marte hasta este momento fue, por lo tanto, causa de cierta envidia.

La visita tuvo un efecto contraproducente para la actividad normal de Puerto Schiaparelli, pues, dondequiera que iba Gibson, todo se detenía y la gente se agrupaba en torno a Scuick. La ocupación favorita era llevarlo hasta un sitio de iluminación uniforme para ver cómo se tornaba completamente negro, tratando de aprovechar al máximo aquella bendición. Fue en esta ciudad donde alguien tuvo la deplorable idea de proyectar imágenes simples sobre Scuick para fotografiar el resultado antes de que se borrara. Y cierto día, Gibson tuvo el disgusto de hallar una fotografía de su mascota plasmando la caricatura burda, pero reconocible, de una conocida estrella de la televisión.

En general, la estancia en Puerto Schiaparelli fue poco grata. Bastaron tres días para ver cuanto valía la pena, y los pocos paseos que pudieron hacer por los alrededores no resultaron de gran interés. Jimmy vivía preocupado por Irene y hacía costosas llamadas a Puerto Lowell. Gibson se sentía impaciente por volver a la gran ciudad, a la que, poco tiempo antes, calificara como «aldea superdesarrollada». Sólo Hilton, quien parecía poseer ilimitadas reservas de paciencia, tomaba las cosas con calma; mientras los otros armaban ruido a su alrededor, él descansaba.

Hubo sólo un hecho emocionante durante la estancia en la ciudad. Gibson se había preguntado con frecuencia, algo aprensivo, qué ocurriría si alguna vez fallaba la cúpula a presión. Una tarde despejada tuvo la respuesta (o cuanto quería saber al respecto), mientras entrevistaba al ingeniero en jefe de la ciudad, en el despacho de este último. Scuick estaba con ellos, erguido sobre sus largos y flexibles miembros inferiores, como un extraño muñeco para bebés.

En el curso de la entrevista, Gibson notó que su víctima daba muestras de una inquietud mayor que la normal en estos casos. Sus pensamientos estaban muy lejos, sin duda, y parecía estar a la espera de que algo ocurriera. De pronto, sin previo aviso, todo el edificio se estremeció ligeramente, como bajo los efectos de un terremoto. Se sucedieron otros dos temblores a intervalos iguales. Una voz clamó con urgencia por los altavoces instalados en la pared:

-¡Fuga de aire! ¡Simulacro! ¡Diez segundos para buscar refugio! ¡Fuga de aire! ¡Simulacro! ¡Diez segundos para buscar refugio!

Gibson, que había saltado de la silla, comprendió inmediatamente que no era necesario moverse. A cierta distancia se oyeron golpes de puertas. Luego se hizo el silencio. El ingeniero se levantó para dirigirse a la ventana que daba a la calle principal.

-Por lo visto todos se han refugiado -dijo-. No es posible, por supuesto, efectuar estas pruebas por sorpresa. Hay una por mes y debemos advertir a la población en qué día se producirá para que no crean real el accidente.

-¿Y qué deben hacer? -preguntó Gibson.

Se lo habían explicado ya dos veces pero no lo recordaba bien.

-En cuanto se produce la señal (es decir, las tres explosiones subterráneas) hay que ponerse a cubierto; si se está en el interior de un edificio, uno tiene la obligación de tomar su máscara de respiración para rescatar a cualquiera que no logre hacerlo. Como usted comprenderá, si se pierde la presión cada casa se convierte en una unidad separada con aire suficiente para varias horas.

-¿Y los que están fuera?

-La presión tarda varios segundos en perderse totalmente y, como cada edificio tiene su propia esclusa de aire, siempre es posible buscar refugio a tiempo. Aunque uno se desmaye en el exterior no le pasará nada si lo rescatan dentro de los dos minutos, a menos que sufra del corazón. Y los enfermos cardíacos no pueden venir a Marte.

-Bien, espero que nunca haga falta poner en práctica estas teorías.

-También nosotros lo esperamos. Pero en Marte debemos estar preparados para cualquier cosa. Ah, aquí llega la señal de «Problema resuelto».

El altavoz volvía a funcionar:

-El ejercicio ha terminado. Quienes no hayan logrado ponerse a cubierto en el tiempo debido sírvanse informar a la Administración por los medios acostumbrados. Fin de la transmisión.

-¿Lo harán? -preguntó Gibson-. Es de esperar que muchos callen.

El ingeniero se echó a reír.

-Eso depende. Callarán si ha sido por culpa propia, pero es la mejor manera de descubrir los puntos débiles de nuestras defensas. A veces, alguien viene a decir: «Mire, estaba limpiando uno de los hornos de metales cuando sonó la alarma; tardé dos minutos en salir de aquel maldito lugar. ¿Qué debo hacer si hay una verdadera pérdida de aire?» En estos casos nos corresponde a nosotros, si es posible, buscar la solución.

Gibson miró con envidia a Scuick que parecía dormido, aunque las sacudidas ocasionales de sus grandes orejas demostraban que escuchaba la conversación con cierto interés.

-Sería hermoso vivir como él, sin preocuparse por la presión del aire. Así podríamos hacer algo importante en Marte.

-¿Lo cree usted? -replicó el ingeniero, pensativo-. ¿Qué han hecho ellos, salvo sobrevivir? Siempre es fatal adaptarse al medio. Es mucho mejor adaptar el medio a nuestras necesidades.

Estas palabras eran casi un eco del comentario hecho por Hadfield en su primer encuentro con Gibson, y éste las recordaría con frecuencia durante los años siguientes.

El regreso a Puerto Lowell fue casi un desfile triunfal. La capital rebosaba alegría debido a la derrota de la epidemia y estaba ansiosa por ver a Gibson y a su presa. Los científicos habían preparado una auténtica recepción para Scuick, especialmente los zoólogos, quienes se veían ante la tarea de justificar sus primeras afirmaciones respecto a la ausencia de vida animal en Marte.

Antes de entregar su mascota a los expertos, Gibson les hizo jurar solemnemente que ni siquiera pensarían en disecarlo. Después, lleno de ideas, se apresuró a visitar al Jefe.

Hadfield lo recibió calurosamente. Gibson notó con interés el visible cambio de actitud para con él. Al principio se había mostrado..., no exactamente hostil, pero, sí, algo reservado, sin intentar disimular siquiera el hecho de que creía muy molesta la presencia de Gibson en Marte, una carga más sobre las que ya llevaba. Esta actitud había ido cambiando lentamente y ahora resultaba obvio que el Ejecutivo en Jefe ya no lo consideraba como una calamidad irremediable.

-Usted ha agregado algunos ciudadanos interesantes a mi pequeño imperio -dijo Hadfield, con una sonrisa-. Acabo de echar una mirada a su simpática mascota. Ya ha mordido al Jefe del cuerpo médico.

-Confío en que lo estén tratando debidamente -expresó Gibson, ansioso.

-¿A quién? ¿Al jefe del cuerpo médico?

-No, a Scuick, por supuesto. Me gustaría saber si hay alguna otra forma de vida animal aún no descubierta, tal vez más inteligente.

-En otras palabras,si éstos son o no los únicos marcianos genuinos.

-Sí.

-Pasarán anos antes de que lo sepamos con certeza, pero estoy casi seguro de que así es. Las condiciones que les han facilitado la subsistencia no se dan en muchos lugares del planeta.

-Precisamente quería hablarle sobre esto.

Gibson metió la mano en el bolsillo y sacó una brizna de «alga» parda. Perforó una de las vainas y se produjo el ligero silbido del gas al escapar.

-Si cultivamos esto de modo conveniente podría resolver el problema del oxígeno en las ciudades y eliminar toda esa complicada maquinaria actual. Con bastante arena para alimentar las plantas, éstas darían todo el oxígeno necesario.

-Prosiga -dijo Hadfield, sin comprometerse.

-Naturalmente, habría que hacer una selección para obtener una variedad capaz de dar la mayor cantidad de oxígeno posible -continuó Gibson, entusiasmado con el tema.

-Por supuesto -replicó Hadfield.

Gibson miró a su interlocutor con una súbita sospecha, consciente de que su actitud tenía algo extraño. En los labios de Hadfield jugueteaba una leve sonrisa.

-¡Me parece que usted no me toma en serio! -protestó Gibson con amargura.

Hadfield se irguió en su asiento.

-¡Por el contrario! -replicó-. Le estoy tomando mucho más en serio de lo que usted imagina.

Mientras jugaba con el pisapapeles pareció llegar a una decisión. Se inclinó bruscamente hacia el intercomunicador de su escritorio y oprimió una llave.

-Consígame una Pulpa de Arena y un conductor -dijo-. Que me esperen en la salida Uno Oeste dentro de treinta minutos.

Y se volvió hacia Gibson, preguntando:

-¿Cree que podrá estar listo a esa hora?

-¿Cómo? Oh, sí, supongo que sí. Sólo tengo que ir hasta el hotel por mi equipo de respiración.

-Entonces, lo veré en media hora.

Gibson llegó con diez minutos de adelanto, el cerebro convertido en un torbellino. La división Transportes se las había arreglado para conseguir un vehículo a tiempo y el Jefe, como siempre, fue puntual. Gibson no logró escuchar las indicaciones que dio al conductor; la Pulga saltó hacia el exterior de la cúpula en dirección a la ruta que circundaba la ciudad.

-Lo que estoy haciendo es una imprudencia, Gibson -dijo Hadfield, en tanto el paisaje, verde y brillante, volaba junto a ellos-. ¿Me da usted su palabra de que no dirá nada mientras yo no lo autorice?

-Claro que sí -respondió Gibson, sorprendido.

-Le creo porque me parece que usted está de nuestra parte y porque no ha estorbado tanto como yo pensaba.

-Gracias -respondió Gibson, en tono seco.

-Y también por lo que nos ha enseñado respecto a nuestro propio planeta. Supongo que le debo algo a cambio.

La Pulga había girado hacia el sur siguiendo el sendero que llevaba hacia las colinas. Y de pronto Gibson comprendió hacia dónde iban.

-¿Te afligiste mucho al conocer nuestro accidente? -preguntó Jimmy, ansioso.

-Por supuesto -respondió Irene-. Me afligí muchísimo. La preocupación por ti no me dejaba dormir.

-Pero ahora que todo ha terminado, ¿no crees que valía la pena?

-Supongo que sí, pero he de recordar constantemente que dentro de un mes tendrás que irte. Oh, Jimmy, ¿qué vamos a hacer?

Una profunda desesperación cayó sobre los dos enamorados. La satisfacción de Jimmy se desvaneció en melancolía. No había forma de escapar a lo inevitable: la Ares despegaría de Deimos en menos de cuatro semanas y tal vez pasarían años antes de que pudiera volver a Marte. Era una perspectiva demasiado terrible para expresarla con palabras.

-Yo no podría quedarme en Marte aunque me autorizaran -dijo-. No puedo ganarme la vida mientras no esté graduado y todavía me quedan dos años de trabajo y un viaje a Venus. ¡Sólo hay una solución!

Los ojos de Irene se iluminaron, pero volvió a caer en la tristeza.

-Oh, ya he pasado por esto. Estoy segura de que papá no lo permitiría.

-De todos modos, nada se pierde con probarlo. Le pediré a Martin que lo hable con él.

-¿Al señor Gibson? ¿Crees que se prestará?

-Sin duda, si yo se lo pido. Y sabrá presentar las cosas en forma convincente.

-No veo por qué tendría que tomarse tanta molestia.

-Oh, me tiene afecto -replicó Jimmy, con mucha confianza-. Y sé que estará de acuerdo con nosotros. No es correcto que sigas retenida en Marte y no conozcas la Tierra. París, Nueva York, Londres..., quien no las ha visto no ha vivido. ¿Sabes cuál es mi opinión?

-¿Cuál?

-Tu padre es muy egoísta al mantenerte aquí.

Irene puso mala cara. Sentía mucho cariño por su padre y el primer impulso fue defenderlo con vigor. Pero sentía la llamada de dos afectos y era evidente cuál ganaría, tarde o temprano. Jimmy, comprendiendo que había ido demasiado lejos, agregó:

-Él quiere lo mejor para ti, no lo dudo, pero tiene demasiadas cosas en que ocuparse. Probablemente ha olvidado cómo es la Tierra; no comprende lo que estás perdiendo. No, debes salir de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Irene pareció vacilar todavía. Por último, su sentido del humor, mucho más agudo que el de Jimmy, vino en su rescate.

-Si estuviéramos en la Tierra y tuvieras que volver a Marte -dijo-, ¿sabrías demostrarme con la misma facilidad que debo seguirte hasta allá?

Jimmy pareció algo dolorido pero en seguida comprendió que Irene no se burlaba de él.

-De acuerdo -dijo-. Está decidido. Hablaré con Martin en cuanto lo vea..., y le pediré que convenza a tu papá. Ahora olvidemos el asunto hasta entonces, ¿de acuerdo?

Y lo hicieron casi por completo.

El pequeño anfiteatro de las colinas cercanas a Puerto Lowell era tal como Gibson lo recordaba, aunque el verde de su brillante vegetación se había oscurecido un poco, atento ya a los primeros signos del otoño, aún distante. La Pulga de Arena se detuvo frente a la mayor de las cuatro primeras cúpulas; Gibson y Hadfield se dirigieron a la esclusa de aire.

-La vez anterior -dijo Gibson, en tono seco- me dijeron que debíamos desinfectarnos antes de entrar.

-Una ligera exageración para desanimar a los visitantes indeseables -dijo Hadfield, sin turbarse en absoluto-. Antes empleábamos esas precauciones pero ya no son necesarias.

La puerta exterior se abrió a su señal y ambos se quitaron rápidamente las máscaras de respiración. La puerta interior giró sobre sus goznes permitiéndoles entrar a la cúpula. Allí los esperaba un hombre vestido con la típica bata blanca de los científicos (más concretamente, con la bata blanca y perfectamente limpia que corresponde a un científico de alta categoría).

-Hola, Baines -saludó Hadfield-. Gibson, le presento al profesor Baines. Supongo que ya os conocéis de nombre mutuamente.

Se estrecharon la mano. Gibson sabía que Baines era uno de los principales expertos mundiales en genética de plantas y había leído, hacía uno o dos años, que viajaría a Marte para dedicarse al estudio de su flora.

-Así que usted es el nuevo descubridor de la Oxífera -dijo Baines, soñador.

Era un hombre fuerte y corpulento, cuyo aspecto distraído contrastaba sorprendentemente con su constitución maciza y sus rasgos bien marcados.

-¿Así le llamáis? -preguntó Gibson-. Pues yo creía ser el descubridor, pero empiezo a tener mis dudas.

-Lo que usted descubrió es de igual importancia -le aseguró Hadfield-. Pero a Baines no le interesan los animales, de modo que no vale la pena hablarle de sus amigos marcianos.

Mientras hablaban iban caminando entre tabiques provisionales que dividían la cúpula en numerosos cuartos y corredores. Todo aquello parecía haber sido construido con mucha prisa; pasaron junto a hermosos aparatos científicos emplazados sobre vulgares cajones de embalaje; por doquier reinaba una atmósfera de improvisación febril. Sin embargo, Gibson notó con extrañeza que había muy pocas personas trabajando; parecía que la tarea a desarrollar estuviera ya concluida por lo que bastaba un mínimo de personal en funciones.

Baines los condujo hasta una esclusa de aire que conducía a una de las otras cúpulas. En tanto esperaban a que se abriera la última puerta les dijo:

-Esto suele irritar un poco la vista.

Ante esta advertencia, Gibson se llevó la mano a la frente a modo de visera. Tuvo una fuerte sensación de luz y de calor, como si hubiese pasado del polo al trópico en un solo paso. Una batería de poderosas lámparas inundaban de luz aquella cámara hemisférica. El aire tenía una densidad opresiva que no se debía al calor; se preguntó qué clase de atmósfera estaría respirando.

La cámara no tenía compartimento alguno; era sólo un gran espacio circular, dividido en parcelas en las que crecían todas las plantas que Gibson viera en Marte y muchas más. Una cuarta parte de la superficie estaba cubierta de unas hojas altas y pardas que Gibson reconoció de inmediato.

-De modo que ya las conocíais -observó, sin sorpresa ni desilusión.

(Después de todo, Hadfield estaba en lo cierto: los marcianos eran mucho más importantes.)

-Sí -dijo Hadfield-. Fueron descubiertas hace unos dos años; abundan a lo largo del cinturón ecuatorial.

Sólo vegetan a pleno sol; el grupito que usted encontró es el más septentrional de cuantos se han descubierto por el momento.

-Hace falta mucha energía para absorber el oxígeno contenido en la arena -explicó Baines-. Aquí les hemos ayudado por medio de luces y llevamos a cabo algunos experimentos. Venga a ver los resultados.

Gibson siguió con cuidado el angosto sendero hasta una de las parcelas. Aquellas plantas no eran, si las miraba de cerca, iguales a las que él descubriera, aunque fueran,

sin duda, de la misma especie. La diferencia más notable consistía en la ausencia de vainas gasíferas, reemplazadas por miríadas de poros diminutos.

-Aquí está lo importante -dijo Hadfield-. Hemos desarrollado una variedad que exhala directamente el oxígeno al aire, pues ya no necesita almacenarlo. Mientras tenga luz y calor en abundancia puede extraer cuanto necesita de la arena y exhalar el resto. Todo el oxígeno que usted está respirando en este momento proviene de las plantas; no hay otra fuente en esta cúpula.

-Ya comprendo -dijo Gibson, con lentitud-. Es decir, ustedes ya habían tenido la misma idea que yo, y han ido mucho más lejos. Pero no comprendo aún la necesidad de tanto secreto.

-¿Qué secreto? -preguntó Hadfield, con aire de inocencia ofendida.

-¡Caramba! -protestó Gibson-. ¡Acaba de pedirme que no diga nada con respecto a este lugar!

-Oh, es sólo porque dentro de unos días haremos un anuncio oficial y no deseamos despertar falsas expectativas. Pero en realidad no ha habido tal secreto.

Mientras volvían a Puerto Lowell, Gibson meditó sobre este último comentario. Hadfield le había revelado cosas importantes, pero ¿le había dicho toda la verdad? ¿Qué papel desempeñaba Phobos en este esquema? Tal vez sus sospechas sobre el satélite más próximo eran totalmente infundadas y éste no tenía conexión alguna con el proyecto. Le habría gustado preguntar directamente a Hadfield otras varias cosas pero no lo hizo; quizá sirviera sólo para hacer el papel de tonto.

De regreso, cuando las cúpulas de Puerto Lowell comenzaban a trepar por el escarpado horizonte convexo se atrevió a tocar el tema que lo venía preocupando desde hacía dos semanas.

-La Ares volverá a la Tierra dentro de veinte días, ¿verdad? -preguntó a Hadfield.

Éste se limitó a asentir; evidentemente, la pregunta era mera retórica, pues Gibson conocía la respuesta, como cualquier otro.

-Estaba pensando -continuó lentamente el escritor -que me gustaría permanecer un poco más en Marte. Quizá hasta el año próximo.

-Oh -exclamó Hadfield.

Aquello no revelaba aprobación ni desagrado y Gibson se sintió algo resentido ante el fracaso de su asombroso anuncio.

-¿Y qué hará con su trabajo? -preguntó Hadfield.

-Igual puedo hacerlo aquí que en la Tierra.

-Como usted sabe -observó Hadfield-, en el caso de quedarse tendría que ejercer alguna profesión útil.

Y agregó, con una sonrisa algo irónica:

-¡Qué falta de tacto! ¿verdad? Me refiero a que usted debería colaborar en el gobierno de la colonia. ¿Ha pensado algo al respecto?

Esto era muy alentador; al menos, significaba que Hadfield no rechazaba de plano su sugerencia. Pero Gibson había pasado por alto ese punto en su primer arranque de entusiasmo.

-No pensaba establecerme aquí de modo permanente -dijo, con mansedumbre-. Sólo quisiera tener un poco más de tiempo para estudiar a los marcianos y ver si puedo hallar algunos más. Por otra parte, no quiero irme de Marte precisamente cuando las cosas empiezan a ponerse interesantes.

-¿A qué se refiere? -preguntó rápidamente Hadfield.

-Pues, a estas plantas de oxígeno y a la cúpula Siete, que entrará próximamente en funciones. Quiero ver qué resulta de todo esto en los próximos meses.

Hadfield miró a su pasajero, pensativo. No estaba tan sorprendido como Gibson había supuesto, pues no era la primera vez que sucedía algo así. Había llegado a preguntarse si Gibson sería uno de aquellos casos, y el nuevo aspecto de la cuestión no le desagradaba en absoluto.

La explicación, en realidad, era muy simple. Gibson era más feliz allí de lo que había sido nunca en la Tierra. Había efectuado ya una buena contribución y sentía que se estaba convirtiendo en parte de la comunidad marciana. La identificación era ya casi completa y el atentado que Marte cometiera contra su vida no hacía sino fortalecer su decisión de quedarse. Regresar a la Tierra no sería ya volver a la patria sino perderse en el exilio.

-Pero el entusiasmo no basta, ¿sabe?

-Lo comprendo bien.

-Este pequeño mundo nuestro se basa en dos cosas: habilidad y mucho trabajo. Si no contáramos con ellas sería mejor volver a la Tierra.

-El trabajo no me asusta; sin duda, puedo aprender alguno de los trabajos administrativos que se hacen aquí..., y muchos de los trabajos técnicos de rutina.

«Tal vez tenga razón», pensó Hadfield. La habilidad para cumplir estas tareas era una función de la inteligencia y Gibson la tenía en abundancia. Pero hacía falta algo más que inteligencia: había también factores personales. Sería mejor no alentar las esperanzas del

escritor mientras no hubiese hecho nuevas averiguaciones; también debía discutir el asunto con Whittaker.

-Le diré qué podemos hacer -dijo-. Presente usted una solicitud provisoria para quedarse y yo la transmitiré a la Tierra. En una semana nos llegará la respuesta. Naturalmente, si allá se oponen, nosotros no podremos hacer nada.

Gibson lo puso en duda, pues sabía que Hadfield era muy capaz de ignorar las decisiones de la Tierra cuando convenía a sus proyectos. Pero se limitó a decir:

-Y si la Tierra se muestra de acuerdo supongo que usted decidirá.

-Sí; entonces comenzaré a pensar mis respuestas.

De momento resultaba bastante satisfactorio. Ahora que había dado el paso decisivo sentía un alivio inmenso, como sí todo estuviera ya fuera de su control. Sólo le quedaba dejarse llevar por la corriente y esperar la marcha de los acontecimientos.

La puerta de la esclusa de aire se abrió ante ellos y la Pulga entró en la ciudad. Si la decisión era equivocada, el mal no sería muy grande; siempre cabía la posibilidad de volver a la Tierra en la nave siguiente, o en la otra.

Lo que era indudable, sin embargo, es que Marte lo había cambiado. Podía adelantar la opinión de algunos amigos al enterarse de la noticia: «¿Has leído lo de Martin? ¡Parece que Marte lo ha convertido en otro hombre! ¡Quién lo hubiera pensado!»

Gibson se agitó, incómodo; no tenía intenciones de convertirse en un ejemplo moralizador para nadie, si podía evitarlo. Ni siquiera en los momentos más sentimentales había encontrado alguna utilidad en estas pretenciosas parábolas victorianas sobre hombres perezosos y egocéntricos que se convertían en miembros útiles a la comunidad. Pero tenía la horrible sensación de que empezaba a ocurrirle algo por el estilo.

Capítulo 14

-Desembucha de una vez, Jimmy. ¿En qué estás pensando? Parece que esta mañana no tienes apetito.

Jimmy jugueteó inquieto con la omelette sintética que tenía en el plato, reducida previamente a fragmentos microscópicos.

-Estaba pensando en Irene; es una vergüenza que no tenga la oportunidad de ver la Tierra.

-¿Estás seguro de que quiere verla? Desde que estoy aquí no he oído decir una sola palabra en favor de aquel lugar.

-Oh, claro que le gustaría. Se lo he preguntado.

-Deja de dar vueltas. ¿Qué estáis planeando vosotros dos? ¿Queréis fugaros en la Ares?

Jimmy esbozó una sonrisa bastante forzada.

-¡Sería buena idea! -dijo-. Aunque muy complicada. Francamente, ¿no cree que Irene debería volver a la Tierra para terminar allá su educación? Si se queda aquí terminará por convertirse en una... una...

-¿Una campesina simple y nada sofisticada? ¿Una ruda colona? ¿Es esto lo que piensas?

-Algo así, efectivamente. Pero preferiría que usted no lo dijese con tanta crudeza.

-Lo siento, no era ésa mi intención. En realidad, estoy bastante de acuerdo con vosotros; esta ida ya se me había ocurrido. Creo que alguien debería comentarla con Hadfield.

-Esto es exactamente lo que... -empezó Jimmy, excitado.

-¿... lo que tú e Irene queréis que haga yo?

Jimmy levantó las manos, fingiendo desesperación.

-Es inútil tratar de engañarle. Sí.

-Si lo hubieses dicho desde el principio, mira cuánto tiempo habríamos ahorrado. Pero sé sincero conmigo, Jimmy. ¿Qué intenciones tienes con respecto a Irene?

La mirada de Jimmy, firme y directa, era ya suficiente respuesta.

-Las intenciones más serias -dijo-; usted debería saberlo. Quiero que nos casemos en cuanto ella tenga suficiente edad y yo sea capaz de ganarme la vida.

Hubo un silencio profundo. Por último, Gibson replicó:

-Pudiste elegir mucho peor; es una muchacha magnífica. Y creo que le vendría muy bien pasar un año en la Tierra. Sin embargo, en este momento prefiero no molestar a Hadfield. Está demasiado ocupado y..., además, ya le he presentado otra petición.

-¿Sí? -preguntó Jimmy, levantando la vista con interés.

Gibson se aclaró la garganta.

-Se sabrá en cualquier momento, pero no digas nada a los demás, por ahora. He pedido autorización para quedarme en Marte.

-¡Dios mío! -exclamó Jimmy-. Es una..., sí, claro, toda una idea.

-¿Una buena idea, no te parece? -preguntó Gibson, escondiendo una sonrisa.

-Pues, sí. A mí también me gustaría poder hacerlo.

-¿Aunque Irene fuera a la Tierra? -inquirió Gibson en tono seco.

-¡Esto no es jugar limpio! Pero, ¿cuánto tiempo piensa quedarse?

-Francamente, no lo sé; depende de muchos factores. Para empezar, debo aprender un oficio.

-¿Qué clase de oficio?

-Algo que esté de acuerdo con mi temperamento y que sea productivo. ¿Se te ocurre alguna idea?

Jimmy guardó silencio por un momento con la frente arrugada. El escritor se preguntó qué estaría pensando. Tal vez se entristecía porque debían separarse. En las últimas semanas la tensión y la animosidad que alguna vez los uniera y separara a la vez se había disuelto. Habían llegado a un estado de equilibrio emocional agradable aunque no tan satisfactorio como Gibson ansiaba. Tal vez la culpa era suya; tal vez, en el temor de mostrar sus sentimientos más profundos, los había disimulado con burlas y hasta, en ocasiones, con sarcasmos. Temía haberlo conseguido demasiado bien. Había tenido la esperanza de ganar la confianza de Jimmy; ahora, según parecía, el muchacho acudía a él sólo cuando necesitaba algo. No, eso tampoco era justo; Jimmy sentía aprecio por él, sin duda, tal vez el mismo aprecio que un muchacho puede sentir por su padre. Era toda una conquista y podía estar orgulloso de ella. Tenía parte, además, en el cambio producido en el carácter de Jimmy desde que partieran de la Tierra. Ya no era hosco y tímido; aún se mostraba muy serio, pero jamás estaba sombrío. Y eso era algo de lo que Gibson podía sentirse muy satisfecho. Sin embargo, poca cosa más podría hacer. Jimmy se escapaba de su mundo; en adelante. Irene sería lo único importante.

-Temo que no se me ocurre nada -dijo Jimmy- ¡Oh, claro! ¡Podría usted pedir mi empleo en Administración! Oh, eso me recuerda algo que escuché allí el otro día.

Bajó su voz hasta reducirla a un susurro conspirador y se inclinó sobre la mesa:

-¿Ha oído usted hablar del «Proyecto Aurora»?

-No. ¿De qué se trata?

-Es lo que estoy tratando de averiguar. Es algo muy secreto y creo que muy importante.

-¡Oh! -exclamó Gibson, súbitamente alerta-. Es posible que haya oído hablar de él. Cuéntame lo que sepas.

-Verá. Un día me quedé trabajando hasta muy tarde en la sección de archivos. Estaba sentado en el suelo, entre algunos de los muebles, clasificando papeles; entonces, entraron el Jefe y el mayor Whittaker. Estaban charlando y no se dieron cuenta de mi presencia. No era mi intención escuchar pero ya sabe usted lo que ocurre. De pronto, el mayor Whittaker dijo algo que me dejó clavado como ante un disparo. Creo que sus palabras exactas fueron: «Pase lo que pase, en cuanto la Tierra sepa lo del Proyecto Aurora nos lo hará pagar muy caro..., por mucho éxito que logremos.» El Jefe soltó una

risita extraña y dijo algo así como que el fin justifica los medios. Esto es todo lo que pude escuchar; después se fueron en seguida. ¿Qué le parece la historia?

-¡Proyecto Aurora!

El nombre tenía algo de mágico que aceleró el pulso de Gibson. Casi con certeza debía tener algo que ver con la investigación que se llevaba a cabo en las colinas cercanas a la ciudad, aunque difícilmente podía justificar el comentario de Whittaker. ¿O quizá sí?

Gibson conocía en parte el juego de fuerzas políticas libradas entre la Tierra y Marte. Por los comentarios ocasionales de Hadfield y de la prensa local, podía apreciar que la colonia estaba atravesando un período crítico. En la Tierra se alzaban voces poderosas en protesta por el enorme gasto que, según parecía, no dejaría de proseguir en el futuro, sin señales de reducirse. Más de una vez, Hadfield había hablado con amargura de los planes que se veía forzado a abandonar en aras de la economía y de otros proyectos para los que no podía obtener autorización.

-Veré qué puedo averiguar a través de mis... ejem... diversas fuentes de información -dijo Gibson-. ¿Lo has comentado con alguien más?

-No.

-En tu lugar, no lo haría. Quizá carezca de importancia. Te contaré cualquier cosa que averigüe.

-¿No se olvidará usted de preguntar lo de Irene?

-En cuanto se presente la oportunidad. Pero tal vez tarde algún tiempo. ¡Tendré que pescar a Hadfield con el humor apropiado!

Como detective privado Gibson era un fracaso. Hizo dos torpes intentos directos antes de descubrir que este tipo de ataques resultaba inútil. Su primera víctima fue George, el tabernero, pues éste parecía saber cuanto ocurría en Marte y era uno de los contactos más valiosos. Sin embargo, esa vez no sirvió de nada.

-¿El Proyecto Aurora? -repitió, con expresión intrigada-. Nunca oí hablar de él.

-¿Seguro? -preguntó Gibson, observándole atentamente.

George pareció perderse en profundos pensamientos.

-Segurísimo -respondió al fin.

Y esto fue todo. George era un excelente actor y resultaba imposible adivinar si mentía o decía la verdad.

Con el editor del Martian Times le fue algo mejor. Por lo común trataba de evitar a Westerman, pues éste se pasaba la vida intentando conseguir algún artículo suyo y él iba siempre atrasado en sus compromisos con la Tierra. Por esta causa, el dúo que componía el personal lo miró con cierta sorpresa cuando entró en la diminuta oficina del único

periódico marciano. Tras entregar algunas copias al carbónico en prenda de paz, Gibson activó la trampa.

-Estoy tratando de recoger toda la información posible con respecto al «Proyecto Aurora» -dijo, como sin darle importancia-. Sé que aún se mantiene secreto pero quiero tener todos los datos listos para cuando pueda publicarlos.

Por varios minutos reinó un silencio mortal. Por último, Westerman indicó:

-Para ese asunto le aconsejaría ver al jefe.

-No quisiera molestarlo. Está demasiado ocupado -dijo Gibson, con aire inocente.

-Lo siento, pero no puedo decirle nada.

-Es decir ¿no sabe nada?

-Si prefiere expresarlo así. Sólo unos pocos habitantes de Marte podrían decirle de qué se trata.

-¿Y usted está entre ellos?

-Mantengo los ojos bien abiertos -respondió Westerman, encogiéndose de hombros-, y adivino un poco.

Esto fue todo lo que Gibson pudo sacarle. Tenía la fuerte sospecha de que el hombre sabía algo más que él mismo sobre el asunto pero se le veía ansioso por ocultar su ignorancia. Sin embargo, la entrevista había confirmado dos hechos importantes: el «Proyecto Aurora» existía en realidad y era algo muy secreto. Sólo quedaba seguir el ejemplo de Westerman: mantener los ojos abiertos y tratar de adivinar.

Decidió abandonar la empresa por el momento y darse una vuelta por los laboratorios de Biofísica donde Scuick era huésped de honor. Encontró al pequeño marciano sentado sobre las patas traseras; se tomaba las cosas con calma, mientras los científicos conversaban en un rincón sobre lo que harían a continuación. En cuanto vio a Gibson soltó un gorjeo de alegría y cruzó a saltos la habitación; en el trayecto derribó una silla pero tuvo la suerte de esquivar los artefactos más valiosos. El grupo de biólogos contempló esta demostración con cierto fastidio: era presumible que no coincidía con sus teorías sobre psicología marciana.

-¡Hola! -dijo Gibson, dirigiéndose al jefe del equipo, una vez que se hubo liberado de las garras de Scuick-, ¿os habéis puesto de acuerdo respecto a su nivel de inteligencia?

El científico se rascó la cabeza.

-Es una bestezuela extraña -dijo. A veces tengo la impresión de que se seta burlando de nosotros. Lo extraño es que parece bastante diferente del resto de su tribu. Como usted sabe, tenemos un equipo estudiándolos sobre el terreno.

-¿Y en qué difiere Scuick de ellos?

-Hasta donde hemos podido investigar los otros no demuestran experimentar emociones de ningún tipo. Carecen de toda curiosidad. Ya puede uno ponérseles delante mismo que al cabo de cierto tiempo, lo suficientemente largo, llegan, como máximo, a comer alrededor de los pies. Mientras no se los moleste en forma directa no reparan en nadie.

-¿Y si se los molesta?

-Tratan de apartarlo a uno, a empujones, como si fuera un obstáculo cualquiera. Y si no lo consiguen se van a otra parte. Por mucho que se haga es imposible sacarlos de quicio.

-¿Es buen carácter o sólo estupidez?

-Me inclino a pensar que ni una cosa ni la otra. Llevan tanto tiempo sin tropezar con enemigos naturales que la maldad les resulta inconcebible. A esta altura deben haberse convertido en animales de costumbres; la vida les es tan dura que no pueden permitirse ciertos lujos, tales como la curiosidad, ni otro tipo de emociones.

-Siendo así ¿cómo se explica el comportamiento de este muchachito? -preguntó Gibson, señalando a Scuick, que investigaba sus bolsillos. -No tiene hambre puesto que acabo de ofrecerle comida; debe tratarse de pura curiosidad.

-Tal vez pasan por esa etapa mientras son jóvenes. Piense en la diferencia que existe entre un garito y un ejemplar adulto, o un bebé y un hombre, si viene al caso.

-Es decir, Scuick será como los otros cuando crezca.

-Tal vez, pero no es seguro. No conocemos su capacidad para aprender nuevos hábitos. Por ejemplo, tiene gran habilidad para salir de cualquier laberinto, una vez se le convence que haga el esfuerzo.

-¡Pobre Scuick! -se compadeció Gibson- A veces me siento culpable por haberte sacado de tu casa. Sin embargo, fue idea tuya. Vamos a dar un paseo.

Scuick saltó instantáneamente hacia la puerta.

-¿Visteis eso? -exclamó Gibson-. Comprende todo lo que digo.

-Oh, también los perros comprenden ciertas órdenes. Pero también puede ser cuestión de costumbre; usted lo ha sacado a pasear todos los días a esta hora y se ha ido habituando. ¿Puede traerlo dentro de treinta minutos? Queremos hacerle algunos electroencefalogramas.

Estos paseos vespertinos eran una forma de reconciliar a Scuick con su destino, al tiempo que tranquilizaban la conciencia de Gibson. A veces se sentía como un secuestrador de bebés que ha abandonado a su víctima inmediatamente después del rapto. Pero todo era en beneficio de la ciencia y los biólogos le habían jurado que no harían daño a Scuick bajo ningún concepto.

Los habitantes de Puerto Lowell ya estaban acostumbrados a aquella extraña pareja que solía pasear diariamente por las calles y ya no se reunían en grupos a su paso. Fuera de las horas de escuela, Scuick congregaba un cortejo de jóvenes admiradores ansiosos por jugar con él, pero a estas horas de la tarde la población infantil estaban aún confinada.

Cuando Gibson y su compañero desembocaron en la avenida Broadway no había nadie a la vista; al cabo de un rato apareció, a distancia, una silueta familiar. Era Hadfield, en su diario paseo de inspección, acompañado por sus dos mascotas, como de costumbre.

Fue el primer encuentro de Topacio y Turquesa con Scuick y su aristocrática serenidad sufrió un serio golpe aunque hicieron lo posible por ocultarlo. Tirando de sus correas trataron de pasar desapercibidos detrás de las piernas de Hadfield, mientras Scuick ni siquiera reparaba en ellos.

-¡Vaya zoológico! -rió Hadfield -Parece que a Topacio y a Turquesa no les gusta mucho tener un rival; hasta ahora han sido los únicos y han acabado por creer que el planeta les pertenece.

-¿Tiene alguna noticia desde la Tierra? -preguntó Gibson, ansioso.

-¿Respecto a su solicitud? Cielos, la envié hace apenas dos días. Ya sabe la cachaza con que se mueven allá abajo. Pasará una semana, al menos, antes de que tengamos respuesta.

La Tierra era siempre «abajo» y los planetas exteriores «arriba»; así lo había descubierto Gibson. Esto términos le sugerían una extraña imagen mental consistente en una gran pendiente que llevaba hacia el sol, en la que los planetas se situaban a distintas alturas.

-Sin embargo, no sé qué tiene que ver todo esto con la Tierra -dijo Gibson-. Si hubiese problemas para conseguir espacio en una nave se explicaría. Pero yo estoy ya aquí y, en realidad, habrá muchos menos problemas si no regreso.

-¿Y usted cree que esos argumentos, por muy lógicos que sean, importan algo a los terráqueos encargados de crear las normas? ¡Oh, cielos, no! Todo tiene que seguir el Curso Debido.

Sin duda, Hadfield no solía hablar de forma tan liberal de sus superiores, por lo que Gibson sintió la satisfacción que se experimenta cuando se comparte una deliberada imprudencia. Era otra señal de que el Ejecutivo en Jefe confiaba en él y lo consideraba su aliado. ¿Y si hiciera mención de los otros dos asuntos que le preocupaban? Irene y el

Proyecto Aurora. Respecto a Irene había hecho una promesa y, tarde o temprano, tendría que cumplirla. Pero, antes, convendría mantener una conversación con la joven en persona. Sí, era una excusa perfecta para posponer el tema.

Lo pospuso durante tanto tiempo que el asunto escapó de sus manos. La misma Irene se encargó de ello, sin duda, apremiada por Jimmy, éste presentó a Gibson un informe completo al día siguiente. Por la expresión del muchacho no era difícil adivinar el resultado.

La sugerencia de Irene debió ser un considerable golpe para Hadfield, quien, en un error común a todos los padres, creía haber dado a su hija cuanto ésta necesitaba. Sin embargo, lo tomó con calma, no provocó escena alguna. Hadfield era demasiado inteligente para adoptar actitudes de padre herido. En cambio, se limitó a dar razones contundentes por las cuales Irene no podría viajar a la Tierra antes de cumplir los veintiún años. Para entonces, él tenía planeado volver en unas largas vacaciones, a fin de recorrer el mundo con ella. Y sólo faltaban tres años.

-¡Tres años! -se lamentó Jimmy- ¡Serían como tres siglos!

Gibson, aunque lo comprendía muy bien, trató de ver el lado bueno de las cosas.

-No es tanto tiempo. Para entonces tendrás tus diplomas y ganarás mucho más de lo que suelen hacerlo los jóvenes de tu edad. ¡Y el tiempo pasa tan rápido!

Tales consuelos, dignos de Job, no aliviaron la pesadumbre de Jimmy. Gibson estaba por agregar que, afortunadamente, el tiempo de Marte aún se medía según el calendario terrícola y no de acuerdo con el año marciano de 687 días. Pero lo pensó mejor y dijo:

-De cualquier modo, ¿qué piensa Hadfield de todo esto? ¿Ha hablado de ti con Irene?

-No creo que sepa nada sobre lo nuestro.

-¡Apostaría la cabeza a que lo sabe! Te diré algo: creo que sería buena idea ir a aclarar las cosas con él.

-Lo pensé, una o dos veces -respondió Jimmy-. Pero creo que tengo miedo.

-¡Alguna vez tendrás que pasar por eso si Quieres que sea tu suegro! -replicó Gibson-. Además, ¿qué puedes perder?

-Podría impedir que Irene y yo nos viéramos durante el tiempo que nos queda.

-No es de éstos; y si lo fuera, lo habría hecho hace mucho tiempo.

Jimmy lo meditó y se vio incapaz de refutarlo. Hasta cierto punto, Gibson podía comprender sus temores, pues recordaba su propio nerviosismo durante el primer encuentro con Hadfield. Y él tenía menos excusas que Jimmy pues la experiencia le había enseñado, hacía ya mucho, que pocos hombres siguen siendo grandes cuando se los

conoce íntimamente. Sin embargo, Hadfield era aún para Jimmy la cúspide, el intocable amo de Marte.

-Si voy a verlo -dijo Jimmy-, ¿qué le diré?

-¿Por qué no la verdad simple y llana? Suele obrar maravillas en estas ocasiones.

El muchacho lo miró con cierto resentimiento; nunca sabía si Gibson se reía de él o hablaba en serio. La culpa era del escritor y aquél era el principal obstáculo para el completo entendimiento entre los dos.

-Mira -dijo Gibson-, ven esta noche conmigo a casa del Jefe y habla con él. Pero piensa que también debes tener en cuenta su punto de vista. Para él puede ser un asunto pasajero que ninguno de los dos toma muy en serio. Pero si le dices que tienes intenciones de comprometerte, las cosas cambian.

Para gran alivio suyo Jimmy se mostró de acuerdo sin más discusiones. En realidad, si el muchacho era alguien debía tomar las decisiones por su cuenta, sin insistencias ajenas. Gibson era lo bastante sensato para comprender que, en su ansiedad por ayudarlo, podía hacer que Jimmy perdiera la confianza en sí mismo.

Una de las virtudes de Hadfield era que siempre y en cualquier momento podía saberse dónde encontrarlo; pero ¡ay del que lo molestara con asuntos oficiales de rutina durante las pocas horas reservadas para su descanso! Aquel asunto, sin embargo, no era de rutina ni oficial; tampoco le cogería muy inesperadamente, según suponía Gibson, pues Hadfield no mostró la menor sorpresa cuando le vio entrar acompañado. Irene, con toda prudencia, se había evaporado. Gibson hizo otro tanto en cuanto le fue posible.

Esperó en la biblioteca examinando los libros de Hadfield, mientras se preguntaba cuántos habría podido leer el jefe en su poco tiempo disponible. De pronto entró Jimmy.

-El señor Hadfield quiere hablar con usted -dijo

-¿Cómo te fue?

-Todavía no lo sé, pero no fue tan terrible como yo suponía.

-¿Has visto? Y no te preocupes. Daré sobre ti las mejores referencias que me sea posible sin cometer perjurio.

Al entrar en el estudio, Gibson encontró a Hadfield hundido en uno de los sillones, contemplando la alfombra como si la viera por primera vez. Con un ademán indicó a su visitante que tomara asiento.

-¿Cuánto hace que conoce usted a Spencer? -preguntó.

-Sólo desde que partimos de la Tierra. No lo conocí hasta subir a las Ares.

-¿Y usted cree que basta ese tiempo para formarse una opinión clara sobre una persona?

-¿Basta acaso una vida entera? -contraatacó Gibson.

Hadfield, con una sonrisa, levantó la vista por primera vez.

-No rehuya el tema -dijo, sin dar muestras de irritación-. ¿Qué piensa usted de él? ¿Le gustaría tenerlo como hijo político?

-Sí -respondió Gibson, sin dudar-. Me gustaría.

Por suerte, Jimmy no oyó la conversación que mantuvieron durante los diez minutos siguientes; sin embargo, en otros aspectos quizá fuera una pena pues le habría ayudado mucho a comprender los sentimientos de Gibson. Hadfield, con su cuidadoso interrogatorio, ponía a prueba a Gibson en tanto averiguaba cuanto le era posible sobre Jimmy. El escritor debió haberlo previsto, y el hecho de que lo hubiese pasado por alto en su deseo de ayudar a Jimmy acrecentaba su mérito. Súbitamente, las preguntas de Hadfield cambiaron de dirección de ataque, hallándole totalmente desprevenido.

-Dígame, Gibson -continuó-. ¿Por qué se toma tantas molestias por el joven Spencer? Según dice, lo conoce desde hace sólo cinco meses.

-Es cierto. Pero a las pocas semanas descubrí que sus padres fueron compañeros míos en la universidad.

Se le había escapado, sin poder evitarlo. El jefe levantó levemente las cejas; sin duda, se preguntaría por qué Gibson no había llegado a graduarse. Pero era demasiado prudente para iniciar el tema y se limitó a formular unas pocas preguntas casuales con respecto a los padres de Jimmy y a la época en que él los conociera.

Al menos, parecían casuales, lógicas, y Gibson las respondió con toda inocencia, sin recordar que estaba frente a una de las mentes más agudas del sistema solar, la cual podía competir con la suya en el análisis de los motivos y las fuentes de la conducta humana. Cuando comprendió lo que estaba ocurriendo, era ya demasiado tarde.

-Lo siento -dijo Hadfield, con engañosa suavidad-, pero a su historia le falta convicción. No digo que usted mienta. Es perfectamente posible que se tome tanto interés en el muchacho por haber conocido a los padres hace veinte años. Pero está dejando a un lado demasiadas cosas y es obvio que todo esto le afecta muy profundamente.

De súbito se incorporó, para blandir un dedo ante Gibson.

-No soy tonto, Gibson, y mi oficio es comprender la mente humana. No conteste si no quiere, pero me debe esta respuesta. Jimmy Spencer es hijo suyo, ¿verdad?

La bomba había estallado y la explosión pasó. En el silencio siguiente Gibson experimentó tan sólo un enorme alivio.

-Sí -dijo-. Es hijo mío. ¿Cómo lo adivinó?

Hadfield sonrió; parecía complacido consigo mismo, con el que ha solucionado finalmente un problema que venía preocupándole desde tiempo atrás.

-Es extraordinaria la ceguera de los hombres respecto a las consecuencias de sus propios actos. ¡Y con qué facilidad desdeñan el poder de observación ajeno! Entre usted y Spencer hay un parecido leve, pero notable. La primera vez que los vi juntos pregunté si eran parientes y me sorprendió mucho enterarme de que no era así.

-Es muy extraño -intercaló Gibson-; pasamos tres meses juntos en la Ares y nadie lo notó.

-¿Le parece a usted tan extraño? Los compañeros de Spencer creían conocer sus antecedentes y nunca se les ocurrió asociarlo con usted. Tal vez eso les impidió descubrir el parecido que yo capté de inmediato puesto que no tenía ideas preconcebidas. Pero lo habría tomado por mera coincidencia si usted no me hubiese contado su historia. Esto proporcionó las claves que faltaban. Dígame, ¿lo sabe Spencer?

-Ni siquiera lo sospecha; estoy seguro.

-¿Y por qué está tan seguro? ¿Por qué no se lo ha dicho usted?

El interrogatorio era implacable, pero Gibson no lo tomó a mal. Nadie tenía más derecho que Hadfield a preguntarle tales cosas. Y él necesitaba confiar en alguien, tal como Jimmy lo había necesitado en la Ares, cuando comenzara el descubrimiento del pasado. ¡Y pensar que él mismo había dado origen a todo aquello! Sin la menor idea, por cierto, de lo que resultaría después.

-Creo que es mejor empezar por el comienzo -dijo, moviéndose incómodo en el sillón-. Cuando abandoné la facultad tuve un colapso nervioso y estuve hospitalizado por más de un año. Al salir había perdido todo contacto con mis amigos de Cambridge; aunque unos pocos trataron de continuar las relaciones, yo no quería recordar el pasado. Por supuesto me encontraba con alguno de vez en cuando. Sin embargo sólo varios años después tuve noticias de lo que le ocurrió a Kathleen, la madre de Jimmy. Por aquel entonces, ella ya había muerto.

Hizo una pausa; después de tantos años volvía a recordar la poca emoción que le causaron aquellas noticias y su intrigado desconcierto ante tan escasa reacción.

-Supe que había tenido un hijo -continuó-, pero no me preocupé mucho. Siempre habíamos... tomado precauciones, o al menos eso creíamos. Pensé que el chico era de Gerald; no sabía cuándo se habían casado ni cuándo había nacido Jimmy, ¿comprende usted? Quería olvidar todo aquello y lo borré de mi mente. Ni siquiera puedo recordar si

en algún momento se me ocurrió que el muchacho pudiera ser mío. Tal vez le cueste creerlo pero así fue.

«Y de pronto conocí a Jimmy; todo volvió a cobrar actualidad. Al principio sentí pena por él y después le cobré cariño. Pero nunca imaginé quién era. Trataba incluso de encontrarle parecido con Gerald, aunque no podía apenas recordar a aquel hombre.

¡Pobre Gerald! Naturalmente, él había sabido toda la verdad pero amaba a Kathleen y se sintió feliz de casarse con ella bajo cualquier condición. Tal vez era tan digno de lástima como ella, pero eso jamás se sabrá.

-¿Y cuándo descubrió la verdad? -insistió Hadfield.

-Hace apenas una semana, cuando Jimmy me pidió que firmara como testigo algunos documentos oficiales que debía llenar; era su solicitud para empezar a trabajar aquí. Fue en esta ocasión cuando supe su fecha de nacimiento.

-Comprendo -dijo Hadfield, pensativo-. Pero mi siquiera esto es una prueba absoluta, ¿verdad?

-Estoy completamente seguro -replicó Gibson, con un amor propio tan evidente que Hadfield no pudo contener una sonrisa-; fui el único. Y aunque tuviera alguna duda, usted acaba de despejarlas.

-¿Y Spencer? -preguntó Hadfield, volviendo a su pregunta original- No me ha dicho por qué está usted tan seguro de que él no lo sabe. ¿Acaso no puede haber verificado un par de fechas? Por ejemplo, el día en que se casaron los padres. Lo que usted le contó puede haber despertado sus sospechas.

-No lo creo -respondió Gibson, lentamente, eligiendo las palabras con la delicada precisión que emplea un gato para caminar por una ruta mojada-. Tiene una imagen idealizada de su madre, ¿entiende?; aunque sospeche que no se lo he contado todo, no creo que haya llegado a la conclusión correcta. No es de los que hubiesen guardado silencio sobre una cosa así. Además, no tendría pruebas, ni siquiera conociendo la fecha de casamiento de los padres... y esto es algo que pocos saben. No, estoy seguro. Él no lo sospecha y temo que cuando lo descubra se llevará una fuerte impresión.

Hadfield guardó silencio sin que Gibson pudiera adivinar sus pensamientos. No era una historia muy edificante pero, al menos, había dado pruebas de franqueza.

Al fin, Hadfield se encogió de hombros; aquel gesto pareció condensar toda una vida de estudios sobre la naturaleza humana.

-Él le tiene aprecio -dijo-. Lo superará sin problemas.

Gibson se relajó con un suspiro de alivio. Lo peor había pasado.

-¡Dios mío, cuánto ha tardado! -dijo Jimmy-. Pensé que no acabaría jamás. ¿Qué ha pasado?

-No te preocupes -respondió Gibson, tomándole del brazo-. Todo saldrá bien.

Creía estar diciendo la verdad y deseaba que fuera así. Hadfield se había mostrado mucho más sensato de lo que otros padres habrían hecho en su lugar.

-Poco me importa quiénes hayan sido los padres de Spencer -fe su respuesta-. No estamos en la época victoriana. Lo único que me importa es el muchacho y debo decir que mi opinión es favorable. Ya he tenido una larga charla sobre él con el capitán Norden, por lo que no me baso únicamente en la entrevista de esta noche. ¡Oh, sí, lo preví hace tiempo! Había algo que era inevitable dada la escasez de muchachos jóvenes en Marte.

Extendió las manos frente a sí (Gibson ya había reparado en esta costumbre suya), para mirarse los dedos como si nunca hasta entonces los hubiera visto.

-Podemos anunciar el compromiso mañana mismo -dijo, con suavidad-. Pero, ¿qué dice usted sobre ello?

Y miró fijamente a Gibson, quien le devolvió la mirada sin parpadear.

-Haré lo que sea mejor para Jimmy -dijo-, en cuanto haya decidido qué es lo mejor.

-¿Sigue con la idea de quedarse en Marte? -También he pensado en este aspecto. Pero si volviera a la Tierra, ¿qué ganaría? Sólo podría vez a Jimmy un par de meses al año. En realidad, de ahora en adelante lo veré más seguido si me quedo en Marte.

-Sí, supongo que así será -replicó Hadfield, sonriente-. Queda por ver cómo se las arreglará Irene para disfrutar de un esposo que pasa la mitad de su vida en el espacio. Pero las esposas de los marineros han sobrellevado ese problema durante mucho tiempo.

Se interrumpió abruptamente, para agregar luego:

-¿Sabe usted qué haría yo en su lugar?

-Me alegraré mucho de que me dé su opinión -expresó Gibson, con sinceridad.

-Deje las cosas como están hasta que se hayan comprometido y todo esté en marcha. No se ganaría nada con que usted revelara ahora su identidad; al contrario, podría ser bastante perjudicial. En cambio, más tarde podrá decirle a Jimmy quién es usted..., o quién es él, según cómo se vean las cosas. Pero el momento apropiado tardará en llegar.

Era la primera vez que Hadfield se refería a Spencer por su nombre de pila. Probablemente lo había hecho sin premeditación, pero para Gibson aquélla fue una señal clara e inequívoca de que lo consideraba ya como hijo político. Esta seguridad le inspiró una súbita sensación afinidad y simpatía hacia Hadfield. Los unía una dedicación sin egoísmos al mismo propósito: la felicidad de los dos hijos en quienes veían renacer su propia juventud.

Más tarde, al repasar los hechos, Gibson identificaría ese momento con el comienzo de su amistad con Hadfield, el primer hombre a quien podía entregar su admiración y su respeto sin reservas. Y aquella amistad jugaría un papel de mucha importancia en el futuro de Marte, hasta un punto que ninguno de los dos habría podido prever.

Capítulo 15

El día comenzó como cualquier otro en Puerto Lowell. Jimmy y Gibson habían desayunado tranquilos..., demasiado tranquilos, ambos absortos en sus problemas personales. El humor del muchacho podía calificarse de estable, aunque, a veces, sufría accesos depresivos ante la idea de separarse de Irene; Gibson, en cambio, cavilaba sobre la decisión que debía tomar la Tierra con respecto a su solicitud. A veces sentía la seguridad de que todo el asunto había sido un terrible error y llegaba a desear que se hubiesen extraviado los papeles. Pero tenía que concluir lo comenzado y decidió acelerar un poco los trámites de Administración.

Desde el mismo instante en que entró en la oficina percibió que algo andaba mal. Lo recibió, como de costumbre, la señora Smith, secretaria de Hadfield. Por lo general lo hacía pasar de inmediato; otras veces explicaba que Hadfield estaba sumamente ocupado o que atendía una llamada de la Tierra; en esos casos le pedía que volviera más tarde. Aquella vez, en cambio, dijo, simplemente:

-Lo siento, pero el señor Hadfield no está aquí. No regresará hasta mañana.

-¿No volverá? -preguntó Gibson- ¿Ha ido a Skia?

-Oh, no -respondió la señora Smith, algo vacilante y tomando una posición a todas luces defensiva-. Lamento no poder decírselo. Pero regresara dentro de veinticuatro horas.

Gibson decidió no preocuparse por ello en aquel momento. Supuso que la señora Smith estaría informada de todos sus asuntos; quizá ella pudiera darle una respuesta.

-¿Sabe usted si hubo respuesta a mi solicitud? -inquirió.

La señora Smith pareció aún más confundida.

-Creo que sí -respondió-. Pero venía dirigida personalmente al señor Hadfield y no puedo decirle nada al respecto. Supongo que él querrá hablarlo con usted en cuanto regrese.

Aquello lo exasperó. No tener respuesta era ya bastante malo, pero saber que la había y seguir sin conocerla era aún peor. Gibson sintió que su paciencia llegaba al fin.

-¡No hay razón alguna para que no pueda comunicármela usted! -exclamó-. Especialmente si, de cualquier modo, he de saberla mañana.

-Lo lamento sinceramente, señor Gibson, pero sé que el señor Hadfield se disgustaría muchísimo si yo se lo dijera.

-¡Oh, está bien!

Y Gibson salió, soltando un bufido.

Decidió aliviar su inquietud visitando al mayor Whittaker..., en el caso de que se encontrara aún en la ciudad. Efectivamente, allí estaba pero no pareció muy feliz al ver a Gibson plantado en la silla de los visitantes, con el aspecto de quien sabe muy bien lo que quiere.

-Mire, Whittaker -dijo-. Tengo mucha paciencia y usted sabe que no es mi costumbre hacer demandas exageradas.

Como su interlocutor no diera señales de responder, continuó:

-Aquí ocurre algo muy particular y estoy decidido a ir hasta el fondo del asunto.

Whittaker suspiró. Sabía que tarde o temprano ocurriría aquello. Pero era una pena que Gibson no hubiese esperado hasta el día siguiente, pues entonces no habría tenido importancia.

-¿Por qué ha llegado a tan repentina conclusión? -preguntó.

-Oh, por muchas cosas; y no se trata de nada repentino. Acabo de ir a la oficina de Hadfield y la señora Smith me ha dicho que no está en la ciudad. Además, se cerró como una ostra cuando intenté hacerle algunas inocentes preguntas.

-¡No me cabe la menor duda de que fue así! -comentó Whittaker, sin disimular su entusiasmo.

-Si usted piensa actuar también de este modo soy capaz de destrozar los muebles. En el caso de que no pueda decirme qué es lo que sucede explíqueme al menos por qué no puede hacerlo. Se trata del Proyecto pulsado por un resorte.

Ante aquellas palabras, Whittaker se irguió, como impulsado como un resorte.

-¿Cómo lo supo? -preguntó.

-Eso no importa. También yo puedo ser tozudo.

-No tengo intenciones de ser tozudo -se quejó Whittaker-. No crea que nos gusta andar con secretos; por el contrario, nos molesta. Pero será mejor que me cuente cuanto sepa.

-Está bien, si con esto consigo que ceda. El proyecto Aurora tiene relación con la estación de genética vegetal ubicada en las colinas, donde han estado cultivando... ¿cómo se llama la planta? Oxífera. Pero no veo la razón de mantenerlo en secreto; deduzco, por lo tanto, que esto es apenas una parte de un plan mayor. Sospecho que

Phobos tiene algo que ver en todo esto, aunque no llego a comprender de qué se trata. Han logrado mantenerlo tan en secreto que ni siquiera los pocos habitantes enterados del asunto dicen algo al respecto. Sin embargo, les importa menos ocultárselo a la gente de Marte, que a la de la Tierra. ¿Qué dice usted ahora?

Whittaker no pareció siquiera levemente confundido.

-Debo felicitarle por su... perspicacia -dijo-. Tal vez le interese saber que, hace un par de semanas, hablé al Jefe sobre la conveniencia de confiar plenamente en usted. Él no tomó ninguna decisión y desde entonces las cosas se han precipitado de un modo que nadie esperaba.

Tras garabatear distraídamente el bloc de apuntes tomó una determinación:

-No me es posible soltar la perdiz y revelarle lo que está en marcha. Pero sí voy a contarle cierta pequeña historia que quizá le divierta. Cualquier semejanza con... ejem... personajes y lugares reales es pura coincidencia.

-Comprendo -aceptó Gibson, sonriente-. Prosiga.

-Supongamos que, en el primer arrebato de entusiasmo interplanetario, el mundo A ha establecido una colonia en el mundo B. Tras algunos años, llega a la conclusión de que esto le cuesta mucho más caro de lo que se había calculado; además el dinero invertido no proporciona beneficios tangibles. Surgen entonces en el mundo madre dos facciones opuestas. Uno de los grupos, el conservador, pretende cancelar el proyecto, acabar con los gastos y desentenderse de todo. El otro, el progresista, desea continuar con el experimento, en la creencia de que, tarde o temprano, el hombre ha de explorar y dominar el universo físico, so pena de estancarse en su propio mundo. Pero tales razones no hallan eco entre los contribuyentes, y los conservadores llevan las de ganar.

«Todo esto, naturalmente, resulta un poco alarmante para los colonos, quienes van gestando lentamente cierta independencia de criterios; les parece molesto ser considerados como parientes pobres, mantenidos por caridad. Así y todo, no divisan ninguna solución... Hasta que un día se realiza un descubrimiento científico revolucionario. (Olvidé explicar, al principio, que el planeta B ha estado llevándose los mejores cerebros del A, cosa que ha ocasionado aún más fricciones) Este descubrimiento abre perspectivas casi ilimitadas para el futuro de B, pero su aplicación involucra ciertos riesgos y también la inversión de casi todos los recursos de B, ya limitados. A pesar de todo, se presenta el proyecto, y A lo rechaza. Se produce entonces un prolongado regateo entre bastidores, pero el planeta madre permanece inexorable.

«Los colonos se encuentran así enfrentados a dos alternativas. Por una parte, pueden presionar para que se ventile el asunto, haciendo una llamada pública a los habitantes de

A; como es obvio llevan las de perder pues los dueños de casa pueden amordazarlos. La otra posibilidad consiste en llevar a cabo el plan sin informar a la Tierra..., es decir, al planeta A. Y ésta es, finalmente, la decisión escogida.

«Naturalmente, han surgido muchos otros factores, de índole política y personal, además de los problemas científicos. Sucede que el jefe de los colonos es un hombre de tremenda determinación, sin miedo a nadie. Le apoya un equipo de científicos de primera línea. Y el plan sigue adelante, aunque nadie sabe si tendrá éxito.

«Y ahora, lo siento mucho, pero no puedo contarle el final de la historia. Como usted sabe, estos relatos se interrumpen siempre en el momento más interesante.»

-Creo que me lo ha dicho casi todo -dijo Gibson-. Todo, excepto un minúsculo detalle: todavía no sé qué es el Proyecto Aurora.

Y agregó, mientras se ponía en pie para retirarse:

-Mañana volveré para que me cuente el final de su intrigante historia.

-Ya no será necesario -respondió Whittaker, echando una mirada involuntaria a su reloj-. Lo sabrá antes de que pase mucho tiempo.

Al salir del edificio de Administración, Gibson fue interceptado por Jimmy.

-Estoy en horario de trabajo -dijo, casi sin aliento-, pero tenía que encontrarlo a usted. Algo muy importante está ocurriendo.

-Lo sé -replicó Gibson, impaciente-. Es el Proyecto Aurora. Está llegando al punto culminante y Hadfield ha salido de la ciudad.

-¡Oh! -exclamó Jimmy, desconcertado -No creí que usted lo supiera. Pero de cualquier modo hay algo que ignora. Irene está muy afligida; según me dijo, el padre se despidió anoche de ella como si..., como si no creyera volver a verla.

Gibson dejó escapar un silbido. Aquello daba a las cosas un nuevo cariz. Significaba que el Proyecto Aurora, además de ser importante, podía resultar peligroso. No había tenido en cuenta esa posibilidad.

-Lo que está ocurriendo no importa -dijo-. Mañana lo sabremos todo. Whittaker acaba de decírmelo. Pero creo adivinar dónde se encuentra Hadfield en este preciso momento.

-¿Dónde?

-En Phobos. Por alguna razón, allí está la clave del Proyecto Aurora y el Jefe, ahora, ha de encontrarse allí.

Se sentía capaz de apostar una fuerte suma a que estaba en lo cierto; por fortuna no había nadie para aceptar su apuesta pues iba muy desencaminado. En aquellos instantes, Hadfield se hallaba a tanta distancia de Phobos como de Marte: estaba incómodamente sentado en una pequeña nave espacial, atestada de científicos y de

piezas pertenecientes a un equipo desmantelado a toda prisa. Jugaba al ajedrez con uno de los físicos más destacados del sistema solar y no le iba muy bien. Tampoco su contrincante estaba haciendo un buen juego; cualquier observador habría descubierto en seguida que sólo trataban de pasar el tiempo mientras esperaban; como todo Marte. Sin embargo, había una diferencia: sólo ellos sabían, en realidad, qué esperaban.

El día fue muy largo, uno de los más largos en la vida de Gibson, y transcurrió muy lentamente. Fue un día poblado de extraños rumores y especulaciones. En Puerto Lowell cada habitante había desarrollado alguna teoría y estaba ansioso por difundirla. Pero quienes sabían la verdad nada decían y quienes nada sabían hablaban demasiado. Fue así que, al llegar la noche, la confusión se había apoderado de la ciudad. Gibson se preguntó si valdría la pena permanecer levantado hasta tarde; sin embargo, a medianoche resolvió acostarse. Mientras dormía profundamente, el Proyecto Aurora, apartado de él por todo el espesor del planeta, llegó invisible y silenciosamente a su culminación.

Tan sólo quienes viajaban en la nave espacial pudieron ver cómo se cumplía y se transformaron súbitamente en escolares bulliciosos y rientes que corren de regreso a casa.

Durante la madrugada, un estrepitoso golpe en la puerta despertó a Gibson. Era Jimmy que le llamaba a gritos diciéndole que saliera.

Aunque se vistió de prisa, Jimmy había salido ya a la calle cuando él llegó a la puerta. Lo. alcanzó a la salida. La gente iba apareciendo de todos lados, soñolienta y frotándose los ojos, mientras intentaba adivinar lo que ocurría. Por momentos, el murmullo de voces crecía convirtiéndose en gritos distantes. Puerto Lowell parecía una colmena atacada por sorpresa.

Pasó un minuto completo antes de que Gibson comprendiera por qué se había despertado toda la ciudad. Estaba despuntando el alba. Hacia el oeste el cielo resplandecía con las primeras luces del sol naciente. /Hacia el oeste? ¡Dios mío, estaba amaneciendo por el oeste!

Aunque Gibson era menos supersticioso que nadie, los estratos superiores de su mente se hundieron por un instante en una ola de terror irracional. Un momento después, la razón volvió a imponerse. Aquella luz diseminada en el horizonte se tornaba mas y más brillante; los primeros rayos tocaban ya las colinas que rodeaban la ciudad. Se desplazaban lentamente, con demasiada lentitud para tratarse del sol. Y de pronto, un dorado y ardiente meteoro se elevó desde el desierto para ascender hacia el cenit en dirección casi vertical.

Aquella velocidad lo puso al descubierto: se trataba de Phobos, convertido en un dorado disco de fuego cuyo calor ardió sobre la cara de Gibson. La multitud reunida en su entorno contemplaba el milagro en un silencio absoluto; mientras tanto, iba cobrando una débil conciencia del inmenso significado que aquello podía tener para Marte.

¡Esto era, pues, el Proyecto Aurora! El nombre era adecuado. Las piezas del rompecabezas comenzaban a situarse en su lugar, pero el dibujo principal seguía siendo difuso. La transformación de Phobos en un segundo sol había sido, tal vez, un increíble triunfo de la ingeniería nuclear; sin embargo, Gibson no lograba comprender en qué ayudaría aquello a resolver los problemas de la colonia. Mientras seguía cavilando sobre lo mismo, el poco utilizado sistema de altavoces distribuido por la ciudad estalló súbitamente a la vida; era la voz de Whittaker, que se difundió suavemente por las calles.

-Mis saludos a todos -dijo-. Supongo que a estas horas estaréis todos despiertos y habréis visto lo ocurrido. El Ejecutivo en Jefe, a su regreso del espacio, desea deciros algunas palabras. Aquí está.

Se oyó un chasquido. Alguien dijo, sotto voce:

-Aquí Puerto Lowell, señor.

Un momento después, la voz de Hadfield se oyó por los altavoces. Era la voz cansada, pero victoriosa, de quien ha logrado el triunfo tras una ardua batalla.

-¡Hola, Marte! -dijo-. Aquí Hadfield. Estoy aún en el espacio, en el viaje de regreso; en una hora, más o menos, estaré allí.

«Espero que os guste vuestro nuevo sol. Según nuestros cálculos, tardará casi mil años en apagarse. Activamos a Phobos cuando se hallaba aún muy por debajo de vuestro horizonte, por si la radiación inicial resultaba muy elevada. Hemos logrado estabilizar la reacción precisamente en la intensidad esperada aunque, quizás, aumente en un pequeño porcentaje durante la próxima semana. Se trata, fundamentalmente, de una reacción de resonancia mesónica, muy eficaz, pero no demasiado violenta; con el material del que está compuesto Phobos no se corre peligro de una explosión atómica completa.

«Vuestra nueva luminaria proporcionará más o menos la décima parte del calor solar y eso elevará la temperatura de buena parte de Marte hasta igualarla casi con la terrestre. Pero no es ésta la razón que nos ha inducido a activar a Phobos; no es, al menos, la razón principal.

»Marte necesita mucho más el oxígeno que el calor. Todo el oxígeno necesario para dotar al planeta de una atmósfera casi tan buena como la terrestre está atrapado en la arena, bajo nuestros pies. Hace dos años, descubrimos una planta que puede liberar el oxígeno de la arena. Se trata de una planta tropical; sólo vive en el ecuador y ni siquiera

allí llega a medrar. Si tuviéramos suficiente luz, esta planta podría difundirse sobre Marte (con nuestra ayuda, por supuesto) y en cincuenta años tendríamos aquí una atmósfera respirable para el hombre. Tal es nuestro objetivo; cuando lo hayamos logrado podremos visitar cualquier sitio de Marte, prescindir de las cúpulas de nuestras ciudades y olvidar las máscaras de respiración. Muchos de ustedes verán cumplido este sueño; entonces habremos dado un nuevo mundo a la humanidad.

»Pero hay ciertos beneficios que gozaremos de inmediato. El clima será más cálido, al menos cuando Phobos y el sol brillen al mismo tiempo, y los inviernos resultarán más templados. Aunque Phobos no es visible más allá de una latitud de setenta grados, los nuevos vientos convectores calentarán también las regiones polares, evitando que la preciosa humedad quede apresada en las capas de hielo durante la mitad del año.

«Habrá ciertos inconvenientes: tanto las noches como las estaciones resultarán más complicadas. Pero los beneficios serán mucho más considerables. Y todos los días, cuando veáis elevarse en el cielo el sol que hemos encendido, os acordaréis del nuevo mundo que hemos traído a la vida. No lo olvidéis: estamos haciendo historia; ésta es la primera vez que el hombre intenta cambiar la faz de un planeta. Si triunfamos, otros lo intentarán en distintos sitios. En edades futuras habrá civilizaciones enteras en mundos de los que aún no hemos oído hablar, y todas deberán su existencia a lo que hemos hecho esta noche.

»Es todo cuanto puedo deciros por el momento. Tal vez lamentaréis los sacrificios que hemos tenido que hacer para inyectar nueva vida a este mundo, pero recordad esto: si Marte ha perdido una luna, ha ganado un sol. ¿Quién puede dudar sobre cuál es el más valioso?

»Y ahora, os deseo buenas noches.»

Pero nadie en Puerto Lowell volvió a la cama. Por lo que respecta a la población la noche había terminado con el amanecer del nuevo día. Era difícil apartar la vista de aquel pequeño disco dorado que ascendía lentamente por el cielo, aumentando la intensidad de su calor minuto a minuto.

Gibson se preguntó cómo lo estarían aprovechando las plantas marcianas. Caminó por la calle hasta llegar a las proximidades de la cubierta y miró por la pared transparente. Era tal como había.supuesto: todas estaban despiertas, cara al nuevo sol. Sería interesante ver cómo se comportarían cuando los dos soles estuvieran en el cielo al mismo tiempo.

El cohete del Jefe arribó media hora después. Hadfield y los científicos responsables del Proyecto Aurora evitaron las multitudes entrando a pie en la ciudad, a través de la Cúpula Siete, mientras el transporte iba hacia la entrada principal, a modo de señuelo.

Éste ardid dio buenos resultados; antes de que nadie pudiera cobrar conciencia del hecho, todos estaban en casa, a buen resguardo; se evitaron así celebraciones que no habrían podido disfrutar a causa del cansancio.

No obstante, en la ciudad se organizaron muchas fiestas privadas, y en cada una todos decían conocer desde el principio en qué consistía, el Proyecto Aurora.

Phobos se aproximaba al cenit y cuando más lo hacia más cálido resultaba. Jimmy y Gibson se encontraron con sus compañeros de tripulación. La multitud, con buen humor pero con mucha firmeza, insistía para que George abriera el bar. Todos habían ido a aquel sitio seguros de encontrar a los demás.

Era creencia general que Hilton, como primer ingeniero, debía saber mucho más sobre nucleónica que cualquier otro asistente a la reunión, y pronto lo empujaron hacia el frente, pidiéndole que explicara lo ocurrido. Él, con toda modestia, se declaró incapaz de satisfacer esta demanda.

-Lo que se ha hecho con Phobos -aseveró- lleva muchos años de ventaja a cuanto me enseñaron en la universidad. En aquella época las reacciones mesónicas aún no habían sido descubiertas y mucho menos la forma de dominarlas. En realidad, no creo que haya nadie en la Tierra capaz de lograr algo así, ni aún en este momento. Es algo que Marte ha aprendido por sí solo.

-¿Pretendes decir -preguntó Bradley- que Marte ha sobrepasado a la Tierra en física nuclear, o como se llame?

Aquella observación estuvo a punto de provocar un tumulto y los compañeros de Bradley debieron protegerlo, aunque sin apresurarse mucho, ante la furia de los colonos. Cuando se restauró la tranquilidad, Hilton estuvo a punto de complicar las cosas, afirmando:

-Naturalmente, sabéis que muchos de los mejores científicos de la Tierra han emigrado hacia aquí en los últimos años, de modo que eso no es tan sorprendente.

Aquello era muy cierto y Gibson recordó la advertencia que le hiciera Whittaker aquella misma mañana. Marte había atraído a muchos otros, no sólo a él; ahora comprendía las razones. En esos últimos años, Hadfield debió actuar, lisa y llanamente, como un consumado maestro en negociaciones complicadas en engaños y en persuasiones milagrosas. Tal vez no había resultado demasiado difícil atraer inteligencias de primera magnitud: eran capaces de valorar el desafío y responderle. Más difícil tuvo que ser encontrar los cerebros de segundo grado, igualmente necesarios, para formar el ejército de la ciencia. Tal vez algún día podría descubrir los secretos ocultos detrás del gran

secreto y saber cómo se había logrado lanzar y llevar hasta el éxito final al Proyecto Aurora.

El resto de la noche pareció transcurrir rápidamente. Cuando Phobos se ocultaba ya en el cielo de oriente, el sol se levantó saludando a su rival. La ciudad toda contempló en silencio, fascinada, aquel duelo, aquel conflicto unilateral que sólo podía tener un resultado. Mientras Phobos brillaba solitario en el cielo nocturno era fácil creerlo casi tan brillante como el sol, pero la ilusión se desvanecía a la primera luz de la verdadera aurora. El pequeño astro empalidecía minuto a minuto mientras el sol surgía del desierto. Entonces fue posible ver cuan pálido y amarillento resultaba en comparación. No había peligro alguno: las plantas no se engañarían en su lento girar en busca de luz; cuando el sol lucía, Phobos era apenas visible.

Pero tenía el fulgor necesario para cumplir con su misión, y por mil años más sería el amo de la noche marciana. ¿Y después? Al extinguirse su fuego, agotados ya los elementos ahora en combustión, ¿volvería Phobos a transformarse en un satélite común, sólo capaz de reflejar la gloria del sol?

Gibson adivinó que eso no tenía importancia. Aunque sólo durara un siglo, habría cumplido su tarea: Marte gozaría ya de una atmósfera y la conservaría durante edades geológicas. En el día distante en que Phobos se apagara y muriera, la ciencia tendría ya otra respuesta; tal vez una respuesta tan inconcebible para esa época como lo hubiera sido la activación de un astro sólo un siglo antes.

En tanto el primer día de la nueva era llegaba a su plenitud, Gibson contempló durante pocos instantes su propia sombra duplicada contra el suelo, ambas orientadas hacia el oeste; sin embargo, aunque él permanecía inmóvil, la más débil se alargaba ante su mirada, tornándose más y más imperceptible. Por último se borró, al descender Phobos por debajo del borde de Marte.

Aquella súbita desaparición recordó a Gibson lo que él, como casi todos los habitantes de Puerto Lowell, había olvidado, debido a la excitación de las últimas horas: para entonces, la noticia debía haber llegado ya a la Tierra. Quizá Marte brillaba espectacularmente en los cielos terrestres, aunque no estaba seguro de ello.

En muy poco tiempo, la Tierra comenzaría a formular preguntas muy difíciles.

Capítulo 16

Aquélla era una de esas pequeñas ceremonias tan apreciadas por los reporteros televisivos. Hadfield y todo su personal estaban reunidos en un grupo compacto, junto a un claro, con las cúpulas de Puerto Lowell como telón de fondo. Formaban una escena bien compuesta, según pensó el realizador, aunque la iluminación doble, con sus constantes cambios, dificultaba las cosas.

Ante una señal del cuarto de control empezó a filmar de derecha a izquierda, con la intención de proporcionar un poco de movimiento a los televidentes, antes de que el acto se iniciara. En realidad no había mucho para mostrar: el paisaje era muy llano y su único interés se perdería en la transmisión monocroma (las retransmisiones en directo desde allí a la Tierra no permitían la amplitud de banda indispensable para emisiones en color ni siquiera resultaba fácil transmitir en blanco y negro). Cuando terminaba de recorrer la escena recibió la orden de enfocar a Hadfield quien ya había comenzado su pequeño discurso. Éste saldría por el canal de sonido y, aunque resultaba inaudible para la cámara en el cuarto de control, se combinaría con la imagen registrada por ella. De cualquier modo, conocía bien lo que el Jefe estaba diciendo: lo había escuchado con anterioridad.

El mayor Whittaker entregó la pala sobre la que se había apoyado con gracia durante los últimos cinco minutos; Hadfield echó arena hasta cubrir las raíces de la planta marciana que allí se erguía, alta y escuálida, sobre su estaca de madera. El «alga de aire», como se la llamaba ya universalmente, no parecía muy atractiva; ni siquiera tenía aspecto de ser suficientemente fuerte para mantenerse erecta con la mínima gravedad existente. Nadie habría dicho que era la depositaría de todo el futuro de un planeta.

Hadfield dio por cumplida su obligada tarea de jardinero; alguien más se encargaría de rellenar el hoyo. Los cultivadores rondaban ya por el fondo, a la espera de que todos aquellos señorones despejaran el terreno para continuar su labor. Hubo muchos apretones de manos y golpes en las espaldas. Hadfield quedó oculto tras la multitud reunida a su alrededor. El único que no prestaba la menor atención a todo aquello era la mascota marciana de Gibson. No hacía sino mecerse sobre sus cuartos traseros como un tentetieso que vuelve a quedar derecho por mucho que se le sacuda. La cámara lo enfocó y tomó un primer plano; por primera vez, la Tierra vería un marciano auténtico en un programa transmitido en directo.

¡Ea! ¿Qué iba a hacer? Algo le había llamado la atención, según revelaba el cambio de dirección de aquellas enormes orejas membranosas. Echó a andar con pequeños brincos cautelosos. La cámara lo siguió con su objetivo, ampliando el campo visual al mismo tiempo para ver a dónde se dirigía. Nadie se había percatado de sus movimientos: Gibson seguía hablando con Whittaker y parecía haber olvidado completamente a su mascota.

¡Con que ésas eran sus intenciones! Aquello sería divertido y los de la Tierra se morirían de risa. Pero ¿podría llegar sin que lo descubrieran? ¡Sí, ya estaba allí! Con un brinco final el marciano aterrizó en el sembrado; su piquito triangular empezó a mordisquear la esbelta planta que acababan de colocar allí con tanto cuidado. Sin duda, debía pensar que sus amigos eran muy amables al tomarse tantas molestias por él... ¿O sabía, acaso, que estaba cometiendo una travesura? Sus movimientos habían sido demasiado hábiles y astutos para hacer creer en su total inocencia. De cualquier modo la cámara no tenía intenciones de interrumpir su diversión: la escena no tenía precio. Cortó por un instante para enfocar a Hadfield y compañía, quienes seguían congratulándose del trabajo que Scuick iba destruyendo a toda velocidad.

Tanta belleza no podía durar. Gibson descubrió las cosas y alarmó a todos con un chillido, para lanzarse en seguida hacia Scuick. Éste echó una rápida mirada a su alrededor; viendo que no había dónde esconderse, permaneció allí sentado con aire de inocencia ofendida. Cuando Gibson lo cogió de la oreja para arrastrarlo fuera de la escena del crimen, se dejó llevar tranquilamente sin agravar su delito con la resistencia a la fuerza de la ley. Un grupo de expertos se reunió con ansiedad en torno al alga de aire; para alivio de todos, decidieron que el daño no era fatal.

Fue sólo un incidente trivial y nadie habría imaginado que pudiera tener consecuencias posteriores. Sin embargo, inspiraría a Gibson una de sus más brillantes y fecundas ideas, aunque él jamás reconocería el origen.

A partir de la puesta en marcha del Proyecto Aurora, Martin Gibson había visto su existencia súbitamente complicada, y de modo muy interesante. Fue el primero en ver a Hadfield a su regreso, pues el Ejecutivo en Jefe lo había hecho llamar. Aunque sólo pudo dedicarle unos minutos, bastó este tiempo para cambiar todo el futuro del escritor.

-Siento haberlo hecho esperar -dijo Hadfield-, pero recibí la respuesta de la Tierra precisamente antes de partir. Dicen que puede usted quedarse, a condición de que le encontremos trabajo en nuestra estructura administrativa, como dice la jerga oficial. Puesto que el futuro de nuestra «estructura administrativa» depende en gran parte del Proyecto Aurora, me pareció mejor dejar el asunto para mi regreso.

Gibson sintió que su mente se aliviaba del enorme peso de la incertidumbre. Ya estaba todo resuelto: aunque hubiese cometido un error (y no lo creía), ya no podría echarse atrás. Había unido su destino al de Marte: formaría parte de la colonia en su lucha por regenerar aquel mundo que se deleitaba perezosamente en su sueño.

-¿Y qué trabajo me tiene preparado? -preguntó, con cierta ansiedad.

-He decidido regularizar su puesto no oficial -respondió Hadfield, sonriente.

-¿A qué se refiere?

-¿Recuerda lo que le dije en nuestra primera entrevista? Le pedí que nos ayudara informando a la Tierra, no sólo de los hechos desnudos de la situación, sino también de alguna de nuestras metas, lo que usted llamaría el espíritu creado aquí, en Marte. Lo ha hecho usted bien, aunque ignoraba lo del proyecto en el que estaban depositadas nuestras mayores esperanzas. Siento haber tenido que ocultárselo, pero habría sido más difícil para usted conocer nuestro secreto y no poder decirlo a nadie. ¿No está de acuerdo?

A Gibson no se le había ocurrido aquella idea pero sonaba convincente.

-He observado con mucho interés -continuó Hadfield- el resultado de sus artículos y de sus charlas radiadas. Quizás usted no conozca el delicado método con que lo medimos.

-¿Cómo lo hacen? -preguntó Gibson, sorprendido.

-¿No lo adivina? Cada semana, unas diez mil personas, diseminadas por toda la Tierra, deciden venir a Marte. Aproximadamente el tres por ciento pasan las pruebas preliminares. Desde que sus artículos comenzaron a aparecer con regularidad, esta cifra ha aumentado hasta llegar a quince mil personas por semana, y sigue creciendo aún.

-Oh -exclamó Gibson, pensativo.

Soltó una risita abrupta, y agregó:

-Me parece recordar que usted no quería tenerme de visita aquí.

-Todos cometemos errores, pero yo he aprendido a sacar provecho de los míos -respondió Hadfield, sonriendo-. Para resumir: me gustaría que usted dirigiera una pequeña sección, que ha de ser, en términos directos, nuestro departamento de publicidad. ¡Ya pensaremos un nombre más bonito, por supuesto! Su trabajo consistirá en vender a Marte. Las oportunidades serán mucho mayores ahora, puesto que tenemos algo para poner en el escaparate. Si logramos que haya muchos interesados en venir aquí, la Tierra se verá forzada a proporcionar suficientes naves. Y en cuanto hayamos logrado esto podremos prometer a la Tierra que en poco tiempo seremos capaces de andar solos. ¿Qué opina usted?

Gibson sintió un ligero desencanto. Desde cierto punto de vista no cambiaba gran cosa, pero el Ejecutivo en Jefe tenía razón: de esa manera podía ser más útil a Marte que de ninguna otra forma.

-Puedo hacerlo -dijo-. Déme una semana para arreglar mis asuntos en la Tierra y para acabar con mis compromisos más urgentes.

Era un poco optimista calcular que en una semana podría solucionar todo lo pendiente pero, al menos, bastaría para lo más importante. ¿Qué diría Ruth? Tal vez le creyera loco, y probablemente estuviera en lo cierto.

-Cuando se sepa que usted va a quedarse aquí -dijo Hadfield, satisfecho-, se despertará mucho interés lo que será un gran apoyo a nuestra campaña. ¿Tiene algún inconveniente en que lo anunciemos ahora mismo?

-Creo que no.

-Bien. Whittaker quiere hablar con usted para arreglar detalles. Como usted comprenderá, su sueldo será el de un Superior Administrativo de segunda clase, de igual edad que usted.

-Por supuesto, ya lo he tenido en cuenta -respondió Gibson.

No le pareció necesario agregar que aquello tenía una importancia muy relativa. El sueldo de su trabajo en Marte, aunque representaría apenas la décima parte de sus ingresos totales, bastaría para vivir cómodamente allí, donde los lujos eran tan escasos. No sabía muy bien de qué modo podría hacer uso de sus haberes de la Tierra, pero le sería posible, sin duda, emplearlos en hacer pasar algunas cosas a pesar de la escasez de embarques.

Tras una larga conversación con Whittaker (quien estuvo a punto de acabar con su entusiasmo, a fuerza de lamentarse de la falta de personal y de oficinas disponibles), Gibson pasó el resto del día escribiendo docenas de radiogramas. El más largo fue para Ruth; estaba dedicado (en su mayor parte, aunque no por entero) a asuntos de negocios. Ruth solía comentar la cantidad de cosas que debía hacer a cambio de su diez por ciento; cabía preguntarse qué diría en esa oportunidad, ante su nueva petición: debía velar un poco por James Spencer y ocuparse de él mientras estuviera en Nueva York, lo que ocurriría con frecuencia, pues debía completar sus estudios en el Instituto de Tecnología de Massachusetts.

Las cosas podrían simplificarse mucho si pudiera explicarle los hechos; (de cualquier modo, ella era capaz de adivinarlos). Pero si lo hiciera no sería justo con Jimmy: Gibson había decidido que debía ser él el primero en saberlo. Algunas veces le resultaba muy difícil callar y la próxima partida le parecía casi un alivio. Sin embarro, Hadfield tenía razón, como siempre. Había esperado durante toda una generación y debía esperar algo más. La revelación, en estos momentos, habría dejado a Jimmy confuso y herido; hasta podría causar la ruptura de su compromiso con Irene. La oportunidad llegaría cuando ya estuvieran casados y, así lo esperaba Gibson, aislados aún de cualquier golpe que el mundo exterior pudiera propinarles.

Había encontrado tarde a su hijo y se veía obligado a perderlo otra vez; parecía irónico. Pero quizá era parte del castigo a pagar por el egoísmo y la falta de valor (para decirlo en términos suaves) que demostrara veinte años antes. De cualquier manera, debía enterrar el pasado y no pensar sino en el porvenir.

Jimmy regresaría a Marte tan pronto como pudiera: esto era indudable. Y aunque Gibson hubiese perdido el orgullo y la satisfacción de la paternidad, podría compensarlo más adelante, cuando los nietos llegaran al mundo que él estaba ayudando a rehacer. Por primera vez en su vida podía mirar hacia el futuro con entusiasmo e interés pues no sería una simple repetición del pasado.

La Tierra lanzó su bomba cuatro días después. La primera noticia, para Gibson, fue el gran titular de la primera página del Martian Times. Por un momento, aquellas dos palabras le resultaron tan pasmosas que olvidó seguir leyendo:

HADFIELD RETIRADO

«Acabamos de saber que el Cuerpo de Desarrollo Interplanetario ha requerido al Ejecutivo en Jefe que retorne a la Tierra en la Ares; ésta partirá de Deimos dentro de cuatro días. No se han dado a conocer los motivos.»

Esto era todo, pero bastaría para alzar en vilo a Marte. No se habían dado a conocer los motivos y no hacía falta. Todos sabían exactamente por qué la Tierra citaba a Warren Hadfield.

-¿Qué te parece esto? -preguntó Gibson a Jimmy, alcanzándole el diario por sobre la mesa del desayuno.

-¡Dios mío! -exclamó el muchacho- ¡Ahora habrá problemas! ¿Qué hará él?

-¿Qué puede hacer?

-Pues, podría negarse a ir. Aquí lo apoyaría todo el mundo.

-Lo que no haría sino empeorar las cosas. Sin duda, irá. Hadfield no es de los que rehuyen la lucha.

Súbitamente, los ojos de Jimmy se iluminaron.

-¡Entonces, Irene también irá!

-¡No podías dejar de pensar en eso! -rió Gibson-. Debes creer que, aunque soplen malos vientos, traerán algo bueno para vosotros dos. Pero no cuentes con eso; tal vez Hadfield deje a Irene aquí.

Era muy poco probable; el Jefe necesitaría, al partir, todo el apoyo moral que pudiera disponer.

A pesar de la cantidad de trabajo que le esperaba, Gibson hizo una breve visita a Administración, donde encontró un ambiente de indignación e incertidumbre generales. Indignación, por la falta de miramientos con que la Tierra trataba al Jefe; incertidumbre, porque nadie sabía cuál sería su reacción. Había llegado temprano por la mañana y hasta entonces no había recibido más que a Whittaker y a su secretaria privada. Quienes habían logrado verlo decían que parecía muy alegre; ocurría que, técnicamente, había caído en desgracia.

Cavilando sobre aquellas noticias, Gibson se desvió hacia el laboratorio de Biología. Llevaba dos días sin visitar a su amiguito marciano y se sentía bastante culpable al respecto. Mientras caminaba por la calle del Regente se preguntó qué defensa podría presentar Hadfield. ¿Bastaría el éxito para justificarlo todo? Pero el éxito estaba aún lejano: tal como el mismo Jefe había dicho el Proyecto Aurora tardaría aún medio siglo en cumplir con su finalidad, aún contando con la máxima ayuda de la Tierra. Esta ayuda era esencial y Hadfield debería esforzarse mucho para no ganarse el antagonismo del planeta madre. Lo mejor que Gibson podía hacer en su apoyo sería cubrirlo desde lejos con el fuego de su departamento de publicidad.

Scuick lo recibió encantado, como de costumbre, aunque Gibson le devolvió el saludo con cierta distracción. Según su hábito, ofreció a Scuick un trozo de las algas de aire que había en el laboratorio. Aquel simple acto debió despertar algo en su subconsciente pues hizo una súbita pausa para volverse luego al biólogo en jefe.

-Tengo una idea maravillosa -dijo-. Usted me hablaba de las tretas que ha logrado enseñar a Scuick, ¿verdad?

-¡Enseñar! ¡El problema consiste en que deje de aprenderlas!

-Y, según me dijo también, los marcianos parecen comunicarse entre sí, ¿cierto?

-Nuestras investigaciones in situ han revelado que pueden transmitirse ideas simples y hasta algunos conceptos abstractos, como el color. No es gran cosa, por supuesto; también las abejas lo hacen.

-Siendo así ¿qué opina usted de esto? ¿Por qué no enseñarles que cultiven las algas por nosotros? Ellos gozan de una ventaja colosal: pueden ir a cualquier lugar de Marte que les plazca; nosotros, en cambio, debemos hacerlo todo por medio de máquinas. No haría falta hacerles comprender la tarea, naturalmente. Podríamos darles los retoños Z (la planta se reproduce de ese modo, ¿verdad?), enseñarles los procedimientos necesarios y recompensarlos después.

-¡Un momento! La idea es buena, pero ¿no olvida usted algunos aspectos prácticos? Creo que sería posible entrenarlos como usted sugiere: nuestros conocimientos sobre su

psicología son suficientes para eso. Pero me atrevo a recordarle que sólo sabemos de diez ejemplares, incluyendo a Scuick.

-No lo he olvidado -replicó Gibson, impaciente-. Pero no creo que este grupo sea el único en el planeta. Sería demasiada coincidencia. Indudablemente, son escasos, pero debe haber cientos y hasta miles de especímenes. Voy a sugerir que se efectúe un reconocimiento fotográfico de todas las zonas donde crece el alga de aire; podremos localizar los claros dejados por ellos sin ninguna dificultad. Pero, en todo caso, hablo de hacer las cosas a largo plazo. Ahora que sus condiciones de vida han mejorado tanto empezarán a multiplicarse rápidamente, tal como está ocurriendo con la vida vegetal del planeta. No olvide que, aunque dejáramos a las algas a su aire llegarían a cubrir las regiones ecuatoriales, según nuestros cálculos, en cuatrocientos años. ¡Si los marcianos y nosotros las ayudáramos a extenderse podríamos acelerar en mucho el desarrollo del Proyecto Aurora!

El biólogo meneó la cabeza, indeciso, pero empezó a hacer algunos cálculos en un bloc de apuntes; cuando hubo terminado, movió los labios.

-No puedo probar que sea imposible -dijo-; hay demasiados factores desconocidos incluyendo el más importante de todos: la tasa de reproducción de los marcianos. A propósito, ¿sabía usted que son marsupiales? Acabamos de confirmarlo.

-¿Como los canguros?

-Exacto. La cría vive a cubierto hasta que es bastante crecida para salir a este mundo duro y frío. Según parece, varias de las hembras están preñadas, de modo que deben reproducirse una vez al año. Y, puesto que Scuick es el único cachorro del grupo, la tasa de mortalidad debe ser terrible..., cosa no muy sorprendente, dado el clima.

-¡Las condiciones son ideales! -exclamó Gibson- Ahora nada impedirá que se multipliquen, si cuidamos de proporcionarles toda la comida que necesitan.

-¿Qué quiere usted, criar marcianos o cultivar algas de aire? -le desafió el biólogo.

-Ambas cosas -respondió el escritor, con una amplia sonrisa-. Van juntos, como el pescado y las patatas fritas o el jamón y los huevos.

-¡Por favor! -rogó el científico.

Había tal intensidad en su sentimiento que Gibson se disculpó inmediatamente por su falta de tacto. Había olvidado que la gente de Marte llevaba años sin probar tales manjares.

Cuanto más pensaba Gibson en su nueva idea, más atractiva le parecía. A pesar de lo ocupado que estaba en sus asuntos personales, encontró tiempo para dirigir a Hadfield un memorándum sobre el tema, confiando en que el Ejecutivo en Jefe pudiera discutirlo con

él antes de retornar a la Tierra. Había mucha inspiración en el pensamiento de regenerar, no sólo un mundo, sino también una raza, tal vez más antigua que la humana.

Gibson se preguntó cómo afectaría a los marcianos el cambio de condiciones climáticas después de unos cien años. Si se volvía demasiado cálido para ellos, podrían emigrar fácilmente hacia el norte o hacia el sur y, en caso necesario, hasta las regiones subpolares donde Phobos no era visible. En cuanto a la atmósfera oxigenada... si en el pasado estuvieron adaptados a ella igualmente podían volver a hacerlo. Ya estaba comprobado que Scuick obtenía gran parte de su oxígeno del aire existente en Puerto Lowell y que parecía sentirse a gusto con él.

Pero no había respuesta aún para el gran interrogante causado por el descubrimiento de los marcianos, ¿eran acaso los sobrevivientes degenerados de una raza que, largo tiempo atrás, alcanzara una civilización, sólo para dejarla escapar cuando las condiciones se tornaron demasiado severas? Tal era el punto de vista romántico puesto que no había prueba alguna al respecto. Los científicos coincidían en la opinión de que Marte no había conocido culturas elevadas..., pero se habían equivocado una vez y podían hacerlo nuevamente. De cualquier modo, sería muy interesante ver qué nivel podían alcanzar los marcianos en la escala evolutiva, ahora que su mundo volvía a florecer.

Porque aquel mundo era de ellos y no del hombre. Aunque éste lo moldeara para servir a sus fines, sería su deber salvaguardar los intereses de sus verdaderos propietarios. Era imposible predecir qué rol deberían jugar en la historia del universo. Y si alguna vez, como parecía inevitable, el hombre llegaba a ponerse en contacto con razas más sabias, tal vez se le juzgara por el comportamiento demostrado en Marte.

Capítulo 17

-Lamento que no vuelvas con nosotros, Martin -dijo Norden, mientras se acercaban a la Puerta Uno Oeste-; pero tu decisión es buena, no lo pongo en duda; merece todo nuestro respeto.

-Gracias -respondió Gibson, con sinceridad-. Me habría gustado hacer con vosotros el viaje de regreso. Pero ya habrá más oportunidades. Pase lo que pase, no pienso quedarme en Marte por el resto de mi vida.

Y agregó, con una risita:

-Supongo que nunca pensasteis cambiar de pasajeros de este modo.

-No, ciertamente. En algunos aspectos será algo embarazoso. Me siento como el capitán del barco que llevó a Napoleón hasta Alba. ¿Cómo lo ha tomado el Jefe?

-No he hablado con él desde que llegó la orden, pero iré mañana a visitarlo antes de que parta para Deimos. Según Whittaker parece tener mucha confianza y no aparenta la menor preocupación.

-Y en tu opinión, ¿qué ocurrirá?

-Oficialmente tendrán que reprenderlo por malversación de fondos, de personal, equipos y... Oh, hay suficiente para encerrarlo en la cárcel por el resto de su vida. Pero la mitad de los ejecutivos y todos los científicos de Marte están implicados también y ¿qué puede hacer la Tierra? Ciertamente, es una situación muy divertida. El Ejecutivo en Jefe es un héroe popular en dos mundos y el Cuerpo de Desarrollo Interplanetario tendrá que tratarlo con guantes de seda. Supongo que el veredicto será: «No debió usted hacerlo, pero nos alegra que lo hiciera.»

-¿Y le dejarán volver a Marte?

-No les queda otra salida. No hay quién lo reemplace.

-Alguien tendrá que hacerlo un día u otro.

-Es cierto, pero sería una locura no aprovechar a Hadfield mientras se pueda; aún es capaz de trabajar muchos años. ¡Y el Señor proteja a quien se atreva a tomar su puesto aquí!

-Es una situación peculiar, sin duda. Han de ocurrir muchas cosas que nosotros ignoramos. ¿Qué razones tuvo la Tierra para rechazar el Proyecto Aurora cuando lo presentaron?

-También yo quisiera saberlo y algún día llegaré al fondo del asunto. Mientras tanto, mi teoría es ésta: creo que en la Tierra hay muchas personas decididas a que Marte no llegue a ser demasiado poderoso ni se independice por completo. No por alguna razón siniestra, compréndeme bien, sino porque la idea no les agrada. Se sienten heridas en su amor propio. Para ellas, la Tierra debe seguir siendo el centro del universo.

-Sabes -dijo Norden-, es divertido oírte hablar de la Tierra; pareces considerarla como una combinación entre avara y bravucona, decidida a impedir el progreso de Marte. ¡Y, en realidad, no es justo! Quienes merecen tus reproches son sólo los administradores del Cuerpo de Desarrollo Interplanetario y sus organizaciones subsidiarias; ellos mismos hacen cuanto pueden. No olvides que, si tenéis algo aquí, lo debéis a la iniciativa de la Tierra.

Y agregó, con una sonrisa irónica:

-Temo que vosotros, los colonos, tenéis un punto de vista muy egocéntrico. Yo puedo ver ambos lados de la cuestión. Mientras estoy aquí, me adhiero a vuestro punto de vista y os comprendo bien. Pero dentro de tres meses estaré del otro lado y probablemente os considere un hatajo de gruñones desagradecidos.

Gibson se echó a reír, aunque no del todo a sus anchas. Había verdad en lo que Norden acababa de decir. La misma dificultad y el alto costo de estos viajes interplanetarios, así como el tiempo requerido para ir de un mundo a otro, hacían inevitable cierta falta de comprensión y hasta de tolerancia entre la Tierra y Marte. Era de esperar que la velocidad del transporte fuera en aumento hasta acabar con esas barreras psicológicas para que los dos planetas se unieran en tiempo y en espíritu.

Ya estaban en la salida y allí esperaron la llegada del transporte que debía llevar a Norden hacia la pista de aterrizaje. Los demás tripulantes ya se habían despedido e iban camino de Deimos. Sólo Jimmy había recibido un permiso especial para subir con Hadfield e Irene al día siguiente. Por cierto, el muchacho había cambiado mucho su posición jerárquica desde que la Ares partiera de la Tierra. Gibson se preguntó, divertido, si Norden conseguiría hacerlo trabajar en algo durante el viaje de regreso.

-Bien, John, espero que tengas buen viaje -dijo Gibson, al abrirse la esclusa de aire, mientras le extendía la mano-. ¿Cuándo volveremos a vernos?

-Dentro de dieciocho meses, más o menos. Antes debo hacer un viaje a Venus. Cuando vuelva aquí espero encontrar grandes diferencias: ¡algas de aire y marcianos por todas partes!

-No puedo prometerte gran cosa en tan poco tiempo -rió Gibson-, pero trataremos de no desilusionarte.

Se estrecharon las manos y Norden partió. El escritor no pudo dejar de sentir cierta envidia al pensar en todas las cosas buenas que su amigo volvería a ver, todas aquellas pequeñas bellezas terrestres que él una vez diera por sentadas y que no volvería a disfrutar por muchos años.

Aún tenía por delante dos despedidas, las más difíciles. Aquella última entrevista con Hadfield requería mucha delicadeza y considerable tacto. La analogía de Norden era correcta: equivalía casi a una entrevista con un monarca destronado, a punto de partir rumbo al exilio.

Pero la realidad resultó muy distinta. Hadfield seguía siendo el dueño de la situación y el futuro no parecía perturbarlo. Cuando Gibson entró acababa de ordenar sus papeles; el cuarto lucía desnudo e inhospitalario; tres cestos de papeles rebosaban formularios y

notas desechadas. Whittaker se trasladaría a esta oficina al día siguiente como Ejecutivo en Jefe provisional.

-He echado un vistazo a su nota sobre los marcianos y las algas de aire -dijo Hadfield, explorando los últimos rincones de su escritorio-. La idea es muy interesante pero nadie es capaz de asegurarme que se pueda o no llevar a cabo. Es muy complicado y aún no tenemos suficiente información. En realidad, todo se reduce a esto: ¿cómo obtendremos mayores beneficios, enseñando a los marcianos a realizar el trabajo o haciéndolo nosotros mismos? De cualquier modo, designaremos un pequeño grupo de investigadores para que analice la idea, aunque no será mucho lo que podamos hacer mientras no haya más marcianos. He pedido al doctor Petersen que se encargue del aspecto científico y me gustaría que usted encarara los problemas administrativos que puedan surgir; naturalmente, cualquier decisión de importancia corresponderá a Whittaker. Petersen es un hombre muy digno de confianza pero le falta imaginación. Reuniéndonos lograremos el justo equilibrio.

-Será un placer y haré lo que pueda -dijo Gibson halagado por las perspectivas.

Con algún nerviosismo se preguntó cómo lo haría para afrontar tantas responsabilidades. Sin embargo, el hecho de que el Jefe le encargara aquella tarea resultaba alentador; significaba que Hadfield le creía capaz de cumplirla.

Mientras discutían los detalles administrativos, Gibson comprendió que Hadfield no pensaba pasar más de un año fuera de Marte. Hasta parecía deseoso de viajar a la Tierra, como si tomara el viaje a manera de vacaciones atrasadas. Era de esperar que los resultados justificaran su optimismo.

Hacia el final de la entrevista la conversación giró, como era inevitable hacia el tema de Simmy e Irene. El largo viaje hasta la Tierra proporcionaría a Hadfield todas las oportunidades necesarias para estudiar a su futuro yerno; era de esperar que Jimmy se comportara de modo irreprochable. Hadfield parecía bastante divertido por ese aspecto del viaje. Según comentó con Gibson, si Irene y Jimmy podían soportarse mutuamente en esas condiciones durante tres meses, el matrimonio sería un éxito. Y si no eran capaces de ello, cuanto antes lo descubrieran mejor sería.

Gibson salió de aquella oficina con la esperanza de haber puesto en claro su propia simpatía. El Ejecutivo en Jefe sabía que todo Marte estaba dispuesto a respaldarlo y él, por su parte, haría lo posible por conseguirle también el respaldo de la Tierra. Se volvió a mirar el neutro cartel de la puerta. No habría necesidad de cambiarlo, cualquiera fuese el curso de los acontecimientos, pues designaba el cargo y no el hombre. Durante doce meses, más o menos, Whittaker se desenvolvería tras esa puerta como gobernante

democrático de Marte y siervo consciente de la Tierra, dentro de los límites razonables. No importaba quién entrara o saliera de la oficina: el cartel de la puerta seguiría siendo el mismo. Era otra de las ideas concebidas por Hadfield: la tradición de que el puesto era más importante que el hombre. Sin embargo, no había dado a aquel concepto un gran apoyo pues el anonimato no figuraba entre sus características personales.

Tres horas después partió el último cohete hacia Deimos llevando a bordo a Hadfield, a Irene y a Jimmy.

Mientras Jimmy hacía las maletas, Irene había ido al Grand Martian Hotel para ayudarle y despedirse de Gibson. Ardía de entusiasmo y de felicidad; era un placer contemplar su aspecto radiante. Sus dos sueños se habían hecho realidad al mismo tiempo: volvía a la Tierra y lo hacía acompañada por Jimmy. Era de esperar que ninguna de las dos experiencias resultara una desilusión; difícilmente lo serían

Jimmy tuvo dificultades para empaquetarlo todo debido a la cantidad de recuerdos que había reunido en Marte, en su mayor parte plantas y muestras minerales recogidas en diversos paseos fuera de las cúpulas. Todo tuvo que pesarse cuidadosamente, tras lo cual se descubrió que excedía en dos kilos el peso permitido para efectos personales, lo que supuso dolorosas decisiones; finalmente logró cerrar la última maleta y enviarla hacia el aeropuerto.

-No olvides -dijo Gibson- ponerte en contacto con la señora Goldstein en cuanto llegues; estará esperando tus noticias.

-No lo olvidaré -replicó el muchacho-. Es muy gentil de su parte tomarse tantas molestias. Le agradecemos sinceramente todo lo que ha hecho, ¿verdad, Irene?

-Sí, realmente -respondió ella-. No sé qué habríamos hecho sin usted.

Gibson sonrió con cierta ironía.

-Habríais salido adelante de un modo u otro. Pero me alegro de que todo haya resultado en bien para vosotros y confío en que seáis muy felices. Y... espero que pronto estéis de regreso a Marte.

Mientras estrechaba la mano de Jimmy, Gibson sintió otra vez un irresistible deseo de revelarle su identidad para despedirlo como a su hijo, cualesquiera que fueran las consecuencias. Pero si lo hacía el motivo principal sería el puro egoísmo. Constituiría un acto de posesividad, de imperdonable autoafirmación y no haría sino echar por tierra todos los progresos logrados en los meses pasados. Sin embargo, al soltar la mano del joven, notó en su expresión algo que no había visto hasta entonces. Pudo ser la aurora de una sospecha asombrada, el nacimiento de una idea casi inconsciente, que iría creciendo

hasta transformarse en una total comprensión, en el reconocimiento absoluto. Ojalá fuera cierto: de este modo las cosas serían más sencillas cuando llegase el momento.

Los miró alejarse por la calle angosta, tomados de la mano, ajenos a cuanto los rodeaba; sus pensamientos volaban ya hacia el espacio. A esa altura lo habrían olvidado; sin embargo volverían a recordarlo más adelante.

Antes de que amaneciera, Gibson salió por la esclusa de aire y se alejó de la ciudad, aún dormida. Phobos se había puesto hacía una hora; sólo quedaba la luz de las estrellas y el resplandor de Deimos, ya alto hacia el oeste. Miró su reloj: faltaban diez minutos para el despegue, siempre que no hubiesen salido inconvenientes.

-Ven, Scuick -dijo-. Vamos a dar un hermoso paseo para entrar en calor.

Aunque la temperatura era de varios grados bajo cero, Scuick no pareció molestarse. Sin embargo, Gibson consideró conveniente mantenerlo en movimiento. Por su parte, estaba muy cómodo pues llevaba todo su equipo protector.

¡Cuánto habían crecido las plantas en las últimas semanas! Ya habían sobrepasado la altura de un hombre; aunque aquel crecimiento podía, en parte, ser normal, Gibson no dudó que Phobos tenía mucho que ver en ello. El Proyecto Aurora comenzaba a estampar su marca sobre el planeta. Hasta el casquete del polo norte, donde el invierno reinaría ya en todo su rigor, había dejado de avanzar hacia el hemisferio opuesto, y los restos del casquete meridional se habían desvanecido por completo.

Se detuvieron a un kilómetro de la ciudad donde las luces no les impidieran la observación. Gibson volvió a mirar su reloj. Faltaba menos de un minuto; le fue fácil comprender lo que sus amigos sentirían en este instante. Con la mirada fija en el disco de Deimos (diminuto, giboso, apenas visible), permaneció a la espera.

De pronto, Deimos se tornó llamativamente brillante. Un momento más tarde pareció dividirse en dos fragmentos y una estrella pequeñísima, increíblemente brillante, se separó de su costado para trepar lentamente hacia el oeste. Aún a través de tantos miles de kilómetros, el fulgor de los cohetes atómicos era deslumbrante.

No le cupo la menor duda de que lo estaban observando. Allá arriba, en la Ares, todos estarían ante las ventanillas de observación, contemplando el gran mundo en cuarto creciente del que se alejaban, tal como él mismo se había despedido de la Tierra; tuvo la sensación de que habían pasado siglos desde entonces.

¿En qué pensaría Hadfield, mientras tanto? Tal vez se preguntaba si volvería a Marte. Gibson, por su parte, no lo ponía en duda. Por muchas batallas que Hadfield debiera afrontar, saldría victorioso, como siempre. Su retorno a la Tierra era un retorno triunfal.

Aquella chispa blanquiazul estaba ya a varios grados de Deimos; caía hacia atrás, perdiendo velocidad, para tomar la dirección del sol... y de la Tierra.

El borde del sol asomó por el horizonte oriental; las altas plantas verdes de los alrededores se sacudieron el sueño (sueño que había sido ya interrumpido por el meteórico paso de Phobos a través del cielo). Gibson volvió a mirar las dos estrellas que descendían hacia el oeste y alzó la mano en un adiós silencioso.

-Vamos, Scuick -dijo-. Es hora de volver. Tengo mucho trabajo.

Y pellizcó la oreja del pequeño marciano con sus dedos enguantados.

-Eso reza también para ti -agregó-. Aunque todavía no lo sabes, ambos tenemos una gran tarea por delante.

Caminaron juntos hacia las grandes cúpulas, que centelleaban suavemente bajo la primera luz matinal. Puerto Lowell parecería extraño sin Hadfield, con otro hombre sentado en el despacho que rezaba: «Ejecutivo en Jefe».

Súbitamente, Gibson se detuvo. Por un momento fugaz le pareció echar un vistazo al futuro, quince o veinte años más adelante. ¿Quién sería el Jefe en aquella época, cuando el Proyecto Aurora entrara en su fase media y comenzara a divisarse su culminación?

Pregunta y respuesta parecieron presentarse simultáneamente. Por primera vez Gibson adivinó qué le esperaba al final del camino recién emprendido. Tal vez un día sería su deber, y su privilegio, hacerse cargo de la labor que Hadfield comenzara. Tal vez se tratara de una simple ilusión pero también podía ser la primera conciencia de poderes aún ocultos en él. Fuera lo que fuese, lo sabría.

Imprimiendo a su paso nuevas energías, Martin Gibson, escritor, ex-terrícola, reanudó el camino hacia la ciudad. Su sombra se confundió con la de Scuick mientras el pequeño marciano brincaba a su lado. Las últimas tinieblas de la noche se escurrían ya por el cielo; a su alrededor, las plantas altas, sin flores, empezaban a desplegarse para recibir al sol.

FIN